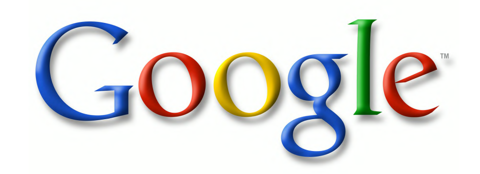
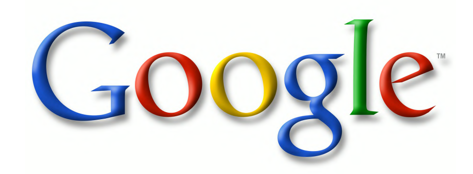






MARRUECOS



ALDEANA DE LOS ALREDEDORES DE TÁNGER.

Dr. A. MARCET

MARRUECOS

VIAJE DE UNA EMBAJADA FRANCESA

Á LA CORTE DEL SULTÁN

VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

D. FRANCISCO G. AYUSO

Doctor en Filosofía y Letras

EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS

Y UN MAPA ESPECIAL



MADRID
EL PROGRESO EDITORIAL
San Marcos, números 35 y 37

1887

Establecimiento Tipográfico de EL PROGRESO EDITORIAL.

PRÓLOGO

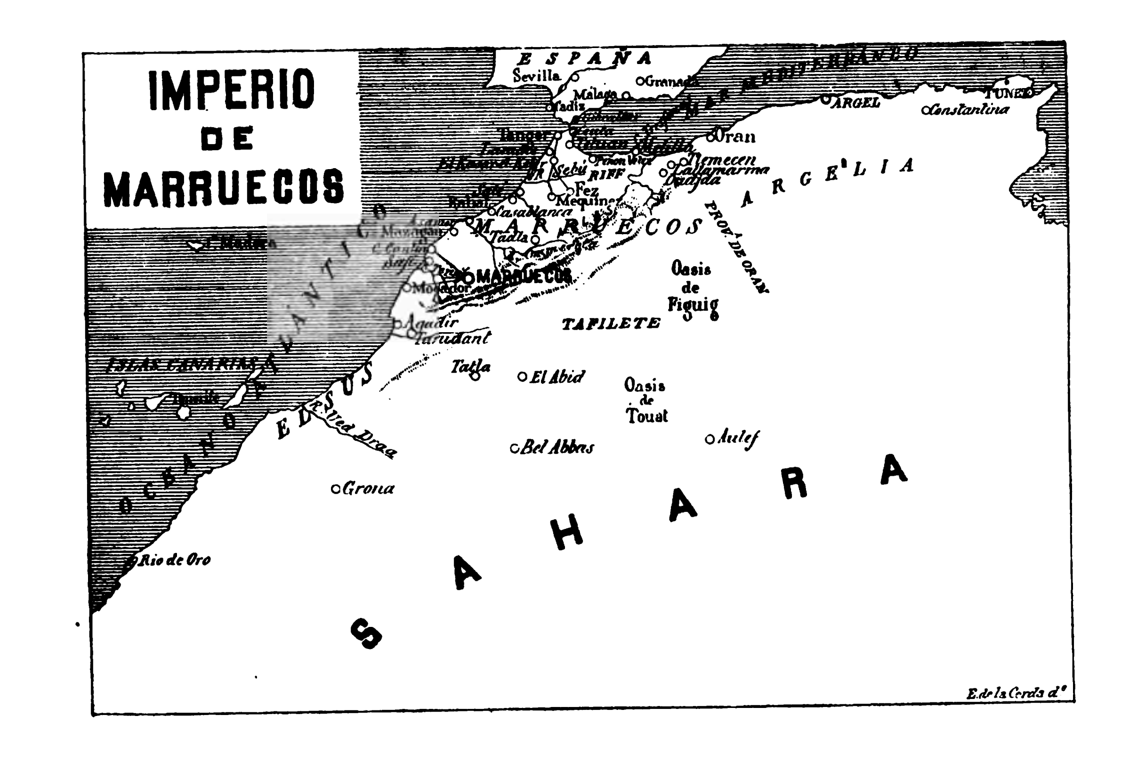
De pocos años á esta parte las naciones europeas han reconcentrado en África todas sus ambiciones. Movidas por una emulación más egoísta que noble, dispútanse hoy la posesión de esta parte del mundo, por tantos siglos abandonada á su estéril aislamiento. La enseña de la civilización ondea ya en casi toda la extensión de su litoral inmenso, y no pecamos seguramente de temerarios, al afirmar que se llevará, con paso lento pero seguro y constante, hasta el corazón mismo del misterioso continente.

Marruecos, libre todavía de hostiles empresas, por efecto de los encontrados intereses que allí se disputan el predominio, y de las rivalidades de las potencias llamadas á intervenir en sus asuntos, ha sido también en los últimos años objeto de estudios serios y de alarmantes discusiones. Animosos exploradores se han

aventurado á penetrar en los puntos más apartados del país para arrancarles sus secretos; los viajeros frecuentan ya en crecido número los lugares más accesibles de su territorio; las misiones diplomáticas se suceden con frecuencia; la prensa examina con interés estas idas y venidas, y los mismos Parlamentos se preocupan de las cuestiones que se relacionan con Marruecos. Dado el espíritu y las tendencias de la política predominante en los Gabinetes europeos, no es aventurado sentar la existencia de una *Cuestión de Marruecos,* que hoy se encuentra aún en vías de evolución pacífica, pero que algún día, sin duda, se impondrá con irresistible fuerza á la opinión pública.

En la primavera de 1882 se me ofreció ocasión de recorrer este país en dos distintas direcciones, y de llegar, formando parte de una misión francesa, hasta una de las capitales que por su situación interior es, con seguridad, la menos conocida en Europa.

El interés creciente con que se miran los futuros destinos del viejo Imperio marroquí, comunicará tal vez nuevo valor á las notas recogidas en este viaje. Es la principal razón que me ha movido á publicarlas y la única excusa que me abona.


IMPERIO
DE
MARRUECOS
ESPAÑA
Sevilla
Granada
Málaga
Cadiz
MAR MEDITERRANEO
ARGEL
Constantina
TUNEZ
Oran
Tanger
Fez
Mequinez
RIFF
Casablanca
Tadla
MARRUECOS
Mogador
Agadir
Tarudant
Tatla
El Abid
Oasis de Figuig
TAFILETE
Oasis de Touat
Aulef
Bel Abbas
Grona
Rio de Oro
ISLAS CANARIAS
OCEANO ATLANTICO
ARGELIA
PROV.A DE ORAN
SAHARA
E. de la Cerda d.°

MARRUECOS

RESEÑA GENERAL

Si la posición de un país en el globo debiera determinarse por el grado que ha alcanzado su cultura, tendríamos que buscar la de Marruecos entre los antípodas del mundo civilizado; y sin embargo, ocupa en el mapa un lugar próximo á los pueblos más cultos; puede muy bien decirse que está á las puertas mismas de Europa.

Situado en la región Noroeste de África, posee Marruecos extensas costas, que bañan por el Norte el Mediterráneo, y el Océano Atlántico por el Oeste. El Estrecho de Gibraltar, que se interpone entre los dos mencionados mares, le separa de España; mientras que por el Este corren sus fronteras á lo largo de la gran colonia francesa de Argel, y por el Mediodía se pierden sus límites en los arenales del Sáhara.

La gran cordillera del Atlas, con otras montañas de segundo orden, que se extienden paralelamente de Nordeste á Sudoeste, dividen el Imperio de Ma-

rruecos en dos regiones perfectamente distintas: la septentrional, cuyas numerosas vertientes dirigen sus aguas á los expresados mares, comprende las poblaciones más considerables, y sus habitantes, que hacen vida sedentaria, alimentan la actividad comercial, industrial y política del país; la meridional, que se presenta inclinada hácia el interior del misterioso continente, es en general árida, apenas se halla cultivada, y la población se compone casi exclusivamente de tríbus nómadas y levantiscas, más ó menos independientes del poder central, y, con harta frecuencia, en guerra abierta contra la autoridad del Soberano.

El Emperador ó Sultán de Marruecos se halla revestido de un poder absoluto, discrecional; de suerte que no rige en el país más ley que la de su capricho. Reside alternativamente en Fez, Mequínez ó Marruecos, trasladando de una á otra de estas poblaciones la residencia de su gobierno, según lo exigen los intereses de su política ó los caprichos de su voluntad.

Obligado á permitir la presencia en sus dominios de ministros ó cónsules de diferentes Estados, los relega al litoral, principalmente á Tánger, hallándose de esta manera á muchas leguas de su propia residencia; así es, que, fuera de casos excepcionales y á costa de un larguísimo y penoso viaje, los representantes extranjeros no pueden comunicar con S. M. Sherifiana, sino por el intermedio de un agente especial, que reside en la ciudad indicada, con el título de Ministro de Negocios extranjeros. Mas como quiera que éste, unas veces por deber, otras por cálculo, se vea casi siempre obligado á

pedir instrucciones á su señor, resulta que las negociaciones más insignificantes se llevan á cabo con lentitud y teniendo que vencer dificultades que parecen insuperables. Esta situación, que se impone como una necesidad á los representantes de las grandes potencias, no tiene ejemplo, á lo que yo creo, en ningún otro país de la tierra, y es, seguramente, uno de los hechos que más claramente demuestran el terror que inspira á los marroquíes la civilización, y la tenaz resistencia que oponen á sus avasalladores progresos.

La autoridad omnímoda que ejerce el Sultán, se halla robustecida por el prestigio que le da su cualidad de sherif, título que significa príncipe ó señor, y se aplica, en el mundo musulmán, á todos los que descienden en línea recta de Fatima ó Fathma, hija de Mahoma. Hace tres siglos que se halla ocupado el trono de Marruecos por sherifes, de donde viene el calificativo de «Majestad Sherifiana» con que se designa á la persona del Soberano, y el de Imperio Sherifiano que llevan sus Estados.

Hay muchos descendientes del Profeta que no ciñen corona; pero casi todos ocupan situaciones importantes, ya en el orden político, ya en el religioso, lo que es más frecuente; hasta los hay que pueden rivalizar en autoridad é influencia con el mismo Sultán, como sucede con el sherif de Uezzan, actual jefe de la secta religiosa que más adeptos cuenta en el Maghreb ú Oriente occidental, es decir, en toda la región septentrional africana comprendida entre el Egipto y el Atlántico. Este personaje, Si-Abd-es-Selam, reside ordinariamente en Tánger, está casado con una inglesa y se muestra

favorable á las ideas modernas de civilización y progreso, razón más que suficiente en este país, para que le miren con desconfianza la corte sherifiana y todo el numeroso cuerpo de ulemas, doctores de la ley y escrupulosos guardianes de las antiguas tradiciones muslímicas.

Como es notorio, la religión dominante en Marruecos es la del Islam; pero viven en el país gran número de judíos, que son tratados como parias por sus compatriotas musulmanes.

Bajo el punto de vista administrativo, se halla dividido el territorio en provincias ó amalatos, cuyos gobernadores llevan de ordinario el título de pachás, y con menos frecuencia, el de amels. Estas provincias se subdividen en tríbus, á la cabeza de las cuales se encuentra un caid. Todos estos jefes, cualquiera que sea su categoría, no son responsables de sus actos más que al Sultán.

La población de Marruecos pertenece á la raza blanca, y se compone de bereberes ó aborígenes de la antigua Mauritania, y, en mayor número, de árabes ó moros que se posesionaron del país por derecho de conquista. Se encuentran asimismo negros, procedentes en su mayor parte del Sudán, pero en corto número.

En las poblaciones de la costa viven algunos europeos dedicados al tráfico; pero apenas se encuentra uno sólo avecindado en las ciudades del interior.

Imposible es fijar, siquiera sea aproximadamente, la población de Marruecos; ya que los cálculos varían entre tres y ocho millones, y todos se hallan fundados en hipótesis más ó menos probables.

LIBRO PRIMERO

TÁNGER

Objeto de la misión.—El Estrecho de Gibraltar.—Escenas del desembarque en Tánger.—Tipos moros.—Aspecto de la ciudad.—Tiendas y comerciantes.—Cróquis á vuela-pluma.—Café cantante y fumadores de kief.—Atractivos de Tánger.

El Sr. Ordega había sido nombrado ministro de Francia en Tánger, y, para tomar posesión de su cargo, érale preciso entregar al Sultán de Marruecos las cartas que le acreditaban como ministro-plenipotenciario y enviado extraordinario de la República francesa cerca de S. M. Sherifiana. Esta ceremonia le imponía la condición de emprender un largo viaje al interior, toda vez que el Sultán residía á la sazón en la ciudad de Marruecos, que dista de 20 á 25 jornadas de Tánger.

Habiendo querido mi fortuna que trabase íntimas relaciones con Mr. Ordega, éste me hizo la proposición, para mi agradabilísima, de ser asociado, en calidad de médico, á la comitiva que debía acompañar al ministro.

De ordinario los que se dirigen á Tánger se embarcan en Gibraltar. Los vaporcitos que hacen este

servicio emplean cuatro horas muy cumplidas para recorrer la distancia de diez leguas escasas que separan ambas ciudades. De la cabida de barcas pescadoras, no ofrecen sino débil resistencia á los embates de las olas y á las fuertes corrientes que constantemente reinan en el Estrecho.

Con tiempo bonancible, la travesía es por extremo agradable y ofrece no pocos encantos. Marchando entre Europa y África, sin perder nunca de vista los dos continentes, descúbrese, por un lado, el Peñón de Gibraltar, dominando con imponente majestad aquellos mares y el litoral español, en el que se destaca la punta de Tarifa con su faro y sus débiles fortificaciones; todo lo cual forma el límite meridional del hermoso cuadro; por el lado opuesto se ven las escarpadas montañas de la costa marroquí, sobre las que se levantan, á la izquierda, los blancos edificios de Ceuta; y casi de frente, en una depresión de la costa, se distingue confusamente la ciudad de Tánger. Buques de todas las formas y dimensiones surcan el Estrecho, llenándole de animación y de extraordinario movimiento.

Generalmente los vapores llegan á Tánger entre cinco y seis de la tarde, y como se camina en la dirección del sol, que se encuentra precisamente en el punto de su ocaso, sus luminosos rayos deslumbran de tal manera la vista, que no permiten distinguir á cierta distancia ninguno de los detalles de la costa; antes bien, es preciso encontrarse dentro ya de la vasta bahía, en cuyo fondo está situada la ciudad, para distinguir la masa blanca de edificios cuadrados que desde la misma playa se

escalonan en anfiteatro sobre los flancos de una doble colina, por encima de los cuales se destacan las brillantes flechas de los minaretes y la elevada copa de algunas palmeras. Pero desde ese punto se ofrece á la vista del viajero un panorama delicioso, y, como por arte mágico, se encuentra trasladado á un país todo oriental, con su Naturaleza pintoresca, su aspecto deslumbrador y ese carácter extraño y peculiar que distingue á los pueblos orientales.

Gran número de lanchas, tripuladas por árabes, que desde luego se distinguen por sus abigarrados trajes, se agitan en el puerto esperando la llegada de los buques; y no bien penetra uno en la bahía y se dispone á echar el ancla, cuando todas aquellas embarcaciones se precipitan sobre él y en pocos minutos le rodean por todas partes. No se han tendido las escalas de desembarco, cuando la cubierta se ve llena de barqueros que trepan por los costados del buque, con la agilidad de los cuadrumanos, para disputarse los pasajeros y sus equipajes. En medio de una gritería espantosa y de movimientos bruscos, que les dan el aspecto de energúmenos, se entabla entre ellos obstinada lucha, de la que es víctima á la vez que premio el desgraciado viajero; en medio de tan singular combate les arrancan de la mano las maletas, se apoderan de sus personas, y sin darles tiempo para defenderse, les empujan en confuso tropel hácia las barcas, donde caen mezclados con los sacos, baules, barriles y bultos de toda especie; cualquiera creería que se hallaba presenciando el saqueo de un buque apresado por piratas berberiscos.

La ciudad está rodeada de murallas, una de cuyas puertas se abre inmediatamente al mar, en el lugar mismo en que se verifica el desembarco de los viajeros. Á su lado se ve un pequeño pabellón que hace las veces de Aduana; varios empleados de esta oficina proceden, fuera de la barraca, á la inspección de los equipajes, mientras que en su interior percibimos tres funcionarios de mayor categoría, encargados al parecer de la dirección y administración de esta renta, que á la sazón se hallaban acurrucados en la postura familiar á los orientales en un gran banco de piedra. La presencia de estos tres personajes llamó vivamente nuestra atención, pues no parecían colocados allí sino para dar al extranjero que acababa de desembarcar, una muestra de los tipos más hermosos que ha de encontrar en el transcurso de su viaje. Su aspecto, digno y noble, que se descubre á través de los pliegues cuidadosamente arreglados de sus trajes, de una blancura intachable; su rostro oval, poblado de finísima barba negra, su color blanco, de un matiz delicado, la exquisita finura de sus manos, y toda su actitud que revela distinción y nobleza, dan perfecta idea de aquella orgullosa y elegante raza árabe que dejó en las ciudades del Mediodía de España imperecederas y acabadas muestras de su esplendor pasado.

Franqueada la puerta antes mencionada, se penetra en la calle principal de Tánger, que forma una pendiente harto pronunciada y que, en su alineación irregular, en sus sinuosidades y su desigual pavimento, lleva el sello de las construcciones orientales. La subida se verifica con gran trabajo



CALLE PRINCIPAL DE TÁNGER.

por entre una muchedumbre de gentes que corren á sus negocios, de mulas, de camellos y de asnos que todo lo atropellan, por ahorrarse los despiadados golpes del conductor, y cuyos empujones es imposible evitar á pesar de los incesantes y agudos gritos de *¡balak! ¡balak!* (cuidado, cuidado); todo el movimiento se halla concentrado en esta calle que, sin embargo, peca más de estrecha que de ancha; las otras vías de la ciudad, que no cuenta menos de 20.000 habitantes, son callejuelas estrechas, sucias y tortuosas, en las que el encuentro de un sólo borriquillo cargado obliga al transeunte á refugiarse en el umbral de una puerta.

Si bien es verdad que el transeunte tiene que sufrir constantes empujones de la muchedumbre, y corre no pocas veces el riesgo de ser atropellado por las bestias de carga, en cambio marcha siempre con la seguridad de que no será aplastado por las ruedas de un carruaje. Estos vehículos son completamente desconocidos en Marruecos, por la sencilla y poderosa razón de que la estrechez de las calles y su malísimo estado impiden de ordinario su circulación; y fuera de las ciudades no existe una sola vía carretera. El viajero puede, por consecuencia, entregarse con toda tranquilidad á la contemplación de los extraños objetos que le rodean en aquel mundo tan completamente nuevo á que se halla súbitamente transportado.

Lo que tal vez contribuye más á dar á la calle principal de Tánger su fisonomía característica, es la serie de tiendecitas que por ambos lados la bordan, en las que se practican todas las pequeñas industrias que alimentan ó representan el mo-

desto comercio de los marroquíes. En la mayoría de estos tenduchos, apenas puede estar de pié el negociante, ni su estrechez deja de ordinario lugar para otra persona. En aquel pequeño nicho permanece el mercader acurrucado el día entero, impasible, inmóvil como una momia, apenas presta atención al cliente que se detiene delante del mostrador de su tienda, dejando á éste en libertad de contemplar, tocar y examinar las mercancías allí expuestas, sin que de sus labios salga una palabra ni un gesto que le provoque ó excite á comprar un objeto cualquiera.

Por el contrario, á pocos pasos de allí, os veis asaltado por una multitud de mercaderes importunos que están siempre al acecho de los extranjeros que por allí transitan; ya uno, ya otro de estos mercachifles, debido á su propia habilidad ó á vuestra torpeza, logran su objeto y os arrastran maquinalmente á alguna casa, de ordinario apartada de la concurrencia de la gente, donde se os muestran varios cuartos atestados de mercancías diversas, armas, tapices, trajes, utensilios, con otros mil productos delicados y raros del país, según asegura el gancho. Tan variada exposición es de ordinario interesante y vale la pena de hacer un pequeño sacrificio; pero es preciso resignarse á pagar demasiado caro un capricho. El mercader se muestra tenaz al mismo tiempo que obsequioso, y no suelta la presa sin haber colocado algún artículo de su curiosa colección; algún objeto de la industria indígena más ó menos auténtico, siquiera un par de babuchas.

En una plazoleta contigua, se ven expendedores

de dátiles y de otras frutas, que colocan su mercancía en mugrientas telas extendidas por el suelo; los hay también que venden artículos de confitería, que no seducen seguramente por su aspecto exterior, y otros en fin, que ofrecen al público alimentos condimentados, particularmente pescados fritos, que por su olor y aspecto más contribuyen á quitar el apetito que á despertarle.

Más allá se ven varias mujeres, acurrucadas en el suelo, vendiendo huevos, leche y manteca procedentes de los aduares inmediatos; andan á veces muchas millas para vender en la ciudad insignificantes cantidades de comestibles, y siendo en su mayor parte de edad avanzada, no observan las costumbres del país con tan escrupuloso rigor como las mujeres de la ciudad, pero en cambio usan un pequeño tatuaje azul en la barba. Las jóvenes, sin embargo, según la práctica general de su sexo, ocultan cuidadosamente sus facciones bajo los pliegues del jaique; las hay que se cubren la cabeza con un inmenso sombrero de paja, de alas desmesuradamente grandes, que reemplaza á maravilla el quitasol, cuyo uso está reservado en este país al Sultán como emblema de la soberanía.

Las calles ofrecen numerosos objetos de curiosidad ó de distracción; en los alrededores de la mezquita principal, cuyo interior se oculta cuidadosamente á las profanas miradas de los cristianos, se ve constantemente un grupo numeroso de mendigos y de enfermos harapientos, tendidos sobre las losas del pórtico, que esperan día y noche, con impasible resignación, los auxilios de Allah ó los socorros de los transeuntes. Un poco más allá, la

puerta entreabierta de un cuartucho oscuro, que lleva el nombre de escuela, permite ver un grupo de niños acurrucados alrededor del maestro, ya cantando en coro sus lecciones ó sus plegarias, ya escribiendo en tablillas las letras árabes pésimamente trazadas. En una casa inmediata se ven varios escribas venerables de barba blanca, y armados de grandes anteojos, que se ocupan en emborronar hojas de papel, sin otra mesa que su propia mano; es una oficina de notario. Al pasar delante de una barbería, el viajero se detiene instintivamente á mirar la cabeza del infeliz parroquiano, flemáticamente acurrucado en un elevado banco, sufriendo los tajos de un despiadado barbero que le descañona el cráneo; esta operación ofrece á cada paso originales episodios que dan lugar á picantes y chistosas observaciones.

No es raro encontrar un grupo de hombres de aspecto venerable, rodeados de niños, que con paso acelerado recorren las calles llevando banderas desplegadas, encarnadas y verdes, y recitando oraciones con desaforada gritería: es el Imam, que, con sus acólitos y los más fervorosos creyentes, imploran la misericordia del cielo para que proteja el desarrollo de la cosecha comprometida por una desastrosa sequía. Si después de esta manifestación religiosa cae la deseada lluvia, los manifestantes ven en ella una prueba inequívoca de que el cielo ha escuchado sus plegarias; si, por el contrario, el benéfico líquido se hace esperar mucho tiempo, es indicio de que los judíos han tenido el descaro de pedir lo mismo que ellos, y, como es fácil comprender, Allah no puede escuchar favorablemente las

súplicas de los incrédulos. Como se ve, la explicación no puede ser más cómoda ni tampoco más inocente.

Con más frecuencia se encuentra una procesión enteramente análoga, pero con muy distinto objeto; es el cortejo de parientes y amigos que conducen algún ser querido á su última morada. El cadáver, que se conduce en una camilla, se halla envuelto en un sencillo sudario á través del cual se dibujan perfectamente las formas del difunto. Desconocido por completo el uso de las cajas ó ataudes el cuerpo se deposita directamente en la tierra. Un cercado de pequeñas piedras señala el espacio en que ha sido depositado el muerto, y una de mayor tamaño que las otras, indica el lugar en que descansa la cabeza, sin que, por lo demás, nadie se inquiete de colocarla mirando al Oriente ó á la Meca como vulgarmente se cree; así como tampoco se cuidan de colocar allí un epitafio ó el menor signo que mantenga vivo el recuerdo del que acaba de abandonar la escena de la vida. Ningún cercado ni obra especial protege aquel lugar de reposo; los hombres, lo mismo que las bestias, tienen á él libre acceso, y le visitan con frecuencia, atraídos por la sombra de las higueras y de los olivos que allí crecen con asombrosa lozanía.

Una de las curiosidades que se ponderan á todo el que visita la ciudad de Tánger, es su famoso café cantante, que no es otra cosa que un reducido espacio, por demás oscuro y lóbrego, situado en el fondo de una sombría callejuela, donde los árabes se reunen por la noche, á la claridad de bujías que llenan el espacio de un humo intolerable; tres ar-

tistas que tocan sus instrumentos y cantan al mismo tiempo, lucen allí todos los días sus habilidades musicales; en el recinto no se ve más mueble que un modesto banco de madera destinado á los extranjeros que le visitan, en tanto que los naturales del país se sientan en el suelo, que se halla cubierto de esteras.

Al entrar en el café, un servidor negro, cubierto de larga túnica blanca, presenta delante del parroquiano la taza del aromático líquido, único artículo que se consume en el establecimiento; los indígenas, por su parte, preparan inmediatamente sus pipas de barro grís, cuyas cazoletas llenan del polvo verde conocido con el nombre de kief, y que no es otra cosa que el hashish, con todas sus propiedades embriagantes. Colocados en su postura favorita, puestas á un lado las babuchas y encendida la pipa, se entregan los fumadores á sus vagos ensueños y se abandonan descuidados á los éxtasis de una embriaguez apacible. La mayor parte permanecen largas horas en esta forma, silenciosos é inmóviles, enervados bajo la continuada acción de aquel humo embrutecedor, mecidos, además, en su soñolienta beatitud por el monótono compás de una melodía interminable. Es cosa probada que el kief destroza el organismo de los desgraciados que se someten al imperio de esta pasión funesta.

No me entretendré á describir la ciudad y sus habitantes: en el transcurso de nuestro viaje volveremos á encontrar las mismas costumbres y los mismos usos que en ella se practican, y tendré sobrada ocasión de describirlos en lugar oportuno. Sin embargo, creo conveniente llamar la atención

de mis lectores hácia los más interesantes edificios moriscos que merecen particularmente la visita del viajero, tanto por su situación como por la elegancia de su ornato. Fuera de las mezquitas, los más preciosos restos de la antigua arquitectura árabe que encierra Tánger, se encuentran en la kasbah ó ciudadela, dentro de cuyos muros se halla el palacio del gobernador.

Saliendo de la ciudad por la puerta que se abre en la extremidad superior de la calle principal, se encuentra el Zocco, inmensa plaza, desierta y de triste aspecto fuera del día de la semana en que se celebra allí concurrido mercado, lleno de animación, y que da lugar á episodios pintorescos. Desde la explanada del Zocco se despliega un panorama espléndido á la vez que fantástico. En primer término se dibuja la ciudad dominada por la Alcazaba; más allá la rada con sus vastos contornos y sinuosidades, donde se balancean constantemente algunos buques mercantes ó de guerra; á continuación la azulada sábana del Estrecho, sembrada constantemente de blancas velas, entre las que de ordinario se destaca la prolongada columna de humo que indica la marcha de un vapor, cerrando, por último, el horizonte, la línea de las costas españolas ondúlosas y de abigarrados matices, cuya proximidad era muy propia para tentar el apetito de la conquistadora raza árabe.

Los extranjeros afluyen cada día en mayor número á Tánger, en cuyas calles los trajes europeos forman contraste con la blancura uniforme del vestido árabe; ya no es la ciudad exclusivamente el término de las excursiones de los turistas, el fin

obligado de un viaje por Andalucía ó de una visita á Granada; hoy es una verdadera estación de invierno, frecuentada muy particularmente por los ingleses, atraídos allí en gran número por la benignidad del clima y una vida tranquila al par que barata.

Á estas ventajas, de suyo muy estimables, junta atractivos especiales para los artistas, á los que ofrece una fuente inagotable de modelos de estudio; díganlo sinó Regnault, Benjamin Constant y tantos otros que deben sus más felices inspiraciones á sus encantadores y originales tipos, á su atmosfera transparente, templada y luminosa. Aquí es donde han venido á estudiar esas escenas de la vida oriental, tan á maravilla reproducida en sus encantadores cuadros.

Por lo demás, Tánger ofrece distracciones y recreo á los europeos que la han hecho punto de su residencia; aparte del estudio y de la observación artística, la colonia europea tiene suficientes recursos para hacer agradable el tiempo, y los alrededores de la ciudad ofrecen elementos para procurar los goces y satisfacciones siempre nuevos de la vida campestre. Sus jardines, plantados de especies raras y perfectamente cultivados, entre los que descuellan los de algunas legaciones europeas, presentan un panorama tan variado como espléndido, por lo que sus alrededores sirven de excelentes paseos. Los aficionados á verdaderas excursiones campestres encuentran en todas direcciones sitios amenos al par que interesantes, como el Cabo Espartel, que marca por este lado la punta más saliente del continente africano, donde van á con-

fundirse las aguas del Atlántico con las del Estrecho de Gibraltar; y los más animosos, los aficionados á emociones imprevistas y originales, recorren por tierra el trayecto de Tánger á Tetuán, que constituye en pequeña escala un verdadero viaje al interior, una marcha en caravana con todas sus peripecias, sorpresas y placeres, incluso el de acampar y dormir una noche debajo de la tienda.

LIBRO SEGUNDO

DE TÁNGER Á MAZAGÁN

CAPÍTULO PRIMERO

Impresiones de la partida.—Estado social de Marruecos.—El antiguo yacht *Jérôme Napoléon.*—Armamento del aviso de guerra el *Desaix.*—Cañones, nuevo modelo de torpedos.—Instalación á bordo.—Á la vista de Mazagán.—Dificultades del desembarco.—Entrada en el puerto.—Recepción solemne.

23 *de Marzo de* 1882.

El aviso de guerra el *Desaix,* destacado de la escuadra del Mediterráneo, se encuentra en la rada de Tánger con orden de tomar á bordo la embajada y de transportarla á Mazagán, en la costa occidental africana; este itinerario abrevia nuestro viaje, al mismo tiempo que disminuye las molestias y peligros inseparables de la travesía por tierra.

La una de la tarde es la hora marcada para estar á bordo. El mar está agitado por un fuerte viento del N. E.; el cielo presenta un color agrisado y está casi cubierto por la bruma; indicios que presagian á nuestro viaje un comienzo desagradable.

Por fin se acerca el momento del embarque;

pensamientos medio tristes medio alegres asaltan nuestra imaginación; y es que un viaje de esta naturaleza, á pesar de su carácter seductor, sus atractivos y sus perspectivas halagüeñas, se presenta erizado de peligros, lanzando al viajero en una especie de horizonte desconocido, todo lo cual contribuye á dar á la despedida ese tinte melancólico que la caracteriza.

Nada más sencillo ni más ordinario que emprender hoy un largo viaje; marchamos á América, nos embarcamos para cualquiera de los puertos de China ó Australia con una indiferencia completa, ó á lo menos, sin experimentar una emoción demasiado viva; y es que allí ninguna sorpresa extraordinaria nos espera ni hay que temer peligros imprevistos; todo se dispone y se calcula de antemano; el mismo día de la partida se puede anunciar la hora de la vuelta.

Aquí no sucede nada de esto: vamos á recorrer un país apenas explorado, á vivir en medio de una población semibárbara, fanática por su religión, esclava de sus tradiciones y de sus innumerables preocupaciones, extraña á nuestras costumbres, hostil, ó por lo menos indiferente, á las conquistas más preciosas y más útiles de nuestra civilización europea.

En un ambiente tan extraño y tan adverso, ¿quién nos asegura que nos veremos libres de toda sorpresa desagradable? ¿Cómo echar de sí el pensamiento del peligro? En condiciones y circunstancias tales, es natural sentirse preocupado, sobre todo, en el momento de una separación duradera, y cuando uno va á poner entre sí y los objetos más

queridos un espacio poco menos que infranqueable.

En efecto, una vez internados en el país no mantendremos con el mundo exterior sino muy raras y difíciles comunicaciones, porque aquí son desconocidos los correos, los telégrafos, los caminos de hierro, como lo son los vehículos de ruedas en general. Reducidos á un aislamiento casi absoluto, nos veremos condenados á ignorar los acontecimientos que ocurran en el mundo, y tendremos que vivir sumidos en esa penosa incertidumbre que produce la falta de noticias de los seres que nos son queridos: tal es el lado sombrío de nuestro viaje; pero en cambio nos ofrece incomparables atractivos, no pocos placeres y encantadoras sorpresas.

Los individuos de la embajada han recibido ya orden de reunirse antes de la hora de la partida; todo el personal ha acudido con puntualidad á la cita, y formado el cortejo alrededor del ministro plenipotenciario, se pone en marcha, precedido de cuatro soldados moros designados para prestar servicio á la legación. Seguimos la calle principal que, como dijimos antes, va á desembocar en la playa; la multitud se agolpa á nuestro paso y nos acompaña, atraída por la curiosidad de asistir al espectáculo de nuestro embarque y de presenciar nuestra partida.

Franqueada la puerta de la ciudad desfilamos delante de una compañía de soldados, cuya alineación nos señala el camino que hemos de seguir hasta la rústica plataforma de madera que sirve de muelle. Allí se encontraba ya el gobernador de Tánger, Si-Abd-el-Saddok, que iba á saludar y des-

pedir al ministro de Francia, y algunos momentos después llega presuroso y sofocado Si-Mohammed-Bargash, ministro de Negocios extranjeros de Su Majestad Sherifiana, que acude también á estrechar la mano al Sr. Ordega y despedir á la embajada.

Pocos minutos después nos hallamos acomodados en los botes que nos esperan en los extremos de la plataforma, y no bien nos han separado de la orilla algunos pasos los primeros golpes de remo, cuando los fuertes de la muralla nos saludan con 17 cañonazos, que son contestados en igual forma por las baterías del *Desaix*.

Pocos minutos después nos encontramos á bordo, calados más por las olas que por la lluvia que caía; el comandante Gadault recibe á la embajada en lo alto de la escalera, acompañado de la oficialidad del buque y de los soldados de marina, que nos presentan las armas. Todos corremos á dejar los equipajes de mano para subir á seguida sobre cubierta, y presenciar, fijos los ojos en la ciudad, el agradable espectáculo de la partida.

Á las dos en punto, terminadas todas las operaciones preliminares, se deja oir el ruido característico del hélice. Muy luego se va desvaneciendo la silueta de Tánger, hasta que, por último, desaparece detrás de las colinas de la costa; nos encontramos en medio de la corriente del Estrecho, donde el aviso acelera su marcha, en términos que, sin darnos cuenta de ello, doblamos el Cabo Espartel y nos vemos trasladados á la inmensidad del Océano. Entonces es cuando decimos verdaderamente adios á la mujer amada, á los adorados hijos y á los

queridos parientes y amigos; entretanto ha amainado el viento que soplaba con violencia por la mañana; la lluvia que nos molestó durante el embarque, ha cesado; el sol brilla con esplendidez y el mar está casi completamente tranquilo.

En un principio, el aviso que conducía á la embajada tuvo muy diferente destino que el que se le dió despues en la marina de guerra: el *Desaix* no es otro que el antiguo yacht *Jérôme Napoléon*, en el que el príncipe de este nombre hizo su viaje al polo Norte; esto nos da la explicación del lujo con que se halla equipado y de ciertas particularidades de su construcción. Su arboladura es harto complicada, y de tan extraordinaria altura, que hace muy poco estable el equilibrio del buque, por cuya razón, con la mar picada que llevábamos, era muy poco agradable su movimiento.

El armamento del *Desaix* consiste en cuatro cañones, colocados respectivamente á popa, á proa, á babor y á estribor; de calibre y dimensiones tan modestas, que al exterior pudiera creerse ornamento inofensivo de la nave; pero tuvimos ocasión de convencernos de lo contrario, porque al responder á las salvas de la muralla, se comprendía, por la rapidez de su tiro, por la limpieza y energía de su proyección, que eran poderosos elementos de destrucción y defensa.

Pero no consiste en esto tan sólo su armamento, ni los cañones son las partes más temibles de sus elementos ofensivos. Sobre cubierta se encuentran dos enormes cilindros regulares de más de dos metros de longitud, montados sobre cureñas, como los cañones, pero que, sin embargo, más semejan

dos gigantescos tubos de telescopio; estos instrumentos, de forma inusitada, están muy lejos de servir para usos científicos; son lanzatorpedos, terribles máquinas de guerra de que el *Desaix* lleva provisión abundante, porque en razón de sus propiedades náuticas de barco ligero y buen andador, tiene la misión, en tiempo de guerra, de lanzar esos proyectiles contra los buques enemigos.

Los torpedos que empleamos en la actualidad no tienen siquiera parecido con los que antes se usaban en la marina, que era preciso transportar al punto mismo donde se les utilizaba. Los nuevos torpedos Whitehead, así llamados del nombre de su inventor, son temibles por la comodidad suma de su empleo, que permite lanzarlos sin peligro. Son de acero pulimentado y presentan exactamente la forma de un pescado, del grueso y longitud del cilindro que debe lanzarlos. Ofrecen notable semejanza con un salmón gigantesco, cuya cabeza estuviese llena de la materia explosiva, fulmicatán ó dinamita; el cuerpo tiene por objeto hacer flotar el torpedo á un nivel determinado; en su interior encierra un mecanismo terminado posteriormente por un hélice, y destinado á imprimir á la máquina un movimiento propio de impulsión independiente del que le comunica el aparato cilíndrico antes citado. La cola, lo mismo que en los peces, hace las veces de timón.

El aire comprimido sustituye en el cilindro á la sustancia explosiva que obra como propulsor en los cañones. El torpedo se sumerge desde luego en el mar, donde inmediatamente se coloca á un nivel determinado con perfecta precisión, para seguir su

marcha entre dos aguas con una velocidad creciente, porque al mismo tiempo se pone en juego su mecanismo interior, y acelera de un modo notable el movimiento comunicado; su marcha representa entonces una velocidad de 35 á 40 kilómetros por hora, pudiendo recorrer de esta manera, de 400 á 500 metros, y herir con precisión suma un objeto colocado á esa distancia; desde el momento en que la cabeza del monstruo encuentra un obstáculo, tiene lugar la explosión, manifestándose instantáneamente sus destructores efectos. Desgraciado el buque que ose detener la marcha de esta máquina.

La instalación de un personal tan numeroso como el de nuestra embajada presentaba no pocas dificultades en un barco de guerra, cuyos espacios están medidos con precisión matemática, donde todos los rincones se hallan cuidadosamente utilizados y donde no se reserva sitio alguno para viajeros. Sin embargo, los oficiales de la nave han resuelto tan difícil cuestión de una manera que les honra, pero ha sido preciso para ello el ingenio y la buena voluntad que les distingue, para resolver el difícil problema de alojar cómodamente á una docena de personas extrañas al buque, con todo su séquito y sus cuantiosos equipajes.

El ministro ocupa el gran salón del comandante, que se ha dividido en dos, por medio de una cortina transversal, colocándose en una de las piezas resultantes, una hamaca suspendida de dos poderosos ganchos fijos en el techo. Cuatro individuos de la embajada, descansaremos en camas análogas colgadas en el comedor, que separa las cámaras de los primeros oficiales, y otros se balancearán,

horresco referens, encima de los torpedos; todos tendremos, pues, un lugar de descanso donde poder gozar las dulzuras del sueño, si el cielo y el mar nos lo permiten.

Durante el día, queda en libertad cada uno de colocarse y pasar el tiempo según su capricho y sus aficiones: los paseos sobre cubierta, el examen del buque y su armamento, el espectáculo de las maniobras, la organización del servicicio, son asuntos que ofrecen para nosotros el más vivo interés y constituyen un agradable pasatiempo, sobre todo cuando se tienen guías tan amables y bien instruídos como los oficiales del *Desaix*. Mi colega de á bordo se apresuró, además, á poner á mi disposición su camarote con todas las pequeñas comodidades que encierra, y mis camaradas han encontrado en los oficiales la misma hospitalidad que yo he recibido del Dr. Eyssautier.

Eran las siete de la mañana cuando apercibimos la costa, y acto continuo se volvió la proa del buque en dirección al puerto de Mazagán. Pero las cartas marítimas de esta región son tan incompletas, que el comandante se ve precisado á contener la marcha de la nave y caminar con la sonda para reconocer el fondo del mar; á las diez y media tuvo que dar la orden de echar anclas, hallándonos aún á más de una legua de la ciudad.

La costa es en este punto baja, plana y desnuda de vegetación. Sus murallas, que forman una masa irregular y confusa, por encima de las cuales se destaca la punta de un minarete, es lo primero que se descubre de Mazagán. En la campiña, se ven diseminadas algunas casas completamente

blancas. El sol brilla con todo su esplendor, y sin embargo, el mar, que nos ha sacudido con violencia durante toda la noche, levanta cada vez con más fuerza sus olas. Varias embarcaciones que salen del puerto en nuestra dirección, se ven precisadas á retroceder, no pudiendo soportar la violencia del viento y de las olas.

La cuestión del desembarco empieza á producirnos viva inquietud; los oficiales del buque se esfuerzan por tranquilizarnos, asegurándonos que esta marejada no es otra cosa que el movimiento de la marea, y que existe una diferencia esencial entre dicho movimiento y el que procede de una tormenta; sus explicaciones parecen convincentes, mas no por eso cesan las sacudidas ni desaparecen nuestros temores, antes bien, las dificultades de la situación crecen por momentos. Á corta distancia vemos un vapor mercante que hace inútiles esfuerzos por acercarse á la rada, la violencia del mar le obliga á desistir de su propósito y á cambiar de rumbo, continuando su marcha en dirección distinta.

Dos horas transcurren en medio de esta penosa incertidumbre, azotados sin cesar por un oleaje imponente para todo el que no esté habituado á la vida del mar. Por fin se decide el comandante á mandar izar la bandera que sirve para pedir embarcaciones al puerto, un reconocimiento más exacto le ha hecho ver que podíamos atracar á menor distancia de la costa, y efectivamente logramos aproximarnos cerca de una milla. Entonces pudo llegar á nosotros la lancha del puerto.

Pero esta barca grosera, completamente inun-

dada por las olas, no sirve para efectuar el transporte, y por otra parte, ofrece no pocos peligros la operación de echar al agua cualquiera de los botes del buque. El comandante se ve asaltado de nuevas vacilaciones; pero nuestras indicaciones acaban por decidirle á tomar una resolución extrema. En efecto, si una embarcación mal acondicionada ha podido llegar á nosotros con viento contrario, es natural suponer que nos será posible llegar á tierra en un bote de mejores condiciones é impelido por viento favorable. Vencidos al cabo los escrúpulos se da la orden de armar «el bote del comandante».

En un momento se ve flotar al costado del *Desaix* el bote con su tripulación. Los marinos armados de bicheros y remos hacen colosales esfuerzos para mantenerle á cierta distancia, á fin de evitar que se estrelle en sus flancos; el embarque presenta no pocas dificultades y hasta ofrece serios peligros; el oleaje es enorme y levanta el bote con irresistible fuerza hasta el nivel de las trincheras de abordaje, para precipitarle en seguida por una brusca retirada de las aguas, cual si fuera á sumergirse en la profundidad del mar. Al primer ensayo, cruje la escalera por un choque violento que no pudo evitarse; fué preciso colocarse en los primeros escalones, seguir con cuidado los movimientos del mar y aprovechar el momento favorable para saltar al bote. El ministro y seis individuos de la misión, designados de antemano, logramos colocarnos así á duras penas haciendo prodigios de agilidad, no sin recibir algún choque y abundantes baños de piés.

Con vertiginosa rapidez se aleja el bote del cos-

tado del *Desaix*, y en pocos momentos, la maestría de los remeros ha enderezado su marcha hácia Mazagán; el peligro se ha conjurado por completo, y las olas nos mecen dulcemente, empujándonos sin violencia hácia la orilla. Apenas puede calcularse el placer con que vimos el fin de tan angustiosos momentos.

En cuanto nos hubimos separado algunos metros, el *Desaix* anunció la partida del ministro con una salva de 15 cañonazos, y pocos momentos después las baterías de la plaza saludaron en igual forma nuestra llegada.

Á medida que nos acercamos se dibujan con más precisión los contornos de las murallas, dejando ver importantes obras de defensa del tiempo de la dominación portuguesa. Banderas de todas las naciones civilizadas ondean sobre las azoteas de las casas ocupadas por sus representantes. Desde el bote distinguimos perfectamente las maniobras de los artilleros marroquíes; toda la muralla está coronada por una compacta masa de gentes atraídas por la novedad que ofrece en este país la presencia de una embajada europea; no hay un sólo punto desocupado, percibiéndose tan sólo una masa blanca, en la que se hallan confundidos hombres y mujeres.

Nuestro bote entra por fin en una estrecha garganta que nos conduce al puerto, pequeña bahía perfectamente abrigada, pero que no es accesible sino á embarcaciones de muy poco calado. En el muelle nos espera el gobernador con su jalifat ó vicegobernador, todo el personal de la aduana, el capitán del puerto y otros muchos funcionarios in-

dígenas, entre los que se hallaba nuestro agente consular Sr. Brudo, comerciante de la ciudad. Les acompaña una escolta de moghaznis, ó soldados distinguidos, que son siempre los encargados de hacer la guardia de honor á los grandes dignatarios.

Cambiados los saludos de cortesía acostumbrados, por mediación de intérprete, entre el pachá y el ministro, y hecha la presentación mútua del personal respectivo, se puso en marcha el cortejo. Franqueamos una de las puertas de la ciudad que da entrada á un gran patio perteneciente al edificio de la aduana. Toda la guarnición de Mazagán está reunida en aquel punto, en disposición de hacernos los honores de ordenanza; no falta ninguno de los requisitos necesarios, ni áun la música militar representada por dos tambores y dos cornetas; al pasar delante de las filas, los soldados que están provistos de fusil nos presentan las armas, en tanto que otros, que sólo tienen sable, se colocan en actitud de saludarnos; pero la mayor parte están allí simplemente para hacer bulto, no llevando arma alguna como el famoso caballero de Marlborough. Según se nos hizo notar había allí soldados de infantería, artillería y marina, pero ningún signo exterior revelaba la especialidad á que cada uno pertenecía.

En sus trajes hay una variedad suma, que contrasta con su aspecto miserable; pero el modelo predominante consiste en chaleco encarnado con pantalón de algodón azul que apenas llega á la rodilla; por consecuencia, todos llevan las piernas desnudas, los piés resguardados por simples babuchas en chanclas, y los más afortunados, gastan fez

encarnado para la cabeza; hay muchos, sin embargo, que van cubiertos de verdaderos harapos, y en general todo revela una suma pobreza en el soldado de este hermoso país de Marruecos. El desgraciado tiene que trabajar para vivir y vestirse, como que, por toda gratificación, recibe un pequeño salario en especie que viene á representar unos seis ó siete céntimos diarios.

De la aduana pasamos á una vasta plaza pública, cuajada de curiosos que forman una masa blanca homogénea, á través de la cual los soldados nos abren paso con no poco trabajo. Nuestra curiosidad se halla excitada á cada momento por las innumerables particularidades que ofrece una población en la que todo es para nosotros original y pintoresco; pocos minutos después, nos encontramos delante de la casa de nuestro agente consular, que este excelente sujeto puso desde luego á disposición del ministro.

El pachá acompaña, rodeado de sus funcionarios, al Sr. Ordega hasta la habitación que se le ha destinado, y después del cambio de saludos, despedidas y apretones de manos, quedamos por fin en libertad de entregarnos al placer de pisar la tierra, al cabo de veinticuatro horas de navegación horrible.

CAPÍTULO II

Primer paseo por el campo.—El caid jefe de la escolta.—La *muna* ó tributo en especie.—Desembarco de nuestros compañeros.—Aspecto de Mazagán.—La policía de la ciudad.—Visita oficial al gobernador.—Presentación de un ultimatum.

Después de algunos instantes consagrados al descanso, de que tanto habíamos menester, salimos á visitar el campamento establecido en las cercanías de la ciudad, donde se hallaban reunidos hacía algunos días, por orden del Sultán y á expensas del gobierno marroquí, la escolta que ha de acompañarnos y todo el material de nuestra caravana; el viento sopló la noche anterior con tal violencia que todas las tiendas están por el suelo; inmediatamente se adelantó á recibirnos el jefe de la escolta, rodeado de sus oficiales, quienes, conduciéndonos por entre los grupos de caballos, mulas y camellos, nos explican todos los detalles del campamento.

El citado jefe de la escolta, Allah-ben-Kassem, es todavía joven, de simpática apariencia, de fisonomía inteligente y expresiva y de raza pura negra; sus ojos brillan con una expresión dulce, á pesar del color negro muy pronunciado de su rostro, y la extremada blancura de sus dientes se destaca á maravilla á través de su barba de ébano. Tiene el

título de caid-et-agha ó coronel. Parece muy lisonjeado por el apretón de manos del ministro.

Á nuestro regreso del campamento, encontramos una quincena de hombres cargados de grandes fardos que contienen provisiones de boca; llevan la misma dirección que nosotros, y algunos minutos después, penetran todos en la residencia de la embajada. El jefe de la cuadrilla manda colocar ordenadamente los bultos en el patio de la casa, y terminada la operación se dirigió al ministro diciendo: «En nombre del pachá y por orden del Sultán os traigo estas provisiones; si os parecen insuficientes, ó deseais alguna cosa especial, el pachá se apresurará á satisfacer vuestro deseo.» Pero las provisiones eran más que suficientes, y hubiera sido una exigencia inconsiderada el pretender todavía cosa alguna. En efecto, había allí dos carneros enormes, un centenar de gallinas y pollos, un millar de huevos, grandes cestos llenos de legumbres, ensaladas y frutas; especias para la condimentación de toda clase de guisos; muchas cajas de te y gran número de panes de azúcar.

Esta ofrenda es la *muna* ó contribución que se impone en casos determinados á los habitantes de una comarca, para atender á la subsistencia de una comisión ó caravana que con carácter oficial emprende un viaje. Creo inútil advertir que la *muna* es tanto más cuantiosa cuanto más se quiere honrar á las personas á que se destina. Pero lleva consigo el grave inconveniente de ser el pobre pueblo el que sufraga sus gastos, de suerte, que á la sombra de la decantada hospitalidad

oriental, se cometen abusos de una prodigalidad casi siempre odiosa.

La experiencia de anteriores embajadas ha demostrado que estas ofrendas exceden siempre en mucho á las necesidades reales de sus individuos, hecho comprobado en el caso presente. Según costumbre ya admitida, los restos de la *muna* se reparten entre la servidumbre y la escolta, que los venden ó los utilizan según lo tienen por conveniente. El Sr. Ordega, por un sentimiento de equidad y de justicia que le honra, tuvo intención de protestar contra semejantes abusos y no admitir de estos donativos forzosos más que lo absolutamente indispensable para cubrir las necesidades de la caravana; pero se le hizo notar que disminuiría su prestigio, y por consiguiente el de Francia, no mostrando por lo menos las exigencias de los gobernadores del país; y ya se sabe que estas exigencias encubren siempre molestísimas vejaciones. Por otra parte, es seguro que los desgraciados contribuyentes no hubieran sacado ventaja alguna de la generosidad del ministro francés.

El gobernador de la ciudad ó de la tríbu que ha de suministrar la *muna,* es el encargado de fijar su cuantía, señalando á cada uno de sus administrados una cuota proporcional á su fortuna, que se calcula según el número de caballos que posee. Como en el cálculo del gobernador está de antemano determinado que el total de las cuotas exceda considerablemente á la cantidad necesaria, resulta que una parte, casi siempre la más cuantiosa, se queda entre las manos del pachá. Rehusar la *muna* ó hacer que se reduzca á proporciones

razonables, sería un acto de generosidad que á nadie aprovecharía más que á los caids, y no vale la pena, por consiguiente, de arriesgarse por eso á perder el propio prestigio á los ojos de todos los caciques del país.

Entretanto esperábamos con impaciencia el regreso de las barcas despachadas al *Desaix*, con objeto de desembarcar el resto de la embajada; según parece el embarco ofrece las mismas dificultades con que hemos tropezado el día anterior. Desde la azotea de la casa podemos observar, una por una, todas las peripecias de la operación; se acerca la noche y en medio de la oscuridad será imposible, ó por lo menos temeraria, toda tentativa de abandonar el *Desaix;* por fin vemos que las barcas se alejan del vapor, y que éste, arrojando una gran columna de humo, se pone en movimiento al parecer con rumbo á Cádiz.

Todos corremos al puerto: las barcas llegan al muelle, pero con gran pesar no encontramos en ellas á uno sólo de nuestros compañeros; sólo traen una parte de nuestros equipajes, que es lo único que se pudo embarcar. Sobre la partida del vapor se nos dió una explicación tranquilizadora; el comandante, no creyendo bastante segura la rada, ha buscado en alta mar un lugar más apropósito para pasar la noche; su prudencia estaba perfectamente justificada; pocos días antes habían encallado en diferentes puntos de la misma dos barcos, que al bajar la marea, dejan ver parte de su arboladura, anunciando á los marinos la inseguridad de aquel puerto.

Al día siguiente nuestro primer pensamiento es

para los compañeros que quedaron á bordo; desde nuestro observatorio descubrimos á lo lejos el *Desaix,* que parece alejarse de Mazagán y navegar hácia el Sur con rumbo á Mogador; sin embargo, el mar está más tranquilo en la rada y el desembarco ofrecerá menos peligros que ayer. Seguimos con verdadera ansiedad los movimientos del buque, hasta que por fin le vemos cambiar de dirección, toma el rumbo de Mazagán, y á las diez echa el ancla á poca distancia de sus murallas; sin perder un instante se ponen en movimiento las barcas del puerto, y tres cuartos de hora después tenemos el placer de abrazar á nuestros compañeros, que nos son entregados sanos y salvos con todo el personal de la embajada y el resto de nuestros equipajes. La noche había sido horrible y no les había economizado ninguna de las pruebas que el mar ofrece en casos semejantes.

Mazagán, en árabe *Chedida* ó la nueva, es una población de 6.000 á 7.000 habitantes. No tiene el aspecto pintoresco de Tánger ni el sello típico oriental que caracteriza aquella clave del Estrecho, puesto que sus calles son relativamente anchas, bastante limpias, y tienen en su mayor parte regular pavimento. Al lado de las tiendecillas árabes, se ven algunos comercios más importantes, á cuyo frente se hallan de ordinario israelitas, no siempre naturales del país. Uno de los costados de la gran plaza que hemos atravesado á nuestra llegada, está ocupado por una serie de pequeños establecimientos, donde se sirve te y café y se escucha sin cesar el monótono canto y los acordes de la música de los moros. Mazagán se

permite además el lujo de un alumbrado, consistente en media docena escasa de mecheros para toda la población.

Como ya hemos tenido ocasión de advertir, está cercada de murallas, obra de los portugueses. Se hallan bien conservadas y son tan altas como las casas que defienden, por cuya razón no se descubre de lejos más que sus amarillentos muros y un minarete blanco que domina toda la campiña. Desde el interior no dejan ver ningún punto, sea del mar ó del campo, por lo que contribuyen á hacer demasiado sombrío el aspecto de la ciudad y poco agradable la residencia en ella.

Casi todas las casas tienen un sólo piso y ninguna llega al tercero. Según la práctica de todos los países cálidos, como puede observarse ya en el Mediodía de España, las techumbres terminan en azoteas, que en Mazagán ofrecen la particularidad de comunicarse unas con otras, de suerte que los habitantes de toda una manzana pueden visitarse sin poner los piés en la calle. Esta disposición añade, á una gran comodidad, la ventaja de facilitar sobremanera las relaciones de los vecinos.

El Sr. Ordega aprovechó su residencia en Mazagán para dar solución á un asunto, en sí de escasa importancia, pero en que estaba interesado el honor de la República francesa. Hace mucho tiempo que se hallaba en pié una reclamación, dirigida al pachá por nuestro agente consular, sobre indemnización de bienes robados. La visita hecha por nuestro ministro al gobernador le ofreció ocasión propicia para resolver de una manera natural y pronta la cuestión. Pero con objeto de dar más

realce al acto fue invitado á la visita todo el personal de la embajada.

Á la hora determinada nos pusimos en marcha, precedidos por los cinco moghaznis y cinco soldados ordinarios que constituyen la guardia de honor del ministro, y que nos acompañan en todas las salidas oficiales. Van armados de un palo largo y que, por el uso frecuente que hacen de él, es en sus manos un arma mucho más temible que el inofensivo sable que pende del cinturón de los moghaznis.

Nuestra salida atrajo, como siempre, una multitud de curiosos que se agolpaban á nuestro paso. Los que tenían la temeridad de acercarse demasiado eran rechazados de una manera brutal á empujones y á palos, que descargaban sobre ellos sin miramiento alguno y como si se tratase de arrear un vil rebaño de animales. Tal es el sistema empleado en este bendito país para despejar las calles. Un desgraciado perro que tuvo la malaventurada ocurrencia de ponerse al alcance del terrible palo, pagó su imprudencia con la pérdida de una pata; no hay para qué decir los ayes desgarradores que lanzaría la pobre bestia.

La casa del pachá está situada en una callejuela estrecha, y nada revela en su exterior que sea la residencia de la primera autoridad de la villa. La guarnición se halla formada á los lados de la puerta, y los tambores y trompetas anuncian con desagradable estruendo nuestra llegada. La comitiva sube un tramo de algunos escalones, de la más primitiva forma que he visto, en cuya parte superior nos esperaba el gobernador sin acompa-

ñamiento alguno. Desde la escalera se pasa inmediatamente á una piececita cuadrada, cuyas paredes están blanqueadas de cal y sin el más insignificante decorado, como todo el resto de la casa, y en ella fuimos introducidos.

Un sillón viejo y cinco ó seis sillas de caña, alquiladas para aquella ocasión no se sabe donde, componían el mobiliario de la pieza. El Sr. Ordega ocupa el sillón, y los de la comitiva, que no pudieron tomar asiento en las sillas, permanecieron de pié; en tanto que el gobernador se acurrucó á estilo oriental en una estera, colocada á la izquierda del ministro, y al lado de aquél hizo lo propio nuestro intérprete Sr. Benchimol. El embajador empieza por manifestar al pachá la satisfacción que le ha producido el excelente recibimiento que se le ha hecho en Mazagán, y á seguida le felicita por el orden que reina en la población y por la limpieza que en ella se observa. Acto continuo, pasando á otro asunto, según todas las apariencias no tan del agrado de su interlocutor, le trajo á la memoria la reclamación presentada por nuestro agente consular.

De un almacén de su propiedad se han sustraido varias mercancías, y el autor del robo es un moghazni encargado de la custodia del edificio. El Sr. Brudo ha reclamado inútilmente y en varias ocasiones la entrega de 750 francos, valor en que se han tasado los géneros, no obstante que el hecho está bien probado y que se conoce al ladrón, puesto que ha sido reducido á prisión por orden del mismo pachá. Como es natural, el ministro exige la restitución inmediata de la cantidad reclamada.

El pachá responde haciendo fervientes protestas

de adhesión y amistad, se inclina hasta el suelo, lleva la mano al corazón, y promete hacer cuanto pueda para arreglar el asunto á satisfacción del perjudicado. Desde luego se comprende que no tiene la menor intención de hacer justicia al reclamante, y que sólo se propone ganar tiempo para eludir el pago de la indemnización.

No obstante, el embajador hace ademán de creer en la sinceridad de sus palabras; pero insistiendo con energía para que el asunto quede zanjado inmediatamente, es decir, antes de nuestra partida. Puesto que es la única reclamación que le hace, exige que sea atendida, y en cambio promete al pachá que dará al Sultán su amo los más favorables informes de su administración y de su persona.

Terminado este incidente nos despedimos del gobernador, á quien dejamos absorto en reflexiones amargas, y regresamos á nuestro domicilio con el mismo acompañamiento de tambores y trompetas, y con el mismo ceremonial observado á nuestra venida.

Entretanto los agentes de todas las naciones, algunos en traje oficial, acuden sucesivamente á saludar y presentar sus respetos á nuestro embajador. Por último, se presenta una comisión de la colonia israelita, sin distinción de nacionalidad, compuesta de sus más ilustres representantes, que solicitan el honor de poder presentar sus respetuosos homenajes al ministro de Francia, en testimonio de su agradecimiento hácia la generosa nación que, según ellos, se ha mostrado siempre tan propicia para ellos, y que en todas las ocasiones ha proclamado y defendido la libertad de conciencia.

LIBRO TERCERO

DE MAZAGÁN Á MARRUECOS

CAPÍTULO PRIMERO

Ultimatum del ministro y pago de la indemnización.—Levantamiento del campo.—Orden de marcha.—Tríbu de El-Fhas.—Gum de la tríbu. —Fantasía árabe.—El caid y su tienda.—La kubba de Sidi-Brahim.

Ha llegado el momento de emprender nuestro verdadero viaje á través de Marruecos:

Eran las seis de la mañana cuando nos dirigíamos hácia el campamento, escoltados como siempre por nuestros moghaznis y soldados, que, según su humanitaria costumbre, hacen frecuente uso de sus garrotes para facilitar el tránsito de la comitiva. Á la puerta de la ciudad nos esperaba el gobernador con su acostumbrado séquito. La cuestión planteada en la visita del día anterior no había quedado resuelta; después de nuevo cambio de comunicaciones durante la tarde, el pachá había rehusado pagar la cantidad reclamada, no de una manera formal y perentoria, sino conforme al uso árabe, pidiendo plazos pretextando la necesidad de

dar cuenta del asunto al Emperador, en una palábra, empleando toda clase de aplazamientos, con el exclusivo objeto de diferir la solución y relegarla á completo olvido.

Bajo la impresión que le produjo tan innoble proceder, el ministro rechazó la mano que le ofreció el gobernador y prosiguió su camino sin prestarle atención alguna. El asombro, la sorpresa y la angustia se pintaron al mismo tiempo y con vivísimos colores en el rostro del pachá; apresuróse á explicar su negativa ó á atenuarla, asegurando mil veces que haría todo lo posible para satisfacer los deseos del embajador.

Pero éste no estaba de humor de dejarse alucinar por vagas promesas ni seducir por vanales protestas de amistad. Aunque hace mucho tiempo que el Sr. Ordega se halla ausente de Marruecos, ha estudiado con atención sus costumbres y sabe perfectamente cómo hay que conducirse con estos personajes, que de ordinario no tienen más fin que la rapiña ni obedecen á otro principio que á la doblez y al engaño. Por eso, sin vacilar un momento, le respondió estas precisas palabras: «Ayer te dirigí una sola reclamación y te has negado á satisfacerla á pesar de hallarse perfectamente justificada. Pues bien; todo ha terminado entre los dos: haz cuenta que no te conozco. Haré mi petición directamente al Sultán; es el primer asunto de que me ocuparé á mi llegada á Marruecos. Se muy bien que el Sultán se apresurará á hacerme justicia, por que tu señor no ignora que, cuando Francia defiende una causa, la acompañan siempre el derecho y la justicia.»



El viejo pachá quedó atolondrado ante una actitud tan firme y tan enérgica á la que no estaba acostumbrado; se inclina, se humilla, parece que va á arrastrarse por el suelo, y con voz quejumbrosa balbucea una vez más las consabidas protestas de adhesión, las mismas frases de excusa.

«Has faltado á tu palabra, le dice el ministro, las promesas y las excusas no me sirven de nada. Ó en este mismo instante pagas la cantidad que debes, ó pongo el hecho en conocimiento del Sultán y le pido tu destitución inmediata.»

Al escuchar esta amenaza, el pobre diablo se declaró vencido, y sin más dilación envió á buscar los 750 francos. Poco después que nosotros llegó el portador del dinero al campamento; la suma estaba completa y en buenos duros, encerrados en un saquito de tela. Recibióla el ministro que acto continuo la puso en manos de su dueño.

La escena tuvo lugar en presencia de un público numeroso y á la vista de todos los altos funcionarios de la ciudad, por cuya razón fué sin duda más sensible la humillación que sufrió el astuto gobernador.

Bajo el punto de vista de nuestras costumbres europeas, el procedimiento empleado por el ministro de Francia puede parecer harto severo; pero cuando se tiene algún conocimiento de estos pueblos musulmanes, cuando uno ha sido víctima ó testigo de la insigne mala fe de los pachás y caids, cuando por hechos mil veces repetidos se ha adquirido la convicción de que la dulzura y la persuasión no producen resultado alguno, y de que los procedimientos suaves no sirven más que para

envalentonarlos y hacer ridículo á sus ojos al que los emplea, se comprende la necesidad imperiosa de apelar á medios más rudos y eficaces; por eso, en el interés de Francia, nos felicitamos de que el Sr. Ordega lo haya comprendido así, y haya tenido también la energía y la abnegación necesarias para seguir ese procedimiento. El ejemplo será saludable y el hecho se divulgará seguramente fuera de las murallas de Mazagán.

El campamento presenta la confusión que naturalmente ha de producirse el primer día de un largo viaje; cuando se trata de organizar una numerosa caravana, con todos sus accesorios de caballos, mulas, camellos, tiendas, cantinas y aparejos diversos, aparte de un personal considerable de jefes, agregados, soldados y sirvientes, todo lo cual se mueve y se confunde formando no desagradable algarabía. En primer término se procede á la elección de cabalgaduras y á su aparejo. Casi todos los individuos de la misión fuimos provistos de la silla de montar europea, á fin de evitar los inconvenientes de las sillas árabes, que obligan al jinete á llevar las piernas encogidas y muy separadas; únicamente nos vimos precisados á dejar á los caballos las bridas por la dificultad de acostumbrarles á otras diferentes. En tanto que nosotros hacemos esta operación, parte de la servidumbre se ocupa en cargar las mulas y camellos, acto que se ejecuta en medio de la espantosa gritería y de los gestos grotescos de los conductores. Lo mismo los hombres que las bestias, se someten á un trabajo abrumador, sin economizar la fatiga; ¡desgraciada de la mula rebelde ó del camello que tarda en le-

vantarse después de impuesta la pesada carga! El garrote se encarga de reducir á cada uno á su deber con severidad extremada.

Dispuesta ya una parte del bagaje, se pone en marcha el convoy por pequeños grupos; de esta manera se levanta poco á poco el campamento, hasta que, por último, á las nueve de la mañana, nos disponemos á emprender la marcha los individuos de la embajada.

El ministro estrecha por última vez la mano del gobernador, cuyo rostro de comadreja y de vieja hechicera toma una expresión de delirante alegría cuando el Sr. Ordega le asegura que la paz está asegurada entre los dos, que todo queda olvidado, y que el incidente no llegará á noticia del Sultán.

Por vez postrera la guarnición hace al embajador los honores de ordenanza; únicamente se echan de menos los horripilantes desacordes de la música militar, porque sus instrumentos de cobre han quedado reducidos á la última expresión; necesitábamos un medio para poder reunirnos en el transcurso del viaje, y se nos cedió generosamente una de las trompetas de la charanga.

Ha llegado el feliz momento de ponernos en marcha. Á 50 metros, proximamente, camina un jinete que enhiesta la bandera roja de S. M. Sherifiana, abre la marcha de la comitiva; detrás de él van de frente cuatro jinetes, envueltos en anchos jaiques blancos y cubierta la cabeza con turbantes; llevan en la mano derecha sus espingardas en dirección vertical, con la culata apoyada en el pomo de la silla; á continuación va el jefe de la escolta con un moghazni montado á cada lado, de

los que prestan servicio en la legación de Tánger.

Á algunos pasos marcha el ministro, que monta un elegante caballo gris de majestuoso andar, larga crin, y cuya cola barre casi el suelo. Á su lado van cuatro hombres á pié. Sigue luego el personal de la embajada, caminando cada uno á la ventura, á merced de las cabalgaduras, mostrando algunos bien á las claras su inexperiencia en el arte hípico, en la poca habilidad con que dirigen sus monturas. Á corta distancia siguen nuestros domésticos personales, llevando pequeños objetos de que pudieramos haber menester en el transcurso del viaje.

Por último, cierran la marcha y protegen la retaguardia de la caravana, cuatro jinetes en la misma actitud y traje que los cuatro que la preceden.

La columna se mueve por un camino bastante ancho, apenas marcado en medio de los terrenos de cultivo que atraviesa, por frondosos bordes de palmeras enanas; las numerosas veredas que por él serpentean á través de espesa hierba ó de frondosa maleza, permiten libre y fácil paso á los animales. Pocos minutos después de nuestra partida empezamos la subida de una colina, desde cuya cima dirigimos la postrer mirada á la ciudad y al mar. Á la espalda dejamos algunos conductores de mulas y camellos que hacen esfuerzos para unirse al resto de la caravana; delante se extienden ya por la meseta los grupos que rompieron por la mañana la marcha, y en medio de ellos se destaca la litera, especie de palanquín llevado por mulas, puesto á disposición de la embajada y cuyo color

amarillo anaranjado le hace distinguirse perfectamente de lejos.

Muy luego desaparecen las tierras de cultivo y no queda alrededor de nosotros más vegetación que palmeras enanas y asfodelos en gran abundancia. Álzanse á trechos algunas tiendas negras, alrededor de las cuales pastan pequeños rebaños de vacas y carneros. Un poco después, el camino, que por algún tiempo se había casi confundido con el suelo de pedregosas landas, vuelve á dibujarse con claridad á través de vastos y ricos campos sembrados de centeno, maiz y cebada, cuyos matices verdes, diferentes según la clase del cultivo, se suceden sin interrupción en una inmensa llanura ligeramente deprimida, cuyos límites no llega á descubrir la vista.

Á la entrada de este valle se encuentran los primeros destacamentos de la tríbu El-Fhas, cuyo territorio confina con el de la provincia de Mazagán. Pertenece á la extensa y feracísima provincia de Dukala, cuya producción, en circunstancias favorables, basta para cubrir las necesidades del país, y de la que podrían sacarse incalculables riquezas con un cultivo más inteligente y cuidadoso, derogando la antieconómica prohibición de exportar cereales.

Al llegar á este punto se nos preparó una agradable sorpresa con ribetes de escena de teatro. Medio centenar de jinetes, mandados por el caid de la tríbu, hasta entonces completamente ocultos detrás de una ligera ondulación del terreno, como á 100 metros del camino, se precipitaron de improviso contra nosotros con tal furia, que en el pri-

mer momento creímos que era un ataque formal á la caravana. Pero de pronto, á una señal del comandante, se detienen todos los jinetes con pasmosa maestría, y el caid, destacándose de la columna, se adelanta solo para salirnos al encuentro. Cuando estuvo delante del ministro le alargó la mano, y en nombre del Sultán le promete amistad, ayuda y protección en su territorio. «No esperaba otro recibimiento, respondió el ministro. En representación de Francia, vengo aquí como amigo de de tu país y de tu Soberano.» El caid se inclina entonces en señal de homenaje y de agradecimiento, y volviendo á tomar el mando de su gente va á colocarse á retaguardia para darnos escolta. Algunos jinetes que se habían retrasado cruzan en aquel momento los campos sembrados, con la rapidez del rayo, y se unen á la columna.

La caravana, con su nueva escolta de arrogantes jinetes, perfectamente montados y equipados, presenta un golpe de vista por demás sorprendente. Á nuestro paso quedan desiertas las tiendas y chozas de paja, llamadas *gurbis* en que se albergan los habitantes de la comarca; los hombres se acercan todo lo posible para contemplarnos á sus anchas; las mujeres, más reservadas, permanecen á distancia, pero nos saludan agitando una especie de banderitas rojas, lanzando al mismo tiempo un grito particular, gangoso, tembloroso y prolongado, á manera de susurro muy agudo, que en todo el Oriente es señal de regocijo y alegría.

Hicimos alto en las cercanías de la aldea de El-Fhas, cuyas construcciones, hoy en ruinas, se remontan á la época de la dominación portuguesa.

Un corto número de familias viven allí en tiendas, ó bien al abrigo de las ruinas, sobre las que se destacan una docena de soberbias palmeras que vegetan entre los escombros. En los alrededores prosperan magníficos algarrobos y en terrenos con cercados de piedra se dan á maravilla la higuera y el almendro.

En medio del pueblo, casi arruinado, se ve una pequeña mezquita sin minarete. Falsos informes nos la habían hecho tomar por un hammam ó casa de baños, pero muy luego salimos de nuestro error; porque los árabes, al vernos tomar la dirección de aquel edificio, corrieron en pos de nosotros, y cuando nos disponíamos á penetrar en el vedado recinto, se pusieron á gritar con toda la fuerza de sus pulmones: *¡Chemmâ! ¡Chemmâ!* (¡Mezquita! ¡Mezquita!) Toda insistencia era inútil: el cristiano que osara franquear la puerta de una mezquita se expondría á una muerte segura.

En un terreno próximo se había levantado una tienda destinada á proporcionarnos sombra y abrigo durante el almuerzo. Cuando éste tocaba á su término, se presenta el caid á pedir al ministro permiso para ejecutar en su presencia una fantasía morisca.

Seis ó siete jinetes marchan perfectamente alineados al trote corto, partiendo á una señal de su jefe que ocupa el medio. Al grito de *¡ah! ¡ah!* lanzado por éste, los jinetes ponen los caballos al galope y levantan las espingardas ó fusiles por encima de la cabeza á la altura que da el brazo derecho. Al segundo grito *¡ah! ¡ah!* más vigoroso que el primero, se lanzan los caballos á una carrera

vertiginosa, en tanto que los jinetes levantan de nuevo los fusiles, los hacen girar en molinete, preparan y descargan el arma con la mano derecha solamente. Con el ruido de las detonaciones se confunden los gritos y algazara de los jinetes, que aceleran aún la velocísima carrera de los caballos. Llegados á la meta los detienen como por encanto y dan la vuelta, mientras que el jefe, marchando en semicírculo, va á colocarse á la cabeza de su gente para conducirlos al punto de partida. Cuatro ó cinco veces se repite á nuestra vista este ejercicio, ejecutado siempre por grupos distintos; pero el que más se hace notar por la destreza y agilidad con que ejecuta la maniobra, es el que manda el hijo del caid, que se distingue de todos los jinetes por el rico aparejo amarillo de su magnífico caballo.

Todos nos apresuramos á colmar de gracias y felicitaciones al caid, anciano de hermosa presencia, de barba blanca, alto, robusto y de constitución vigorosa, de ademán imponente y majestuoso. El ministro le invita á tomar asiento en nuestra tienda, distinción que acepta con muestras de placer, lo mismo que el jefe de la escolta, que se había hecho acreedor á nuestras atenciones. Ambos dejaron las babuchas á la entrada de la tienda, y descalzos se sentaron sobre la estera que cubría el suelo. En la seguridad de que no hubieran aceptado nuestros manjares ni nuestros vinos, se les hizo servir café y media docena de huevos, que acometen á su manera, metiendo los dedos en el plato común, sin preocuparse lo más mínimo del uso que podían hacer de los platos y tenedores que tenían á su alcance. La presencia de tan simpáticos huéspedes nos

ofrece una distracción agradable, hasta que llega el momento de reanudar nuestra jornada.

Eran las cuatro, cuando, sin nuevo incidente digno de mención, llegamos al pié de una pequeña altura, sobre la cual se alza la kubba ó marabut, es decir, la tumba de Sidi-Brahim. Este era el punto escogido para establecer nuestro primer campamento. Á nuestra llegada se habían levantado ya las tiendas, y cada uno pudo tomar inmediatamente posesión de la que se le había designado. Por la confusión con que yacían por el suelo, nos costó algún trabajo encontrar nuestros respectivos equipajes, pero gracias á la excelente dirección de la caravana, media hora después estábamos todos perfectamente instalados.

El día anterior se nos había entregado la segunda *muna* correspondiente al segundo día de residencia en Mazagán; el caid de la tríbu, cuyo territorio atravesamos, se presenta pocos momentos después á ofrecernos la tercera, igual á las anteriores por la naturaleza y la cantidad de las provisiones. Representa el peso de muchas bestias de carga. En efecto: varios camellos y mulas se detienen ante la tienda del ministro, donde se exponen todos aquellos productos tan variados como abundantes. No se ha olvidado ninguna de las necesidades que pueden ofrecerse á un viajero para que no carezca de nada, incluso combustible para preparar los alimentos, velas para alumbrar las tiendas, y cebada para las caballerías.

Á la vista de semejante despilfarro, volvemos á sentir la tentación de protestar contra los abusos que en obsequio nuestro se cometen; pero cada vez

adquirimos nuevas pruebas de la inutilidad de tal protesta, y tenemos que resignarnos á ver que nuestra presencia, que debía ser motivo de alegría y regocijo para los pueblos situados á nuestro paso, se convierte en terrible azote para ellos, por razón de las cargas y vejámenes que se les imponen.

CAPÍTULO II

Primera noche pasada en la tienda.—Viaje en litera.—Los pozos de los Uled-Zied.—Visita á la aldea.—Cercados ó aduares.—Tienda árabe.—Escuela de niños.—Una mujer agradecida.—Diversión pirotécnica en el campamento.

Nada hay más agradable que una noche pasada bajo la tienda de campaña, cuando la instalación interior es buena y la temperatura del ambiente agradable. Naturalmente, se me vienen á la memoria las tristes noches en que dormí también bajo una tienda, prestando servicio en la ambulancia del monte Valeriano, durante el crudo y funesto invierno de 1870. Pero ¡qué diferencia de tiempos y de lugares! Lo que entonces era mortificante y penoso, es hoy un verdadero encanto.

Por lo demás, la disposición de las tiendas es tan cómoda que apenas sería posible perfeccionarla, para una expedición como la que nosotros habíamos emprendido. Ocupábamos, bien solos, ó por grupos de dos á tres individuos, una tienda cónica, espaciosa y elevada; es decir, una verdadera tienda de general en campaña. Dos largos maderos unidos paralelamente por tiras de tela, y cuyos ex-

tremos descansan sobre los cuatro bordes de dos cajas de nuestros equipajes, forman el fondo de un catre de tijera, bastante ancho y con la elevación suficiente para no sentir ninguna de las molestias que ofrece el dormir sobre el suelo; encima un buen colchón, excelentes sábanas, almohada y las mantas necesarias; allí no faltaba nada para pasar una noche deliciosa después de una jornada de muchas horas á caballo.

Cada uno dispone de provisión de agua abundante encerrada en vasijas de estaño muy útiles para estos viajes, y en una mesita encontramos servilletas y los utensilios para el tocador masculino; una silla de tijera completa el mobiliario de nuestra casa, en la que no faltan fuertes ganchos, fijos en el palo central que sostiene la tienda, que hacen las veces de perchas.

¿Qué más podíamos desear en el centro de Marruecos? No es de maravillar que á las cinco y media de la mañana, al primer toque de diana, estuviésemos dispuestos y descansados para reanudar el interrumpido viaje. Dentro de las tiendas reina oscuridad casi completa; fuera empieza á despuntar la aurora y á mostrar los objetos como sombras indecisas y vagas; en el contorno sólo se descubre la cúpula del marabut, semejante á una luna envuelta en celajes.

El cielo está nebuloso y amenaza lluvia; pero á los pocos minutos de ponernos en marcha, el sol empieza á rasgar las nubes y disipa nuestros temores. El terreno es más accidentado que el día anterior y se va elevando por una serie de colinas incultas y pedregosas, en las que se descubren al-

gunos miserables aduares formados de tiendas y de gurbis.

Ocúrreseme la idea de utilizar la litera, que nadie ha ocupado, instalándome en ella para escribir durante la marcha mis notas de viaje; pero pronto reconozco la imposibilidad de realizar mi pensamiento. El artista que la ha construído no conocía con bastante exactitud las leyes del equilibrio. Este palanquín, que por su color brillante y chillón revela el gusto oriental, y cuyo exterior despierta la idea de algún Sultán fastuoso que gira una visita á las provincias de su Imperio, no es otra cosa que una silla de manos de dimensiones extraordinarias, desprovisto de toda comodidad y de lujo. Llévanle dos mulas, que marchan: una en la parte anterior, y otra en la posterior del aparato, entre dos parihuelas, sujetas por una argolla al aparejo de las bestias. Mas estas parihuelas, en lugar de correr por los costados y á cierta altura de la litera, como se verifica en la silla de mano ordinaria, corren por debajo, de suerte que cada paso de los animales produce en el palanquín oscilaciones que hacen inaguantable la posición del viajero. Los tres hombres que van á cada lado del aparato, no hacen otra cosa que mantenerle en equilibrio, y cuando ocurre alguna sacudida violenta, tienen que emplear todas sus fuerzas para evitar que vuelque ó ruede por el suelo. Es verdad que esta disposición tiene por objeto elevar el fondo del palanquín á la altura del flanco de los animales, para impedir el choque contra las desigualdades del terreno, que pudieran desfondarle; pero se ha evitado un peligro haciendo inútil el aparato. Y sin embargo, hu-

biera sido fácil, por medio de entalladuras ó anillos colocados en los costados laterales, hacer que las parihuelas pasaran por debajo ó por los lados, según la naturaleza del terreno que debía recorrerse, con sólo practicar una operación tan sencilla como rápida. De esta manera se hubiese podido utilizar el aparato en los puntos llanos de nuestro trayecto; pero no dió más de sí el genio del constructor marroquí.

El único medio de poder viajar dentro de la litera, es ir tendido en el fondo de la misma; pero, aparte de que no se èvitan del todo los efectos de las sacudidas violentas, se priva uno del placer que proporciona la contemplación del paisaje, y de la conversación con los compañeros de expedición, por lo que el aburrimiento acaba por decidirle á uno á montar de nuevo á caballo y dejar la litera para el caso de extremada fatiga.

Durante el trayecto de esta mañana nos dan escolta los caids y jinetes de dos tríbus reunidas. Sus trajes, sus caballos y su equipo no ostentan la riqueza de los que nos escoltaron el día anterior y guardan proporción con la esterilidad y pobreza del país que atravesamos.

Al cabo de tres horas de marcha llegamos á las orillas de un chott ó daya, pequeña laguna situada en el fondo de un vallecito cerrado por colinas. Es un lugar triste, solitario y de aspecto agreste, pero la hierba espesa, sobre la que á trechos se destacan algunos arbustos y la abundancia de agua de un manantial próximo, nos invitan á descansar en este sitio. En él se celebra precisamente un mercado todos los miércoles, de donde le viene el

nombre de suk-el-arbâ ó mercado del miércoles.

Esta vez no invitamos á los caids á compartir nuestro almuerzo; cada uno se acomoda á su manera. Á corta distancia de nosotros vemos acurrucado y sólo al jefe de nuestra escolta, que á la sombra del palanquín prepara su almuerzo, consistente en un huevo duro que sazona con sal, y un pedazo de pan untado de manteca, que en aquel momento yacía por el suelo. Por el almuerzo del coronel puede venirse en conocimiento del trato que se dan los soldados.

Para terminar la etapa de este día tenemos que franquear aún varias colinas, pero el suelo ostenta ya excelentes cultivos en las partes bajas, por más que las alturas presentan el mismo aspecto pedregoso y estéril que antes. Por último, atravesamos un valle perfectamente cultivado y risueño, que termina en los aduares de los Uled-Zied, en cuyas cercanías se levanta nuestro segundo campamento.

El sitio reune para este objeto condiciones altamente favorables; forma una vasta explanada, de suelo perfectamente liso, limpio y firme. Los *sportsmen* encontrarían aquí un magnífico campo para sus carreras. El terreno, abierto en una extensión muy considerable, ofrece aspecto alegre y risueño que produce en el ánimo una impresión de bienestar.

Dos pozos que hay en las cercanías, semejantes á los que en otros puntos hemos encontrado, nos ofrecen agua en abundancia. Estas cisternas, á pesar de la sencillez extrema de su construcción, tienen un sello particular, pero bien conocido en España; dos pilares, generalmente de fábrica, que

se levantan á los lados opuestos de un brocal circular, soportan un árbol horizontal que sirve de torno, alrededor del cual se arrolla una cuerda.

El agua del pozo se eleva por medio de animales, que tiran de una punta de la cuerda, de cuyo extremo opuesto pende el recipiente que extrae el líquido, de suerte que, la pista que recorre la bestia, mide exactamente la profundidad del pozo, que suele ser muy considerable. En los que tenemos á la vista alcanza unos 40 metros. Al lado de uno de ellos hay un depósito, abierto en el centro de una masa de materiales acumulados en forma de montículo roquizo, que ha suministrado materia al lápiz de nuestros artistas, sobre todo, en la hora en que los camellos acuden á beber agua.

Las tiendas de los Uled-Zied forman un pueblecito de 200 habitantes, próximamente, situado sobre una eminencia á cuyo pié se ha levantado nuestro campamento. Inmediatamente después de nuestra llegada acuden los hombres de la aldea, que muestran gran interés por examinar de cerca á los europeos de la caravana; poco después se ven descender grupos de mujeres que permanecen á distancia y nos saludan con sus estridentes gritos.

Esta es la población más importante que encontramos desde nuestra salida de Mazagán, por lo cual despertó muy particularmente nuestra curiosidad de examinar sus detalles. Un camino bastante practicable conduce á ella, y un jinete de nuestra escolta con tres individuos de la tríbu nos sirven de guías.

El pueblo está formado por una serie de pequeños cercados ó aduares, hechos generalmente de

piedras yuxtapuestas, y muy pocos de paredes bien construídas, en cuyo interior se levantan las tiendas ó gurbis, alrededor de las cuales hay á veces pequeños cultivos, pero ni un sólo árbol. Cada aduar sirve de casa á una familia.

En los espacios que dejan los aduares, cuya disposición es completamente arbitraria y no obedece á ningún plan determinado, se alzan tiendas y gurbis aislados en que se albergan familias menos favorecidas por la fortuna. Uno de los guías llama nuestra atención hácia un edificio de hermosa apariencia que sirvió de residencia al anterior caid. Éste había muerto, y su hermano vive aún en prisión por no haber tenido presente que en este país delicioso, el que logra reunir una fortuna, por muchos sudores que le haya costado, no es más que el usufructuario, y eso provisionalmente, porque el Sultán conserva siempre el derecho de reivindicar para sí la posesión definitiva de los bienes de sus vasallos.

Como habitación humana es imposible encontrar nada más miserable que las tiendas y chozas aisladas que he mencionado; y sin embargo, su aspecto exterior, sucio y deteriorado, apenas da cabal idea de su pobreza interior. Penetramos en una de ellas, cuyos inquilinos se hallaban ausentes en aquel momento; jirones de esteras extendidos por el suelo, una piedra de moler grano, algunas vasijas rotas y unas cuantas raíces de manioc, sin duda destinadas á alimentar á la familia en aquel día, es todo lo que vimos en la choza. Una tela hecha jirones que pende del techo la divide en dos compartimientos, uno de los cuales está reservado

á las mujeres, á pesar de lo cual ni es más limpio ni ofrece más comodidades.

Al lado de ésta vimos otra tienda de mejor aspecto que ella, y con un ancho hueco en una de sus fachadas: es la escuela de la aldea. Ocho muchachos, con la cabeza afeitada y un sólo mechón de pelo que llevan trenzado en la coronilla, se ven allí acurrucados en círculo alrededor del maestro. Cada uno tiene en la mano una pizarra en la que hay escritos caractéres arábigos. Inútil es advertir que todos, como movidos por un resorte, levantaron hácia nosotros sus ojos asombrados. Aquellas ocho criaturas eran futuros intérpretes del Corán, ya que toda la instrucción que se da en Marruecos se limita á la lectura y explicación del libro santo, y ésta se halla reservada á los varones, porque á las mujeres se las deja en la más absoluta ignorancia. En las ciudades hay algunos privilegiados que encuentran y aprovechan la ocasión de aprender los rudimentos de la Aritmética, de la Historia y de la Geometría: es todo lo que necesitan para ingresar en la clase de sabios y letrados.

Al tener noticia de nuestra presencia en el pueblo, todos sus moradores acuden ávidos de comtemplar de cerca á un europeo, y como su curiosidad despierta más nuestra simpatía, damos á los soldados orden de que les dejen aproximar cuanto quieran. La mayor parte nos ofrecen leche en vasijas de hoja de lata ó jarritas de barro, no con el propósito de sacar alguna utilidad, como en un principio creímos, sino como muestra de agasajo. Por nuestra parte, sin aceptar el obsequio, les distribuímos algunas monedas; pero uno de nuestros intérpre-

tes, Bu-Taleb, árabe de nacimiento, que por consecuencia conoce bien los usos del país, se cree en el deber de corresponder á las atenciones que se nos prodigan, y con repetidas muestras de cortesía, bebe sendos tragos de leche.

Detenida sin duda por sus ocupaciones, llega entonces una mujer, corriendo con toda la ligereza que la permitían sus piernas, haciendo esfuerzos para abrirse paso entre la multitud que nos rodea. Es joven y lleva descubierto su rostro expresivo, rodeado de hermosos cabellos negros que caen en desorden. Á la espalda lleva un niño en mantillas que sostiene con la mano izquierda, mientras que con la derecha alarga hácia nosotros un pollo, insistiendo para que aceptemos su obsequio. Se nos dijo que era la inquilina de la choza que habíamos visitado, cuyo profundo agradecimiento se muestra en la insistencia con que pretende obligarnos á recibir lo que tal vez constituye una buena parte de su fortuna, empleando para ello el gesto, la palabra y su expresiva mirada. Bu-Taleb no juzga oportuno apropiarse el pollo, por la imposibilidad de comérselo crudo y con plumas.

La aproximación de la noche nos obliga á suspender nuestra agradable excursión, y regresar al campamento, antes que la oscuridad nos ponga en el inminente peligro de caer en alguno de los numerosos silos que por todas partes se encuentran.

El día termina con un ejercicio que nos divierte grandemente. Después de la comida se hace un gran montón con los restos del combustible comprendido en la *muna* del día, se prende fuego, y en pocos minutos se forma una inmensa hoguera á

través de la cual saltan con agilidad suma nuestros árabes, despertando la hilaridad de los viajeros y de los moradores del pueblo, que contemplan el espectáculo semipirotécnico desde las inmediatas alturas.

CAPÍTULO III

Brillante fantasía.—Caza con halcón.—Mendigos leprosos.—Gran mercado de Sidi-ben-Nur.—Delicadeza del caid con la embajada.—Puritanismo marroquí.

La noche ha sido fría y el viento ha azotado con violencia nuestras tiendas; pero la dosis de cansancio que tomamos todos los días, sin ser excesiva ni agobiante, nos dispone admirablemente al sueño; así es que todos dormimos á maravilla, y nadie falta al café, que tomamos en actitud de marcha todas las mañanas.

Las primeras horas del día conservan la frescura de la noche, que nos obliga á echar mano de los abrigos. Sin embargo, el cielo está despejado y por Oriente aparece el sol con el brillo que de ordinario ostenta en estos países.

Franqueadas las suaves pendientes á cuyo pié habíamos pasado la noche, cruzamos una vasta meseta cubierta de vegetación frondosa, en su mayor parte de cultivo. En todas direcciones se extiende á nuestra vista un horizonte sin límites; únicamente hácia el Sur se descubre la vaga silueta de una cadena de montañas, medio veladas por los vapores de la mañana, y cuya forma no podemos trazar por la distancia. Sin embargo, en me-

dio de tan vastas proporciones, el paisaje es hermoso á la vez que risueño y delicado, y el ánimo se dilata con satisfacción indecible al contemplar el armonioso panorama; y es que la Naturaleza, en estos países del Mediodía, produce en el espíritu un gran bienestar mezclado de plácida alegría.

Á bastante distancia de la caravana descubrimos poco después de ponernos en marcha, unos 50 jinetes, que vienen á buen paso en dirección opuesta: es el *gum* ó contingente de una nueva tríbu. El terreno se presta á las evoluciones favoritas de los jinetes árabes, y tan pronto como nos descubren, empiezan algunos á ejecutar una agradable fantasía, acercándose cada vez más á la caravana; pero antes de llegar á nosotros vuelven grupas y van á reunirse al resto de la tropa, compuesta de 50 jinetes admirablemente montados y equipados.

Entonces los 50 jinetes vuelven á ponerse en marcha, formados en una sola línea de frente. Precédeles el caid, hombre de edad avanzada, de facciones delicadas y de porte tan distinguido como simpático. El anciano se acerca al ministro y, al darle el apretón de manos acostumbrado, parece expresarle con más viveza que todos los que le han precedido, los mismos sentimientos de simpatía y las mismas protestas de amistad. Después del cambio de saludos, se abre la línea de jinetes para dejarnos paso y los dos grupos van á colocarse á retaguardia.

Pero desde aquel momento los ejercicios ecuestres se suceden sin interrupción, tomando parte en ellos, ya el escuadrón en masa, ya grupos que

se colocan á los costados de la caravana para ejecutar sus sorprendentes evoluciones. Mientras que nosotros proseguimos nuestra pausada marcha, corren ellos hácia adelante, vuelven al punto de partida, y repiten esta operación un sinnúmero de veces, siempre con la misma gallardía; más de una vez nos detenemos para admirar mejor su agilidad prodigiosa y su admirable destreza.

De ordinario practican estas fantasías divididos en grupos de 15 hombres. Al oir la voz de mando lanzan á toda carrera los caballos, levantan con una mano el fusil, lo agitan por encima de la cabeza en forma de molinete, y de repente, abandonando las bridas, agarran el arma con las dos manos, apuntan, hacen fuego y se arrojan convulsivamente hácia atrás lanzando frenéticos gritos. En medio de estas contorsiones, blanden nuevamente el fusil, y los más diestros le arrojan en alto para cogerle á la caída con precisión admirable.

Dos mulas cargadas de municiones siguen al pelotón en sus evoluciones para reponer los cartuchos gastados en las descargas.

De vez en cuando uno de los jinetes queda sólo y nos sorprende con alguna habilidad inesperada. Una vez lanzado su caballo á toda carrera, libres las riendas, se levanta sobre los estribos, y dando vueltas encima de la silla, dirige la puntería á derecha é izquierda, hácia adelante y hácia atrás, para hacer fuego en una dirección cualquiera, sin perder el equilibrio ni interrumpir su vertiginosa carrera.

Aquellos trajes de incomparable blancura, aquellas armas que deslumbran con su brillo, aquellas

monturas elegantes y nobles, sus ricos equipos en que centellea el oro y brillan el rojo, amarillo, azul y verde, artísticamente combinados; todo este armonioso conjunto, puesto en moviento rápido, inundado de luz y con una incomparable riqueza de colorido, produce un efecto casi mágico; repetidos cien veces los mismos ejercicios no se cansa uno de contemplarlos.

El ministro, después de expresar su satisfacción al caid, le suplicó que tuviese á bien presentarle sus dos hijos y su hermano, que se hallaban á la cabeza de los jinetes, á fin de darles gracias y felicitarles. El anciano jefe de la tríbu oyó conmovido tales testimonios de consideración, á los que correspondió inmediatamente invitándonos á fijar nuestro próximo campamento dentro de su territorio; pero disposiciones adoptadas con antelación no nos permiten aceptar su generoso ofrecimiento.

La comarca es más rica y está más poblada que la que hemos dejado á la espalda; de ambas cosas dan testimonio las banderas blancas ó rojas, que en gran número agitan las mujeres á nuestro paso, saludándonos, como siempre, con su peculiar susurro, á manera de chillido de ave desconocida, para el que no hemos podido encontrar una comparación adecuada.

Los aduares son aquí más numerosos y están casi todos rodeados de un seto de cactus. Hay también gurbis pero muy pocas tiendas, lo que es indicio del carácter sedentario de la población, ya que, como es notorio, la tienda por su fácil traslado sirve á la vez de morada y albergue á los pueblos nómadas. Los gurbis son chozas de paja que terminan

en cono puntiagudo y que vistas de lejos, semejan perfectamente á los molinos de heno que se usan en determinadas comarcas de Francia, y á ciertas chozas de guardas y pastores de España.

Para desentumecer las piernas, hubimos de adoptar la resolución de hacer en cada hora una parada de pocos minutos. En uno de estos descansos se nos presentaron de repente, sin que antes hubiésemos advertido su presencia, gran número de halconeros, llevando cada uno su ave de rapiña en una de sus manos, que se halla resguardada por un guante. El animal lleva la cabeza cubierta con un capuchón de cuero que le cubre los ojos, á fin de que no pueda ver sino cuando va en persecución de sus débiles é inocentes víctimas.

Aprovechando la ocasión de presenciar este género de caza, abandonado ya en países civilizados, algunos individuos de la comitiva nos apartamos del camino para ir en seguimiento de los halconeros. Pocos momentos después vemos á los alados cazadores revolotear por el aire, y perseguir á las avecillas que vuelan asustadas en todas direcciones; pero gracias á su escaso número, en una región desnuda de árboles, y sobre todo á su precipitada fuga, logran sustraerse á las garras de sus temibles enemigos. De esta manera nuestra diversión resulta inocente y no ha costado sangre. Desgraciadamente el tiempo estaba harto tasado, y no pudimos prolongar mucho distracción tan agradable y nueva para nosotros.

Á medida que vamos avanzando por la llanura, toma el terreno aspecto más pobre, hasta que, al llegar á la kubba de Sidi-ben-Nur, no vemos alre-

dedor de nosotros más que estériles landas. Muy luego, una espesa nube de polvo que se levanta á distancia nos da á conocer el mercado que se celebra todos los mártes cerca de dicha kubba, y nos congratulamos de encontrarle en nuestro camino.

Pero antes de llegar á dicho punto tuvimos que pasar obligada revista á una turba de mendigos escalonados á lo largo del camino, que se apostaron allí sin duda al tener noticia de nuestra llegada. Eran leprosos, al decir de las gentes, y hablando con más propiedad, infelices enfermos cubiertos de úlceras ó de afecciones eczematosas, de tal manera, que no les quedaba ni una pequeña porción de la piel al descubierto. La uniformidad de su traje no permite distinguir apenas la diferencia de sexos; hombres y mujeres llevan el rostro cuidadosamente escondido detrás de una tela que suele revelar en sus manchas la enfermedad del paciente, y todos gastan sombrero de paja de anchas alas. Todo esto lo hacen por conformarse á las rigurosas prescripciones que de esta manera les obligan á anunciar su presencia y su enfermedad para que el transeunte pueda evitar su contacto. El generoso reparto de monedas que se les hace despierta más y más su apetito, y tan importunos y pesados llegan á ser sus ruegos, que los soldados se ven obligados á intervenir, y falta poco para que dejen á uno en el sitio de un golpe dado con excesivo celo. En vano protestamos una y otra vez contra estos bárbaros procedimientos, la acción es tan rápida que la protesta llega siempre tarde.

Por fin nos encontramos en el *suk-tléta* ó mercado del mártes, en el que se reunen de 2.000

á 3.000 personas, que acuden allí de todos los puntos de Marruecos á realizar algún negocio, sea grande ó pequeño. Aquella masa blanca y compacta, que de lejos parece inmóvil en medio del desnudo llano, ofrece el aspecto de un inmenso rebaño de ovejas reunidas allí por el temor de enemigos; ni un árbol, ni un edificio, ni el más insignificante abrigo, se destaca entre aquella muchedumbre, que, como dominada por la creencia en el fatal destino, parece insensible á la inclemencia de los elementos. Á un centenar de metros se halla la mencionada kubba, cuya presencia puede haber sido la causa principal que ha determinado la elección de este árido sitio para la celebración de la feria.

Á medida que nos acercamos se pone en conmoción todo el mercado y se dirige al encuentro de la comitiva; pronto nos vemos acometidos por una oleada de fantasmas blancos, cuyo empuje apenas pueden contener los soldados de la escolta. No lejos de allí se había establecido nuestra tienda de parada, y fué necesaria la intervención de los jinetes del *gum*, que se formaron en fila, para facilitar nuestro tránsito.

Tan pronto como echamos pié á tierra entregamos las monturas á los criados para dirigirnos al *real* de la feria, que con tanta viveza picaba nuestra curiosidad. Inútil es advertir, que sin la eficaz intervención de los soldados nos hubiera sido imposible abrirnos paso á través de aquella muchedumbre agitadísima, tan ávida de ver á los europeos como nosotros lo estabamos de contemplarla de cerca. Para vencer las dificultades de la circulación, nos preceden á caballo el jefe de la escol-

ta y el hermano del caid de la tríbu, que nos protegen, tanto con su autoridad como con la fuerza de su brazo, haciendo apartar de nuestro camino todo estorbo; caballos, asnos, carneros, camellos, y sobre todo los hombres, cuya curiosidad importuna les hace mucho más incómodos que las bestias.

De esta manera pudimos circular libremente, aunque sin norte fijo, á través de aquella desordenada y confusa muchedumbre, ávidos de verlo y observarlo todo. También los moros nos miran con atención, por más que no tienen exacto conocimiento de lo que somos y representamos. Nos designan con el nombre genérico de cristianos, calificativo que á cada paso se escapa de sus labios, según nos hacen observar los intérpretes, pero ignoran si somos ingleses ó franceses, y no muestran el menor interés por descifrar el enigma; bástales saber que somos cristianos.

Á excepción de los tejidos de algodón que se venden en tenduchos, todos los productos de la feria se hallan expuestos al aire libre. La única señal que allí se descubre de clasificación y de orden, en medio de una confusión verdaderamente laberíntica, es que los objetos de la misma naturaleza se hallan por lo general reunidos; los animales, en un punto; los granos, en otro; aquí frutas, naranjas y dátiles principalmente; allí aves y huevos; acá se ven animales muertos, colgados de travesaños de madera ó sufriendo la pena capital de manos del matarife, ó en el acto de ser desollados; en otro lugar talleres de tintorero que funcionan al minuto, y más adelante forjas y herrerías,

en que los artesanos, sentados en tierra delante de los yunques, apoyados directamente en el suelo, baten el hierro con la misma indolencia que si batiesen huevos moles. Por lo demás, casi toda su industria se reduce á herrar las caballerías.

En medio de tan diversos productos y mercancías, confundidos con las bestias, se agita la bulliciosa muchedumbre produciendo un ruido monótono que ensordece; sobre todo, delante de los montones ó escaparates de géneros, no se ve ni se oye otra cosa que gesticulaciones y gritos como de energúmenos; creeríase que todos se hallan dominados por accesos de cólera y prontos á despedazarse, tal es el calor con que disputan y celebran sus tratos. Y sin embargo, nada es más inexacto; ese es su tono habitual de hablar y la manera de ultimar sus negocios. Pero en el fondo guardan perfecta calma, á lo menos ellos así lo creen, y nosotros podemos atestiguar que en nuestra presencia no se produjo la menor riña.

Todo el mundo sabe que la vida es muy barata en Marruecos; porque áun en los años de sequía, como parece serlo el presente, si sube el precio de los granos, en cambio los ganados se venden á precios fabulosamente baratos: una vaca viva no cuesta entonces más de 50 á 60 pesetas, un carnero, en igual estado ó acabado de matar, tres pesetas próximamente, y por unos 40 céntimos se obtiene un buen pollo.

Los valores inferiores á una peseta se cuentan por fluses, pequeña moneda de cobre de diferentes tamaños, y casi única que se acuña en el país, toda vez que para los pagos en oro y plata circulan li-

bremente las monedas españolas, y aunque no con tanta facilidad, las francesas.

Siete fluses hacen unos cinco céntimos, y como su tamaño es casi igual al de nuestra pieza de cinco céntimos, júzguese el peso y el bulto que hará una cantidad algo importante en dicha moneda indígena. Los comerciantes guardan en un cesto, que suelen tener delante, la que recogen en el día como producto de la venta, y si ésta ha sido de alguna importancia, no es raro que reunan en peso la cantidad equivalente á la carga de un pollino. Y no es menor el inconveniente que ofrece semejante moneda por el tiempo que exige el recuento de una suma respetable.

Al regresar á la tienda, con gran contentamiento del caballero Davin, cuyas chuletas empezaban á carbonizarse, encontramos abundante provisión de naranjas, leche cuajada y galletas. Era un obsequio particular del caid, que nos preparaba luego otra sorpresa. En efecto, apenas nos habíamos sentado á la mesa, cuando varios servidores árabes nos presentan de su parte ocho grandes tablas, á manera de fuentes de madera, en cada una de las cuales había medio carnero asado y cuatro panecillos, aparte de un nuevo envío de naranjas y varias cestas de nueces y almendras cascadas y mondadas.

Estos obsequios, completamente expontáneos, son independientes de la *muna* que recibiremos en el distrito contiguo; es indudable que responden á las intenciones del Sultán, quien ha ordenado á todas las autoridades del tránsito, que nos hagan un recibimiento cordial á la vez que generoso; pero en el caso presente se descubre además un deseo tan vivo

como sincero de agradarnos. Por cuya razón el ministro da expresivas gracias al anciano y simpático caid, no sin invitarle á tomar asiento en la tienda, invitación que acepta con muestras de satisfacción, lo mismo que otro personaje que le acompaña: es el *cadi* de la comarca, respetable funcionario, encargado de la administración de justicia, y cuya jurisdicción abraza un extenso territorio.

Fácilmente se comprende que no dejaríamos perder la ocasión de hacer girar la conversación sobre las costumbres y los usos del país. Nuestros huéspedes aceptan de buen grado el café con que les brindamos, pero rehusan decididamente los cigarrillos y puros que les ofrecemos. Por lo demás, su negativa estaba prevista, ya que en Marruecos se observa con religioso escrúpulo el precepto coránico que prohibe el uso de esta sustancia. El ejemplo de los turcos que les citamos no les hace variar de resolución, antes por el contrario, vituperan esa flaqueza de sus correligionarios, á quienes, por esa y otras infracciones de los preceptos de Mahoma, califican de hermanos corrompidos, mientras que ellos se precian de conservar en toda su pureza las tradiciones del islamismo.

Ya estábamos de nuevo en marcha cuando vimos correr en pos de nosotros al cadi, de quien nos habíamos despedido pocos minutos antes; lo mismo que el caid, quiere también ofrecernos un obsequio, y se ha apresurado á buscar sin duda el objeto más hermoso y raro que tenía en su casa: un conejito blanco como la nieve y de ojos encarnados como la grana. El regalo parece en un principio un estorbo, pero el animal es tan lindo, que el joven fotógrafo

Davin se encarga de llevarle consigo; todos aplaudimos el pensamiento y le asociamos desde aquel momento á nuestra caravana con el nombre de Blanca de Sidi-ben-Nur. Blanca será un recuerdo de uno de los días más deliciosos de nuestro viaje en caravana.

Los jinetes de la tríbu nos acompañaron también en la segunda parte de nuestra jornada, pero sin renovar los ejercicios de la mañana; caminan á retaguardia llevando el fusil atravesado en la silla, y la mayor parte han tenido la precaución de meterle en una funda de lana encarnada; los árabes profesan particular cariño á sus armas, este cuidado lo prueba.

Entre tanto continuamos atravesando siempre el mismo llano árido, unas veces arenoso y pedregoso otras, que termina en la kubba de Sidi-Rakkal, situada á la entrada de un desfiladero, abierto como continuación del camino, á través de una cadena de colinas que llevan el nombre de Chebel-Fathnassa. Como á un kilómetro más allá de la kubba se ha levantado nuestro campamento, cerca de unos pozos.

CAPÍTULO IV

Aspecto de la caravana en el desfiladero.—Jinetes de noble alcurnia.—Indicios de yacimientos metálicos.—Mujeres vestidas de negro.—El país de la sed.—Conversación muda con el jefe de la escolta.—El campo de Smira.

La noche pasada ha sido tan fría que apenas podíamos creer que nos hallábamos en Marruecos á los 32° de latitud. El agua de nuestras vasijas de zinc producía la impresión de hielo derretido, los conductores de las bestias habían tenido que encender hogueras alrededor de las cuales esperaban, acurrucados en el suelo, la señal de la marcha, y nosotros sentimos aún la intensidad del frío un buen trozo de camino, antes que iluminase el sol la cima de las montañas; los dedos, ateridos, apenas podian abrazar las riendas, y los piés se helaban en los estribos.

Pero muy luego los rayos del sol empezaron á calentar la atmósfera y nos infundieron ánimo para trasponer las colinas, al pié de las cuales estuvo nuestro campamento. El país es pobre, árido y desolado; pero los accidentes del terreno le comunican aspecto más agradable y variado que el de la inmensa y monótona llanura que hemos cruzado el día precedente.

Apenas hemos andado una hora cuando vemos aparecer, en la misma forma que otras veces, el contingente de caballeros de la nueva tríbu cuyo territorio atravesamos. Lo mismo que el anterior, se compone de unos 50 hombres, conducidos por su caid, que monta un soberbio caballo con arreos amarillos. Al llegar cerca de nosotros todo el *gum* se precipita al encuentro del embajador, que cambia con el jefe los saludos y cumplimientos ordinarios.

Pero en aquel momento ocurrió un incidente que pudo tener desagradables consecuencias. La súbita aparición de los jinetes, la brusca presentación del caid, y tal vez el color amarillo del aparejo de su montura, espantaron el caballo del Sr. Ordega. Los guardias de á pié hacen esfuerzos para contenerle, pero el animal, que es harto sensible al freno, se espanta cada vez más; se encabrita, recula y da diferentes vueltas, tropezando con las demás cabalgaduras de la comitiva, y amenazando derribar á su jinete y producir algún accidente desgraciado. Pero felizmente se le redujo á su deber y no ocurrió nada. Pasada la emoción del momento, el inesperado episodio nos suministró materia para chascarrillos y bromas. En efecto, nunca hubo más oportunidad para hablar de la caída de un ministro y de crísis ministerial.

En este país montañoso, nuestra columna, enfilada en una estrecha garganta donde no existe más que un miserable sendero, por el que las caballerías marchan con dificultad suma, ofrece un golpe de vista por extremo interesante. En la imposibilidad de guardar orden alguno, so pena de

caminar uno trás otro formando una línea casi interminable, marcha cada uno á la aventura, dejando á su caballo el cuidado de seguir la dirección y la pista que más le agrade. Los jinetes indígenas, más atrevidos que nosotros y más familiarizados con esta clase de terrenos, escalan los costados de las colinas y marchan dispersos, escalonados por las alturas. Síguenles también algunos conductores, cuyas bestias tropiezan á cada paso bajo la pesada carga que llevan, por no encontrar sitio donde posar las patas.

Por lo demás, el cuadro, con sus caprichosas formas, su abigarrado aspecto y sus cambiantes de vivos colores, es de un efecto tan encantador, que no se cansa la vista de contemplarle. Algún jinete rezagado que pasa al galope la escarpada pendiente, viene de vez en cuando á añadir una nota saliente al seductor conjunto.

¡Quién diría al ver aquellos valientes y gallardos caballeros, con su deslumbrador equipo, que han salido de las miserables tiendas y horribles gurbis que antes hemos descrito! Y sin embargo, en los aduares no hay otra clase de viviendas y no cabe la menor duda de que son también las suyas, toda vez que al pasar por las aldeas no vemos en ellas más que mujeres y niños.

Traspuesta la cima de la cadena, á medida que se desciende por la vertiente opuesta, se ensancha el desfiladero; de suerte, que al llegar al pié del montículo que sirvió de emplazamiento á la villa de Guerando, es ya un camino ancho, liso y llano. De la población mencionada sólo quedan algunos restos que revelan su orígen romano ó portugués,

y que no resarcen la molestia que ocasiona la subida de la pendiente, sobre la que se hallan situados. Este sitio parece ser el cuartel general de la tribu, ya que sobre las colinas de enfrente se ve un aduar, cerca del cual ha levantado el caid sus tiendas que se destacan por su blancura.

Los jinetes del *gum* nos piden entonces permiso para ejecutar sus ejercicios hípicos, á los que se prestan las condiciones del terreno. En realidad, bajo la impresión que nos produjo el espectáculo del día anterior, nos hubiéramos privado con gusto de presenciar la fantasía, por más que siempre despierta interés ver maniobrar á los hábiles jinetes árabes. Pero ¿cómo rehusar un obsequio con tanto desinterés ofrecido? Los árabes ejecutan con singular placer estos ejercicios, y por otra parte no se les presentan todos los días ocasiones tan propicias de lucir su agilidad y destreza; por consiguiente, hubiéramos incurrido en flagrante descortesía al privarles de su diversión favorita. Así, pues, aprovechamos aquellos momentos para hacer una breve parada y desentumecer las piernas.

Estos jinetes aventajaban á los anteriores por su agilidad y energía, sus jefes eran también próximos parientes del caid, y se les reconoce desde luego por la elegancia de su cabalgadura y por la riqueza de su equipo, en que se prodigan el oro y la seda; aparte de eso, llaman la atención por sus maneras desembarazadas, su majestuoso continente y su carácter independiente. Así, por ejemplo, nunca se toman la molestia de cargar el fusil, para lo cual se hacen acompañar en estos ejercicios de

dos ó más servidores, á quienes pasan el arma una vez descargada, operación que practican sin dignarse volver la cabeza, al descuido, con perfecta indiferencia, á la manera de nuestros grandes señores ó petimetres.

La etapa de este día no se había fijado con entera precisión, de suerte que al terminarla, aún no conocíamos á punto fijo el lugar donde se había establecido nuestro campamento. Para hacer esta elección hay que tener en cuenta dos cosas: la distancia que debe recorrerse, y la existencia de pozos ó manantiales que suministren la cantidad de agua suficiente para las personas y las bestias.

Por lo que al primer punto respecta, son tan inciertos y vagos los datos que de ordinario suministran los naturales, que no es posible siquiera fundar en ellos cálculos aproximados, por cuya razón es preciso hacer averiguaciones y más averiguaciones para obtener tan sólo ese resultado. El uso de los relojes es de todo punto desconocido á los habitantes del campo, que apenas tienen idea de lo que es una hora. Cuentan el día desde la salida á la puesta del sol, y le dividen en tres ó cuatro partes que corresponden á los intervalos comprendidos entre sus oraciones; así es, que la duración de cada período no está bien determinada y es por lo menos tan variable como la aparición del astro sobre el horizonte.

Desde Guerando atraviesa el camino el valle en toda su longitud, marcada como antes por colinas cuya altura disminuye gradualmente.

Á partir de Mazagán hasta la conclusión de la llanura de Sidi-ben-Nur, el suelo está formado de

roca caliza, cuyas venas se marcan perfectamente en las ondulaciones del terreno.

Después sucede á la caliza la arenisca, que, desde el campo de Mtal, toma generalmente la dirección vertical y es el elemento predominante de la constitución geológica de la pequeña cadena de Chebel-Fathnassa, cuya extremidad occidental, ya muy deprimida, acabamos de franquear.

En medio del asperón esquistoso, que en muchos puntos se presenta laminado y en forma de pizarra, se descubren gruesas venas de cuarzo, que tal vez encierran yacimientos metálicos.

Con este cambio brusco de la naturaleza del suelo, coincide una modificación no menos patente de la flora ó de toda la vegetación. Desaparecen por completo las tierras cultivadas, las palmeras enanas y los asfodelos, que se sustituyen con tupidos plantíos de azufaifos silvestres y arbustos espinosos, formando setos circulares en medio de extensas praderas, bien tapizadas de hierba espesa, pero tan corta que apenas puede servir de pasto.

Estas indicaciones bastan para comprender que en este suelo ingrato la conservación de la existencia es un problema de difícil solución; todo comprueba la verdad de esta afirmación. Una aldea que encontramos al paso está situada sobre un terreno que no da siquiera hierba, y en cuyas cercanías sólo se ven piedras y maleza. No puede concebirse nada más miserable. Aquí no se nos saluda con banderas, sino con trapos informes colgados de palos, y las mujeres, en lugar de llevar vestido blanco, según la costumbre casi general de los países mahometanos, gastan una sencillísima en-

voltura de algodón oscuro. Bu-Taleb, que dice haber llevado sus excursiones hasta Tumbuctu, asegura que este es el traje propio de las mujeres del Sáhara y del Sudán. Lo cierto es que la escasez de agua hace por extremo difícil el lavado en estos países, y que las telas negras acusan menos la falta de limpieza.

Hay en las cercanías del aduar un pequeño manantial á todas luces insuficiente para el consumo de nuestra numerosa caravana; mas como quiera que la primera etapa de la jornada se ha prolongado ya demasiado, tenemos que resignarnos á tomar el agua por raciones; en la segunda etapa llegaremos á Smira, donde esperamos encontrar más abundancia del precioso líquido.

Á pesar de la extremada pobreza del terreno, el campamento ofrece un aspecto tan original como extraño. Doscientos caballos y mulas, abandonados á su instinto, pero todos aparejados, pastan diseminados acá y allá en los alrededores de la tienda la escasa hierba, en tanto que los árabes, tumbados á la sombra de las mismas cabalgaduras, esperan con tranquila resignación el momento de ponerse en marcha. En tales casos, experimenta uno profundo pesar de no ser artista para reproducir estas escenas encantadoras, aunque harto fugaces, que sólo ocurren en viajes como el presente.

El escorpión abunda en estos parajes de tal modo, que no se levanta una piedra sin turbar el reposo de alguno. Pero afortunadamente ninguno ha faltado á los deberes de la hospitalidad con nosotros; tumbados por el suelo en medio de ellos y á pesar de haber molestado su tranquila existencia, ni uno

sólo ha tenido el mal pensamiento de castigar nuestra osadía con la picadura de su dardo; guardan para otra ocasión su veneno, sin duda porque una orden superior les ha obligado también á mostrarse atentos con nosotros. Al fresco de la mañana ha sucedido un calor bochornoso, que no nos invita á montar á caballo después de haber hecho cinco horas de marcha. Se nos dice que en sólo dos horas más llegaremos al término de la jornada, pero estamos seguros de que serán tres por lo menos, si hemos de acampar en un sitio que reuna las condiciones apetecibles.

Esta parte del camino atraviesa un llano árido y arenoso en el que sólo se destacan raquíticos arbustos de azufaifa. Al decir del comandante de Breuilhe, en Argelia hay extensos territorios que presentan idéntico aspecto y que por su horrible carácter de desolación se les designa con el nombre de *país de la sed*. Á lo lejos cierran esta llanura en todas direcciones varias series de colinas, por encima de las cuales parece distinguirse hácia el Mediodía la vaga silueta de la gran cordillera del Atlas, cuyas cimas, cubiertas de nieve y medio escondidas en la bruma, se confunden con las blanquecinas nubes que las envuelven.

En estas interminables marchas sería difícil sujetarse á un orden regular, al que, por otra parte, no se amoldaría seguramente el paso desigual de las cabalgaduras. Uno de sus atractivos consiste en ir y venir, adelantarse y retroceder, detenerse á conversar con éste y con el otro, según las impresiones y la fantasía del momento. Mi caballo, que prefiere siempre caminar á retaguardia, tuvo

por conveniente arreglar hoy su marcha al moderado paso de las mulas que llevan la litera, en la que el Sr. Ordega hace un ensayo, no muy feliz, para dar algún descanso á sus miembros doloridos y fatigados por tan prolongado ejercicio de equitación.

Con este motivo me alejo algún tanto del grueso de la columna y marcho casi sólo entregado á mis reflexiones, teniendo á mi lado al jefe de la escolta, que no se aleja de la persona del ministro.

Llevado por tan singular manera al lado del caudillo árabe encargado de nuestra defensa, intenté trabar conversación con él: pero ¿de qué modo lograrlo? Ni él conoce una sílaba de mi idioma, ni yo soy capaz de pronunciar una palabra del suyo. Pero no importa: tenemos á nuestra disposición los gestos, mucho más elocuentes á veces que las mismas palabras y por ese medio logramos entendernos perfectamente. He dicho antes de ahora que parecía ser hombre inteligente, y en esta ocasión me dió pruebas de ello. Por nuestra muda conversación nos comunicamos mútuamente la noticia de que yo fumaba y que él tomaba rapé; de que él tenía un hermoso caballo y que yo no iba tan bien montado. Pero esto nada ofrece de particular; lo que me sorprendió sobre manera es que, habiéndole manifestado áun á riesgo de cometer alguna indiscreción, que el ministro le haría sin duda un regalo al terminar el viaje, y habiéndole preguntado qué preferiría entre un reloj y un arma de fuego, me explicó con perfecta claridad, que no teniendo reloj y sí armas de fuego, daría la preferencia al primero de dichos objetos. En virtud de esta indicación le

prometí interceder con el ministro para que se le cumpliera su deseo, y él comprendió tan bien mi promesa, que á seguida me dió las gracias con una profunda inclinación de cabeza, me dirigió una expresiva mirada, y me alargó la mano en señal de agradecimiento con una sonrisa que puso de manifiesto su magnífica dentadura blanca.

Aunque con lentitud, nos acercamos al término de la jornada. Antes hemos de atravesar el lecho de un río por el que no corre agua, pero en cuya arena se hunden los caballos lo suficiente para dificultar la marcha. Á pesar de nuestro andar moderado adelantamos á los camellos, que caminan muy despacio, pero de una manera siempre igual y sin hacer parada alguna durante la jornada. La marcha de estos animales atrae necesariamente la atención; diríase que llevan armadas las patas de cojinetes de cautchuc llenos de aire, que se ensanchan por su fuerza elástica y se encogen por la presión. Esta disposición les da constantemente una base elástica que modera los choques de los objetos duros y mitiga extraordinariamente el cansancio.

Entretanto hemos llegado á la vista de Smira, de la que en un principio sólo se descubre el minarete y las murallas. Ocúrresenos, pues, la duda de si es una verdadera ciudad europea con las fachadas de sus casas pintadas de variedad de colores, ó una población esencialmente árabe, en la que apenas se ve más color que el blanco. Vista desde lejos se despierta la primera idea, pero á medida que nos acercamos á ella se desvanece la ilusión. El minarete no es otra cosa que una torre estropeada que formó parte de una fortaleza hoy en ruinas, y las

casas no son más que miserables gurbis rodeadas de cactus, higueras de Berbería y azufaifos.

En esta jornada habíamos franqueado el límite que separa el territorio de Dukala del de Rehamna, que se extiende hasta Marruecos; por consiguiente, aquí se unió á la caravana el caid de la tríbu que habita la nueva provincia. Le acompañan únicamente cuatro jinetes y dos hombres de á pié.

Hase levantado nuestro campamento á corta distancia de las ruinas del fuerte, sobre un terreno cubierto de fragmentos de cuarzo, pero con agua buena y abundante según se nos había indicado. Los manantiales que la suministran son los más caudalosos que hemos encontrado en nuestro viaje.

Entre las provisiones que nos ofrece la nueva tríbu, llama vivamente nuestra atención, por la originalidad del objeto, una cantidad enorme de huevos de perdiz; 300 ó más huevos de este volátil ofrecían larga ocupación al encargado de transformarlos en tortilla. ¡Discípulos de San Huberto, tapáos la cara!

CAPÍTULO V

Montañas y meseta de Guentur.—Tropa de conductores de convoy.—Pequeño Sáhara.—Los fenómenos del espejismo.—Ilusiones que se renuevan.—Cisterna de Saharich.

¡La corneta no tiene entrañas! Cuando más engolfado está uno en las dulzuras del sueño, resuena en los oídos él desagradable sonido del metal ingrato, anunciando que son las cinco y que es preciso lanzarse de la cama. ¿De qué sirve en tales casos dejarse dominar por la pereza? Al fin es necesario vencerla, y luego sólo se trata de hacer un pequeño esfuerzo del que á los pocos instantes no queda siquiera recuerdo. Muy al contrario, se agolpan en masa las impresiones agradables, y al mismo tiempo que uno se pone presentable, con levantar la cortina, puerta de la tienda, se goza del soberbio espectáculo de la aparición de la aurora, «esa bella extranjera que jamás se ha visto en París.»

Al salir del campamento cruzamos un terreno eminentemente pedregoso, que sólo da una vegetación mezquina, compuesta casi exclusivamente de una pequeña crucífera, que en esta época se halla en estado de madurez completa y ha perdido con la semilla las válvulas laterales. Quédale única-

mente el capullo del centro, de color brillante nacarado; el conjunto de la campiña semeja un vasto campo de avena de tallos irregulares, frágiles y cortos.

Esta campiña termina en la base de las montañas de Guentur, cordillera más importante y elevada que la de Fathnassa. Sin embargo, las pendientes son menos escarpadas y más numerosos y mejor trazados los senderos, por los que pueden correr las cabalgaduras sin gran riesgo. Cerca ya de la cumbre algunos pollinos que pastan el escaso forraje de los alrededores de un pobrísimo aduar, que parece abandonado, son los únicos seres vivientes que encontramos en estos parajes.

Al cabo de una marcha de cinco horas llegamos á la cima de la montaña. En lugar de una ladera equivalente á la que habíamos subido, nos hallamos casi de improviso, y después de un ligerísimo descenso, en una elevada meseta de césped, cortada en forma de disco llano horizontal, cuya semicircunferencia anterior se halla trazada con suma precisión geométrica. Á la izquierda se destaca al borde del disco un pico azulado, y de frente se dibujan las alturas del Atlas, cuyas nevadas cumbres se sumergen en las nubes.

La vanguardia de la columna parece haber llegado al límite de la meseta cuando empieza á entrar en ella la retaguardia; pero á medida que avanzamos, se ensancha el disco y se extiende la llanura en todas direcciones como una sábana. Poco después se inclina ligeramente el suelo y se ofrece á nuestra vista, como la inmensidad del desierto, la desolada llanura de El-Behira con su tris-

teza y su monotonía abrumadoras; allí no se ve un arbusto ni una planta; en un principio se encuentran manchones de hierba sumamente rala, casi seca, que pronto desaparece también para dar lugar á la aridez más completa.

Felizmente, se nos asegura que la jornada será más corta que otros días y que la andaremos de un sólo golpe, sin parada, y por consecuencia sin tener que hacer una segunda etapa en las horas más calurosas del día; esta perspectiva nos infunde valor.

Todo el convoy marcha desparramado, lo que es seguro indicio de cansancio; así es, que abraza por lo menos dos kilómetros de aquel inmenso valle. La litera, que partió á la cabeza de la caravana, va perdiendo terreno, hasta que mi caballo tuvo la fortuna de encontrarla y alegar este pretexto para aflojar un poco la marcha. Á su lado cabalga el caid que nos recibió en Smira; sus cuatro jinetes le han abandonado, y únicamente le acompaña un hombre de á pié con su fusil al hombro.

En estas marchas monótonas en que no se ofrece el menor incidente que distraiga el espíritu, los acompasados movimientos que el paso del caballo imprime á todo el cuerpo, disponen al sueño y á la abstracción. Encontrábame yo entonces, sin duda, en uno de esos dulces momentos en que, sin estar verdaderamente dormido, se ha perdido ya el sentimiento de la realidad que nos rodea, cuando de repente me sobresaltó un ruido como de campanas que sonaban lejos. Me vuelvo hácia el lado de donde viene el ruido, buscando con la vista el lugar cuyo campanario llamaba á los fieles á la oración,

pero no puedo descubrir el menor indicio de pueblo ni de torre; entonces recuerdo que nos hallamos en un país musulmán donde no se conocen las campanas y me apercibo de que el sonido que oía era ni más ni ménos que el ruido producido por el choque de una marmita contra una caja á la que va sujeta.

En este momento pasa á nuestro lado la última tropa de conductores que desfilan cantando alegremente: son unos 30 individuos, casi todos negros, que parecen formar parte integrante de los equipajes, sobre los que van echados con las piernas extendidas á lo largo del cuello de las mulas. Estas participan, según todas las apariencias, de la alegría de sus conductores y parece que no sienten la pesada carga que llevan, compuesta de cajas, cestas y utensilios diversos, sobre los que se destaca un bulto á manera de fardo de ropa sucia que termina por un extremo en una bola negra con un casquete encarnado: el negro que lleva la cabeza cubierta con el fez.

Entre tanto el sol nos envía sus rayos cada vez más ardientes, que comunican á aquel árido suelo un calor sofocante. Las nubes del horizonte pierden poco á poco su carácter opaco, y cada vez distinguimos con más precisión la masa montañosa á la que nos vamos acercando, aunque con lentitud y á costa de verdaderas fatigas. Nos encontrábamos en medio de un verdadero desierto; por todas partes no se veía más que desolación y miseria; el calor nos agobiaba, apodérase de nosotros el cansancio, la sed nos devora, esa sed intensa que no es lícito apagar por no caer en grave peligro. Es el Sáhara con todas sus tristezas y sus rudas privaciones.

Si las penalidades á que nos vemos expuestos y la naturaleza del terreno nos suministran un goce anticipado del gran desierto, muy luego somos testigos á la vez que víctimas de otro de sus más característicos fenómenos, aunque la impresión tenga más de agradable que de penosa y nos ofrezca un espectáculo tan curioso como encantador: es el fenómeno del espejismo, ese extraño efecto óptico peculiar de los países cálidos, cuya teoría aprendimos en las aulas del colegio tal vez sin haber creído nunca en su realidad.

Y sin embargo, existe; le percibimos en esta parte de nuestro viaje en toda su intensidad, con toda perfección, sin que faltara uno sólo de sus detalles característicos; en cierto modo le palpamos, de suerte que en el resto de nuestra jornada nos proporcionó distracción agradable, que no pudo ofrecerse con más oportunidad.

Por muchos esfuerzos que se hagan no es posible destruir la ilusión producida por tan extraño fenómeno, tanto es lo que se acercan á la realidad las apariencias. En medio de la sábana arenosa del guijarroso suelo, en el centro de un llano perfectamente uniforme, aparece de repente un lago, á veces de extensión considerable, con su superficie tersa y reflejante, sus islas y sus verdes orillas que se reflejan en las aguas. No se puede resistir al impulso de acelerar el paso á fin de alcanzarle más pronto; ya está uno cerca, se cree ver su imagen en el espejo de sus límpidas aguas, pero de pronto desaparecen el lago y sus islas como por arte mágico, sin que sea posible precisar el momento en que se ha desvanecido. No bien se han

andado algunos pasos, cuando súbitamente se presenta á la encantada mirada un río cuyas aguas corren majestuosamente por sinuoso lecho; en otro punto aparece una laguna de azulada y tranquila superficie, cuyos irregulares contornos están cubiertos de juncos.

Inmediatamente lanzamos nuestros caballos al galope en busca de aquellos lagos, ríos y lagunas, que creemos tocar ya con las manos; cada uno se fija en un punto determinado, en una roca de la orilla, en un grupo de árboles que se destaca perfectamente al lado de las aguas; á ninguno se le ocurre dudar que aquello no sean rocas y árboles con su tronco, sus ramas y su follaje; todos teníamos por seguro que en pocos instantes descansaríamos á su sombra. Pero todo ha sido vana ilusión y engaño de la vista; en lugar de aquellos paisajes encontramos la continuación del mismo suelo pelado y seco que pisábamos.

Veinte veces repetimos estos experimentos, cansamos nuestras cabalgaduras para alcanzar más pronto el soñado paraíso, siempre con la misma seguridad de no sufrir un desengaño, y siempre encontramos iguales decepciones cuando llegó el desencanto.

Por fin vemos á lo lejos un aduar; las chozas puntiagudas que hemos encontrado en los anteriores y sus cercados de maleza y arbustos nos aseguran que esta vez tenemos delante una realidad. Rodéale un lago que seguramente no es producto del espejismo; en efecto, la existencia de un pueblo confirma la realidad de aquel depósito de agua y el punto no puede ser más adecuado para estable-

cer nuestro campamento, que están levantando en aquel momento los hombres encargados de esta maniobra. La limpidez de la atmósfera nos permite distinguir con perfecta claridad hasta el más insignificante de sus movimientos. ¡Nuevo desengaño! Cuando hubimos recorrido algún espacio nos encontramos efectivamente en presencia de un aduar verdadero y de nuestro campamento, cuyas tiendas se habían establecido al lado de las chozas; pero uno y otro descansan sobre el terreno árido que veníamos pisando y que dista mucho de poseer los encantos que la ilusión nos había descrito con precisión tan maravillosa.

Este sitio, conocido con el nombre de Saharich, es el lugar donde habitualmente descansan las caravanas que atraviesan estos parajes. Hay en él una gran cisterna de fábrica, cubierta, que alimentan sin duda caudalosos manantiales, y que alguna vez recibe las aguas que se recogen en una depresión artificial del terreno inmediato. Penétrase en el aljibe por una pequeña abertura y en su interior hay varios escalones que permiten coger el agua con comodidad, cualquiera que sea su nivel. La fábrica tiene unos 40 metros de longitud, y es tan estrecha, que al exterior más parece una muralla, coronada en cada uno de sus extremos por una torre cuadrada. El agua, aunque de mediana calidad, es abundante para satisfacer el consumo de una caravana más numerosa que la nuestra.

Cuatro ó cinco azufaifos arborescentes de nudoso tronco y ramas casi secas son los únicos representantes del reino vegetal en aquellos parajes, y

unos cuantos camellos descansan, rumiando, según costumbre de estos animales al abrigo de su sombra imaginaria.

En todo el largo trayecto de este día no encontramos una sola vivienda humana, ni tampoco nos salieron al encuentro jinetes marroquíes, que hubieran aligerado nuestro aburrimiento con sus fantasías, ni escolta de ninguna clase. En el campamento nos esperan varios caids, que habían venido aisladamente y á pié de los territorios inmediatos, á presentarnos sus homenajes y su *muna*, idéntica á las anteriores, aunque tal vez menos abundante.

CAPÍTULO VI

El mejor sistema de locomoción. — La cordillera del Chebilat. — Nuestra misión militar permanente de Marruecos nos sale al encuentro: impresión mútua. — Llanura de Marruecos. — Minaretes de la ciudad. — Campamento en un bosque de palmeras.

En medio de este inmenso Océano de piedras y de arena, cuyo horizonte no tiene límites, sobre todo en dirección á Oriente, la salida del sol ofrece un espectáculo de majestuosa sublimidad, comparable sólo al que se presenta algunas veces en la inmensidad de los mares. El fenómeno se desarrolla con todo su esplendor y su incomparable belleza en el momento en que abandonamos el campamento.

El descanso del medio día fué también más largo que en las jornadas anteriores, por exigirlo así las dificultades del camino y la necesidad de reponer completamente las fuerzas. En efecto; después de un reposo semejante, el espíritu se halla despejado y libre, dispuesto á emprender la nueva etapa, que será la última de este viaje. Mas, por excelente que sea la disposición de ánimo, hay accidentes que no se curan con un día de descanso y cuya impresión se reproduce en cuanto se monta á caballo.

Este animal es una cabalgadura elegante y graciosa, que en un principio ofrece comodidad para

la locomoción; pero que tiene para largas jornadas sus pequeños inconvenientes. Una litera bien construída, sería un medio cómodo de viajar en estos países, pero la nuestra, como dije antes, era detestable y de todo punto inservible. En cuanto al camello, su paso, demasiado lento, le destina exclusivamente al trasporte de cargas pesadas, á no ser que el ardoroso clima de las latitudes más meridionales y la falta de recursos, agua principalmente, impongan su empleo á los viajeros, á causa de su resistencia y de su sobriedad extraordinarias.

El Sr. Ordega, que ha podido apreciar los inconvenientes y ventajas de estos diversos sistemas de locomoción, se decidió, siguiendo nuestros consejos, por una mula, sobre cuyo aparejo se colocó un colchón cubierto de una alfombra. La postura no es muy elegante, pero es práctica, y esta última circunstancia es la que debe pesar más en la balanza.

Yo mismo no pude resistir la tentación de seguir el ejemplo del ministro. Mi caballo es seguro y de andar mesurado, pero no podía ya seguir el paso de la columna, que precisamente en este día marchaba con un orden admirable, por cuya razón me veía precisado á cada instante á picar espuelas para recuperar el espacio perdido. En tan críticos momentos se me presenta el joven Davin como una providencia; va montado en una mula ligera, y me propone el trueque con mi caballo. Acepto con tanto placer como agradecimiento, y desde entonces, sin esfuerzo y con escasa fatiga, marcho siempre á la cabeza de la columna.

El problema está resuelto: la mula es la mejor

cabalgadura para estos países; recomiéndala su paso más seguro, más sostenido, más rápido y mucho menos brusco que el del caballo, ya que, sin necesidad de espolearla, conserva su marcha perfectamente uniforme, y de ordinario deja muy atrás á todos los caballos.

Con gran contentamiento descubrimos, por fin, el término de este monótono desierto, en el que apenas ofrece variedad el miserable oasis de Saharich, nombre que indudablemente se deriva de Sáhara. La azulada cadena del Chebilat, que le cierra por el Mediodía, permite distinguir ya los relieves y perfiles de su trazado. El suelo empieza á perder su aridez completa; de trecho en trecho se ven arbustos de azufaifos, y luego una docena de estos vegetales, con forma de árboles, que se destacan en medio de un espacio apisonado y más liso que el terreno adyacente, y señalan el lugar donde se celebra todos los domingos un mercado.

Por una pendiente muy poco sensible llegamos al pié de las montañas, en el lugar llamado Suinia, donde se encuentra un aduar, y á su lado una kubba y pozos bien surtidos de agua, que revelan desde luego la presencia de habitantes.

La kubba de Sidi-Mohammed-el-Effedhil, como todas las que vimos en este viaje, es un edificio cuadrado, cuyas paredes exteriores están almenadas, y terminado en cúpula semiesférica ó de media naranja. Estos santuarios son los mismos edificios de piedra que se encuentran en el camino; cada uno encierra los restos de algún marabut ó santón, de donde les viene también el nombre de marabuts. Por su color blanco se distinguen á gran dis-

tancia, y los musulmanes, lo mismo de la comarca que extranjeros, se detienen á recitar en ellos sus plegarias y á rendir veneración á las reliquias del marabut. Por eso dejan siempre abierta la puerta, á menos que el santuario encierre preciosidades, cosa que muy raras veces sucede.

Muy luego nos metimos en una garganta mucho más agreste de lo que habíamos creído al contemplarla de lejos; el suelo está sembrado de esquistos y guijarros de cuarzo que molestan sobremanera; pero la vegetación es más variada, y con los azufaifos alternan retamales, que ostentan ya sus florecitas blancas. Más allá se destacan por encima de estos arbustos acacias espinosas, con hojas de sensitiva, cuyos troncos retorcidos destilan una goma abundante, y cuya tupida copa redondeada es orígen de agradable frescura. Al pié de una de ellas vimos los restos de un festín: cáscaras de huevos y huesos de dátiles, que acusan el paso reciente de una caravana poco numerosa.

Franqueada la montaña, la volvemos á bajar por un desfiladero tan estrecho, que más parece sendero tortuoso, por el que sólo podemos caminar uno á uno. La naturaleza parece haber sufrido aquí grandes cataclismos; el terreno es escabroso, de aspecto salvaje; las montañas nos cierran de cerca, pero la mirada y el ánimo se recrean en contemplar este limitado paisaje, cansados ya de admirar horizontes sin límites. Hasta el cuerpo parece que se siente más ágil, de tal manera que, al cabo de cuatro horas de marcha, llegamos sin experimentar cansancio notable al lugar señalado para nuestro descanso del medio día.

Terminado el almuerzo, todos nos hallamos dispuestos á reanudar la marcha; y es que la conciencia de que se acerca el fin de tan largo viaje, nos comunica también fuerzas. En efecto; hemos casi franqueado la cadena del Chebilat, cuyas últimas estribaciones se confunden á corta distancia con la llanura en que se halla asentada la ciudad de Marruecos.

Estamos á punto de terminar la bajada de las suaves pendientes que desembocan en el valle, cuando vemos llegar á nosotros, al galope, tres jinetes que levantan espesa nube de polvo. Por su traje les tomamos por ricos caids ó mensajeros de la corte que salen á nuestro encuentro acompañados de una pequeña escolta, pero pronto salimos de nuestro error: los tres mencionados personajes son franceses de sangre y raza transformados en orientales: los miembros de la comisión militar que sostiene la República cerca del Sultán de Marruecos.

Al frente de la misma está el capitán de artillería X... que tiene á su servicio un aposentador del arma y un asistente destacado de un regimiento de zuavos.

El capitán X... llama la atención por su hermosa barba rubia y por la magnificencia de su traje. Monta un precioso caballo gris con equipos árabes; silla alta, que descansa sobre una docena de fieltros de diferentes colores, bridas y pretal de seda con bordados de oro, bocado y estribos dorados.

Un voluminoso turbante rodea el fez que cubre su cabeza, del cual pende una enorme bellota de oro, y la parte principal del vestido consiste en un ancho jaique blanco, cuyos pliegues, dispuestos

con inteligente simetría, permiten ver todos los detalles de su brillante traje.

Fuerza es decirlo: la forma en que se presentaron estos señores produjo en nosotros una impresión desfavorable; no es esta la idea que nos habíamos forjado de nuestra comisión militar en Marruecos.

En sus individuos no hay nada absolutamente que despierte el recuerdo de la patria que representan, ya que el capitán X... no lleva del traje nacional más que las botas, distintivo á nuestro entender insuficiente, sobre todo en el acto oficial que desempeña en el momento de que hablamos.

Parece natural suponer que si el gobierno francés ha obtenido el privilegio de enviar á Marruecos uno de sus oficiales, puede haberlo hecho con el fin de que instruya á los soldados del Sultán en el manejo del cañón, pero también con el objeto, más importante aún, de hacer que estos pueblos ignorantes conozcan la Francia y se acostumbren á respetarla en la persona de sus representantes. Ahora bien: ¿cómo han de respetarles si no llevan distintivo alguno de su dignidad y de su cargo? El uniforme francés, á pesar de su modesta sencillez, convendría más al prestigio de nuestros representantes que todos los atavíos de fantasía, por ricos y suntuosos que sean.

Después de todo, tal vez juzgo la cuestión sin conocimiento de causa y sin tener en cuenta las exigencias del clima y del medio ambiente en que viven nuestros compatriotas. Pero á este propósito debo advertir que dos individuos de la misma comisión, el Dr. Linares y el teniente Chaumet, se presentaron al embajador en Mazagán en su traje

reglamentario; los oficiales que nos acompañan, llevan asimismo el uniforme de su cuerpo, sin que les cause demasiada molestia y, por último, nuestros regimientos de África prestan servicio en climas por lo menos tan rigurosos, con el mismo uniforme que usan en Europa.

En los últimos años he tenido ocasión de conocer y tratar á varios jóvenes chinos enviados en comisión á París. Hablaban con perfección nuestro idioma y se habían asimilado con asombrosa rapidez las costumbres y los usos de la capital de Francia; pero jamás abandonaron su traje nacional. Preguntados por qué se exponían de ese modo á una curiosidad indiscreta y molesta, me respondieron que por obedecer las órdenes de su gobierno. En efecto; de esa manera nos acostumbramos en Europa á familiarizarnos con ellos y adquirimos el convencimiento de que bajo aqnel traje hay hombres instruídos é inteligentes, que nada tienen de bárbaros. La indicada respuesta me hizo admirar la previsión del gobierno chino y hoy hago votos porque nosotros sepamos imitarla.

La impresión desfavorable que en nosotros produjo este primer encuentro de nuestro agregado militar en Marruecos, debió ser recíproca, ya que, según todas las apariencias, tampoco los mencionados jinetes quedaron satisfechos de nuestra presencia. Por lo que á mí atañe tengo de ello una prueba manifiesta. Montado en mi mula y marchando discretamente á distancia, más cuidadoso de observar que de ser observado, comprendo perfectamente que produjera más bien el efecto de un Sancho Panza que de un Don Quijote. Como quiera



ACCESO AL CAMPAMENTO Á LA ENTRADA DEL BOSQUE DE EL-KANTARA
(MARRUECOS).

que sea, después de los saludos ordinarios, se acercó á mí el sub-oficial, y animado sin duda por mi modesta apariencia, me dirige á quemarropa la pregunta de si formo parte de la embajada. Le respondo por una simple afirmación, suponiendo que tan brusco interrogatorio no tenía otro objeto que el de entablar conversación. Pero á seguida comprendí que deseaba más detallados informes; sin embargo, no osando continuar directamente el interrogatorio, suple las palabras con miradas escudriñadoras y me analiza de piés á cabeza, como si tratara de adivinar por mi exterior la categoría de mi persona. Por mi parte me guardo de ir en auxilio de su curiosidad indiscreta; hago más bien de ella asunto de diversión, y al propio tiempo que cambiamos algunas frases comunes, me complazco en seguir la marcha de su pensamiento, que se obstina en averiguar en qué categoría podría colocarme entre los individuos de la embajada, desde el ministro al último criado.

Entretanto seguimos avanzando. Al borde del llano, alfombrado de verdor, y en medio del camino, se levanta un gran montón de piedras, indicando á lo que parece el sitio en que algún santón musulmán tenía costumbre de recitar sus oraciones; cada transeunte añade al montón una piedra, y de esta manera crece el monumento, en razón directa de la veneración que se profesa al santo.

Una decena de jinetes nos salieron aquí al encuentro y se unieron á nuestra escolta. Entonces empezamos también á descubrir la ciudad, aunque velada en una ligera bruma. Dominala completamente una elevada torre cuadrada, que nos trae á

la memoria la famosa Giralda de Sevilla; á su izquierda se levantan otros dos minaretes de más modestas proporciones.

En El-Kantara llegamos al borde de un bosque de palmeras. Bu-Taleb, como verdadero árabe, me enseña entonces con orgullo un canalillo por el que corre el agua en abundancia; era la primera vez que podía permitirse esta satisfacción. Esta acequia es una de las numerosas derivaciones del Ued-Teñsift, que sirven para regar la llanura y fertilizarla. Por consiguiente existe aquí un sistema análogo al que usaron los moros de España en los llanos de Murcia y de Alicante, y que constituye aún hoy la prosperidad y la fortuna de estas feraces provincias.

Traspuesta por un vado la acequia de riego, nos encontramos en el campamento, que se había sentado en una de sus curvas. Desde luego se comprende que el lugar no reunía las mejores condiciones; es un pantano seco, en el que los camellos han dejado impresas las profundas huellas de su ancha pezuña y restos de sus deyecciones; por consiguiente, el suelo es desigual, lleno de hendiduras que dificultan sobremanera la marcha. Fuera de este pequeño inconveniente, que hubiera podido evitarse, el lugar ofrece notables ventajas y distracciones; el ambiente es fresco; el suelo perfectamente verde; el agua corre al lado de las tiendas, y las elevadas copas de las palmeras, agitadas por el viento, acrecientan la belleza del panorama.

LIBRO CUARTO

NUESTRA RESIDENCIA EN MARRUECOS

CAPÍTULO PRIMERO

Entrada solemne en Marruecos.—Puente sobre el Ued-Tensift.—Personajes de la corte que salen á recibirnos.—La guarnición sobre las armas.—Caballería, infantería, música militar, batallón instruído por oficiales ingleses.—Manifestación imponente.—Recinto fortificado de la ciudad.—Llegada al palacio de la Mahmunia.

1.º *de Abril.*

Por una carta particular avisó el gran visir al Sr. Ordega que la entrada solemne de la embajada tendría lugar al día siguiente de nuestra llegada por la mañana. Durante toda la tarde estuvieron llegando emisarios á nuestro campamento de El-Kantara, á fin de arreglar los detalles de la recepción.

En razón á que sólo nos restan seis kilómetros de camino para llegar á la ciudad, se fijó la partida á las ocho, á pesar de lo cual todo el mundo estaba de pié á la hora acostumbrada.

Para dar á nuestra entrada en la capital cierto

carácter de solemnidad, se recomendó á todos la observancia del orden más perfecto, señalándose á cada uno su puesto, cosa que no se pudo realizar en las penosas y largas jornadas del viaje.

Fué preciso repasar el canalillo de riego que corre al lado del campamento para entrar en el camino; crúzase inmediatamente un hermoso puente que atraviesa el Ued-Tensift y, después de pasar un bosque de palmeras, se atraviesan soberbios plantíos de olivos, higueras y naranjos.

El puente, largo y estrecho en demasía, tiene quince arcos ogivales, y su construcción data de época muy antigua. Pero el río, á pesar de la extraordinaria amplitud de su lecho, sólo arrastra un chorro insignificante de agua, efecto de las numerosas sangrías que se le hacen antes para el riego de la llanura.

Poco después empiezan á salirnos al encuentro diferentes delegados del Sultán; en primer término se presentó el caid Mechuar, gran maestro de ceremonias y tras él, sucesivamente otros magnates, ministros, pachás y caids, todos los cuales se colocan alrededor del Sr. Ordega, mientras que su escolta sigue á retaguardia.

Como á la mitad del camino estaba formada la caballería marroquí, compuesta de un millar de jinetes, todos con jaique blanco y turbante, armados de espingarda que llevan en sentido vertical, con la culata apoyada en el pomo de la silla. Cuando hubo terminado el paso de la comitiva se colocaron soldados y oficiales detrás del cortejo.

Algunos pasos más allá aparece la infantería. Los soldados están dispuestos en una sola línea y en

orden de batalla, á lo largo de las paredes de barro que cercan los jardines, unas veces á la izquierda, otras á la derecha, según la configuración del terreno; y esta línea no interrumpida abraza más de dos kilómetros, durante los cuales podemos contemplarlos á satisfacción.

Cada batallón lleva su tambor y su corneta, que suenan con estrépito á nuestro paso. Más allá nos sorprenden los acordes de una verdadera música militar, con sus cornetas de llaves, fiscornios y clarinetes, que ejecuta una marcha española. El músico mayor, que toca el trombón, está en primera línea con la espalda vuelta á los músicos; todos ejecutan de memoria, con los ojos cerrados, los carrillos inflados y erguida la cabeza, formando un cuadro muy semejante al de los ciegos de la antigua covachuela del *Palais Royal*.

Un jinete viene hácia nosotros al galope, como si tuviese la conciencia de haberse retrasado: es ¡el ministro de la guerra! Cambiados los saludos con el Sr. Ordega, dando pruebas de hombre práctico, se apresura á cambiar de vehículo, seguro de que desde su mula podrá inspeccionar con más comodidad su ejército.

Muchos de los soldados llevan trajes nuevos, chaleco y gorro encarnados, pantalón azul y babuchas amarillas, quedando la pierna al descubierto; sin duda este es el traje oficial de la infantería. Pero los que no llevan traje nuevo, presentan en su equipo todas las variedades imaginables, tanto respecto del color como de la forma y los hay que van cubiertos de verdaderos harapos.

El ejército marroquí se compone de jóvenes y

viejos; al lado de un anciano de barba blanca, forma un muchacho barbilampiño. Y es que los soldados se reclutan en este país de una manera por demás extraña. Cada familia tiene obligación de suministrar un hombre, de cualquiera edad ó condición que sea; en tiempo de paz es todo lo que se pide, así es que generalmente se destinan á este servicio los hombres que no están en aptitud de trabajar en el hogar doméstico por sus muchos ó pocos años.

Este ejército está armado de fusiles de los modelos más variados, casi todos de percusión; me pareció observar que gran número de ellos apenas presentaban señales de uso y que los hombres que los llevaban habían servido aún menos que los fusiles.

El soldado adopta, en el acto de presentar las armas, la actitud que más le conviene, y el lápiz de Maura hubiera encontrado aquí abundante materia para lucir su ingenio; tan fantásticas y caprichosas eran las posturas que se veían. Más preocupados de la novedad de nuestra llegada que de la corrección de sus filas, echan á un lado el fusil que les estorba para vernos cómodamente, alargan la cabeza y se quedan contemplándonos con ademan extrambótico, mezcla de admiración y de sorpresa.

Sin embargo, hay que hacer una excepción en favor de un batallón que se distingue por su traje, completamente encarnado, y por las medias blancas que gastan todos sus individuos; éstos ejecutan los movimientos con más regularidad y precisión; como que han hecho su instrucción en Tánger, bajo la dirección de oficiales procedentes de la guar-

nición de Gibraltar. Sus jefes usan, por eso, los galones y las insignias del ejército británico. Es el que da la guardia al Sultán, y también está destinado á hacer los honores á la embajada, durante nuestra residencia en Marruecos.

Mas á pesar de su incontestable superioridad sobre los otros, está muy lejos de poderse equiparar á un cuerpo de tropas europeas. Su armamento es el más moderno y perfecto de todo el ejército marroquí, puesto que se compone de fusiles que se cargan por la recámara; pero en el mismo batallón, los hay de tres diferentes modelos, procedentes de tres fábricas distintas: inglesa, española y belga. Por consiguiente, como cada modelo exige diferente cartucho, el servicio de municiones resulta extremadamente difícil si no imposible.

Tan pronto como hubo desfilado la comitiva delante de este batallón, empezó á desempeñar sus funciones al lado de la embajada y nos sirvió de escolta inmediata, marchando de frente y por los flancos. En todo el trayecto conservó su formación correcta y un paso bastante regular.

Por delante y por detrás, en un espacio considerable, no se ven más que jinetes y soldados de infantería; trajes blancos ó encarnados, carabinas, fusiles y espingardas, con bayonetas de forma tan caprichosa y variada como los mismos fusiles. Toda esta abigarrada tropa marcha sin orden ni concierto, y la confusión, que en ella parece habitual, ha tomado aquí mayores proporciones por la irregularidad del camino, su variable anchura, los obstáculos que se oponen y la masa de curiosos que se agolpan á nuestro paso. Aquellos 5.000 ó 6.000

hombres sobre las armas, el trote de un millar de caballos y los movimientos de vaivén de la muchedumbre, todo contribuye á levantar espesa nube de polvo que literalmente nos ciega, y en parte nos impide gozar el espectáculo de esta manifestación imponente.

No hay pluma ni pincel capaz de reproducir el efecto de aquella grandiosa procesión, á la vez seria y grotesca, imponente y ridícula, que en cierto modo puede compararse á una gigantesca parada de circo; á una pantomima grandiosa que produce asombro á la vez que despierta la risa. Pero cuando se trae á la memoria el pensamiento que la ha inspirado, cuando se consideran los nobles sentimientos de deferencia que en ella se manifiestan, no es posible negarle, sin dejar de ser caballero, el carácter imponente y serio que yo le atribuyo.

En efecto: es incontestable que estas nobles gentes han echado mano de todos cuantos recursos estaban á su alcance, para hacer al ministro de Francia una recepción digna á su manera del país que representa. Desde nuestra entrada en Marruecos no hemos dejado de recibir atenciones y homenajes; se ha dado cumplida satisfacción á todos nuestros deseos; en el trascurso del viaje hemos encontrado por doquier la muestra de las órdenes directas del Sultán, que prescribian á los caids los más delicados miramientos y cuidados hácia nosotros; contra la general costumbre en casos análogos, el gran visir anuncia al ministro, en una carta particular, la hora en que tendrá lugar la recepción de la embajada; salúdase nuestra llegada á la ciudad con las más brillantes y solemnes demostraciones, en las

que toma parte lo mismo el elemento civil que el militar; no sólo se ha puesto sobre las armas la guarnición entera, sino que se ha renovado para el caso el equipo de gran número de soldados; por nosotros se han puesto en conmoción todos los grandes dignatarios del Imperio, y nuestra escolta de honor se compone de soldados escogidos entre la guardia misma del Soberano. ¿Qué significa todo esto? Por mi parte veo en ello el deseo sincero de agradarnos, y sea cualquiera el sentimiento que haya dictado semejantes disposiciones, procedan del cálculo ó de verdadera simpatía por el interés de nuestra política, creo que todos debemos alegrarnos de que el Sultán y sus servidores hayan comprendido que debían tributar á Francia estas muestras de simpatía y estos testimonios de respeto.

El camino desemboca bruscamente, después de formar una curva, en una gran explanada, llena á la sazón de espectadores, cuya masa compacta se extendía hasta las murallas de la ciudad. Pocos minutos después nos encontramos por consiguiente debajo de los muros de Marruecos; ese grandioso cuadro, en el que Benjamin Constant ha colocado la conmovedora escena de su trabajo *Los últimos rebeldes*. Sobre un fondo de azul celeste se destaca perfectamente la línea de las altas murallas con su tinte rojizo oscuro, su aspecto imponente y severo, detrás de las cuales parece como sepultada la gran ciudad. Por encima de sus almenas, sólo se destaca la cima de los minaretes, y más allá se levantan las nevadas cumbres del Atlas, centelleando bajo la acción de los ardientes rayos de un sol casi tropical.

Salvas de fusilería anuncian nuestra llegada. El cañón sigue silencioso, porque en la residencia de un monarca solamente resuena en honor del Soberano mismo; tal es la ley de la etiqueta diplomática.

Varias puertas de aspecto monumental dan acceso á la ciudad; una de ellas se encontraba naturalmente á nuestro paso, mas en razón de las dificultades que se ofrecerían á nuestra marcha á través de calles estrechas y atestadas de gentes, se decidió que siguiésemos á lo largo de las murallas para dirigirnos inmediatamente al lugar destinado para nuestro alojamiento.

La ciudad debe abrazar un perímetro inmenso á juzgar por la distancia que recorrimos hasta llegar á nuestro destino. Por lo demás, el camino es incómodo, desigual, á veces harto estrecho, lleno de agujeros y hoyos, en los que fácilmente pueden caer las caballerías con sus jinetes, por cuya razón tardamos en andar este trayecto tanto como desde el campamento de El-Kantara á la puerta de El-Kemis.

Por fin se detienen los que marchan á la cabeza de la escolta; al lado de una de las numerosas torres que flanquean las murallas, se abre una puerta baja y estrecha, por la que entramos, no sin adoptar toda clase de precauciones para no magullarnos las piernas en los montantes de la poterna, y ella nos abre paso al palacio imperial de la Mahmunia, que es el designado para nuestra residencia; este edificio, de vastísimas proporciones, estuvo á nuestra disposición durante nuestra permanencia en Marruecos con todas sus dependencias y sus grandiosos jardines.

CAPÍTULO II

El palacio de la Mahmunia. — Pabellón principal. —Pabellón destinado al ministro. — Pabellón de las Sultanas. — Los jardines y su disposición. — Pequeño campamento.

El palacio de la Mahmunia, en que nos hallamos instalados, se apoya en el muro de circunvalación y ocupa uno de los extremos de la ciudad. Consta de tres edificios distintos, que se levantan en medio de vastísimos jardines de incomparable magnificencia.

La parte principal del edificio presenta en un todo el aspecto y la disposición de las construcciones árabes: un pequeño patio cuadrado, con su fuente de mármol en el centro, por cuyos bordes rebosa el agua sobrante de un surtidor; rodéale una serie de arcos ogivales sostenidos por columnas exagonales blancas y sin adorno alguno. Á la galería dan tres puertas monumentales de dos hojas, cada una de las cuales da acceso á una pieza que ocupa la longitud de la respectiva galería, pero de poca anchura; están cubiertas de mosáico hecho de madera de cedro y adornadas con un cuadro de arabescos de la misma especie. De ordinario están abiertas, por ser los únicos huecos por donde penetra la luz en las habitaciones, pero si se quiere

pueden cerrarse completamente, porque en cada una se ha practicado una puertecita, suficiente tan sólo para dar paso á una persona.

El lienzo restante del patio tiene varios huecos grandes, que dan acceso á pequeños y oscuros cuartos destinados al alojamiento de los soldados de la guardia y de la servidumbre; pero en cambio la pared está cubierta en parte con un revestimiento de azulejos de colores, cuyo dibujo, para buscar la armonía con los otros lienzos, representa un gran arco morisco. De esta pared sale también el agua de una fuente, que se vierte contínuamente por tres caños á un depósito, del que rebosa, cayendo al suelo para reunirse en un canal que la conduce al desagüe del depósito central.

Por su forma y sus proporciones, aunque sin ostentar la misma riqueza de ornamentación, ofrece este edificio alguna semejanza con el elegante *Patio de las Doncellas* del alcázar de Sevilla. Consta de un sólo piso bajo, que termina por una espaciosa azotea, á la que se sube por una escalera sombría, y desde la cual se domina un grandioso panorama, cuyos principales elementos son la ciudad, el valle y las montañas.

De las tres piezas que podíamos utilizar aquí, la central, situada enfrente de la fuente, se destinó á comedor, y las otras dos fueron ocupadas, de común acuerdo, por tres individuos de la embajada.

Contiguo á este pabellón, del que le separa únicamente un estanque que surte de agua á la Mahmunia, hay otro, que por componerse de una sola pieza muy espaciosa y de hermosa y regular apariencia, desde luego parecía destinado al jefe de

la misión. La espaciosa galería, que forma el piso bajo del mismo, facilita además el paso de los jardines al primer cuerpo del edificio y hoy sirve de albergue á los soldados de la guardia.

Súbese al piso principal y único de que consta el pabellón por una escalera tosca y empinada, á manera de escala de molino, que comunica directamente con la habitación, de suerte que ha sido preciso construir dos pequeñas paredes en los costados de la abertura, para evitar algún salto mortal á los que descienden por ella.

Por lo demás, la pieza es cuadrada, muy espaciosa y de corte regular; cuatro ventanitas que dan á los jardines la alumbran suficientemente y la refrescan, haciendo la estancia en ella por extremo agradable.

El mueblaje se ha improvisado para el caso presente. El suelo, cuyo pavimento es de azulejos formando mosáico, se halla cubierto de gran número de alfombritas, algunas de las cuales, que se distinguen por sus colores vivos y bien combinados, son muestras preciosas de la industria marroquí; otras, de menos valor y no tan tupidas, son á lo que parece de fabricación extranjera. Una gran mesa, cubierta de un tapiz verde, ocupa el centro de la pieza en medio de un espacio rectangular, comprendido entre cuatro columnas que sostienen la techumbre. Ésta se compone de multitud de pequeñas vigas de madera de cedro. Alrededor de la mesa se han colocado dos sillones y dos sillas de caña.

En el fondo ocupan los dos ángulos opuestos á los jardines dos grandes camas de cobre, cuyo

cielo, dispuesto en forma de bóveda por vàras del mismo metal, está terminado por una brillante corona. Tanto los lechos como sus ropas y accesorios, que son excelentes, revelan procedencia inglesa.

El señor de la Bouliniére, á quien sus funciones de secretario obligan á permanecer al lado del señor Ordega, ocupará la segunda cama.

De las cuatro ventanas penden telas de color oscuro á guisa de cortinas, sostenidas por una varilla de madera que se dobla bajo el peso de la tela, cuya colocación deja también mucho que desear.

Dos tablas de madera mal unidas, peor cepilladas y sostenidas por cuatro listones mal equilibrados, y casi al natural, constituyen la mesa de tocador. En el centro tiene un agujero redondo, destinado á sostener la palangana: es sin duda producto de la ebanistería nacional; el espejo y la jarra están aún cubiertos del polvo y de la paja del embalaje. Se ha llevado la delicadeza y la atención hasta el extremo de adornar el cuarto con un espejo; pero lo curioso del caso es que aún se destaca en medio de la brillante superficie la etiqueta del comerciante que lo ha suministrado, en tanto que por detrás sobresalen dos listones transversales, que llevan todavía los clavos torcidos que le sujetaban á la caja que ha servido para su transporte.

Si añado que á lo largo de las paredes hay divanes que convidan al descanso, habré dado una idea exacta de este mobiliario, cuyo conjunto, tan curioso como extraño, muestra palpablemente el deseo de unir á lo confortable del lujo oriental todas las comodidades indispensables al gusto europeo.

De la habitación del ministro parte una alameda

espaciosa y larga, formada por olivos seculares, que conduce á un tercer pabellón aislado y casi oculto en medio de los jardines. No puede imaginarse nada más lindo, más gracioso y más coquetón que este risueño y fresco recinto. Se compone de una sola pieza oblonga, á flor de tierra, precedida en toda su longitud por un elegante patio de tres arcos, sostenidos por dos esbeltas columnas cilíndricas. La techumbre termina en azotea sombreada por corpulentos árboles y desde la cual se extiende la vista á gran distancia, pudiendo admirar la próxima torre de la Kutubia, principal mezquita de Marruecos.

Una puerta monumental de dos hojas se abre enfrente de la gran alameda, y en los dos extremos de la pieza hay dos ventanillos que suministran luz y ventilación escasas. El mobiliario es del mismo gusto y del mismo género que el de la habitación destinada al Sr. Ordega.

Esta encantadora y elegante morada, designada con el expresivo título de *Pabellón de las Sultanas*, estaba destinada á las señoras que pudieran haber formado parte de la misión, y en su ausencia, hemos tenido el privilegio de ocuparla el pintor Mousset y el autor de estas líneas.

Los jardines ocupan una extensión considerable, y están divididos en cuarteles cuadrados por magníficas alamedas que se cortan en ángulo recto. Predominan casi exclusivamente los naranjos y limoneros, que á la sazón estaban cubiertos de frutos y flores; son árboles robustos á la vez que esbeltos, cuyas anchas copas se confunden para formar una bóveda casi impenetrable á los rayos solares. Al pié

de los mismos serpentean canalitos de riego que les suministran á su debido tiempo el necesario jugo.

En los bordes de los caminos se ven de cuando en cuando tilos, de antigüedad respetable, que confunden su perfume con el aroma peculiar del naranjo; gigantescas acacias ostentan sus olorosos ramos, en medio de los cuales deja oir su arrullo la tortolilla; albaricoqueros, tan corpulentos como las más robustas encinas de nuestros bosques, sostienen cantidades incalculables de fruta, que en aquel entonces tenía el tamaño de la avellana, y á lo largo de las paredes se ven higueras de tupido follaje también cargadas de fruta.

En estos sombríos, frescos y tranquilos parajes, viven multitud de pajarillos, y como nadie turba su reposo, atruenan constantemente el aire con sus trinos, arrullos y gorjeos.

Imitando á los pájaros, los tres oficiales de la misión han establecido sus reales en medio de los jardines de la Mahmunia, haciendo erigir sus tiendas á la sombra de los naranjos. Lejos de compadecerles son objeto de nuestra envidia; tienen á su disposición todos los objetos necesarios, y hasta el suelo de sus tiendas está cubierto de finos y blandos tapices, lo mismo que nuestras habitaciones. En cambio, en torno suyo todo es armonía; por doquier no ven otra cosa que flores y frutas.

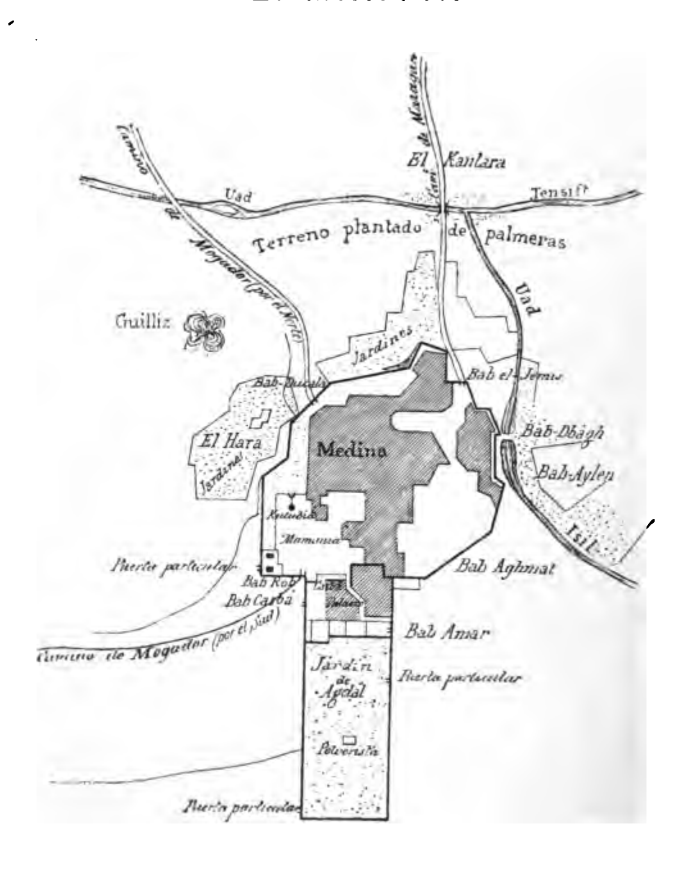
De la misma manera se han alojado los demás individuos de la misión que no han tenido espacio en los pabellones. Sus tiendas, diseminadas acá y allá en medio de los macizos, casi cubiertas por el follaje, forman un pequeño campamento que produce un efecto muy agradable.

PLANO DE MARRUECOS

TOMADO SOBRE EL TERRENO

POR EL CAPITÁN DE ARTILLERÍA

E. MARTÍN



CAPÍTULO III

Aspecto general de la ciudad.—La *Medina*.—Calles cubiertas.—*Ksaria*.—Plazas y mercados.—Barrios de vecindad.—Trajes.—Actitud de la población con los extranjeros.—*Mellah* ó barrio judío.—*Kasbah* ó residencia de la corte.

La primera visita que se hace á la capital produce una impresión tan extraña como sorprendente: es una cosa completamente distinta del concepto que tenemos nosotros de una ciudad.

En primer término abraza un perímetro inmenso que no comprende menos de 20 kilómetros; pero la mayor parte del terreno está ocupado por jardines, en tanto que los edificios habitados llenan una porción insignificante.

Marruecos dista mucho de encerrar los 500.000 ó 600.000 habitantes que se le atribuían en el siglo pasado; apenas si cuenta hoy una quinta parte de esa cifra. Esta sensible decadencia data de la época en que la ciudad dejó de ser capital del Imperio de los Sherifes, porque habiendo conquistado éstos los reinos de Fez y de Mequínez, trasladaron á la primera de dichas poblaciones la residencia de su gobierno. Por lo demás, en medio de su decadencia actual, es todavía Marruecos el centro de población más considerable del Imperio á que da

nombre. En su calidad de cuna de la dinastía reinante, es la residencia favorita de sus soberanos.

Desde el punto en que nos hallamos instalados hasta el centro de la ciudad hay una distancia respetable; así es que nunca la hemos visitado sino á caballo.

Saliendo de la Mahmunia, se pasa por vías espaciosas trazadas en medio de jardines cerrados por paredes de barro, de construcción irregular, por encima de las cuales se levantan las copas de higueras y moreras, dominadas á su vez por esbeltas palmeras. Los trozos de muro caídos y las grietas, dejan ver debajo de los árboles setos de cactus y lechos de legumbres de hermoso aspecto.

Todos estos jardines y huertos reciben el agua por numerosos canales de riego que circulan á lo largo de los caminos, unos al descubierto, otros debajo de tierra. Los primeros se utilizan constantemente para lavar la ropa blanca ó para macerar y preparar las pieles. Los hombres que practican esta operación están desnudos hasta medio cuerpo, penetran en el agua para remojar y limpiar la pieza que van á trabajar, y á seguida, bien con las manos ó con los piés, la reblandecen frotándola contra unas piedras, ordinariamente de forma circular. Cuando creen terminada esta operación, vuelven á la corriente del riachuelo y lavan de nuevo el objeto para someterle á sucesivos frotamientos sobre las piedras. Estos lavaderos presentan un aspecto por demás original.

Siguiendo nuestro camino en dirección á la *Medina*, ó ciudad árabe, propiamente dicha, pasamos



UN LAVADERO EN LAS CERCANÍAS DE LA KUTUBIA
(MARRUECOS).

por una serie de puertas y bóvedas, cuyo destino y utilidad nadie ha sabido explicarnos, y aún es necesario andar un largo trayecto á través de ruinas por un camino desigual hasta llegar á los barrios habitados. Á primera vista el espectáculo no puede ser más doloroso; no se ven más que edificios bajos de aspecto triste, cuyas paredes amenazan ruina; más que ciudad habitada parece aquello los despojos de una población arruinada, de que sólo quedan los restos de los pisos bajos.

Pasamos luego por varias callejuelas tortuosas y estrechas, en las que la circulación es extremadamente difícil, sobre todo á ciertas horas del día en que todo el mundo sale á sus negocios. Vigas ó simples listones echados de un tejado á otro, forman una grosera armazón, que recubierta de cañas secas ó en algunos puntos de plantas verdes, protegen al transeunte de los abrasadores rayos del sol.

En realidad produce un efecto sorprendente el verse por vez primera debajo de estas galerías, que constituyen las calles de una gran capital, tan bajas á veces que no es posible pasarlas á caballo sin constantes precauciones, so pena de dejarse los sesos entre las viguetas. Son además tan estrechas, que si se encuentran en ellas dos jinetes, es preciso que el uno se detenga y se arrime todo lo posible á la pared, á fin de permitir el paso al otro.

Lo más extraño es que todos estos callejones tienen por ambos lados numerosas tiendas, ¡pero qué tiendas! Son pequeños huecos adosados á una pared de barro y un poco levantados del suelo; verdaderos nichos en que el comerciante espera, acurru-

cado en medio de sus productos en una actitud impasible la llegada del parroquiano, que dicho se está, no pudiendo penetrar en tan estrechos recintos, espera en la calle.

En estos tenduchos se ejercen todas las pequeñas industrias y todas las ramas del comercio que allí se conocen, pero con cierto orden, de manera que en un sitio determinado se encuentran reunidos todos los artículos y productos de la misma especie, circunstancia que facilita sobremanera las operaciones mercantiles. Véndese allí especiería, mercería y quincalla, abundan sobremanera los vendedores de alfarería, que ejercen al mismo tiempo el monopolio de la venta de brea, de que se hace gran consumo para tomar el agua potable; hay también comerciantes de legumbres, cuyos nichos parecen jaulas de conejos; carniceros que, colgando las piezas muertas en el hueco del tenducho, dan á éste cierto aire de teatro Guiñol.

En un largo espacio no se ven más que sillas, bridas y todo lo que constituye un arnés; en otro punto, obreros que trabajan el cordobán y fabrican cintos, cojines y otros artefactos; aquí se ve una serie de talleres de sastrería, cuyos inquilinos se ocupan en coser jaiques y chilabas; más allá se afanan los albéitares, batiendo el hierro casi frio, á fin de economizar el combustible que escasea en extremo. En ninguna parte se ve una mujer dedicada á la venta ó al trabajo industrial.

Fuera de las tiendas van y vienen, en medio de las calles, numerosos vendedores ambulantes con babuchas, pieles, puñales, ropas y gran diversidad de utensilios.

No debemos pasar en silencio un tipo singular con el que se tropieza á cada paso: el vendedor de agua. La escasez de este producto y las exigencias del clima hacen necesaria esta industria. La ejercen exclusivamente negros, que llevan desnuda la mitad del cuerpo, y la otra mitad cubierta de harapos que han servido para vestir á muchas generaciones. Sostenido por una correa, en forma de banderola, llevan á la espalda un odre de piel de cabra que apenas ha pasado por las manos del curtidor. De su brazo izquierdo cuelga una larga espita de cobre, que brilla como el oro, y del cuello penden dos vasos de metal sostenidos por relucientes cadenas. Una campanilla, que tocan contínuamente, les sirve para pregonar su mercancía. Con pequeña diferencia, éste es el equipo de los vendedores de coco parisienses; únicamente le falta al negro la flema filosófica y la tranquila majestad que caracteriza al industrial francés; aquél, muy al contrario, se agita y corre en todas direcciones buscando consumidores de su mercancía, siempre se le ve en actividad midiendo cien veces las calles, con piernas que la desnudez hace aparecer de gigante.

Pero la verdadera actividad comercial parece concentrada muy especialmente en la *Ksaria*, lugar de la ciudad donde se hallan reunidos varios mercados ó pasajes, formando extensos bazares. Las construcciones más regulares y artísticas revelan desde luego la importancia de aquel centro de contratación. El suelo está embaldosado; la techumbre, bastante elevada, es de madera, con huecos que dan entrada á la luz; sus dos extremos se cie-

rran con dos grandes puertas; la entrada de animales está allí prohibida. Hay tres ó cuatro pasajes que comunican entre sí por una abertura practicada en las paredes medianeras.

Las tiendas de dichos bazares, aunque construídas por el modelo de las descritas anteriormente y de tan modestas proporciones como ellas, están mucho mejor acondicionadas. Ciérranse por dos hojas colocadas en sentido vertical. Cuando el negociante se traslada allí para dirigir las operaciones de su comercio desde los barrios extremos en que de ordinario habita, cosa que tiene lugar hácia las cuatro de la tarde, abre su cajón, fuertemente cerrado el día anterior, bajando la hoja inferior y manteniendo levantada la otra por un palo. Á seguida se mete en su nicho, donde permanece en la actitud indicada, inmóvil como un fakir, hasta la caída de la tarde. Por lo demás, estas tiendas están bien surtidas, en particular de ropa blanca, telas y joyería.

Las ventas se hacen en estas galerías pregonando la mercancía á gritos y todas las tardes, cuando ha cedido el calor, atraen á la *Ksaria* considerable afluencia de gente. Los vendedores circulan en medio de las agitadas olas de la multitud, mostrando los objetos destinados á la venta; anuncian en voz alta el precio; van de un paraje á otro, siempre gritando desaforadamente en busca de compradores, hasta que, por fin, después de muchas idas y venidas, de gritos y ahullidos, se deciden á entregar la mercancía al mejor postor. De ordinario nunca dan un objeto sino al precio que han fijado ellos mismos ó los verdaderos comercian-

tes, ya que los pregonadores son casi siempre simples intermediarios de las ventas. De esta manera, sucede á veces que el verdadero dueño ofrece al pregonero más alto precio que el comprador, á fin de excitar su apetito de poseer un objeto raro ó precioso. Véndense allí ropas, tapices y alfombras, muebles, armas, alhajas, en su mayor parte objetos usados. Por lo demás, este mercado es interesante y animado.

Pero el comercio al por mayor no se hace ni en las calles ni en las galerías de la *Ksaria*. Con este objeto hay en diversos puntos de la ciudad edificios especiales, cada uno de los cuales tiene cierto número de almacenes que dan á un patio cuadrado, susceptibles por lo general de contener respetables cantidades de mercancías. Algunos tienen encima un piso destinado á viviendas, que dan á una galería común con barandilla de madera, que se extiende por los cuatro costados del patio. Á estos almacenes mixtos, especie de caravanserrallos (1), acuden principalmente los comerciantes extranjeros, que encuentran allí alojamiento á la vez que depósito y exposición para sus mercancías, permaneciendo en ellos hasta agotar las existencias.

Aparte de estos sistemas de comercio, se celebran mercados importantes en determinados días, especialmente para la venta de animales, granos, pieles, lanas y frutas; y uno, tres veces por semana, para la venta de esclavos. Estas ferias se celebran en grandes plazas ó en espacios más redu-

(1) Paradores públicos de Oriente donde se alojan las caravanas.

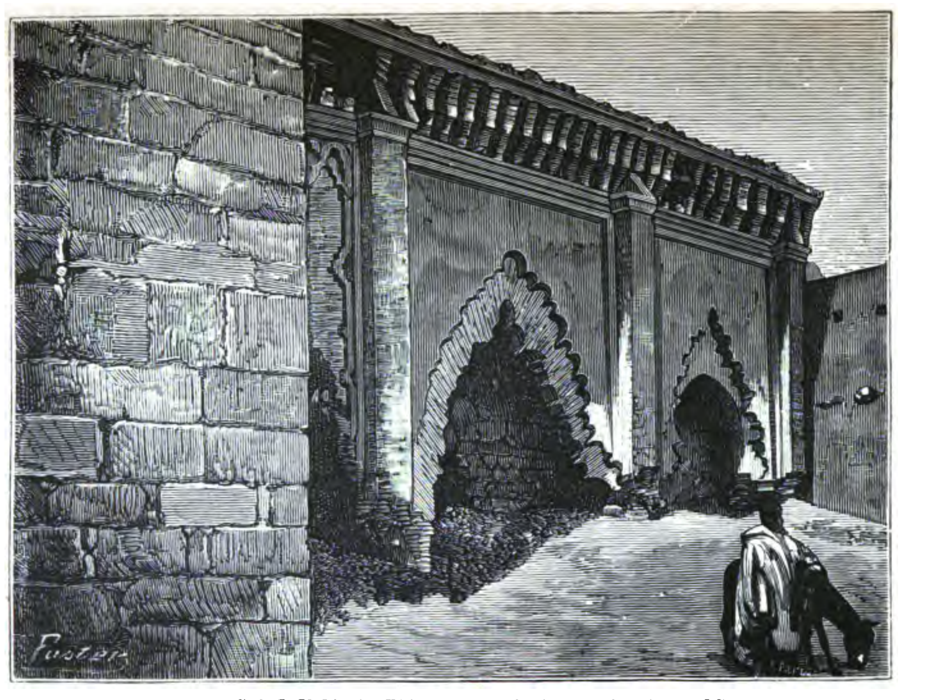


cidos, á veces cubiertos, según la índole de las operaciones que allí se practican.

Saliendo de los barrios comerciantes se vuelve á entrar en un nuevo laberinto de calles estrechas, sucias y tortuosas como las anteriores, si bien se echa de menos el sello característico de aquéllas. No hay huecos ni tiendas. Las casas, sin aberturas visibles, no presentan más que paredes terrosas que amenazan ruina, sin aleros ni tejados. Sin embargo, de cuando en cuando, los finos arabescos de la fachada de una mezquita, de alguna puerta ó fuente cuyo dibujo y ornamentación recuerdan los más hermosos modelos del arte morisco, detienen la mirada del transeunte y evocan el recuerdo de pasadas grandezas.

En resumen, la ciudad, á pesar de su exterior triste y desolado, está llena de vida y de movimiento. En todas partes, en las calles, comercios y plazas, la multitud se agita y se revuelve como un hormiguero perseguido.

El traje más en uso es blanco, á lo ménos en su parte exterior, y muy variable, según la fortuna y la posición de los individuos. El traje típico se compone de *zaragüelles* blancos, que llegan hasta la rodilla; *caftán,* á manera de camisa larga, de paño ó de seda, de color blanco, amarillo, rojo, azul ú otro de fantasía, abotonado por delante en toda su longitud, con una hilera de botones muy pequeños y muy juntos; va cubierto invariablemente de una especie de túnica blanca, cerrada por un sistema análogo. Encima gastan el *burnus*, capa sin mangas con capuchón que cae hácia atrás, ó *jaique,* gran pieza de tela blanca, generalmente



RUINAS DE UNA ANTIGUA FUENTE EN MARRUECOS.

lana fina ó seda, con que las personas acomodadas se cubren desde la cabeza á los piés, y que ellas mismas se ajustan y arreglan al cuerpo con tal arte, que les comunica un aire sorprendente de distinción y elegancia.

La *chilaba* es una especie de *burnus,* pero con mangas y cerrado por la parte anterior, de suerte que no tiene más abertura que la indispensable para meter la cabeza. Este es el traje propio del artesano, del pueblo en general. La gente pobre gasta á veces la *chilaba* como vestido único.

La mayor parte de los hombres de este país llevan siempre á la cintura la *gumía*, especie de puñal encorvado.

Las gentes del pueblo bajo van con la cabeza descubierta y afeitada, á excepción de un mechoncito de pelos que se dejan hácia la coronilla; las personas de regular posición gastan *tarbush* ó *shashia,* gorro encarnado, y los hombres casados de las clases acomodadas el turbante, arrollado alrededor del fez. La calidad de la tela y el número de vueltas, varían según el rango y la fortuna del individuo.

Todos, ricos y pobres, gastan babuchas amarillas; su precio es tan módico, que muy pocos se privan de esta comodidad. Pero en su fabricación y en la calidad de la piel, hay que señalar diferencias muy notables. El color es lo que no varía.

Las mujeres, cuando salen á la calle, van envueltas en un gran capuchón de lana blanca, que esconde por completo las facciones y todos los detalles de su cuerpo y de su traje. Esta uniformidad hace por extremo difícil distinguir la categoría ó el rango de la persona, que á lo sumo puede apre-

ciarse por el mayor ó menor grado de limpieza del vestido exterior, y por la clase de las babuchas, que son invariablemente encarnadas.

En honor de este desgraciado pueblo, debo decir que todos, lo mismo hombres que mujeres, en todos los grados de la escala social, han mostrado hácia nosotros un sentimiento de curiosidad más bien benévolo que hostil. Todos se apartan solícitos para dejarnos franco el paso, particularmente las mujeres, que se pegan como estátuas á las paredes, como si temieran rozarse con nosotros, ó lo que es más probable, para evitar los empujones de nuestros soldados y los atropellos de las caballerías. Sin embargo, esa actitud humilde, no las retrae de examinarnos detenidamente, y sin volver la cabeza, seguirnos con la vista, cuyo brillo se percibe claramente á través de los dos velos con que llevan cubierta la cara.

En cuanto nos detenemos se forma compacto grupo de curiosos alrededor nuestro; pero sin que se oiga un insulto ni una palabra descompuesta; á lo sumo si tenemos que sufrir la sonrisa de alguna mujer ó los gestos de un pilluelo. ¿Y cómo no? Es seguro que para estas pobres gentes nuestros trajes y todo nuestro aspecto haría una figura tan extraña como grotesca. Y así como nosotros nos sorprendemos á cada paso y hallamos novedad en las cosas más comunes que les atañen, de la misma manera nuestra presencia excita en ellos la curiosidad y les suministra materia de risa y de broma.

Los judíos, cuyo número se eleva en esta ciudad de 8.000 á 10.000, viven en un barrio especial llamado *Mellah*, situado al Sur de la *Medina* y fuera

de ella. Lo mismo que en otras ciudades de Marruecos, este barrio se halla separado del resto de la población por sus murallas propias, cuyas puertas, pocas en número por cierto, se hallan guardadas de día por soldados árabes y se cierran poco después de la puesta del sol. El aspecto de sus calles es tan sucio y desolado como en la *Medina*, y únicamente se observa más ventilación exterior en las casas.

Los judíos se distinguen por su traje de la población musulmana. No usan el color blanco; su vestido es siempre oscuro y va perfectamente ajustado por un cinturon. Del mismo matiz son las babuchas, por estarles prohibido el uso del color amarillo. En la cabeza gastan un fichú de algodón azul sembrado de lentejuelas blancas, que se anuda debajo de la barba. Las mujeres hebreas circulan libremente por la *Mellah* y se las ve con frecuencia á las puertas de las casas con el rostro descubierto.

Al lado de la *Mellah* se levanta la Alcazaba, *Kasbah*, con su cinturón especial de murallas. Comprende en su recinto el palacio del Sultán, el *dar-maghzen* ó residencia oficial del gobierno, el *mechuar* ó plaza destinada á las audiencias públicas y varios edificios ocupados por los moghaznis y sus familias.

Á continuación de la Alcazaba se extienden los espaciosos y soberbios jardines de Aguidel ó Agdal, reservados exclusivamente al uso del Sultán y de su familia.

CAPÍTULO IV

Nuestros comerciantes en Marruecos.—Una señora francesa de viaje.—Visita del gran visir.—Entrevista con el Sr. Ordega.—Preliminares de la recepción oficial de la embajada.—Modificación del ceremonial exigida por el Sr. Ordega.—Negociaciones difíciles y su resultado.

Fuera de los individuos que componen la comisión militar permanente, que salió á recibir á la embajada la víspera de su entrada solemne en la ciudad, no reside ningún francés en Marruecos. No obstante, los comerciantes de la costa ó sus representantes, acuden allí alguna vez; y los que habían hecho este viaje por razón de sus negocios ó atraídos por la presencia de la embajada, se presentaron en la Mahmunia, donde tuvieron el afectuoso recibimiento que suele hacerse á compatriotas en tierra extraña. Encontrábanse entre ellos Mr. Allard, nuestro agente consular y delegado de sanidad en Saffí, y Mr. Pincherlé, que á su cualidad de representante de la casa Pión, hijo, de Marsella en Mogador, une la circunstancia de ser un músico de gran sentimiento y violoncelista distinguido. En general es tan exiguo el número de franceses que residen en diferentes poblaciones de Marruecos, que fácilmente se conocen sus cualidades y ocupaciones.

He aquí por qué nos produjo agradable sorpresa

el día primero de nuestra instalación en la Mahmunia el anuncio de que una señora francesa, que se hallaba de paso en Marruecos, solicitaba el favor de tener una entrevista con el Sr. Ordega. La respuesta, como puede suponerse, fué afirmativa, y un día, después del desayuno, hallándonos casi todos reunidos en la habitación del ministro, se nos anunció la presencia de la expresada señora, que inmediatamente fué recibida con los miramientos debidos á su nacionalidad y á su sexo.

La señora de G... es, según se dice, una viuda apasionada por los viajes, que hacía un año se ocupaba en recorrer Marruecos como turista sin más acompañamiento ni guía que tres ó cuatro servidores árabes. Después de tomar asiento con tanta desenvoltura como franqueza en uno de los divanes, expuso el objeto de su visita, que distaba mucho de ser un acto de mera deferencia y cortesía hácia el representante de Francia. Proponíase comprar en Tánger una finca perteneciente al Sultán, había ofrecido ya un precio inferior sin duda al que había pagado su augusto dueño; pero la casa exige grandes y costosos reparos que hacen aceptable su proposición. En suma, venía á pedir la eficaz intervención del ministro, á fin de obtener una audiencia del Emperador y poder discutir directamente con Su Majestad las condiciones de la compra.

La señora de G... viaja en traje de amazona, color gris, sombrero mosquetero de fieltro, con pluma del mismo color que el vestido. Espeso velo oculta sus facciones de tal manera, que no deja ver ni sus rasgos más principales, habiendo además escogido

un sitio en la habitación, que la pone á cubierto de indiscretas miradas. Pero su ademán es elegante, flexible y natural; su lenguaje escogido, no exento de afectación; su ingenio original; fácil y abundante la palabra, con notas expresivas é insinuantes. Se la escucha con agrado, y sea cualquiera el juicio que se emita sobre su persona, no pudimos menos de admirar el extraño carácter de una mujer que se aventura á recorrer un país desconocido, completamente cerrado á la civilización, casi desierto y lleno de peligros, donde es preciso viajar á caballo y dormir en tiendas de campaña, sin más salvaguardia que la de algunos extranjeros semibárbaros puestos á su servicio.

Esta vida errante y tan opuesta á las costumbres femeninas, llama vivamente la atención y despierta la curiosidad de un modo irresistible. El paso de la intrépida amazona deja en cada población donde se detiene una estela de cuentos y leyendas que la imaginación adorna y embellece á su capricho. El Dr. Linares la ha visto en Rabat, el Sr. Brudo en Mazagán, y en todas partes se hacían comentarios y se emitían juicios sobre su persona y su conducta que, como es natural, no siempre eran favorables á su reputación. Á juzgar por lo que hemos visto y oído podemos deducir, casi con certeza, que la historia de la compra de una casa en Tánger no ha sido más que un ingenioso pretexto, ideado por la excéntrica viajera con objeto de contar entre sus rarezas ú originalidades el episodio de una entrevista particular con el Sultán de Marruecos.

El Sr. Ordega, como puede comprenderse, se guardó muy bien de mezclar en sus conferencias

diplomáticas con el Emperador un asunto mercantil de esta especie y dió á su secretario el encargo de devolver á la señora de G... la visita que le había hecho.

El mismo día de nuestra llegada, apenas hubimos terminado nuestra instalación, cuando se presentó en la Mahmunia el gran visir á hacer la primera visita oficial al ministro. Como es notorio, este es el segundo personaje del Imperio, y además tío del Sultán por el lado materno.

Todos los individuos de la embajada obtuvimos el honor de ser presentados al primer ministro de Marruecos.

Si-Mohammed-el-Arbi-ech-Chmai, después de quitarse las babuchas, tomó asiento en un diván en la postura característica de los orientales, dejando ver dos pies de una limpieza irreprochable, con las uñas tan perfectamente cuidadas como pudieran estarlo las de las manos de un gomoso. Es bajo de estatura, grueso y de robustas formas, caracteres que contrastan con el tipo esbelto, seco y fornido de su raza. Atribúyesele una afición muy marcada á los goces materiales de la vida.

En nuestra presencia entablan los dos ministros conversación y el Sr. Ordega empieza declarando que ha venido como amigo del Sultán y de su pueblo y en representación de Francia, nación fuerte y respetada, aunque hayan querido propalar otra cosa sus enemigos. Á seguida manifiesta el deseo que abrigamos de que Marruecos, nuestro aliado, sea á su vez rico y fuerte, para lo cual en cualquiera eventualidad es preciso que se apoye en nosotros sus amigos sinceros y desinteresados.

El gran visir asegura que tales son los sentimientos que animan al Sultán.

El Sr. Ordega se muestra complacido de que así sea, y le advierte á su interlocutor que ha venido á tratar asuntos que interesan á las dos naciones, que tendrá que hacer valer algunas reclamaciones, que espera que se sabrá apreciar como un testimonio de sincera amistad el espíritu de concordia que empleará en las negociaciones; pero que á su vez exigirá pruebas de las benévolas disposiciones que se le han manifestado, que seguramente no le serán rehusadas.

Todo cuanto sea justo, responde el gran visir, será otorgado inmediatamente.

Acto continuo se nos invitó á retirarnos, por haber mostrado el gran visir deseos de celebrar una entrevista particular con el Sr. Ordega.

Tratábase principalmente de fijar el día en que tendría lugar la recepción solemne de la embajada por el Sultán. Como era natural, nuestro jefe declaró que estaba á las órdenes del Monarca, y que se presentaría á Su Majestad el día y hora en que tuviese á bien recibirle.

En la misma tarde respondió el Sultán que aceptaría el día y la hora que señalase el embajador. Por último, después de un cambio recíproco de ideas tocante á lo que sería más conveniente á unos y á otros, se fijó la recepción para el lúnes día 3 de Abril, á las nueve de la mañana.

Después del gran visir, han visitado la Mahmunia todos los ministros y grandes personajes que rodean al Sultán, con los que se sostenía al mismo tiempo una activa correspondencia.

Entretanto suscitóse uua cuestión de etiqueta que puso en conmoción á todo el *darmaghzen* ó palacio del gobierno marroquí.

Contra la costumbre observada hasta entonces en Marruecos, el Sr. Ordega había emitido la pretensión de que, una vez dirigidos los saludos personales al Sultán, se le autorizase para cubrirse, en tanto que llevaba la palabra en nombre de Francia. Hay que observar que la audiencia solemne se celebra al aire libre, circunstancia que justifica plenamente la pretensión de nuestro representante, conforme también al uso de las cortes de Europa, donde todo embajador que habla á un Soberano en esas condiciones, recibe la invitación de cubrirse en cuanto ha hecho los saludos ordinarios.

Pero aquí la cuestión, en sí de poca monta, tenía una importancia extraordinaria y hasta cierto carácter de gravedad, que ha obligado al ministro de justicia á hacer varias visitas al Sr. Ordega con objeto de discutirla. Sobre todo, se temía el desfavorable efecto que semejante innovación había de producir en el ánimo de los concurrentes á la ceremonia, quienes podrían ver en ese acto una falta de respeto hácia el Monarca omnipotente: y luégo ¿no podría sufrir menoscabo el misterioso prestigio con que se ha rodeado á la persona sagrada por cuyas venas corre la sangre del Profeta?

Á esto responde el Sr. Ordega que, muy al contrario, al obrar de esa manera practica un acto de deferencia para con el Sultán, puesto que su objeto es tratarle en igual forma que á los grandes Soberanos de Europa. Si tuviese que hablarle para

asuntos propios, dijo, no hubiera pensado siquiera en la posibilidad de cubrirse en su presencia; pero desde el momento en que lleva la palabra en nombre de Francia, desaparece su personalidad individual para representar á su nación, al jefe de su país, y debe por consiguiente considerársele como de igual categoría que el Emperador de Marruecos. Así, pues, todos los individuos de la misión permanecerían descubiertos, pero él pide para sí el derecho de cubrirse. Por deferencia, esperará gustoso á que el Sultán le invite á hacerlo, pero exige que se le haga esa invitación.

Antes de presentarse al Soberano, pidió que se le llevase una respuesta categórica sobre el particular, añadiendo, que si no se accedía á sus deseos, ó no acudiría á la recepción, ó si lo hacía y no se le invitaba á cubrirse, se retiraría inmediatamente, haciendo llegar á manos del Sultán las cartas credenciales de que era portador, por mediación del gran visir.

La situación tomaba un giro delicado. En efecto: ¿querría someterse el descendiente del Profeta, que apenas ha tomado parte en las negociaciones, á una exigencia de esta naturaleza? ¿No parecía natural que la encontrase demasiado atrevida? Y en tal caso la firmeza del Sr. Ordega iba á producir un rompimiento inesperado.

Felizmente se recordó de que en época no lejana y en ocasión análoga, se había suscitado una cuestión semejante que dió lugar á un cambio de notas y de impresiones muy activas, para resolver el asunto á satisfacción del ministro que lo había provocado. Era entonces costumbre en la

corte de Marruecos que en las audiencias privadas otorgadas por el Sultán pèrmaneciesen de pie los embajadores todo el tiempo que duraba la conversación con Su Majestad. Esta podía muy bien prolongarse en términos que la posición resultase harto molesta para diplomáticos que en la mayoría de los casos se hallan en el declive de la vida.

Muchos habían hecho votos porque se les librase de tan inútil suplicio, introduciéndose en su favor una costumbre más humana. Por fin hubo uno bastante osado, que haciéndose eco del pensamiento de todos, reclamó para sí el derecho de sentarse en presencia del Sultán, ni más ni menos que como el Sr. Ordega ha reclamado el de librar su cabeza de los ardores de un sol tropical. Tal pretensión produjo en las regiones oficiales de Marruecos la misma conmoción y sorpresa que ha causado la del ministro francés. Hubo parlamentos, discusiones y reclamaciones, pero al fin el diplomático ganó el pleito y obtuvo autorización para sentarse en presencia de Su Majestad Sherifiana.

Á nuestro compatriota Sr. Tissot, á la sazón embajador de Francia en Tánger, es á quien corresponde el mérito de haber proporcionado asiento á todos los enviados extranjeros, que después han tenido el honor de ser recibidos en audiencia por el Sultán, y al Sr. Ordega tendrán que agradecer el no verse expuestos á las temibles consecuencias de una insolación.

Entretanto la solución del conflicto se hacía esperar. Á las seis de la mañana del mismo día fijado para la recepción ya estaba el ministro de justicia en la Mahmunia, solicitando una entrevista con el

Sr. Ordega, para tratar de la modificación que había reclamado en el ceremonial; nada había resuelto aún el gobierno marroquí.

El régimen político de este país es por extremo sencillo: el Sultán lo es todo y los demás no son nada. Todo cede á sus caprichos y se inclina ante su voluntad absoluta. Una parte del personal de la corte comprendía la justicia y la oportunidad de la reclamación del ministro francés, pero nadie osaba defender ante el Sultán una medida que pudiera muy bien parecerle exorbitante.

Á pesar de todo, el Sr. Ordega mantiene su resolución primera, no sin presentarla con exquisita delicadeza, como un acto de respetuosa deferencia y atención hácia el Monarca, haciendo notar que de esa manera le trataba como á los Soberanos de Europa y amigo de Francia.

Su firmeza acabó por vencer todas las resistencias, y antes de salir de la Mahmunia para la ceremonia oficial, teníamos la promesa casi formal de que el Sultán cedería á los deseos del ministro.

CAPÍTULO V

Audiencia solemne con el Sultán.—Paseo por los jardines reservados.

Algunos minutos antes de la hora señalada estábamos todos dispuestos y reunidos, con el jefe de la misión á la cabeza, en traje oficial ó de ceremonia; el ministro llevaba el uniforme diplomático, lo mismo que el personal de la legación de Tánger, y nuestros oficiales vestían sus respectivos uniformes. Los individuos de la misión, extraños á estas dos categorías, iban de traje negro y corbata blanca, y los tres árabes que nos acompañaban se habían puesto sus mejores vestidos.

El gran maestro de ceremonias, á quien los deberes de su cargo retenían al lado del Sultán, se había hecho representar en la Mahmunia por su jalifat ó sustituto. Consultado el Sr. Ordega sobre el itinerario que desea seguir, manifiesta su deseo de que se elija el camino más corto.

Á las nueve en punto subimos á caballo y emprendimos la marcha, saliendo por la misma puerta que nos sirvió el día de la llegada para penetrar en la ciudad. Sin transición apenas, desembocamos, desde los verdes y frescos jardines de la Mahmunia, en la árida llanura, en la que no hay un árbol ni

una planta que pueda recrear la vista. El palacio del Sultán se halla á respetable distancia, y sus jardines están rodeados además de una tapia interminable que le ocultan por completo á nuestras miradas.

Diez oficiales que habían venido con el jalifat marchaban á pie formados delante de la comitiva; seguían luégo dos jinetes armados de espingardas, y á continuación iba el ministro con todo el personal de la embajada. Dábanos escolta nuestra guardia de honor y diez jinetes más cerraban la marcha.

La mañana se presenta hermoseada por un sol brillante, que se desliza en medio de un cielo de color azul intenso de limpidez admirable. La cordillera del Atlas se alza delante de nosotros en toda su soberbia majestad, con sus picos cubiertos de nieve, que, descansando sobre su sombría base, se destacan perfectamente en medio de una atmósfera transparente.

Ni un curioso entorpece esta vez nuestro paso. Al lado del palacio encontramos rebaños de carneros que pastan la escasa hierba que brota en la arenosa llanura y grupos de burros cargados de leña caminan con lento paso delante de sus conductores harapientos, que se paran á mirarnos con admiración y sorpresa.

Traspuesta la cerca del palacio por la puerta *Aomar,* guardada por soldados que presentan las armas á nuestra llegada, enfilamos con una avenida larga y estrecha, limitada por altas paredes de barro, que nos ocultan por completo la perspectiva. En un momento dado llama nuestra atención un ligero ruido; al volver la cabeza vemos tres muje-

res á quienes nuestra presencia ha puesto en fuga. Al extremo de la avenida se alza un arco flanqueado por una pequeña torre cuadrada y por el que se penetra en el mechuar, inmenso patio destinado á esta clase de recepciones públicas.

En este punto echamos pie á tierra, porque á nadie es permitido presentarse á caballo delante del Sultán; hasta los jinetes de la milicia que han de tomar parte en la ceremonia, tuvieron que dejar afuera sus caballos. Varios millares de soldados, blancos y de color, forman alineados un gran rectángulo, dentro del cual penetramos para colocarnos en el centro.

El patio está cercado de murallas, parte construídas de simple argamasa y algunos trozos de ladrillo con almenas. El espacio que queda fuera del rectángulo bastaría para contener la mitad de la población de Marruecos; sin embargo, apenas acudió á la fiesta un centenar de espectadores.

En uno de los ángulos presenta el gran patio una prolongación de forma cuadrada, cuyos dos costados están provistos de arcos, y el fondo, que daba frente á la comitiva, cerrado por construcciones de la misma altura que las murallas de circunvalación; por una de las grandes puertas de este edificio debía hacer su presentación el Sultán.

Después de un corto tiempo de espera se produjo un activo movimiento en el lugar donde estaban reunidos los ministros, los grandes dignatarios, los oficiales y otros individuos del país; en el mismo instante salen del palacio medio centenar de buabs ó guardias de las puertas, que á paso de gimnasia vienen á colocarse en fila delante de nosotros.

Al mismo tiempo baten los tambores, resuenan los clarines, la música deja oir los acordes de la marcha real española, los soldados presentan las armas, y todos los pechos musulmanes allí reunidos lanzan unánimes esta exclamación: *¡Allah Hareck fi amer Sidna!* Dios bendiga los días de nuestro Señor.

Entonces aparece á lo lejos el Sultán *Muley-Hassan,* debajo de un inmenso quitasol encarnado que le resguarda del sol. Los buabs le saludan inclinándose por tres veces hasta el suelo, hecho lo cual se alejan al mismo paso que habían traído, y van á colocarse á derecha é izquierda entre las filas de los soldados.

Su dispersión nos causó no poco placer, porque su compacta fila nos ocultaba la vista del cortejo, que entonces vimos avanzar hacia nosotros con paso lento y majestuoso.

El Sultán montaba un caballo blanco, con aparejos amarillos; á su lado marcha el personaje encargado de llevar el quitasol encarnado, poniendo exquisito cuidado en defender de los rayos del sol la cabeza de su omnipotente señor y dueño; otros dos personajes, uno á la derecha y otro á la izquierda, agitan sin cesar al rededor de su augusta cara unos paños de muselina, á fin de preservarle de las moscas. Dos al abarderos marchan delante del caballo de Su Majestad, precedidos á su vez por el caid Mechuar, gran maestro de ceremonias é introductor de embajadores. Este es el que abre la marcha, llevando por toda insignia un largo palo de nudos, tosco y torcido, recién cortado al parecer del árbol, no habiendo sufrido más operación que

la de haberle quitado la corteza. Cierran la comitiva el gran visir y sus ministros.

También formaban parte de la misma cinco magníficos caballos aparejados con abigarrados y brillantes equipos, conducidos de la brida por picadores: son el acompañamiento obligado del Sultán en todas sus salidas oficiales. Pero en esta ocasión, para dar á la ceremonia todo el esplendor posible, salió también á relucir una aparatosa carroza, único vehículo de ruedas que existe en Marruecos: es un voluminoso cupé, pintado de verde y oro, regalo, según parece, de la reina Victoria; va tirado por un solo caballo blanco, que llevan igualmente de la brida.

El Sultán no se detuvo hasta llegar cerca del embajador, quien se descubrió en presencia del Soberano, imitando los demás su ejemplo.

El quitasol, la circunstancia de ser el único que permanece á caballo en medio de este imponente cortejo y los respetuosos homenajes de que es objeto, muestran suficientemente que nos hallamos en presencia del Sultán de Marruecos. Por lo demás, ninguna insignia especial le distingue de los altos funcionarios de su corte; el traje es idéntico, sus vestidos son apenas algo más finos y más ligeros. No lleva en los pies más que las babuchas en chancla.

Muley-Hassan representa unos cuarenta y cinco años de edad, es alto de estatura y más bien delgado que grueso; la barba negra, cortada en cuadro, poco poblada y sin señales de pelo blanco; tiene el color pálido, tersas las mejillas, mirada vaga é indecisa, lleva la cabeza algo inclinada

hacia la izquierda, y en toda su actitud, como en su rostro, reina cierto ademán de resignación y melancolía.

Habla bajo y pausadamente; apenas se le oyen las primeras palabras que pronuncia. Felizmente, el caid Mechuar posee una potente máquina vocal, y anuncia con vigorosa entonación que el Sultán da la bienvenida al ministro de Francia.

El Sr. Ordega se inclina respetuosamente y pronuncia, acto continuo, el discurso con los cumplimientos de rúbrica en semejantes casos. Cuando hubo terminado entregó directamente al Sultán las cartas credenciales, que iban encerradas en una elegante bolsa de seda azul adornada con sutash amarillo.

Al llegar á la última frase de su discurso, echó de ver el ministro que, contra su anterior resolución, había permanecido descubierto; pero en aquel momento mismo, el Sultán le invitó á cubrirse acompañando la invitación con un gesto de la mano derecha. No podía desearse una solución más feliz del incidente del sombrero.

Hecha la entrega de las cartas credenciales, el primer intérprete Sr. de Garay se adelanta hacia el Sultán y le da lectura del discurso del embajador, en la traducción árabe que había preparado de antemano. Entonces el Sultán dió gracias al ministro por los sentimientos de amistad que acababa de manifestarle en nombre del gobierno francés.

El Sr. Ordega da nuevas seguridades de esta amistad, no sin asegurar á Su Majestad que Francia será siempre la mejor y más fiel aliada de Marruecos. El Sultán dice que tiene completa fe en

las declaraciones del ministro y que conoce al Sr. Ordega como hombre honrado, justo y recto.

Durante la conversación que acabo de bosquejar, la fisonomía del Sultán había tomado una expresión muy distinta de la que tenía á su llegada; sus ojos se animaron y todas sus facciones expresaban un marcado sentimiento de satisfacción y benevolencia. Por lo demás, toda su persona conservaba aún el aire de abandono y de cansancio, que entre los orientales no es, como pudiera creerse, muestra de fatiga y agotamiento de fuerzas, sino más bien un signo convencional de distinción y de nobleza.

Acto continuo le son presentados todos los individuos de la embajada. El Soberano escucha con atención las palabras del intérprete, trata de adquirir exacta noticia del empleo y categoría de cada uno, interrogándole cuando no se cree suficientemente informado, y saluda á todos con un ligero movimiento de cabeza, al que nosotros respondemos con una inclinación análoga.

Por último, dirige algunas palabras de cortesía al ministro, y después de hacerle el postrer saludo, puso término á la ceremonia volviéndonos la grupa del caballo. El regreso á palacio se verifica con el mismo cortejo, el mismo ceremonial y la misma solemne majestad con que se efectuó la salida. Tambores y clarines suenan á porfía, la música toca la consabida marcha, y toda la asamblea lanza la indicada exclamación: *¡Allah Hareck fi amer Sidna!*

La ceremonia duró más de un cuarto de hora. Los que habían asistido á recepciones anteriores

afirman que nunca había sido Su Majestad Sherifiana tan prolijo.

El gran visir y todos sus ministros se precipitan hacia el Sr. Ordega y le estrechan con efusión la mano. Había cesado la preocupación de la víspera; todo había salido á pedir de boca. Sin duda han leído todos la satisfacción en la cara de su amo y como es natural, rebosan á su vez de placer y de alegría.

Poco después estamos de nuevo á caballo. El itinerario de regreso se había fijado de antemano, porque constituye parte integrante del ceremonial la visita á los jardines del Agdal, de la exclusiva pertenencia del Sultán, y que no se entregan á las miradas profanas de los infieles sino en circunstancias excepcionales. El caid Mechuar es el encargado de guiar á la comitiva.

En un patio, al que salimos inmediatamente, hay un edificio de escasa elevación, pero cuya hermosa y correcta apariencia dan á entender claramente que forma parte del palacio. No presenta más huecos que las puertas, que estando herméticamente cerradas, nos impiden adivinar el misterio que su interior encierra. De aquí salimos á un camino estrecho, especie de corredor larguísimo, formado por paredes de barro, semejante al que atravesamos á la venida, que nos conduce al primer jardín, de éste pasamos á otro, y por último á un tercero, tan hermoso como los anteriores, cuyos límites no podemos descubrir.

Estos jardines están, como los de la Mahmunia, divididos en cuadros separados por extensas alamedas, á través de las cuales marchamos varios en

fondo cómodamente, á la sombra de soberbios olivos. Los naranjos y limoneros nos brindan asimismo con sus abundantes frutos, al mismo tiempo que nos envían el agradable perfume de sus flores. Canalitos de riego, alimentados sin cesar por depósitos siempre llenos de agua, mantienen en el ambiente agradable frescura y conservan aquella vegetación frondosa.

Bajo la acción del calor y de abundantes riegos, prosperan el peral y el manzano, el cirolero y el granado, al lado de la gigantesca palmera. El albaricoquero adquiere proporciones colosales, y al pie de estos preciosos árboles, en los espacios intermedios, ostentan sus lindos botones entreabiertos innumerables rosales. No pudiendo resistir la tentación de llevar una de estas flores en recuerdo de nuestra visita, hice una indicación al soldado más inmediato, que en el acto satisfizo mi deseo. Grandes y viejos emparrados, sostenidos por maderos fijos en las paredes, presentan ya los primeros brotes, indicando que todavía puede prosperar la viña en estas latitudes.

De trecho en trecho, en medio de los macizos ó en las plazoletas, se ven, ocultos entre las flores y el follaje, rodeados de geranios, rosas y jazmines, lindos pabellones ó elegantes kioskos, destinados al descanso ó á los placeres del Sultán. Á la vista de estos misteriosos recintos, la imaginación se complace en soñar con Sultanas jóvenes y lindas, tumbadas en sus posiciones favoritas de indolencia y abandono, durante las horas más cálidas del día, ó gozando con indolente coquetería el dulce y aromático ambiente de la tarde.

El paseo sería interminable en estos jardines tan extensos; pero su disposición uniforme hace que se agote muy pronto el interés que despiertan. Á las once nos sentimos agobiados por el calor, rendidos de fatiga y aguijoneados por el hambre; el ministro manifiesta deseos de que se dé por terminada la visita, y por el camino más corto regresamos á nuestra residencia de la Mahmunia.

Antes de quitarnos los trajes de ceremonia nos colocamos en grupo bajo el pórtico del pabellón de las Sultanas, y Davin endereza hacia nosotros su objetivo y su correspondiente placa fotográfica; si la prueba resulta buena, servirá para inmortalizarnos á todos.

Como es natural, aquel día no se apartó de nosotros la agradable impresión de placer, mezclado de asombro, que nos había dejado tan extraña y solemne ceremonia. Todo nos parecía concurrir al éxito más completo de nuestra misión: habíase dispensado al ministro un recibimiento por extremo halagüeño. Un elogio pronunciado por los labios de un Sultán, que no se cree obligado á nada, es algo más que una palabra vana. En el almuerzo tomé de esta circunstancia ocasión para pronunciar un brindis concebido en estos términos:

«No debemos dejar transcurrir este día, del que todos conservamos tan grato recuerdo, sin beber á la salud del señor ministro, cuya reputación de probidad y lealtad se halla tan sólidamente establecida, que el mismo Sultán de Marruecos acaba de dar ante nosotros público testimonio de ello.

»En la seguridad de que me hago intérprete de vuestros sentimientos, señores, me atrevo á mani-

festar al señor ministro que todos nos asociamos gustosísimos á la declaración hecha por el Sultán. En mejor situación que nadie para poder apreciar sus méritos y servicios, sentimos un verdadero placer en afirmar que Francia no ha podido escoger representante más digno ni más desinteresado. ¡Á la salud del ministro de Francia! ¡Á la salud del señor Ordega!»

La proposición fué acogida con unánime aplauso. El ministro, visiblemente conmovido, nos dió las gracias con efusión, y á su vez propuso un brindis por Francia, á cuyo servicio, añadió, se consideraba dichoso de poder consagar su actividad y sus fuerzas.

CAPÍTULO VI

Regalos ofrecidos al Sultán y á los principales personajes de su corte. — Elección de los regalos y correspondencia. — Correo desbalijado y herido. — Información y juicio. — Hijos que piden gracia por su padre preso. — Carnero degollado á la puerta del palacio. — Intervención del ministro francés. — El Sultán otorga la gracia solicitada.

Es costumbre que todo embajador extranjero que se dirige á la corte de Marruecos lleve consigo regalos que debe entregar al Sultán y á los personajes de su corte, á nombre del gobierno que representa. También el comandante de Breuilhe llevaba algunos, procedentes de Argelia, para ser entregados á los principales funcionarios de parte del general que mandaba el 19.° cuerpo de ejército. Después de la audiencia solemne y de haber entrado en relación con los ministros y diversos personajes de la corte, cuya importancia política y disposición de ánimo con respecto á nosotros habíamos podido apreciar, era tiempo de pensar en la distribución de estos regalos.

Se empezó por examinarlos con el debido detenimiento y estudiar su más conveniente destino, de acuerdo con las circunstancias de los agraciados y con nuestros intereses. Los objetos procedentes de París eran:

1.° Una tabaquera de oro adornada de diamantes.

2.° Un cronómetro de dobles tapas, también de oro, que marcaba en pequeños cuadrantes distintos los meses, días, horas, minutos y segundos.

3.° Otro cronómetro de oro de doble tapa, con el mismo mecanismo aparente, pero que limitaba sus indicaciones á las horas y á los días.

Los regalos procedentes de Argel, aunque más numerosos, eran de menos valor:

1.° Un servicio de té, compuesto de cuatro lindas piezas de plata.

2.° Tres tazas ó copas de asas, para agua, también de plata.

3.° Una petaca de oro.

4.° Tres relojes remontoir, con cadenas y medallones.

5.° Un revólver y sus cartuchos.

6.° Una pistola de tres cañones.

La petaca adornada de diamantes y el primer cronómetro se destinaron al Sultán, siendo comisionados por el ministro para ir á presentarlos á Su Majestad, el secretario de la legación, señor de la Boulinière y el primer intérprete Sr. Gaspary.

El comandante de Breuilhe, jefe de la sección militar, recibió el encargo de ofrecer al gran visir el servicio de plata y entregarle al mismo tiempo los demás objetos, suplicándole que los hiciese llegar á su destino. Dos de las mencionadas alhajas se reservaron para ser entregadas á nuestro regreso al pachá de Tánger, y á Si-Bargash, ministro de negocios extranjeros.

Esta costumbre de ofrecer regalos á los principa-

les personajes de la corte de Marruecos no es mala en sí misma; por mi parte ni la apruebo ni la condeno. Pero lo que sí me permito dudar es que en el caso presente la elección de los objetos se haya hecho con la debida atención á los gustos y disposiciones de las personas á quienes se destinaban. En mi sentir, el oro, las pedrerías y aun el complicado mecanismo de los cronómetros, no pueden tener sino muy escaso atractivo para el Sultán; de todos modos, dado el considerable número de embajadas europeas que ha recibido en los últimos tiempos, ha tenido tiempo más que suficiente de acostumbrarse á estos objetos, de uso harto común, y cuya elección no exige por otra parte gran esfuerzo de imaginación. ¡El gran cupé, verde y oro, que hemos visto figurar en la audiencia solemne, ese es un regalo oportuno y bien entendido! He oído que los italianos que vienen detrás de nosotros se proponen ofrecer al Sultán y á su corte una colección de armoniums, órganos expresivos y pianos mecánicos; también creo estos regalos más oportunos que nuestras armas, petacas y relojes. En realidad, con un poco más de cuidado, hubiéramos podido hacer una elección más acertada; objetos de gran volumen y brillante aspecto, aparatos de física recreativa, halagarían más indudablemente los infantiles gustos de este pueblo, que nuestras más delicadas obras de arte y nuestros preciosos brillantes, aunque sean de irreprochable pureza.

No quiere esto decir que se excluyan absolutamente los regalos de valor efectivo; sólo entiendo que deben ir acompañados de objetos capaces de

despertar curiosidad á la vez que sorpresa, y nadie puede hacer mejor la elección que el ministro encargado de la misión, que generalmente conoce los usos y los gustos del país. Lo que conceptúo erróneo es que dicha elección se haga sin consultar á personas capaces de dar los oportunos informes.

Nuestro tiempo transcurre en Marruecos sin dejar huella de su paso. Estamos perfectamente instalados y provistos de todas las comodidades apetecibles; reina entre los individuos de la misión la más perfecta armonía y hasta las cuestiones políticas y diplomáticas, ya entabladas, parecen marchar á una solución favorable y conforme á nuestros deseos; todo parece, pues, concurrir á hacer nuestra residencia agradable y tranquila nuestra existencia.

Desgraciadamente, la prolongada tardanza en recibir noticias de la madre patria evoca de vez en cuando algún triste recuerdo que viene á turbar nuestra alegría, y á amargar el placer que nos producen las interesantes escenas de que somos testigos.

Pero también esta pequeña nube se disipa y no tiene límites nuestra satisfacción á la llegada de un correo, portador de cartas y despachos de Tánger y de Francia; para todos hubo correspondencia y ninguno recibía noticias desagradables. Las primeras cartas nos causaron sorpresa tanto más agradable cuanto que llegaron mucho tiempo antes de que pudiéramos esperarlas. Un buque las había transportado de Tánger á Mazagán, desde cuyo punto recorrió un propio en cuarenta y ocho horas la distancia que nosotros habíamos empleado más

de seis días en recorrer. ¡Benévolo mensajero, jamás podrás apreciar el agradecimiento que te debemos!

Por nuestra parte, hicimos también lo posible para tranquilizar la natural zozobra que en nuestras respectivas familias debía ocasionar tan largo viaje. Los más solícitos entregaron ya al *Desaix* cartas que se depositarían en el correo de Cádiz, y á la segunda jornada se expidió un correo á Mazagán, cuya llegada á este punto debía coincidir con el paso de uno de los vapores que prestan servicio entre Marsella y las Canarias, haciendo escala en diferentes puertos de Marruecos. Desde la capital, en que nos encontramos, en razón de su distancia al mar y de la incertidumbre de que haya vapores, juzgamos más oportuno dirigir nuestra correspondencia directamente á Tánger. Al efecto se alquila un árabe que inspire la mayor confianza posible, y se le entregan las cartas de todos, bajo un solo sóbre dirigido á la legación de Tánger. Entonces el buen hombre se pone en camino como mejor le place, sabiendo que para llegar á su destino tiene que dar un paseo de nueve ó diez días, que cualquiera de nosotros no hubiera dado en menos de veinte. Luégo necesita el mismo tiempo para la vuelta sin más vehículo que el de sus ligeras piernas; todo mediante la remuneración de 70 á 80 francos, que para él constituyen el sueldo de un príncipe ó por lo menos de un embajador.

Los individuos que prestan este servicio ofrecen casi siempre garantías de honradez y de probidad; es raro que no cumplan su misión con exactitud y diligencia.

Sin embargo, uno de estos correos, á quien creíamos ya en marcha por lo menos hacía cuatro días, nos sorprendió presentándose en la Mahmunia. Se lamentaba de que había sido víctima de un atropello. Según su relación, unos salteadores le habían acometido y robado la correspondencia de que era portador, juntamente con el pequeño peculio que llevaba. Este accidente, verdadero ó supuesto, nos preocupa por diversas razones. En primer término, el ataque no tiene precedentes; porque si bien es cierto que el robo á mano armada se halla á la orden del día en este bendito país, el trayecto de Marruecos á Tánger se considera desde hace mucho tiempo como perfectamente seguro. Por otra parte, las cartas sustraídas al conductor habían sido escritas después de una entrevista del ministro con el Sultán, en la que se habían tomado importantes resoluciones, á las que indudablemente se aludiría en ellas; por lo menos en una destinada al periódico *Le Temps*.

¿Qué importancia y qué significación debíamos atribuir á este suceso? Diversas hipótesis se emitieron para explicarle. Algunos vieron en él una simple estratagema del correo, que de esta manera se proponía explotar nuestra buena fe y nuestros sentimientos humanitarios, para cobrar el precio de un viaje que no había hecho. Otros admitían la posibilidad del ataque, cuyo móvil habría sido el robo, y un tercer partido mezclaba en el asunto el interés político.

Puesto que cada una de estas hipótesis tenía entre nosotros sus defensores, resolvimos constituirnos en Areópago, llamar á nuestra presencia á

la víctima ó al acusado, oir una vez más la relación circunstanciada del suceso y de un interrogatorio en regla deducir las conclusiones que más pudieran acercarse á la verdad.

Nuestro hombre tiene, efectivamente, en el lado izquierdo de la cabeza, una contusión de tres centímetros próximamente; sus vestidos están manchados de sangre en el mismo lado, desde el turbante hasta las babuchas. La situación de la herida no permite suponer siquiera que haya podido producírsela él mismo; por consiguiente se la ha practicado una mano extraña. Estos son los hechos materiales.

Resulta, pues, como primera conclusión que él mismo no ha podido hacerse la herida.

Incúmbenos, por tanto, la tarea de descubrir al autor del atentado. Los europeos apenas tenemos idea de los medios singulares á que recurren los árabes para llevar á cabo una supercheria, pero los que, por haber morado largo tiempo entre ellos, conocen á fondo sus costumbres, cuentan sobre esto cosas altamente inverosímiles. Pues bien, estas personas creen muy posible la hipótesis, para nosotros inadmisible, de que el individuo en cuestión se haya hecho asestar el golpe por algún compadre, aun á riesgo de perder la tapa de los sesos.

El acusado persiste en sus primeras afirmaciones; tres hombres, dos de ellos armados de fusiles y otro de un palo, le han detenido en el sitio que precisa, y después de producirle la herida, le desbalijaron. Estos hombres le eran completamente desconocidos. Sin embargo, las respuestas que da á varias preguntas son vagas y confusas; se defien-

de con una energía tal, que parece más bien indicio de culpabilidad y que por lo menos despierta dudas y vacilaciones. Se le amenaza con la cárcel si no dice la verdad, y esta perspectiva le espanta; es un lugar respecto del cual se sabe en Marruecos cuándo se entra, pero no cuándo se sale. El caid, nuestro antiguo jefe de escolta, que se halla presente, hace ademán de llevársele, pero ni con esto se logra arrancarle confesión alguna que contradiga sus declaraciones.

¿Qué resolución tomar? Es indudable que tenemos en nuestras manos la suerte de este hombre; el Sultán nos entregará su cabeza si se la pedimos. Algunos son de parecer que se le meta en la cárcel, pero en realidad no hay un hecho probado en que fundar la acusación, ya que, después de todo, su relato puede ser verdadero. Que haya tratado de sacar partido de su situación, que haya exagerado el camino recorrido y la pérdida que ha sufrido, sobre cuyos puntos concretos son harto vagas sus declaraciones, es posible y hasta probable; pero ¿debe por eso condenársele á cárcel en Marruecos? Yo voté en contra, y como el Sr. Ordega participaba de la misma opinión, nuestro hombre quedó definitivamente en libertad.

Esto era lo que de consuno reclamaban la equidad y la justicia; lo contrario hubiera sido dar ejemplo del desprecio de la conciencia y de la libertad individual que se hace en esas sentencias arbitrarias y procedimientos sumariales que se aplican precisamente en estos países, cerrados á toda civilización y á todo progreso. ¿Por una simple sospecha, por una hipótesis, tal vez infundada,

habíamos de arrebatar á este hombre á su familia, privarle de la luz y quién sabe si también de la vida? ¿Ó habíamos de entregarle al tormento para arrancarle una confesión? Y entonces, ¿qué significan esas pretenciosas palabras de civilización y de humanidad? ¿Qué ventaja tendríamos nosotros sobre los pueblos bárbaros?

Por otra parte, hubiéramos escogido un momento poco oportuno para semejante acto de rigor. En efecto; el Sr. Ordega acababa de obtener del Sultán el indulto de un reo que gemía hacía treinta meses en un calabozo. He aquí en pocas palabras el relato de un hecho tan conmovedor como interesante.

Algunos días después de nuestra llegada á Marruecos, dos niños de doce á trece años se presentaron con un carnero á las puertas de la Mahmunia y le degollaron á la vista de los guardias, que les cerraron la entrada en el palacio: era un sacrificio ofrecido en obsequio del ministro, que, según los usos árabes, significa que se solicita la protección del favorecido; claro está que pocas veces deja de prestarse el auxilio que de esa manera se pide. Luégo se nos dijo que el padre de estos niños gemía hacía muchos meses en la cárcel, expiando el insignificante delito de haber sustraído de un almacén del gobierno una pequeña cantidad de salitre. El Sr. Ordega, cuya protección solicitaron los hijos de este infeliz, se conformó gustoso á los usos del país, y en la primera entrevista que tuvo con el Sultán solicitó la gracia del reo. Una carta del gran visir anunciaba poco después al ministro que Su Majestad había firmado la orden dando libertad al preso.

Los niños, tan pronto como supieron la noticia, corrieron á dar gracias al libertador de su padre, y con lágrimas y sollozos, más que con palabras, le manifestaron su profundo agradecimiento. También el padre corrió á arrojarse á los pies del señor Ordega en cuanto alcanzó la libertad; abrazó con efusión sus rodillas, las regó con lágrimas, é hizo otras demostraciones á cual más elocuentes para manifestar su dicha y su alegría. Era un hombre como de cincuenta años, de rostro demacrado, que había perdido el color moreno á la sombra del calabozo. Acompañábanle sus dos hijos, el más joven de los cuales llevaba un paquete que ofreció al ministro. Éste naturalmente rehusó el obsequio, pero el niño insistió y suplicó hasta que logró que se abriese el bulto. Contenía doce pares de babuchas de diferentes dimensiones; es decir, tantos pares como hijos tenía el preso. El Sr. Ordega, visiblemente afectado al ver la delicada atención de estas pobres gentes, y comprendiendo que su absoluta negativa les causaba verdadera pena, aceptó un par de babuchas, escogiendo las más diminutas, propias para un bebé de pocos meses. Tengo la seguridad de que las guardará con cuidado en recuerdo de su buena acción.

Ahora bien: ¿no es mejor obrar así que emplear una severidad que puede ser ó injusta ó inútil? ¡Feliz el hombre que se halla en condiciones de proporcionar á sus semejantes días tan venturosos como lo fué éste para aquella pobre familia! El Sr. Ordega sentirá seguramente indecible satisfacción siempre que vea las pequeñas babuchas.

CAPÍTULO VII

Distribución del tiempo.—Dulces ensueños de la mañana.—Aspecto bueno y malo de nuestra existencia bajo el punto de vista material.—Recurso imprevisto.—Costumbres árabes.—El jefe de la comisión militar.—La tarde y nuestros paseos por la ciudad.—Compra de diversos objetos.—Luchas y ofertas en competencia.

En el bienestar que proporciona una existencia regalada, en medio de sucesos siempre nuevos y siempre interesantes, con el continuado atractivo que lleva consigo el conocimiento cada día más profundo que adquiríamos del país, de sus hábitos y costumbres, los días transcurrían para nosotros con una rapidez desesperante.

Á las siete de la mañana se pone sobre la mesa del comedor té y café, que los más madrugadores acuden á tomar en el traje propio de aquella hora. El pintor Mousset y yo, relegados á la hermosa soledad de los jardines, tomamos en la cama una taza de café con leche y galletas inglesas, que nos sirve un criado más exacto que un cronómetro. Tomado este refrigerio matutino, nos abandonamos á los éxtasis de dulces ensueños, aspirando el humo de un suave cigarrillo, á la vista de los floridos naranjos, cuyas ramas se doblan bajo el peso de sus frutos y oyendo los gorjeos de innumerables pájaros que se agitan entre el ramaje.

Mi alegre compañero es siempre el primero que se decide á poner los pies en el suelo; esta es la hora que encuentra más á propósito para ir con sus lienzos y pinceles á dibujar algún arco ó reproducir algún delicado arabesco. Pero en tanto que él ejecuta la operación de vestirse, yo permanezco sumido en un agradable éxtasis; á través de los cristales de la ventana, junto á la cual está colocado mi lecho, continúo contemplando largo rato la sombría copa de los naranjos, por entre cuyo ramaje hace el sol vanos esfuerzos para introducir algunos de sus rayos; el centelleo de las manchas blancas que éstos proyectan sobre el suelo, ó siguiendo por las ramas el caprichoso vuelo, las obsequiosas persecuciones y luchas ardientes de los enamorados pajarillos. Completamente entregado á tan deliciosa distracción de ánimo, llego á hacerme la ilusión de que duermo, y hasta evito el más ligero movimiento, por temor de provocar alguna intervención indiscreta de mi compañero, que vendría á turbar el curso agradable de mis pensamientos. Hasta que me veo solo no me resuelvo á tomar la heroica resolución de sacudir la pereza, siempre adormecido por la idea de saborear algunos minutos aun el indecible encanto de aquella incomparable perspectiva.

Tres soldados, que nunca se relevan, dan la guardia en nuestro pabellón y nos prestan con gusto cuantos servicios les pedimos. Día y noche permanecen en su puesto, ya que duermen sobre el duro suelo, envueltos en una ligera manta de lana. En cuanto nos levantamos, á una señal convenida abren de par en par la puerta monumental del pa-

bellón, en el que penetra entonces el aire embalsamado de la mañana, al mismo tiempo que los jardines despliegan á nuestra vista las bellezas de sus vastos macizos y extensas alamedas. Nada hay que dilate tanto el corazón y el ánimo como el tránsito de un estrecho recinto de cuatro paredes á un dilatado horizonte; y si éste se halla cubierto de flores y verdor, entonces todo convida á gozar de los encantos de la Naturaleza; en efecto, un paseo por las solitarias alamedas de la Mahmunia nos disponía para pasar agradablemente el resto del día.

Las comidas son en estos casos motivo de agradable pasatiempo; la que hacíamos juntos á las once se prolongaba mucho. De ordinario éramos doce los que nos sentábamos á la mesa, á los que se agregaban el capitán X.., jefe de nuestra comisión permanente, que era nuestro huésped casi diario; alguno de los franceses que en aquel momento residían en Marruecos, á quienes invitó varias veces el ministro, y por último, uno de nuestros intérpretes árabes que tomaba asiento en ella para que no resultase el número cabalístico trece.

Las *munas* cotidianas, sin tener las extravagantes proporciones de las que recibíamos durante el viaje, nos suministran vaca, carnero, aves y huevos en abundancia; es verdad que escasean las legumbres frescas, pero alguna que otra vez se nos sirvió un excelente plato de habas; el postre se compone ordinariamente de nueces y almendras secas, pasteles del país, harto recargados de esencias y especias para el gusto europeo y naranjas, que se hallan en abundancia á nuestra disposición á todas las horas del día, sin más trabajo que el de

extender el brazo para cogerlas. De esto parece deducirse que haríamos gran consumo de este fruto: no las tocábamos apenas; ¡la saciedad entra tan pronto por los ojos...!

Á estas provisiones añadíamos, según las necesidades, las que habíamos llevado en la previsión de que pudieran sernos útiles ó necesarias; conservas de todas clases, quesos variados, pasteles de sabor menos oriental, y sobre todo, vinos, que son el acompañamiento indispensable de toda mesa francesa.

El cocinero de la embajada posee conocimientos culinarios que nos complacemos en reconocer; pero desgraciadamente todos sus talentos se estrellaron contra una dificultad que no era posible vencer en la capital de Marruecos; para condimentar los alimentos, sólo podía disponer de manteca rancia de olor nauseabundo, que nuestros paladares y estómagos recibían con extrema repugnancia. También la calidad del pan deja mucho que desear en este país. Sabiendo este inconveniente, se había hecho abundante acopio á nuestra salida de Tánger y de Mazagán; pero la provisión se agotó en el camino. Los panes que se nos suministran tienen la forma de disco, presentan el aspecto de galletas y apenas pesan una libra; la corteza, delgada y poco cocida, tiene buen sabor, pero la miga es muy pastosa, desagradable al paladar y de difícil digestión.

Por lo que respecta al café le encontrábamos dos inconvenientes: su mediana calidad y el estar preparado al estilo árabe. En este punto el caballero Davin, que ha tenido hotel en Tánger y en Argel,

se ajusta con demasiada fidelidad al gusto africano y nos hace servir un cocimiento negro que es comida y bebida á un mismo tiempo. No soy partidario de ese brebaje espeso y amargo que no despide aroma alguno, aceptable á lo sumo cuando se le pueden añadir algunas gotas de coñac, como nosotros lo hacíamos. Pero el cocimiento marroquí exigía tan considerable cantidad de este licor, que una mañana nos encontramos con la botella vacía y sin poder adivinar el medio de reemplazarla. Apelamos á otras bebidas espirituosas de que teníamos provisión, pero no sirvieron más que de insignificante paliativo. Sin embargo, el ingenio humano, aguijoneado por la necesidad, hace maravillas, y muy luégo nos convencimos de que la capital de Marruecos era algo más que un villorrio desprovisto de esta clase de artículos. Pusímonos en movimiento con el decidido propósito de no omitir nada para llenar aquella laguna, y después de muchos esfuerzos, que en un principio creímos serían estériles, tratándose de un país en que las bebidas alcohólicas están absolutamente prohibidas, acabamos por descubrir, en la cueva de un tenducho, algunas botellas que tenían la pretenciosa etiqueta de «coñac fino y de fine champagne.» Era precisamente lo que habíamos menester para neutralizar algún tanto el amargor de nuestro café.

Creo inútil decir que durante la comida sosteníamos una conversación tan interesante como animada; era el momento más adecuado para cambiar nuestras impresiones, comunicarnos las anécdotas y observaciones que cada uno había recogido, de

intento ó al acaso, en sus excursiones por la ciudad. Se hablaba un poco de los asuntos de la misión, acerca de los cuales, como es natural, se guardaba la mayor reserva posible; se charlaba muy especialmente del país y de sus habitantes, de los atractivos que nos ofrecía la residencia en Marruecos y de todo cuanto nos proporcionaba instrucción ó recreo: no falta en tales casos materia de conversación, y la tranquilidad de que gozamos dispone admirablemente la imaginación á la charla. El capitán X..., á quien su larga residencia en Marruecos y la misión oficial que desempeña en la corte colocan en condiciones excelentes para adquirir informes exactos, nos suministraba los detalles más curiosos tocante á los gustos y disposiciones del Sultán y de los principales personajes de la corte, á los usos y género de vida de la población en general y los puntos más salientes de su propia existencia.

¡Costumbres extrañas las de este país! Desde lo más alto á lo más bajo de la escala social, pero muy particularmente en las clases elevadas, no existe más preocupación entre los hombres que la de conservar toda su energía para no hacer en el harén un papel desairado; de suerte que el europeo que les proporcionase una panacea eficaz, para suplir las fuerzas que con la edad pierde la naturaleza, haría un negocio redondo.

El trato nos hizo ver las buenas cualidades que adornan al capitán X...; cuatro ó cinco años de aislamiento de toda cultura intelectual y de incesante contacto con una civilización atrasada, impregnada de principios disolventes, no han alterado

un ápice su excelente naturaleza ni cambiado el buen humor que siempre le acompaña. De carácter franco, indiferente á lo qué le rodea, siempre dispuesto á la risa é incapaz de incomodarse, recibe bondadosamente todas las bromas que sus colegas, los oficiales de la misión, le dirigen con motivo de su aptitud para asimilarse las costumbres y las modas orientales.

Sorprendidos de su fantástico traje la primera vez que se presentó ante nosotros, se le hizo notar que hubiera sido de mejor gusto presentarse al ministro con su uniforme francés de capitán de artillería. Con la mejor voluntad del mundo, y sin oponer la más pequeña objeción, resolvió corresponder al deseo manifestado, y al día siguiente apareció en la Mahmunia con un uniforme estrambótico, estrecho y raído, compuesto de diferentes piezas sacadas de su antiguo guardarropa y del de su aposentador. Hacía tan lastimosa figura en aquel equipo, parecía tan embarazado y poco libre en sus movimientos, que nos inspiró verdadera lástima, y se le autorizó desde luĕgo para ponerse á sus anchas, gastando el desahogado traje morisco que había adoptado.

Terminada la comida, sonaba pará todos la hora de la separación, y cada uno iba á entregarse á sus propias ocupaciones ó á dar rienda suelta á sus naturales aficiones. El Sr. Ordega y todos los agregados á la legación se ponen á trabajar en los asuntos en curso de negociación. Era también la hora en que los delegados del Sultán se presentaban en la Mahmunia, y debían estar dispuestos para recibirlos. Los tres oficiales trabajan en la redacción de

sus noticias ó en el examen de las cuestiones que constituyen el objeto de sus especiales estudios, á las que parecen prestar atención muy profunda. No obstante, su jefe el comandante de Breuilhe, tiene que acudir á tomar parte en todas las discusiones oficiales que se relacionan con los asuntos de su instituto. Por último, los desocupados ó los inútiles pasaban parte de este tiempo echando una siestecilla, brujuleando acá y allá ó emborronando algunas mal pergeñadas cuartillas.

De esta manera todos matábamos el tiempo hasta que llegaba la hora en que disminuía el calor y podía respirarse el aire de las calles. Entonces empieza también á animarse la ciudad, y nosotros dábamos nuestro cotidiano paseo en distintas direcciones. Para ello nos servimos de los mismos caballos y mulas que nos han transportado á Marruecos, y que se hallan constantemente á nuestra disposición en un patio próximo á los jardines. Allí permanecen al aire libre, atados en línea por las patas delanteras con cuerdas fijas transversalmente en el suelo. Este modo de maniatar los animales produce, en el sitio donde se ejerce la presión de las ligaduras, un cerco desprovisto de pelos, á veces escoriado y de aspecto repugnante. No se les pone delante pesebre de ninguna clase, echándoseles en el suelo la cebada, que constituye su único alimento.

De cuatro y media á cinco los soldados que suelen acompañarnos se ponían con gran cuidado al acecho de nuestros movimientos. Mediante un convenio tácito ó deliberado se habían distribuído nuestras personas y por consiguiente los peque-

ños emolumentos anejos á ese cuidado; así es que desde el momento en que cualquiera de nosotros se disponía á salir, podía estar seguro de encontrar á su lado la silueta de su respectivo guardia, tan impertérrito como el espía de los magiares; y sin que fuera necesario pronunciar una palabra, en el momento de percibir á su amo corría al patio, hacía ensillar el caballo respectivo, y un instante después volvía á presentarse con la cabalgadura.

Fiel á los resultados de la experiencia obtenidos durante el viaje y testigo del sistema que seguía allí todo el mundo oficial en sus incesantes idas y venidas á la Mahmunia, me atuve al uso cómodo de la mula, dejando á mis elegantes camaradas el placer de hacer caracolear sus caballos y mostrar á los árabes sus habilidades hípicas.

De ordinario partíamos por grupos de dos ó tres; pero después de dar una vuelta por diferentes barrios, á veces en direcciones opuestas, casi siempre acabábamos por encontrarnos en la Ksaria, atraídos por el cebo de los artículos que allí se venden, por la distracción que ofrece aquel punto y por la esperanza de encontrar algún objeto digno de llevar como recuerdo á la patria. Las chucherías marroquíes atraían nuestra atención con tan irresistible poder como las costumbres del pueblo, y allí se ofrecía ocasión de hacer abundante acopio. No sucede así con las armas, que eran precisamente objeto de nuestras activas pesquisas; su misma escasez contribuyó á excitar más nuestro apetito; no encontrándolas, según la medida de nuestro deseo en las tiendas, las buscábamos entre

los mercaderes ambulantes. Pero como todos íbamos con ansia en pos del mismo objeto, nos hacíamos una competencia lastimosa, de la que se aprovechaban á sus anchas los vendedores con daño nuestro.

En efecto, no solamente esperaban nuestra llegada al mercado para sacarlas á la venta, sino que venían á ofrecérnoslas á la Mahmunia, adonde acudía una procesión de gente, solícita de satisfacer nuestro capricho de poseer fusiles, sables y puñales marroquíes.

Bu-Taleb se había constituído en intermediario á la vez que en intérprete, indispensable para estas operaciones. Gracias á su oficiosidad y á los gajes que exige á los negociantes, al mismo tiempo que pretende hacernos un favor, los precios de los objetos aumentan de un día para otro en proporciones colosales, y de esta manera nos vemos sometidos á una explotación en regla. Nos dirigíamos á la Ksaria con objeto de sustraernos á tan exorbitantes exigencias, pero Bu-Taleb se había adelantado á nosotros; ha echado ya el ojo á los artículos que van á ser adjudicados, ha arreglado el asunto con los vendedores y no tenemos otro recurso que pasar por las horcas caudinas de sus pretensiones. Así nos vemos envueltos en una red de la que no podemos desembarazarnos; pero no se hace más que una vez el viaje á Marruecos, y cueste lo que quiera, hay que llevar algún recuerdo para sí y los amigos.

Los minutos transcurren de este modo con una rapidez pasmosa. Las siete es la hora destinada para la comida, y para llegar á tiempo nos vemos

precisados casi siempre á clavar las espuelas en los ijares de las caballerías.

Hacia las diez, después de un paseo por los embalsamados jardines, y de gozar largo rato el fresco ambiente de la tarde, nos despedimos hasta el día siguiente.

CAPITULO VIII

Un soldado de la escolta herido.—Ejemplo de rara energía.—Pintor y fotógrafo perseguidos por el populacho.—Contienda en el mercado.—Explicación de estos diversos incidentes.—Llegada de una misión inglesa.—Acogida que le dispensa el ministro de Francia.—La Marsellesa en el palacio de la Mahmunia.

En el transcurso del viaje, lo mismo que durante nuestra residencia en Marruecos, he tratado, en cuanto me ha sido posible, de tener á mi lado un intérprete capaz de suministrarme todos los informes que me eran necesarios, ó á lo menos de adquirirlos sobre el terreno, mediante su conocimiento de la lengua árabe, para transmitírmelos en seguida. El Sr. Brudo tuvo para conmigo en este punto exquisitas atenciones, mostrándose hasta complacido de acompañarme en mis excursiones por la ciudad, siempre que se lo suplicaba. En estos casos no llevábamos otra compañía que la de nuestros respectivos soldados: el mío, que marchaba á pie, y el suyo, que era un moghazni procedente de Mazagán, montado como nosotros en una mula. Al cabo de varias vueltas y revueltas íbamos á caer fatalmente á la Ksaria, donde los servicios de mi amable acompañante me eran más necesarios y preciosos que nunca. Llegados allí, el moghazni

se encarga del cuidado de nuestras caballerías, en algún sitio apartado del bullicio, en tanto que nosotros nos confundimos con la muchedumbre que recorre las galerías cubiertas.

El soldado nos sigue como nuestra sombra, ó de ordinario nos precede para abrirnos paso, y á fin de no hacerse indigno de la peseta que espera recibir á la vuelta, al mismo tiempo que para asegurar nuestra amistad, se deja arrastrar con harta frecuencia de un exceso de celo tal, que no pocas veces tenemos que reprimir sus ímpetus. No contento con gritar incesantemente «¡balak! ¡balak!» empuja á derecha é izquierda todo lo que se le opone al paso, sin aguardar el resultado de su advertencia. Pero lo peor del caso es que el empujón va muchas veces acompañado de algún golpe, dado con el palo que, según la moda de los soldados ingleses, lleva siempre en la mano; ya asesta un terrible golpe en la cabeza de algún transeunte, cuyo cráneo resuena como un tímpano ó, lo que es aún peor, hiere con la punta los riñones ó el pecho de alguna desgraciada mujer, que no se desvía tan pronto como él quiere. En tales casos me he visto precisado á detener su ligero brazo, haciéndole entender que no me agradaban aquellos salvajes procedimientos. Pero lo mismo hubiera sido pedir á los ríos del país que llevasen en su lecho agua pura y abundante.

Fué tal su persistencia en estas oficiosidades, que un día se rebeló el público contra su autoridad, y una de sus víctimas le hizo frente con inesperada energía: era un negro, joven, robusto y de formas atléticas, á cuyo lado parecía nuestro soldado, á

pesar de su fornida estructura, un débil niño. Ignoro la causa de la agresión, si fué simplemente una de sus interpelaciones groseras ó algo más; todo es posible, atendidas sus maneras brutales y sus procedimientos agresivos. Lo que sé es que, de pronto, y á un paso de nosotros, vi al negro que se precipitaba sobre el soldado y le sujetaba por el cuello con manos que parecían de hierro. Felizmente á las hercúleas fuerzas del negro podía oponer el moro una agilidad extraordinaria, y á ella, más que á la intervención de las personas presentes, debió no ser estrangulado en el acto. El soldado, libre de aquellos garfios, se dispone á hacer respetar su autoridad desconocida y, sin tener en cuenta la superioridad de su adversario, le agarra de nuevo para lanzarle al suelo; pero éste, ciego por la ira, logra desembarazarse de los brazos que le aprisionan y, arrojándose de nuevo sobre el soldado, le asesta en la cabeza un terrible golpe con una enorme llave que llevaba en la mano.

El soldado no se aturdió por aquel golpe, capaz de derribar un roble, á pesar de que la sangre corría á borbotones por la herida, y en pocos segundos le inundó la cara, los vestidos y hasta el suelo. En el primer momento temí que le hubiese roto la arteria temporal, en cuyo caso podría habérsele producido una hemorragia mortal; pero examinada la herida, veo que se halla encima de la sien izquierda, y que, á pesar de su profundidad, no ha interesado ningún vaso de primer orden. Después de juntar con los dedos los bordes de la herida, en cuanto hubo cedido un poco la fuerza de la hemorragia, le apliqué un vendaje al rededor

de la cabeza con los insuficientes recursos que pude obtener en aquel sitio.

En todo este tiempo nuestro hombre no hizo el menor ademán de dolor ni manifestó inquietud alguna; la sangre que ha empapado sus vestidos y le corre por las manos y la cara, no produce en él la más ligera emoción. Insensible al sufrimiento, sin tener conciencia del peligro que acaba de correr, permanece inmóvil como una estatua, y hasta rehusa los cuidados que quiero prodigarle, sin preocuparse de otra cosa que de no dejar escapar al reo, á quien tenía cogido por los vestidos y que, una vez desarmado, se mantenía inmóvil y tranquilo, en una actitud de resignación completa.

La multitud que acudió al lugar del suceso cambiaba entretanto sus impresiones con viveza, sin que yo pudiese comprender una sola de sus palabras. Según parece, todos esperaban la llegada de los esbirros para entregar al culpable en manos del gobernador. Pero no se llegó á este extremo: ¿en qué razones podía fundarse el castigo del preso toda vez que se ignoraba quién fuese el agresor? Un momento después el mismo soldado soltó su presa, dejando en libertad al negro bajo la garantía de dos personas presentes que le conocían.

Entonces aconsejé al soldado que se retirase y permaneciese tranquilo en casa; pero no hubo medio de hacerle entrar en razón; insistió en acompañarnos para llevar los objetos comprados y servirnos de guía hasta el fin de la jornada; y al regresar á la Mahmunia, tuvo aún valor para seguir al trote, como siempre, el paso acelerado de nuestras mulas, por más que de cuando en cuando se veía precisa-

do á pasarse la mano por la cara á fin de enjugarse la sangre que aun brotaba de la herida.

Desde el momento en que pude disponer del botiquín de la embajada, me fué fácil curar mejor la herida y contener la hemorragia, que por la obstinación del soldado había tomado proporciones alarmantes. El peligro quedó completamente conjurado y sólo se trataba de calmar la sed que empezaba á molestarle y de reparar las fuerzas perdidas. Al efecto le propino un vaso de agua azucarada con una fuerte dosis de tintura alcohólica de árnica. Mi hombre se lo acerca con timidez á los labios, como si quisiera examinar la naturaleza del brebaje; pero una vez probado, se engulle el vaso de un solo trago, pidiendo á seguida permiso para repetir la dosis. Tomó de tal manera el gusto al tratamiento, que daba por bien empleado el golpe á cambio del placer que le proporcionaba, y hasta se me antoja que no tendría inconveniente en someterse á un segundo golpe con tal de recibir estos cuidados, que tal vez no se ajustan del todo á las prescripciones coránicas.

La agresión de que había sido víctima mi soldado, no tenía al parecer nada que revelase hostilidad hacia nosotros, ya que, por más que hubiésemos sido la causa indirecta del conflicto, estábamos muy distantes de ser el blanco de las iras del negro. Sin embargo, en diferentes ocasiones se había molestado al pintor Mousset cuando iba á la ciudad á tomar croquis ó apuntes de algún monumento. En la mañana del mismo día en que tuvo lugar el suceso del soldado, tiraron una piedra contra nuestro amigo, al mismo tiempo que le

prodigaban los injuriosos calificativos de judío y perro cristiano. La misma actitud adversa y provocativa adoptó el populacho contra el fotógrafo; y el día aciago del mencionado suceso se trabó otra disputa en el mercado, entre el criado del capitán X... y unos vendedores árabes de provisiones. Desde nuestra llegada á Marruecos, era esta la primera vez que tenían lugar sucesos de esta naturaleza. ¿Era casual la coincidencia de estos hechos, ó debíamos considerarlos como las chispas precursoras de una conflagración general, indicios de algún complot que se fraguaba contra el elemento cristiano? Bajo la primera impresión que tales hechos nos produjeron, no pudimos menos de sospechar alguna intención adversa de parte de la población musulmana; pero un examen detenido de los acontecimientos y circunstancias que les acompañaron, hicieron caer por tierra semejante hipótesis.

El pintor Mousset, sentado al aire libre y rodeado de sus aparatos artísticos, debía provocar naturalmente la curiosidad de los transeuntes y hacer que se formasen grupos al rededor suyo. Es lo que sucede en cualquier país con un dibujante que trabaja á la vista de todos, y en el caso presente los curiosos tenían el doble aliciente de que el objeto de su atención era extranjero á la vez que artista. En aquella multitud ávida de ver, los que habían llegado los últimos empujaban á los primeros; de aquí resultaban achuchones, oleadas, gritos y la excitación consiguiente entre la muchedumbre. Entonces nada más natural que un granuja. oculto entre las masas, sintiese la tentación de hacer alguna de las suyas: lo mejor que se le ocu-

rre es tirar una piedra contra el caballete. ¿Y por qué ha de privarse de este placer cuando está seguro de la impunidad?

Además, en el caso del Sr. Mousset había una circunstancia desfavorable: estaba pintando precisamente la fachada de una mezquita; del lugar más sagrado para los musulmanes, en el que no puede entrar un cristiano sin correr inminente riesgo de no volver á salir. Los más fanáticos no ven siquiera con buenos ojos que un cristiano se detenga en las cercanías de sus mezquitas; así cuando aquél mira con alguna atención ó hace ademán de pararse en dichos parajes, siempre encuentra algún fiel creyente que le saque de su distracción con el grito de *¡chemmà! ¡chemmà!* lo que en traducción libre significa: sigue tu camino; no tienes que ver nada ahí dentro. Por donde se ve que el Sr. Mousset, en el acto de pintar una mezquita, pudo muy bien excitar el fanatismo de las gentes que habían acudido á su lado por mera curiosidad, sin que sea necesario interpretar como una manifestación de hostilidad su actitud provocativa, máxime si se tiene en cuenta que la pintura no alcanza gran favor en los países musulmanes, prohibiendo las leyes de Mahoma las reproducciones de la fisonomía humana.

Por lo que respecta á la agresión de mi soldado, no fué más que la consecuencia natural de su grosero procedimiento; y hay que notar además la singular coincidencia de que su agresor era un esclavo del sherif ó sumo sacerdote de la mezquita, cuyo croquis había tratado de sacar pocas horas antes el Sr. Mousset, provocando el incidente de

que acabo de hacer mención; y mi soldado era precisamente el encargado de custodiar los objetos del artista y mantener á distancia á los curiosos, con los que pudo muy bien cometer alguno de sus habituales atropellos.

En cuanto á la riña del criado de la misión militar con el mercader árabe no tuvo más importancia que la que puede atribuirse á un choque fortuito de intereses materiales opuestos, es decir, cuestión de ochavos morunos.

En vista de estos accidentes, ocurridos uno tras otro el mismo día, no parecía prudente que saliésemos de casa en el día inmediato. De lo contrario hubiéramos podido provocar actos aun más desagradables, y dar margen á graves complicaciones. Porque si se nos atacaba abiertamente ó se nos infería alguna injuria grave, no era prudente contentarnos, por toda satisfaccion, con unos cuantos garrotazos aplicados al agresor por orden del pachá. El día inmediato era precisamente viernes, consagrado al descanso entre los musulmanes, como entre nosotros el domingo; y en día semejante en que todo contribuye á despertar el fervor religioso, hubiéramos estado mas expuestos á ser víctimas del fanatismo, si acaso había sido éste la causa de los incidentes mencionados.

Por estas consideraciones, el pintor Mousset dió tregua á su ardor artístico, el fotógrafo Davin tuvo por conveniente guardar su objetivo, y la mayor parte de los individuos de la misión imitamos por prudencia su ejemplo y pasamos el día entero en nuestra deliciosa prisión, esperando el resultado de los acontecimientos sin temor ni impaciencia.

Para terminar el episodio de mi soldado, debo añadir que al caer la tarde del día del accidente le hice una visita á fin de cerciorarme de que la hemorragia se había contenido por completo, y hallé al desgraciado tendido en el húmedo suelo de un estrecho recinto en el que no penetra jamás la claridad del día, ni se renueva apenas el aire; verdadero calabozo cuya sola vista produce escalofríos. Allí yacía el herido, rodeado de algunos de sus camaradas, algo agitado por la fiebre, pero satisfecho ó á lo menos indiferente, sin mostrar deseos de mejorar de suerte.

El día siguiente, ¡cuál no fué mi sorpresa al ver, á la hora acostumbrada, á mi hombre, que creí herido la víspera, esperando á la puerta del pabellón la hora de nuestro cotidiano paseo! Se había quitado el vendaje, á excepción del pequeño tapón de hilas que se hallaba adherido á los cuajarones de sangre. Y aun insistió en que le desembarazase de aquello: ¡antes la muerte que perder sus emolumentos diarios! Pero felizmente, la resolución que habíamos tomado de no salir le proporcionó ocasión de descansar aún veinticuatro horas sin perder un céntimo de sus beneficios; continuando su habitual servicio los días inmediatos, no sin multiplicar todo lo posible las dosis alcohólicas y adoptar, con respecto al público, una actitud menos provocadora.

Creo inútil advertir que nuestra reaparición en las calles y mercados de la ciudad no dió lugar á ninguna manifestación desagradable; muy al contrario, la población se mostró benévola y atenta hacia nosotros.

Al tener noticia de la salida de la embajada francesa para la corte del Sultán, se habían puesto en conmoción varias de las legaciones extranjeras de Tánger: los ingleses habían resuelto despachar una misión pocos días después de nuestra partida; los italianos seguirían inmediatamente los pasos de los diplomáticos ingleses, y la embajada española había recibido orden de emprender sin dilación el viaje á Marruecos. Hacía una semana proximamente que nos hallábamos en esta capital, cuando la misión inglesa, fiel á su programa, se presentó á las puertas de la misma anunciando su entrada para el día siguiente. La cortesía ha sido siempre distintivo de los franceses; de ello dió también ejemplo el Sr. Ordega cuando, al oir la noticia, se apresuró á despachar á su secretario al campamento de El-Kantara, para ofrecer sus saludos y dar la bienvenida al ministro de Inglaterra.

Tan pronto como la misión británica estuvo instalada en la residencia que se le había destinado, acudió nuestro jefe á saludar personalmente á su colega; y en prueba de que deseaba mantener las más cordiales relaciones con el representante de un pueblo amigo, invitó además á nuestra mesa á los recién llegados, una vez que hubieron descansado de las fatigas del viaje.

Los ingleses habían hecho, como nosotros, una parte del viaje por mar; su itinerario se diferenciaba del nuestro únicamente en que habían desembarcado en Casablanca; la distancia de este puerto á Marruecos es próximamente la misma que de Mazagán; pero hicieron ese prudente cambio con objeto de no imponer, en tan poco tiempo dos veces,

á las mismas tribus, la pesada carga de la muna.

La entrada solemne de la misión inglesa se hizo con el mismo aparato y ceremonial que la nuestra. No obstante, y sin que eso nos inspire vanidad alguna, se pudo notar menos solicitud, tanto por parte de la población como del mundo oficial. El edificio que ocupa, no lejos del nuestro y más inmediato á la mezquita principal, es tan bueno como nuestros pabellones, pero los jardines son menos grandiosos que los de la Mahmunia. Bien sea por el privilegio de haber llegado los primeros ó por otra causa cualquiera, motivos tenemos para creer que habíamos sido objeto de particulares atenciones.

El jefe de la misión inglesa, Sir John Drummond Hay, desempeña hace más de veinte años el cargo de ministro plenipotenciario en Tánger, en el que ha sucedido á su padre. Nacido y educado en parte en Marruecos, conoce á fondo el país y habla su lengua con la misma facilidad que un indígena; ventaja preciosa que tiene sobre sus compañeros y que le permite tratar personalmente los negocios sin ayuda de intérprete. Le acompañaban un joven lord, enviado expresamente de Londres en calidad de agregado, un capitán y un doctor procedente de la guarnición de Gibraltar. Además forman parte de la comitiva tres señoras que no han temido arrostrar las molestias del viaje: la esposa del ministro, su hija y la señora del capitán. Indudablemente son un ejemplo más de la intrepidez proverbial de la raza inglesa para los viajes; pero, sin tener en cuenta las fatigas de tan larga caminata á caballo, la vida de tienda de campaña no me pa-

rece muy á propósito para señoras. También la señora de Ordega y otras de nuestras respectivas familias acariciaron por algún tiempo la idea de acompañarnos; pero, sin dejar de reconocer que su presencia hubiera añadido un encanto más á los muchos que tuvo nuestra excursión, soy de parecer que obraron con laudable prudencia al renunciar á su proyectado viaje.

Excepción hecha de la señora de J. Hay, que aun no se había repuesto de las fatigas del camino, todos los individuos de la embajada británica, señoras y caballeros, acudieron á la invitación que se les hizo. El comedor había sido decorado y embellecido con flores para el caso; el patio y el pórtico que le da entrada estaban iluminados con numerosos faroles. La mesa ofrecía un precioso aspecto; cada convidado tenía un ramito en su copa. Nos habíamos esforzado para obsequiar de la mejor manera posible á los huéspedes.

Encontrarse en compañía de personas agradables y distinguidas, sobre todo si hay entre ellas señoras de esmerado trato y educación superior, es uno de los más exquisitos placeres que puede proporcionar esta vida. Pero ese placer es mucho más vivo cuando se encuentra semejante sociedad á muchas leguas de la patria y en un país donde no hay medio de satisfacer una sola de las necesidades creadas por nuestra refinada civilización.

Después de una comida sobremanera amenizada por la excelente disposición de ánimo en que todos nos hallábamos, se sirvió el café en el jardín. Al efecto había una mesa dispuesta en uno de los sitios reservados, cuyo suelo se cubrió de alfom-

bras. Además tuvimos el gusto de ofrecer á nuestros huéspedes la agradable sorpresa de un pequeño concierto. El Sr. Pincherlé ejecutó en su violoncelo las mejores piezas de su repertorio, con tal sentimiento, que obtuvo merecidos aplausos del auditorio. Velada y concierto terminaron con los acordes de la Marsellesa: sin duda los pajarillos de la Mahmunia se quedarían atónitos al oir los ecos del himno nacional de Francia.

CAPÍTULO IX

Audiencias privadas del Sultán.—Ceremonial de las recepciones.—Cuestiones que se trataron en ellas.—Si-Slimán y los acontecimientos militares de la frontera argelina.—Indemnizaciones reclamadas por incursiones hechas en nuestro territorio.—Ferrocarril transsaharino.—Reclamaciones de los negociantes franceses.—Actitud del Sultán y de sus delegados.

Después de la recepción solemne en que tuvo lugar la entrega de las cartas credenciales, el Sr. Ordega celebró con el Sultán varias audiencias privadas, á fin de resolver algunas cuestiones que deseaba discutir personalmente con Su Majestad Sherifiana.

Estas entrevistas tenían lugar por la mañana, y duraban una hora ú hora y media proximamente. El ceremonial se había acordado de antemano: á la hora convenida se traslada á la Mahmunia el jalifat del caid Mechuar, acompañado de diez moghaznis. Entonces el ministro, vestido con el uniforme de gala diplomático, sube á caballo y se pone en marcha rodeado de la mencionada escolta, aumentada con un piquete de su guardia de honor. Le acompañan su secretario y los intérpretes de la legación, montados igualmente á caballo.

Para estas recepciones se fijaba algunas veces uno de los kioskos del jardín, y más frecuente-

mente una pieza del palacio destinada á esta clase de audiencias. En el momento de verificarse la entrevista, solían reunirse los ministros marroquíes en consejo, bajo la presidencia del gran visir; por sala de consejo escogían un sitio cualquiera á la sombra del patio contiguo á la habitación que ocupaba el Sultán. Allí se sentaban sobre esteras, colocados en círculo, en cuyo centro ponían unas cajitas con los papeles ó documentos necesarios para sus deliberaciones. Cuando los rayos del sol les alcanzan, llevan un poco más allá sus ministeriales personas y sus archivos. De esta manera, ni más ni menos, se tratan los negocios de Estado. Á la llegada del Sr. Ordega, todos se levantaban para saludarle y acompañarle hasta la puerta de la habitación donde se encuentra el Soberano; acto continuo vuelven á ocupar sus esteras y á reanudar sus interrumpidas deliberaciones. El caid Mechuar introduce á su vez al ministro y, después de anunciar su presencia con voz vigorosa, se retira. Como se ve, el Sultán permanece solo con sus interlocutores; lo que parece dar á entender, que tiene menos confianza en sus servidores que en los diplomáticos extranjeros.

La sala de recepción se halla en el piso bajo, es espaciosa, sus paredes están blanqueadas de cal, sin adornos ni colgaduras de ninguna clase. Durante las conferencias el Sultán se sienta en un sillón, estilo Luis XV, bajo una especie de dosel hecho de telas encarnadas, adosado á una de las paredes de la habitación; no queda más que una silla para el ministro, cuyo séquito permanece en pie. Nuestros compatriotas vieron con sorpresa que,

por una rareza apenas creíble, se había puesto á cada lado del simulacro de trono un carruaje: el imprescindible cupé verde-oro que salió á relucir en la recepción solemne, y una especie de cabriolé que no se juzgaba digno de figurar en aquella ceremonia. ¿Quién dudará, en vista de tan extraña ocurrencia, que estas gentes consideran el coche como un objeto de gran lujo? En la imposibilidad de emplearle fuera de palacio, por falta de calles y caminos adecuados, se ha tomado el caprichoso acuerdo de utilizarle como adorno del salón de recepciones. En realidad es el mejor empleo que aquí podía dársele.

No habiéndoseme iniciado en los secretos diplomáticos, no hay posibilidad de que se me acuse de haberlos vendido ó descubierto; sin embargo, creo estar en disposición de dar una reseña bastante completa de las diversas cuestiones que se abordaron en el curso de las expresadas conferencias.

Los acontecimientos de que últimamente ha sido teatro nuestra frontera argelina, por el lado de Marruecos, llamaron en primer término la atención de nuestro embajador, por cuya razón fueron también el objeto de su primera conferencia con el Sultán. En el Mediodía de la provincia de Orán viven algunas tribus revoltosas que mantiene en rebelión casi permanente un súbdito marroquí: Si-Sliman-ben-Kaddur, personaje influyente y jefe religioso, que goza de gran autoridad entre estos pueblos del Sahara. Por otra parte, si nuestros esfuerzos para lograr la completa pacificación de aquellas regiones no han dado el resultato definitivo que se esperaba, débese al apoyo que nuestras

tribus rebeldes encuentran en las provincias limítrofes del Imperio. No contentas con eludir de esta manera la persecución de nuestras tropas, van á rehacer sus fuerzas y reponer sus provisiones en país amigo, y cuando encuentran ocasión propicia operan una nueva incursión en territorio francés, en el que hacen frecuentes razzias, con gran daño de las tribus fieles. Convenía, por tanto, llamar la atención del Sultán hacia una situación que á la larga puede comprometer nuestras amistosas relaciones de vecindad y ocasionar tal vez enojosas complicaciones.

Había otra razón que nos llevaba á buscar un acuerdo amistoso acerca de este punto con el gobierno de Marruecos. En la zona en que se verifican actualmente nuestras operaciones militares, la frontera común es de todo punto ideal, y arbitrario el trazado que se reproduce en los mapas. Esta falta de demarcación precisa hace que nuestras columnas, aun adoptando las más cuidadosas precauciones, se vean expuestas á traspasar inconscientemente la verdadera frontera de nuestros dominios. Esta misma incertidumbre es causa, más ó menos justificada, de que á cada movimiento de nuestros soldados se nos acuse de haber violado el territorio marroquí, en particular por parte de España y de Inglaterra, que nos observan incesantemente con inquietud y recelo. El Sr. Ordega se ha propuesto ponernos para lo por venir al abrigo de semejantes acusaciones.

Hace algunos años que en circunstancias análogas tuvo que intervenir nuestra diplomacia en la corte de Su Majestad Sherifiana, á fin de lograr el

internamiento de Si-Slimán, y el desarme de las tribus rebeldes que, entonces como ahora, buscaban asilo en el territorio de Marruecos. No obstante el buen deseo del Soberano, el resultado de las negociaciones fué casi ilusorio; porque Si-Slimán, aunque fué internado, logró escaparse de su residencia de Fez, y las tribus rebeldes, sobre las que el Sultán sólo ejerce una autoridad puramente nominal, continuaron sus depredaciones y razzias, sin que fuera posible emplear la fuerza para reducirlas ó desarmarlas.

Ahora bien; una acción meramente platónica y moral, como la que puede ejercer el gobierno de Su Majestad Sherifiana, sólo serviría para evidenciar más su impotencia; así lo reconoce el mismo Sultán, que ha manifestado visible sentimiento de no poder obrar de otra manera. Lejos de alentar á Si-Slimán en sus correrías, ha dado claramente á entender que nos estaría agradecido si encontrásemos un medio de desembarazarle del célebre agitador, en el que, además de un enemigo, tiene tal vez un rival peligroso. En todo caso, no pudiendo hacer nada por sí mismo, ha mostrado las mejores disposiciones hacia nosotros, en el mero hecho de acceder gustoso á los deseos expresados por el señor Ordega y atender sus reclamaciones. Y sin embargo, una de éstas, como vamos á ver, tiene considerable importancia política.

El Sultán ha ofrecido dar al gobierno francés autorización escrita, para que sus tropas puedan franquear la frontera marroquí siempre que sea necesario para la defensa del territorio argelino. Como complemento de esta autorización, se expe-

dirá un firmán á todos los jefes de las tribus vecinas de Argelia, recomendándoles que concedan libre paso por su comarca á nuestras tropas y pongan á su disposición todos los recursos del país; que además nieguen asilo á las tribus rebeldes, expulsen á Si-Slimán-ben-Kaddur y se apoderen de su persona si es posible.

Estas concesiones hechas por el Sultán tienen grandísima importancia, puesto que de una vez satisfacen el doble objeto perseguido por el Sr. Ordega; la posibilidad de vencer completamente á los rebeldes y la de oponer un derecho formal á los que sin cesar nos acusan de violar el territorio marroquí. Estas facilidades que se ofrecen á nuestra defensa y la benévola actitud del gobierno de Su Majestad Sherifiana, de cuya sinceridad no tenemos motivo para dudar, han de ejercer sin duda alguna favorable influencia sobre el éxito de las operaciones de nuestras tropas en el Sud oranés.

Como corolario de esta cuestión, se presentó una demanda de indemnización para una de las tribus fieles á Francia: la de *Hamyan-Shafaâ*, que poco tiempo antes había sido atacada, saqueada y completamente desbalijada por el mencionado Si-Slimán á la cabeza de sus huestes. Según el resultado de un inventario formado con imparcial cuidado, las pérdidas que habían sufrido nuestros aliados ascendían á poco más de 400.000 francos. El Sultán ofreció someter esta reclamación al examen de sus ministros, no sin asegurar que se haría justicia á nuestra petición, tan pronto como quedara comprobada la exactitud de los datos presentados. Pero al mismo tiempo hizo saber al Sr. Ordega que á

su vez tenía que reclamar del gobierno francés una reparación análoga por daños causados á algunas de sus tribus, que en una agresión súbita de nuestras tropas habían perdido considerable número de ganados. Se acordó que las dos partes interesadas examinasen estas reclamaciones.

El Sr. Ordega quiso tantear igualmente la opinión del Sultán acerca del paso eventual por territorio marroquí de un ferrocarril transsaharino destinado á enlazar nuestros dominios del Norte con los del Oeste de Africa. Esta idea no ha producido muy buen efecto en el ánimo de Muley-Hassán, hostil, como es sabido, á toda propagación de los modernos adelantos en sus Estados. Veíase, desde luégo que este asunto le molestaba; empezó por recordar que su padre, en ocasión semejante, había negado su consentimiento para tal empresa; que él mismo no se daba cuenta exacta, ni de la utilidad, ni del fin, ni de la importancia de la obra; no obstante, examinaría la cuestión y vería hasta qué punto podría satisfacer, en caso necesario, nuestros deseos. Como se ve, este era un modo cortés de eludir una respuesta categórica que no nos hubiera sido favorable.

A la petición de uno de nuestros negociantes, transmitida por nuestro embajador, que solicitaba autorización para establecer en la costa una factoría de alcohol de granos, el Sultán hizo notar, que siendo contrario á las leyes y costumbres del país el uso de bebidas espirituosas, lo eran también su fabricación y su comercio, por cuya razón no podía, sin escándalo de sus vasallos, permitir la creación de un establecimiento de esta clase. La objeción,

prevista de antemano, era demasiado justa y seria para que el Sr. Ordega insistiese más en el asunto.

Quedaba aún otro punto, relativo también á indemnizaciones reclamadas por comerciantes franceses, ó colocados bajo el protectorado de Francia, que no han podido lograr el pago de sus créditos. Es sabido que no existen tribunales en Marruecos y que el gobierno es responsable de los perjuicios que se irroguen á los extranjeros. Pero de ordinario ocurre que, contando con el apoyo y la protección de sus representantes respectivos, los comerciantes se comprometen en negocios dudosos, sin cuidarse de la solvencia de su cliente: esto, en cuanto á los más honrados. Los que no tienen esta cualidad, buscan de intento deudores insolventes á los que exigen altos intereses, que luégo pretenden cobrar con el capital en las arcas del tesoro marroquí. Aun hay otra clase, que se provee de deudores ficticios tan bribones como ellos. De todo lo cual resulta que la mayor parte de estas reclamaciones, ó no tienen fundamento, ó se exageran hasta lo increíble.

Este sistema de responsabilidad impuesto al gobierno de Marruecos, aunque puede ser necesario en ciertos casos, es en la mayor parte origen de abusos escandalosos, á los que, por un sentimiento de honradez y delicadeza, debieran poner coto los mismos gobiernos de Europa. Para que una reclamación mereciese el apoyo de un ministro extranjero, debieran exigirse pruebas fehacientes de la realidad de los daños causados; y aun en tal caso, la demostración de que no existe ni falta ni complicidad por parte del reclamante. Además, estas

cuestiones de intereses privados, en las que no suele predominar el sentimiento de la honradez, contribuyen no poco á disminuir el prestigio de los diplomáticos que las apoyan, y pueden en muchos casos comprometer los resultados políticos que se persiguen, cualquiera que sea su importancia. En todo caso, me parece poco decoroso que un hombre honrado y recto, investido del carácter de representante de una gran nación, se vea en la necesidad de presentar y apoyar reclamaciones, sobre cuya legitimidad abriga él mismo fundadas sospechas.

Las expresadas indemnizaciones, reclamadas por negociantes franceses, ascendían á la suma de 500.000 francos; pero examinados los documentos que acreditaban su existencia, se descubrieron desde luégo manifiestas exageraciones, por lo que, aun manteniendo por falta de pruebas en contra pretensiones á todas luces excesivas, quedó reducida la suma á 300.000 francos. Esta es la cifra que el Sr. Ordega sometió á la consideración del Sultán. Éste, confiando en la rectitud del ministro, se comprometió desde luégo y sin el menor reparo á hacer justicia á nuestros compatriotas.

Tal es el resumen de las cuestiones que el representante de Francia ha tratado directamente con el Sultán. Como se ve, la mayor parte exigen, para su resolución definitiva, un estudio complementario, que efectivamente se lleva á cabo todos los días en la Mahmunia por el personal de nuestra legación y los delegados del gabinete marroquí.

En estas largas conferencias con el Sr. Ordega, el Sultán Muley-Hassán se ha mostrado siempre muy atento, y ha seguido con atención las diver-

sas explicaciones que se le daban. Sus respuestas revelaban una facultad de reflexión bastante poderosa y exacto conocimiento de los asuntos que se relacionan con sus inmediatos intereses. Pero en materia de política general, sólo tiene vagas nociones, y sus conocimientos geográficos son casi nulos. No sabe siquiera lo que representa un mapa; así es que en el asunto del ferrocarril transsahariano, si es que prevé algún peligro para su país en la introducción de este elemento civilizador, está seguramente muy lejos de darse cuenta de los puntos de partida y llegada que se han fijado para esta línea. Me han asegurado que no ha mucho tiempo costó gran trabajo hacerle comprender la posición que ocupa Austria en el mapa de Europa.

Aparte de esto, pasa por uno de los más profundos conocedores del Korán que hay en sus Estados: hasta se le da el calificativo de teólogo eminente. Muestra deseos de instruirse en las diversas ramas del saber humano, pero no posee la fuerza de voluntad necesaria para lograrlo. Lo que más atrae su atención son los fenómenos de la física y de la química; así es que los experimentos más elementales hechos en su presencia le distraen y embelesan. Tal vez por eso tiene en su palacio algunos aparatos, que no tanto sirven para su instrucción como para su recreo. Posee también un telescopio, con el que aprende lo más preciso para saber en qué consiste la astronomía; pero ya se comprende que la astrología y la alquimia serían más de su agrado que la verdadera ciencia astronómica.

En la actualidad tiene fija toda su atención en las cuestiones que afectan á la artillería y á la fa-

bricación de la pólvora; por supuesto, bajo el punto de vista práctico. Y no le faltan razones para preocuparse de estos asuntos. Como es notorio, su autoridad no está reconocida de hecho sino en una pequeña parte del Imperio, mientras que en todo el resto ofrece serias dificultades el cobro de los impuestos, y á veces hasta se ve precisado á enviar expediciones armadas para hacer entrar en razón á los recalcitrantes. En este mismo instante se ocupa en reunir los elementos necesarios para emprender una verdadera campaña, que se propone dirigir en persona contra las tribus del Sus, provincia situada al Mediodía del Atlas, cuyos habitantes, en número considerable, guerreros y bien armados, se hallan dispuestos á oponer viva resistencia. Todos consideran por eso la empresa erizada de peligros, y tiene llenas de inquietud á las personas allegadas al Soberano. Él mismo no se hace ilusiones sobre el éxito de la expedición; por lo cual quisiera disponer de poderosos medios de defensa, á fin de no correr el riesgo de ser vencido por una tribu rebelde. Así se concibe que en estos momentos diera cualquier cosa por tener una artillería capaz de hacer entrar en razón á los susitas. Pero ¿á quién se ha de dirigir? Es claro que los gobiernos europeos no han de cometer la torpeza de poner en sus manos armas que algún día pudieran volverse contra ellos, y la industria privada, á la que en otras ocasiones ha acudido, le ha explotado de una manera indigna. De aquí provienen sus perplejidades y sus indecisiones.

Aun debemos señalar una circunstancia meramente curiosa que ocurrió durante las audiencias

de que hemos hecho mérito. Sin que su atención se desviase por completo del objeto de la conversación, se observó en él alguna vez irresistible tendencia á dirigir sus miradas hacia una puerta del salón, detrás de la cual se oían murmullos y exclamaciones mal comprimidas, que parecían indicios seguros de la presencia de mujeres en aquel sitio. ¿Acaso era aquella una entrada del harén? Y la curiosidad femenina que allí se ocultaba, ¿era una indiscreción, ó estaba autorizada? La cuestión no ha podido resolverse.

Ultimados ya los asuntos que constituían el objeto de nuestro viaje á la corte del Sultán, el señor Ordega, no queriendo prolongar su residencia en Marruecos más allá del tiempo necesario, pidió á Muley-Hassán qne se dignase concederle uno de los días inmediatos la audiencia de despedida. El Soberano protestó contra semejante precipitación, y suplicó al ministro que tuviese á bien diferir la partida, á lo menos hasta después de la fiesta que había mandado preparar en honor suyo. Inútil es advertir que el Sr. Ordega accedió gustoso á una invitación tan cortés como honrosa para su persona.

El arreglo definitivo de los negocios se ha confiado á tres personajes de la corte, cuyas frecuentes visitas á la Mahmunia nos han puesto en el caso de conocerlos á fondo. La elección, como voy á demostrar, no ha podido ser más juiciosa y acertada.

El primero es Si-Mohammed-ben-Zebdit, anciano de setenta años, cuyos méritos é inteligencia le hicieron digno de figurar al frente de la comisión

enviada á París en 1878, para el arreglo de varias cuestiones importantes.

Le sigue Si-Mohammed-ben-Brisha, hombre como de cincuenta años, de fisonomía distinguida y por extremo simpática. Oriundo de Tetuán, donde habitualmente reside, se descubre en él á primera vista la influencia de la civilización europea, que brilla á las puertas de aquella población y cuyas maneras ha adoptado en parte. Si llevase nuestro traje, podría pasar entre nosotros por un hombre de porte distinguido. Por lo demás, ha viajado mucho y conoce con bastante perfección las cosas de Francia. Encontramos muy natural que el Sultán le llame con frecuencia á sus consejos, sobre todo cuando tiene que tratar asuntos de alguna importancia con embajadas extranjeras.

El tercer delegado es Muley-Ahmed, más joven que los anteriores, consejero íntimo y pariente del Emperador, conocido también en nuestras regiones oficiales por la parte que en 1879 tomó en las negociaciones de Tlemcen, como enviado del gobierno marroquí. Este personaje es el factotum del gabinete sherifiano; infatigable para el trabajo, pasa los días en conferencias y las noches redactando notas, memorias y correspondencias. Conoce á fondo las cuestiones que está llamado á tratar con la misión francesa; no hay documento del que no tenga noticia, y aporta á las discusiones un espíritu de conciliación y de profunda sabiduría.

Es preciso además reconocer que todo el personal de la corte, á imitacion del Sultán, se halla animado de las más favorables disposiciones para con nosotros. Y es que nuestro prestigio, que había

decaído de un modo espantoso en Marruecos, lo mismo que en todas partes, á consecuencia de los reveses de 1870, ha vuelto á levantarse palpablemente. Claro está que los acontecimientos de Túnez y nuestra energía y pronta represión de la insurrección oranesa, han contribuído no poco á acrecentar nuestra influencia en estos países.

CAPÍTULO X

Una tarde en el interior de una casa árabe. — La habitación. — El anfitrión y los convidados. — El té. — Los perfumes. — La comida servida en el suelo. — Los manjares y las bebidas. — Procedimientos primitivos. — Cantos. — Costumbres extrañas. — Efectos de la digestión.

Salíamos cierto día de tomar el desayuno y atravesaba yo los jardines para dirigirme á mi pabellón, cuando me sale al encuentro Bu-Taleb y me dice: «Doctor, ¿quieres ser hoy de los nuestros? — Según y conforme. — Abd-el-Latif y yo vamos á la ciudad á pasar la tarde en una casa árabe, donde se ha organizado una pequeña fiesta en honor nuestro; puedes, si gustas, acompañarnos. — Si es así, le respondí, acepto y te agradezco la invitación, puesto que me ofreces una ocasión excelente para conocer las interioridades de una vivienda árabe; estoy pues á vuestra disposición.

Una vez en los barrios habitados de la Medina, se entra en un laberinto de callejuelas sinuosas y estrechas encrucijadas hasta llegar á un callejón sin salida, en cuyo fondo nos encontramos frente á una de las pocas viviendas hechas de ladrillo. Allí nos detuvimos. El dueño de la casa, que esperaba á la puerta, corrió á recibirnos, y cuando llegó á nosotros se llevó la mano á la frente, estrechó

en ella la nuestra, cruzó ambas manos y, haciendo una profunda inclinación, se oprimió con ellas el pecho. Tal es la fórmula del saludo entre estas gentes; como se ve, no es para personas muy ocupadas.

Entregadas las caballerías á un criado, penetramos en la casa. No ofrecía nada digno de atención: era una vivienda árabe sencilla, en la que reina la limpieza y el bienestar; un pequeño patio interior con las paredes blancas y sin adornos, en las que se abren algunos huecos muy estrechos al nivel del único piso de la casa; en los cuatro lados del patio hay otras tantas piezas, una de las cuales se comunica con el mismo por una gran puerta en arco.

Según el sistema de las habitaciones árabes, es larga y poco profunda. En uno de sus extremos hay una pequeña elevación del suelo, que sostiene un cojín ancho y blando, cubierto de fina colcha de seda: es la cama. En realidad, los árabes no conocen este mueble; no usan mantas ni sábanas; durante la noche, sólo se despojan de una parte de los vestidos y duermen echados sobre esteras, alfombras, divanes ó cojines, más ó menos blandos y confortables, según el lujo y la fortuna. A lo largo de las paredes hay divanes protegidos por una funda de tela blanca, que, efecto de la exigua anchura de la pieza, apenas dejan el espacio suficiente para el paso de una persona. Sobre los divanes hay, en puntos diferentes, cojines de seda brochada, y el suelo está alfombrado. La pared que da frente á la puerta está colgada de terciopelo, en el que hay trazados con cintas de raso una serie

de arcos arábigos, alternativamente rojos y verdes. Inútil es advertir que la puerta ha de quedar abierta si se quiere recibir buena luz.

Tomamos asiento en los divanes, que pronto se vieron ocupados por los amigos de la casa que fueron llegando sucesivamente. Antes de entrar se quitan las babuchas y, acto continuo, se acurrucan en los divanes con las piernas dobladas de manera que los pies, descalzos, quedan perfectamente ocultos. Como mis músculos se niegan á doblarse en la expresada forma, me vi precisado á tener extendidas las piernas, que eran un verdadero estorbo para la circulación.

Nuestro anfitrión se acurrucó al lado de la puerta. Es un hombre de soberbio continente, de elevada estatura, grueso, pero sin exceso. Envuelto en su jaique de finísima lana, presenta toda la majestad de un emperador romano. Su fisonomía expresa bondad á la vez que dulzura, y en aquel preciso momento muestra verdadera satisfaccion.

Es un personaje importante, sherif ó jefe religioso, hablando con más propiedad, descendiente directo del Profeta. Su padre ó uno de sus inmediatos ascendientes es un santón venerado, un marabut, en cuyo honor se ha erigido una rica y elegante kubba que había llamado nuestra atención al pasar por una de las calles próximas. Todos sus convidados son igualmente personajes distinguidos ó ricos negociantes de la ciudad.

A medida que van llegando los convidados se anima la conversación. Éramos en junto 15 con el anfitrión, y todos parecían tener en gran estima y honor á Bu-Taleb, quien, como era natural, me

trasmitía una parte de su prestigio en la reunión. Para matar mejor el tiempo, se sirve á los convidados leche en un vaso que se pasan de unos á otros.

Poco después se presenta un criado llevando en una gran bandeja de plata un rico servicio de té, compuesto de dos teteras, la caja del té, el azucarero y el número de tazas prescrito. Estas son sumamente pequeñas, de porcelana fina y con un decorado brillante, según el gusto del país.

El doméstico deposita el servicio en tierra á los pies del anfitrión, que acto continuo se dispone á preparar la bebida favorita de los marroquíes. Esta preparación es un verdadero arte. El dueño de la casa, generalmente práctico en el asunto, pone en las teteras la medida de té que se necesita, y entonces el criado trae una vasija de cobre con agua, que se ha hervido en el patio en un hogar portátil. Llenas las teteras de esta agua hirviendo, el anfitrón vierte en una taza algunas gotas de la infusión, y las prueba á fin de cerciorarse de que se ha echado la dosis de té necesaria; hecho lo cual pone varios terrones de azúcar en cada una de las vasijas donde la infusión se efectúa. Momentos después somete el líquido á una segunda degustación, luégo á una tercera, y á veces verifica hasta cuatro pruebas. Terminada la operación y obtenido el punto que desea, llénanse las tazas, que el doméstico va presentando sucesivamente á los convidados. Éstos reconcentran entonces toda su atención en el acto de saborear el agradable brebaje, de suerte que se oye perfectamente el sonido que produce la aspiración á cada sorbo que toman.

Entretanto el anfitrión emprende de nuevo la

tarea de preparar una segunda porción de té, lo que efectúa por una simple adición de agua hirviendo y azúcar; luégo somete el producto á las mismas pruebas, con la única diferencia de prolongar más los intervalos de cada degustación. Al terminar la nueva preparación se han vuelto á colocar todas las tazas vacías en la bandeja, y una vez llenas, el doméstico las presenta á los invitados, que toman la que tienen más cerca, sin que ninguno se preocupe lo más mínimo de ver si es la misma en que bebió la vez primera.

La ocupación indicada absorbe toda la atención del dueño de la casa, quien apenas tiene tiempo para limpiarse el sudor que corre por su frente, y espantar con el pañuelo las moscas que le acosan: la operación tiene para él todo el atractivo de una función sacerdotal. Únicamente le vi levantar los ojos hacia mí, como para interrogarme con la mirada si estaba satisfecho con su elaboración. Pero aun no había llegado al término de sus esfuerzos; concluída la segunda operación, volvió á empezar sus manipulaciones; y es que la cortesía árabe exige que se tomen en casos como este tres tazas de té por lo menos; por mi parte no quise, como era natural, ser menos cortés que los demás. Sin embargo, apenas tenía ya trazas de té el brebaje que se nos ofrecía; á la infusión anterior se añaden simplemente algunas hojas de menta verde y la mezcla produce una bebida bastante agradable. De ordinario se agregan algunos granos de ámbar gris, no tan apreciado en este país por sus principios aromáticos como por sus propiedades excitantes y afrodisíacas. El anfitrión tuvo la buena

ocurrencia de no echar en mi taza esta sustancia.

En tanto que los invitados se dan este baño interno de té, tres de ellos se ponen á cantar. No salen nunca del ritmo rastrero y monótono, de los sonidos guturales, de las bruscas transiciones de voz, que excitan y enervan al mismo tiempo. Sin embargo, al cabo de varias audiciones se acaba por descubrir en estos cantos árabes cierto atractivo extraño y penetrante. Los cantores acompañan la canción con palmadas, que sirven al propio tiempo para medir el compás. Entre los invitados había un músico instrumentista; pero se había dejado en casa el instrumento. Presentáronle un violín y una mandolina; el primero no tenía puente, y la segunda estaba sin cuerdas, razón más que suficiente para que se excusara de exhibir su talento.

No tarda en presentarse de nuevo el doméstico con una gran jarra llena de agua de rosas, y dando vuelta á la reunión, rocia á cada uno con la perfumada esencia; en mi calidad de extranjero recibí una espesa lluvia aromática: cabellos, cara y vestidos sufrieron una verdadera inundación.

Acto continuo se introduce en la habitación el perfumador, consistente en un globo metálico tallado y con aberturas, en el que se queman sobre ascuas palos olorosos. El aparato pasa de mano en mano, y todos aspiran los vapores aromáticos, con los que impregnan la barba y toda su persona, tratando de introducirlos por la abertura de las mangas y por todos los pliegues del vestido. Algunos se entregan á estos goces con ademán voluptuoso.

Yo no hice otra cosa que abandonarme á la voluntad del anfitrión é imitar lo que veía hacer en torno mío. Pero la imitación exacta de estos usos, tan opuestos á nuestras costumbres, no es tan fácil como á primera vista parece, según tuve ocasión de observar inmediatamente. Era llegado el momento de lavarse las manos. El mismo criado vuelve á dar una nueva vuelta al rededor de los invitados, provisto de una palangana de cobre y de una jarra del mismo metal. Cuando me llegó el turno puse las manos debajo del chorro de agua fresca y las restregué una contra otra, según la costumbre europea. De esta manera creí haber ejecutado con puntualidad lo mismo que los demás; pero no fué así. Me había lavado realmente las manos, en tanto que los árabes se habían lavado tan sólo *la* mano derecha. Muy luégo se me ofreció la explicación práctica de tan extraña costumbre. Había llegado la hora de la comida.

En una gran tabla de madera, que en este país hace las veces de mesa, se presenta el primero de los manjares que se van á servir á los comensales. El dueño de la casa lo recibe de manos del doméstico y va en persona á colocarlo en el suelo en un extremo de la habitación. Acto continuo se nos invita á colocarnos al rededor de la tabla, lo que sólo pudimos ejecutar siete de los convidados, por no permitir otra cosa las dimensiones de la pieza. Sobre la tabla descansa una gran fuente de hierro barnizada, que contenía una espalda de carnero cocida; al rededor de la misma se habían colocado varios panecillos de galleta y especias en polvo. Uno de los invitados divide los panecillos, distri-

buyendo pedazos entre los demás. Como era natural, púseme á observar con gran atención las manipulaciones que siguieron.

Hecho el reparto del pan, atacaron todos denodadamente con los dedos de la mano derecha que se habían lavado, la parte de espalda que tenían delante; el asalto se verifica con igual vigor por seis puntos diferentes á la vez. Pero como no se marcan con precisión los límites de cada dominio, ocurre con frecuencia que otros usurpan el sitio que uno ocupa. En efecto; uno es aficionado al gordo, otro al magro; éste busca un trozo gelatinoso, aquél tiene predilección por los huesos, y todos, dejándose llevar de sus gustos, cogen, desgarran y llevan á la boca el trozo que más les agrada. Los momentos son preciosos, y sin vacilar me dispongo á seguir su ejemplo; toda vez que las conveniencias sociales así lo exigen, me creo en el deber de atacar con igual denuedo que mis comensales la pierna, empleando los instrumentos que la Naturaleza me ha dado.

Los otros siete convidados, colocados en círculo al rededor de un plato imaginario, esperan, si no con inquietud, á lo menos con impaciencia, á que se haya saciado nuestro apetito; hasta entonces no entrarán ellos en juego. Cuando ha llegado ese ansiado momento, el anfitrión coge la mesa portátil y va á colocarla en medio del segundo grupo, con la parte de espalda que ha resistido á nuestros combinados ataques. Las brechas que hemos hecho en la pieza son poderosos incentivos de su apetito, que les alientan al ataque; así es que, empleando las mismas armas, ejecutan contra aquel muti-

lado enemigo un asalto no menos terrible que el nuestro.

No tarda en aparecer el doméstico con un segundo plato: era otro cuarto de carnero, pero asado, y por consiguiente más sólido y más resistente al proceso de fraccionamiento que debíamos emplear. Pero ¿qué no se logra con decisión y buena voluntad? Poniendo cada uno de su parte lo que puede, la pieza queda descuartizada en pocos instantes con la misma precisión y limpieza que lo había sido la espaldilla cocida.

Inmediatamente se pasa el asado á nuestros vecinos, que ya habían dado cuenta de la ración anterior, en tanto que á nosotros se nos sirve el tercer manjar. Era un plato de composición tan heterogénea, que no pude determinar su contenido sino después de un examen detenido y práctico, mediante el cual descubrí que era una amalgama de carnero cortado en pequeños pedazos, de huevos fritos, de almendras partidas en dos mitades, de aceitunas y de rajas de limón; todo nadando en un mar de salsa espesa y grasienta, de aspecto poco seductor, pero de gusto agradable.

Si los manjares fueron abundantes, en cambio no tuvimos para apagar la sed más que agua, en la que se había desleído resina de tapar junturas; durante la comida pasan de mano en mano dos jarros llenos de esta bebida extraña.

En consonancia con el ceremonial de las grandes recepciones, el anfitrión no comió ni bebió con nosotros; fija toda su atención en servirnos, acudía á todas partes, llevaba él mismo los manjares y nos animaba á comer con frases tan amables como

corteses. Por lo demás, todos los convidados eran excelentes sujetos, cuya hombría de bien corría parejas con su carácter simpático. Algunos habían visitado el Mediodía de España y sabían algunas palabras de español, de las que se valieron para entenderse conmigo, objeto que no se lograba sino de un modo harto imperfecto. Uno de ellos había llegado en sus excursiones hasta Marsella, adonde le llevaron asuntos mercantiles.

La comida terminó bruscamente con el tercer plato, no habiéndose servido legumbres ni postre. Cada uno volvió á ocupar entonces su sitio en los divanes, y acto continuo se nos presentó agua para lavarnos *las dos manos,* esta vez con un excelente jabón de olor.

Acabada esta operación, se pusieron casi todos á recorrer su rosario sin perder el curso de la conversación, que se hizo desde luégo general y animada. Este objeto piadoso se compone entre los musulmanes de 101 cuentas; pero las vuelven con tal rapidez que apenas tienen tiempo de pronunciar un par de vocablos en cada una. Sin embargo, cuando han dado una vuelta completa vuelven á empezar de nuevo, y de esta manera la plegaria dura un tiempo indefinido.

Como se ve, esta práctica religiosa, puramente mecánica, no les impide atender á la comodidad y al cuidado de la digestión. Así es que con frecuencia interrumpen la devoción para impregnarse con los aromáticos vapores del perfumador, que el doméstico hace circular por la reunión una vez todavía á lo menos; y casi todos toman al mismo tiempo frecuentes pulgaradas de rapé. No usando

el tabaco bajo esta forma, se me autorizó generosamente para fumar.

Entretanto los cantores han reanudado sus soporíferos recitados, que parecen favorecer la digestión; á lo menos los convidados muestran á porfía su satisfacción por medio de esos ruidos guturales desterrados de la sociedad culta de los pueblos civilizados de Europa, que Orgón aplaudía en Tartufo y cuya expresión pone aún Molière en boca de Dorina: Et s'il vient à *roter*, il lui dit. ¡Dieu vous aide!

Y si llega á eructar le dice: ¡buen provecho!

A su vez el dueño de la casa ve en esa demostración una prueba de que se ha hecho honor á sus manjares.

Llegado el momento de la despedida, las 28 babuchas que adornaban el umbral de la puerta pasaron á los pies de sus dueños como por encanto. Cambiamos los saludos de costumbre en el patio y nos separamos; los árabes, satisfechos sin duda de haber pasado algunas horas en compañía de un europeo, y yo con el placer de haber podido estudiar de cerca un punto interesante de la vida íntima de este pueblo.

CAPÍTULO XI

Particularidades de la ciudad. — La Kutubia, mezquita principal. — Prácticas religiosas. — Diversiones en la plaza. — Encantador de serpientes y convulsionistas. — Cuarteles y soldados. — El ejército marroquí. — Prisiones y presos. — Leprosería.

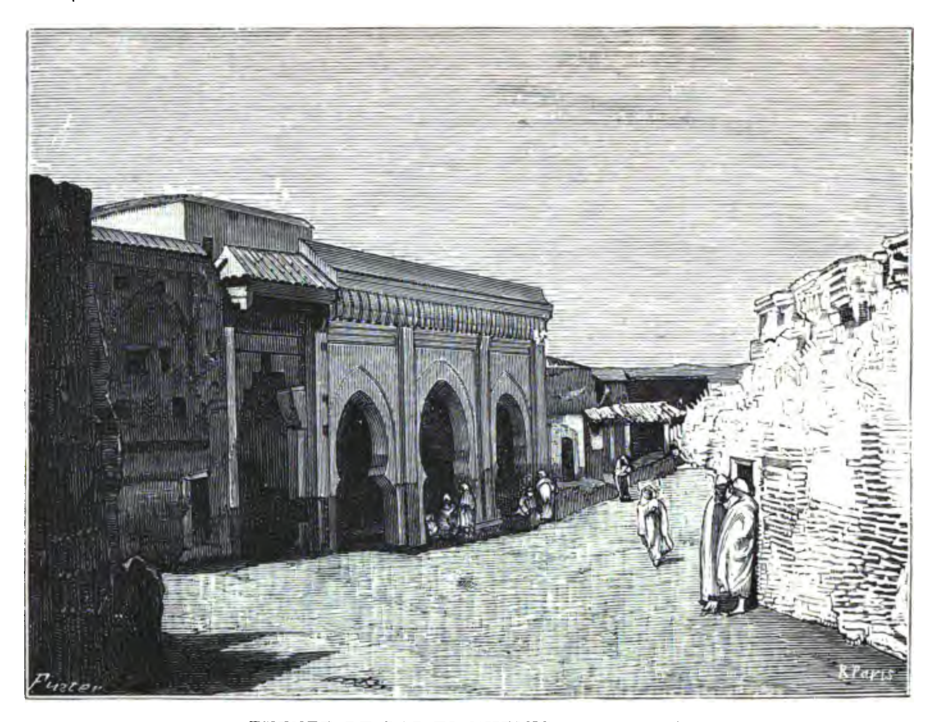
Nuestros paseos cotidianos, gracias al cuidado que tenemos de darlos siempre en diferente barrio, nos proporcionaron exacto conocimiento de los detalles de la ciudad y nos fueron iniciando más y más cada día en los usos y costumbres de sus habitantes.

La primera parte del itinerario, al salir de nuestra residencia, nos obliga á pasar delante de la Kutubia, que es el nombre de la mezquita principal de Marruecos. Fuera de la fachada que da al camino por donde pasamos, está rodeada de espaciosos jardines, propiedad de la mezquita. Esta es un edificio bajo, de líneas regulares, cuyas paredes están perfectamente blanqueadas, al que se entra por una puerta morisca de aspecto agradable, y que recibe luz por un corto número de pequeños huecos sin carácter. Cubren su techumbre tejas barnizadas, que brillan al ser heridas por los rayos solares, y la domina por completo una torre colosal cuadrada, que constituye el sello característico

del edificio, y parece abrumarle con su imponente mole.

Esta torre domina, con su altitud de 70 metros, toda la inmensa llanura que rodea la población, y es lo primero que vimos de ésta á la conclusión de nuestro viaje. Es de ladrillo encarnado, cuyo color contrasta con la blancura uniforme del edificio. Su forma, sus proporciones, la naturaleza y el dibujo de sus adornos evocan necesariamente el recuerdo de la Giralda, y parecen dar la razón á los que aseguran que la ha construído el mismo arquitecto que levantó la famosa torre sevillana. Corónala una torrecilla que termina por cuatro bolas de cobre, superpuestas en el orden de su dimensión, de mayor á menor. Estas bolas han dado origen á una curiosa leyenda. La mayor se dice que está llena de oro y de piedras preciosas, cuyo tesoro, de valor incalculable, se ha depositado allí, á cubierto de la rapacidad de los hombres, para que pueda emplearse en la restauración de la mezquita y de su minarete, en el caso en que el fuego ó un accidente cualquiera los destruyese. En la galería que corona la torre hay un asta de bandera: el muezzín la iza cinco veces al día, cuando desde aquella altura anuncia á los creyentes, con voz vigorosa y tranquila, la hora de la oración. Á falta de campanas, los musulmanes se valen de este medio para marcar la medida del tiempo y llamar á los fieles á la mezquita.

Todo buen mahometano debe acudir al lugar santo por lo menos tres veces al día; pero este precepto no se observa con rigor porque puede sustituirse por otras prácticas religiosas hechas en el



FUENTE DE BAB-EL-KHEMIS (MARRUECOS).

respectivo domicilio. Únicamente el viernes, día festivo de los musulmanes, acude al templo gran afluencia de personas; en dicho día los pachás en las capitales de provincia, y el Sultán en la del Imperio, se dirigen á la mezquita principal, rodeados de numeroso séquito y gran aparato; y en tanto que dura el culto, en este caso, permanecen cerradas las puertas de la ciudad. Tal costumbre se funda en una tradición antigua: cuéntase que en el siglo XII, un pretendiente aprovechó el momento en que todos los hombres estaban ocupados en la oración para penetrar en el recinto de la capital, degolló á todos sus habitantes y se apoderó de las riendas del gobierno.

La torre de la Kutubia es en rigor el único monumento notable de la ciudad, por lo que sólo haré mención además de las elegantes fuentes de Shrab y Bab-el-Khemis, que atraen con justicia la curiosidad del viajero; algunas portadas de mezquitas, la puerta de la Alcazaba y unos cuantos restos de arcos y pórticos, que dan testimonio de la decadencia, ya irremediable, de un gran pueblo.

Saliendo de la Mahmunia, en dirección á la Medina, en el espacio que media entre ésta y los jardines, hay una inmensa plaza, que puede considerarse como el vestíbulo de la ciudad. En ella se ven algunos tenduchos formados de telas ó esteras, soportadas por dos ó tres palos, en las que se venden frutas y productos de inferior calidad; entre las primeras llaman principalmente la atencion grandes montones de naranjas.

También se encuentra allí el mercado de forrajes para los ganados, que se reduce á algunos haces

de hierba fresca colocados sobre burros que esperan, con su habitual paciencia, la llegada de un comprador que les aligere la carga. No se conoce el heno, es decir, que no se recolecta la hierba para secarla y almacenarla. Tal vez por la sequía que reina en el país no alcanza la altura necesaria para segarla. Sin embargo, en mi concepto hay otra razón más poderosa que explica dicha falta, y es que la preparación del heno exige cuidados y no poca previsión, cualidades, que, como se sabe, no adornan al pueblo musulmán. Así es que el alimento ordinario de los ganados son los granos, particularmente cebada.

Esta plaza es además el punto en que, por lo general, tienen lugar las diversiones, juegos, ejercicios, exposiciones de toda clase, que como en otros países, se verifican en las plazas públicas y tienen siempre el privilegio de llamar la atención de las masas. Como es natural, aquí tienen un sello particular característico que despierta de un modo especial nuestro interés. Cada artista ó compañía ambulante, y son numerosos en la plaza, tiene un núcleo de espectadores que se colocan al rededor del operante acurrucados sobre el suelo. De esta manera puede dar á su círculo de operaciones toda la amplitud que quiera, sin verse expuesto á las sacudidas de la muchedumbre, como sucede entre nosotros en casos análogos.

Inútil es advertir que el canto y la música forman la parte más importante de este género de diversiones. Por regla general, la orquesta se compone de dos instrumentos de cuerda en forma de mandolina, y dos tambores constituídos simplemente

por una piel aplicada al orificio de un vaso de barro; claro está que puede variar lo mismo la naturaleza de los instrumentos que el número de los músicos. Allá se ve un artista solitario, cantor ú orador, ó ambas cosas á la vez; permanece en pie en medio del círculo de sus oyentes sentados por tierra, y recita, declama y canta alternativamente, acompañando su oratoria con violentos gestos y esforzados movimientos. Para marcar el final de cada período ó de cada estrofa, golpea en una especie de pandereta que tiene en la mano. En otra parte se ven intrépidos luchadores, tiradores de palo ó bastoneadores que desafían á los espectadores á medir con ellos su habilidad y sus fuerzas. Estos ejercicios corporales están allí en gran estima.

Tampoco falta en la plaza el indispensable encantador de serpientes. Ya se comprende que éstas, ó son inocentes ó se les ha despojado del veneno, en cuyo caso se pueden practicar impunemente los ejercicios que se ejecutan con ellas, incluso el de introducir la cabeza del reptil en la boca; pero se guardan bien de hacer esta declaración, porque una vez adquirida esta conciencia desaparece todo interés.

Éste sube de punto cuando el encantador toma el ademán de un convulso ó de uno de esos inspirados que se atribuyen la facultad de producir el fuego. Durante más de una hora tuve la paciencia de asistir á todas las escenas preliminares que preceden á la ficticia producción de este asombroso fenómeno. Empecemos por orden.

El espectáculo comienza por la exhibición de las serpientes. El encantador las va sacando una por

una de un saco donde las tiene encerradas, y después de excitarlas, para lo cual, según parece, las deja sin alimento algunas horas antes, las aplica sobre el brazo, en cuya epidermis producen inmediatamente pequeñas incisiones por las que corre en abundancia la sangre. El pretendido hechicero no deja, sin embargo, caer una gota, antes bien tiene cuidado de extenderla por la piel, á fin de despertar la compasión de los espectadores con la menor pérdida posible. Entonces es cuando nuestro héroe llama á las puertas de la generosidad del público, que nunca deja de arrojar á sus pies algunos fluses.

Cuando esta cuerda no produce más sonido de monedillas de cobre, se entrega á la serie de ejercicios que, según él, reclaman de toda necesidad el concurso de una inspiración divina. Después de practicadas numerosas invocaciones, durante las cuales la mímica se ha hecho cada vez más expresiva, empieza una agitación convulsiva rayana del paroxismo: se entrega á los movimientos más desordenados, somete todos sus miembros á las más violentas contorsiones y á las posturas más inverosímiles de un epiléptico, dando mayor realce á este conjunto su cuerpo desnudo, sus cabellos largos y desgreñados, su rostro encendido, sus ojos errantes y su respiración fatigosa. Al mismo tiempo se golpea el cuerpo, agita las serpientes al rededor y encima de la cabeza, reabre las cisuras de los brazos, habla, grita, aulla repitiendo con frecuencia el nombre de *Allah*. Por fin acaba este horrible ejercicio extenuado y poco menos que asfixiado, para hacer un nuevo llamamiento á la

generosidad del público, cuyas monedas caen en menor cantidad que la vez primera, á pesar de la inspiración divina. Entonces anuncia que va á sacar fuego de su cuerpo.

Al efecto coge una bola de heno, la enciende con una cerilla y la introduce en la boca; al cabo de algunos instantes le retira completamente apagado, sin dejar rastro en la boca, de lo que los espectadores pueden cerciorarse por sus propios ojos. Luégo introduce en ella una segunda bola de heno sin fuego; y acto continuo se arroja al suelo, se revuelca convulsivamente, se agita, se golpea fuertemente el vientre, hasta que por fin sale una bocanada de humo á través de la bola de heno. Pero el fuego no aparece; unas cuantas monedas más, y el poder divino se manifestará irremisiblemente. Los espectadores se hacen esta vez los suecos, menos yo que arrojo en el círculo una pieza tras otra por no perder aquella manifestación sorprendente. Pero el dinero de un infiel no conmueve sin duda á los poderes de lo alto, y mis larguezas no producen resultado alguno. Nuestro héroe vuelve á expeler más humo, pero de fuego no se percibe la menor huella. Cansado de esperar abandono la partida, con el firme convencimiento de que teníamos que habérnoslas con un insigne impostor.

En efecto, el humo que ha expelido proviene simplemente del primer tapón de heno que introdujo en la boca; tragaba este humo y lo depositaba en el estómago, haciéndole salir en virtud de los golpes que se daba en el vientre. El hecho es perfectamente natural y familiar á no pocos fumadores, que á veces arrojan inopinadamente bocanadas

de humo mucho tiempo después de haberle tragado. Compréndese, pues, que con un poco de práctica se haga eso mismo con mayor perfección, y que se pueda reproducir el fenómeno casi á voluntad del operante. Á eso queda reducido el misterio y la maravillosa intervención divina con tanto aparato anunciada.

A la entrada de la gran plaza en que tienen lugar estas diversiones públicas, debemos señalar la existencia de dos edificios importantes, siquiera no lo sean por el mérito de su arquitectura ni por sus dimensiones; es posible que hubiesen pasado desapercibidos para nosotros si no se nos hubiera revelado su destino. El primero ofrece el aspecto de una larga muralla de barro de escasa altura, que apenas se diferencia de los cercados que rodean los jardines si no es por su mejor estado de conservación. Esta pared sirve de límite á un gran patio, al que se baja por varios escalones y en cuyos costados existen unos cuantos miserables albergues: son los cuarteles. No hay más señales de su destino, fuera del traje de los hombres acurrucados en el umbral de una pequeña puerta y algunos fusiles colocados delante de la misma en grupos mal hechos con tendencia á imitar los pabellones de nuestras fuerzas. Por lo demás la gran mayoría de los soldados se albergan aisladamente en la ciudad; sólo un pequeño número recibe alojamiento en los edificios del Estado.

El mando del ejército marroquí está dividido entre el ministro de la Guerra, que le ejerce directamente sobre la infantería, el caid El-Mechuar, jefe de la caballería, y el Sultán, que es jefe supre-

mo de todo el ejército y se reserva el mando directo de la artillería. Los servicios de la infantería en tiempo de guerra se estiman aquí en tan poco, que el mismo Sultán pone en tela de juicio la utilidad de esta arma; verdad es que la suya no es para inspirar gran confianza.

A las órdenes de estos jefes están los oficiales, de dos graduaciones solamente y sin relación inmediata con la categoría de sus superiores jerárquicos: el caid *agha*, que puede mandar un millar de hombres y tiene alguna analogía, aunque remota, con nuestro coronel, y el caid *mia*, que manda una compañía de 100 hombres y corresponde á nuestro capitán. Hay además un pequeño número de suboficiales que se designan con el nombre de *mokkadems*.

Ninguna insignia distingue á los jefes de los simples soldados; llevan el mismo traje que éstos, usan casi idéntico armamento; viven, duermen, comen y juegan en común. Desde luégo se comprenden las fatales consecuencias que semejante promiscuidad ha de producir en la disciplina del ejército. Por otra parte el oficial está sujeto al castigo corporal y á todas las correcciones humillantes que puede sufrir el soldado raso: no tiene prestigio ni dignidad. Desde nuestra instalación en la Mahmunia, el caid agha de nuestra escolta pasaba el día en el pequeño patio en que se hallaban trabadas las caballerías, sentado en el suelo como el último de sus subordinados; los que le habíamos visto antes tan apuesto á la cabeza de la caravana sentíamos lástima al encontrarle allí en humilde postura y revelando bien á las claras su condición

abyecta. Un caid mia, agregado también á nuestra escolta, no cree rebajar su dignidad limpiando, por una pequeña retribución, todas las mañanas, las botas de los capitanes franceses.

Al dar cuenta de nuestra entrada solemne en Marruecos tuvimos ocasión de describir el sistema de reclutamiento empleado en este Imperio, la composición extraña de su ejército y su armamento heterogéneo y, en general, primitivo. Dijimos también que había mucho de pueril y no poco de ridículo en el aspecto y ademán de sus soldados. Pero no hay que tomar esto al pie de la letra; dada su sobriedad, su resistencia para la fatiga, su energía en el sufrimiento y su desprecio del peligro y de la muerte, cada marroquí encierra el germen de un excelente soldado. Indudablemente, en las condiciones actuales el ejército del Sultán carece de consistencia y sería incapaz de sostener una lucha formal con tropas instruídas y bien equipadas. Pero que se le den nuestros armamentos, que se le enseñe su manejo, que se le acostumbre á la disciplina y pronto le veremos transformado en una fuerza temible. ¿No tenemos de ello un ejemplo bien palpable en Argel? ¿Dónde hay tiradores más diestros que los reclutados entre la población indígena? ¿No son de la misma raza que los marroquíes? ¿no tienen las mismas cualidades físicas y morales que ellos?

Por eso no he llegado á comprender el alcance, el fin ni la utilidad de nuestra misión militar en Marruecos. Sostenemos allí algunos oficiales con el exclusivo objeto de instruir á los soldados indígenas y acostumbrarlos á nuestra rigurosa disciplina;

y debo decir aquí en honor suyo, que han logrado formar un corto número de excelentes artilleros. Pero yo pregunto, ¿contra quién han de volverse algún día los conocimientos que les suministramos? Todo nos induce á creer que contra nosotros mismos.

Bajo la capa de civilización, existe en algunos Estados el prurito, harto perjudicial á mi entender, de introducir el arte y el armamento moderno de la guerra entre los pueblos semibárbaros sometidos á su dominación. Que se atengan á las consecuencias. Con semejante sistema civilizador vendrá un día en que estos mismos pueblos, una vez despierto el sentimiento de su fuerza y conocidos ya los medios de ponerla en actividad, no temerán medirla con sus dominadores. Y entonces ¿de qué nos servirá la más severa disciplina contra su fanatismo y su espíritu belicoso excitados por la idea de llegar á la conquista de su independencia?

El segundo de los mencionados edificios, situado en la avenida de la plaza, tiene tan mezquina apariencia como el primero; únicamente su ancha puerta arqueada le da cierto carácter de establecimiento oficial. En efecto; es la cárcel principal de la ciudad. Los presos están confinados en una especie de cueva espaciosa, á dos metros por debajo del nivel de la calle. Bóvedas sostenidas por pilares la cubren, y unas cuantas aberturas con enrejado de hierro dejan paso al aire y á la luz en cantidad harto exigua. Los presos, en su mayor parte, con la cadena al cuello y esposas en los pies, tienen libertad para moverse de un lado á otro de la pieza. Por toda distracción disponen de una pequeña mezquita para recitar sus oraciones, y el único alimento

que les ofrece el Estado es un depósito de agua; el suministro de los demás artículos indispensables para el sustento corre á cargo de sus parientes ó amigos; á falta de éstos, el paternal gobierno de Su Majestad Sherifiana les provee, á lo sumo, de lo más preciso para que no se mueran de hambre.

Todos los dias, al pasar por este punto á las cinco de la tarde, encontramos en nuestro camino un grupo de presos sin guardia de ninguna clase. Este cuidado es, por lo demás, inútil, toda vez que van unidos fuertemente por una larga y pesada cadena que corre por los anillos de una argolla que les rodea el cuello y se halla bien soldada por los dos extremos. Van encadenados de esta manera por grupos de 10 á 20 individuos, formando una línea recta ú ondulada de horrible aspecto. Sostienen con las manos la cadena, cuyo peso, al oprimir la argolla, les causaría de otro modo espantoso martirio. Por la misma razón marchan con lentitud y prudencia sumas, evitando con exquisito cuidado cualquier sacudida, que sería de funestas consecuencias para sus vecinos y para sí mismos. Estos paseos tienen el doble objeto de hacerles respirar aire puro, y sobre todo, de ofrecerles ocasión de satisfacer sus necesidades naturales, para evitar que infecten el aire de sus catacumbas. Con este último fin se dirigen á un cercado inmediato que sirve de basurero; y como para llegar á él es preciso trasponer una pequeña altura, causa maravilla ver el cuidado con que verifican aquella ascensión; la caída de uno de ellos repercutiría en el cuerpo de todos. Después de observar esto, no tuve valor para seguirles más lejos.

No es posible formar cabal idea del suplicio horrendo que produce esta asociación de seres desgraciados; para ellos no hay independencia, ni voluntad propia, ni movimiento libre, ni el más pequeño acto espontáneo; las acciones más indiferentes de uno sólo se imponen como una necesidad á los demás. Es preciso andar cuando se pone en marcha el vecino, permanecer en pie cuando se levanta, y bajarse ó acurrucarse á impulsos de la voluntad ajena. Sólo pensarlo eriza los cabellos.

Y sin embargo, no todos son igualmente criminales. Los delitos más insignificantes se castigan aquí con la encarcelación, agravada en la mayoría de los casos con diferentes castigos. El asesino puede rescatar con dinero la pena de decapitación que se le impone, pero se aplica irremisiblemente al rebelde cogido con las armas en la mano. La mutilación es el castigo peculiar de los ladrones; para quitarles la tentación de volver á reincidir, se les corta un pie, una mano ó una oreja, si no se apela al medio más radical de arrancarles los ojos. La bastonada se aplica con generosidad por la más pequeña travesura; y lo más curioso del caso es que el paciente tiene que pasar por la repugnante humillación de pagar á su verdugo.

Habría faltado á los más sagrados deberes de mi profesión si no hubiese hecho una visita á la leprosería, llamada El-Hara, donde viven relegados los leprosos, con prohibición expresa de penetrar en la ciudad. Mi excelente colega el Sr. Linares, médico de nuestra misión militar permanente en Marruecos, accedió gustoso á emprender conmigo la ex-

ploración de aquel miserable recinto. El-Hara es un espacio cercado de paredes medio derruídas, situado extramuros, no lejos de la puerta de Dukala. Penétrase en el recinto por una de las innumerables brechas del cercado; pero en el primer momento no se descubre allí sér alguno viviente, ni aun casi vestigios de vivienda humana. Tampoco se percibe el más ligero ruido ni el menor movimiento; de suerte, que llega uno á creer que se encuentra en medio de ruinas desiertas. Allí no hay calles; el tránsito se efectúa por estrechos senderos trazados en medio de los escombros que apenas permiten el paso de las caballerías.

Por fin se hizo notar nuestra presencia; todos los moradores de aquellos tristes parajes salieron de repente, como espantados, de chozas de barro ó de grutas sombrías abiertas en el suelo, donde se cobijan. No pasan de ciento los confinados, la mayor parte de los cuales son personas en buena salud, parientes ó amigos de los enfermos á lo que parece. Sorprendidas por nuestra aparición súbita, las mujeres aparecen sin disfraz alguno. Nuestra atención se fijó principalmente en una que se hacía notar por la regularidad de sus facciones y por la expresión altanera y enérgica de su rostro; aparentaba tener unos treinta años escasos. Al vernos tan cerca levantó instintivamente las manos para ocultar la cara, dejando casi al descubierto un seno bien torneado, indicio de la belleza de sus formas. Á guisa de adorno llevaba monedas por pendientes y entre el cabello; un collar de conchitas la rodeaba el cuello, y en el rostro y los brazos tenía dibujados varios tatuajes.

Entre todos los enfermos, no pudimos descubrir uno sólo que padeciese la verdadera lepra tuberculosa ó elefantíasis; solamente un anciano nos mostró las manos, que habían perdido las falanges, único vestigio de su antigua afección. Una negra de veinticinco años próximamente, presentaba indicios evidentes de la enfermedad en desarrollo; tubérculos ulcerados en las rodillas, en los brazos y en las manos; grietas en las plantas de los pies y dos falanges de la mano izquierda ya separadas. Esto, con algunos eczemas y psoniasis es todo lo que pudimos observar en la leprosería. ¡Y por tan poca cosa se condena á estas pobres gentes á vivir fuera del seno de la sociedad en un barrio especial, siendo así que ninguna de las afecciones que allí se ven presenta carácter alguno contagioso! Pero la tradición y las preocupaciones así lo exigen, y es de presumir que aun correrá mucha agua por debajo del puente de El-Kantara, aunque es muy exigua la que arrastra el Ued-Tensift, antes que se piense en hacer desaparecer tan inhumana costumbre.

Todos estos desgraciados quedan abandonados en aquel paraje hediondo, sin recursos de ninguna clase y sin más medios para su curación que los esfuerzos de la propia naturaleza. Tampoco hay quien pueda llevarles el menor alivio. Como en todos los países donde la medicina es ignorada, se deja seguir aquí su curso natural á las enfermedades, á no ser que intervenga algún curandero que los trate por pretendidos medios sobrenaturales, ó que, según una feliz expresión, los trate por la aplicación tópica de algún versículo del Corán.

CAPÍTULO XII

Fiesta que dió el Sultán en su palacio de Sarich-Menarah.—Almuerzo en casa del gran visir.—Comida en casa del caid El-Mechuar.

Amaneció, por fin, el día señalado para la fiesta que nos había ofrecido el Sultán. Ignorábamos los detalles del convite y hasta el lugar en que debía efectuarse.

En la mañana del mismo día se nos pasó aviso de estar dispuestos para marchar á las ocho y media. Á la hora designada estaba reunido el personal de la embajada con todos los franceses que había en Marruecos. Subimos á caballo y salimos por la puertecilla de la fortaleza, con la idea de que se nos conducía á los jardines de Agdal; pero la escolta volvió en aquel momento la espalda al palacio del Sultán, y empezó á internarse en la campiña. Como á media hora de la ciudad se encuentra, enteramente aislado en medio de la desnuda llanura, un bosque de olivos, por encima de cuya cérca se destacan las tejas verdes de un pabellón cuadrado: es Sarich-Menarah, uno de los muchos sitios adonde el Sultán de Marruecos gusta retirarse con sus favoritas, para olvidar allí, durante algunas horas, los cuidados y sinsabores que lleva

consigo la dirección de un Estado. Este era el lugar destinado para la fiesta.

Tres ó cuatro tiendas levantadas en medio del arbolado, en una de las cuales se había colocado una mesa; algunas sillas y alfombras extendidas por el suelo constituían todos los preparativos hechos en nuestro obsequio. El administrador de la posesión fué la única persona oficial que salió á nuestro encuentro; la recepción nos pareció fría en extremo, pero está en perfecta armonía con las costumbres del país. El anfitrión pone su casa á disposición de sus convidados, sin mezclarse para nada en su sociedad. Á lo sumo, cuando no es un Sultán el que da la fiesta, puede cuidar de que se ejecuten sus órdenes y cerciorarse de que sus huéspedes están bien atendidos. Como se ve, siempre la misma rareza de costumbres, que á cada paso nos choca y nos confunde. En efecto, ¿hay cosa más extraña para los europeos que esta costumbre de abandonar á sí propios á los convidados? Aquí nos conducimos de esta manera con criados ó personas de inferior categoría, que relegamos á la cocina con orden de suministrarles en abundancia lo que necesiten. Mal avenidos con este modo de proceder, habíamos hecho el día antes algunas observaciones sobre el particular. Sin duda, como consecuencia de nuestras indicaciones, contra todos los precedentes de las recepciones oficiales, vimos llegar poco después los cinco personajes de la corte con quienes manteníamos relacion más frecuente. Venían en nombre del Sultán á presidir la fiesta y hacer los honores de la misma.

Después de una rápida excursión por los olivares,

nos retiramos al abrigo de una de las tiendas, donde al poco rato se presentaron varios domésticos con los utensilios é ingredientes necesarios para la fabricación del té. Encomiéndase el cuidado de esta preparación al venerable Allah-Dukali, letrado de nuestra legación de Tánger. No es posible imaginarse una figura más simpática y más patriarcal que la de este anciano árabe, cuyo rostro apacible y siempre risueño cautiva; causa verdadero placer el ver el cuidado escrupuloso con que desempeña su cometido, como quien está penetrado de la importancia de sus funciones. Los demás formábamos un círculo que abrazaba toda la circunferencia de la tienda. Por una rareza extraña los árabes ocuparon las pocas sillas de que disponíamos, en tanto que los europeos nos acurrucamos sobre las esteras al estilo de los primeros; era el medio más seguro para que todos estuviésemos molestos, lo que no fué obstáculo para que entablásemos una larga disertación sobre la historia de la raza árabe, el examen de cuyas diversas etapas dejó, como es natural, en situación harto desventajosa á la generación presente.

No lejos del sitio donde se había erigido el pequeño campamento, se levanta el pabellón, cuyas tejas verdes habíamos visto brillar á lo lejos. Un pequeño cercado de paredes blancas le deja aislado del resto del parque. Por encima del cercado se destacan algunos cipreses, cuyo sombrío ramaje da al conjunto aspecto de monumento fúnebre. Dentro de la cerca llama la atención un parterre de flores, sobre las que descuellan algunos arbustos. Las plantas que allí se ostentan son las que hace

medio siglo constituían el ornato obligado de nuestros jardines, á saber: rosas de Bengala y ordinarias, guisantes de olor, claveles, geranios, amapolas, retama olorosa y lirios; un parterre, en suma, como se encontraría en aquellos de nuestros pueblos menos accesibles á los progresos de la horticultura. Contra lo que se acostumbra en los jardines de países menos cálidos, se da aquí á los macizos cierta inclinación hacia el centro, que tiene por objeto contener las aguas y evitar que se pierdan las pocas gotas de este líquido, que les suministra su sediento clima, para lo cual los paseos y alamedas suelen estar algo más altos que los mismos macizos, ofreciendo la apariencia de diques.

Por lo demás, el pabellón no presenta carácter alguno especial de arquitectura ni se distingue por su elegancia exterior; es un cubo hecho de fábrica, de caras blancas y lisas, con los ángulos pintados de encarnado. El piso bajo, casi ocupado por las pesadas columnas que sostienen las bóvedas, tiene todo el aspecto de un pasadizo abierto en cada uno de sus dos extremos por una gran puerta en arco. Al piso principal se sube por una modestísima escalera estrecha y empinada, abierta en el espesor de la pared.

Este piso se compone de una sola y espaciosa habitación cuadrada, alta de techo y cubierta en forma de media naranja. La completa ausencia de muebles produce en el ánimo cierta impresión de frialdad y de abandono. Las paredes están adornadas, sin embargo, con pinturas y trabajos moriscos de gusto muy delicado, y en los frisos hay inscripciones coránicas. Pero como el principal objeto del

arquitecto ha sido impedir que el calor exterior penetre en la habitación á fin de que reine allí una temperatura agradable, las paredes tienen un espesor desmesurado y no hay en ellas más que dos pequeñas ventanas que parecen las aberturas de una inmensa tronera. En el lado Norte una puerta vidriera da acceso á una azotea, desde la cual se domina un llano de tres á cuatro hectáreas de superficie. Tres ventanitas, dos con cristales azules y una de color verde, adornan la fachada del Mediodía; pero en lugar de comunicar directamente con la pieza dan á un lindo vestíbulo que la precede.

Literalmente estábamos ya fritos debajo de la tienda; la frescura de aquel recinto nos sedujo, y aunque no se había hecho allí ningún preparativo para recibirnos, tuvimos la osadía de tomar posesión del pabellón, á riesgo de profanar el santuario del descendiente del Profeta. Pocos minutos después estaban allí las alfombras, las sillas y la mesita, únicos muebles puestos á nuestra disposición. Los representantes del Sultán no ofrecieron el menor reparo á aquel traslado, aunque seguramente se sorprenderían de nuestra audacia.

La azotea está envuelta en agradable sombra, en tanto que el sol inunda y abrasa la llanura. Más allá de la inmensa explanada que rodea al pabellón, continúan los plantíos de olivares, que parecen confundirse con las azuladas líneas de la montaña del Chebilat, envueltas á la sazón en ardiente bruma. Á la derecha, en dirección á Oriente, la elevada torre de la Kutubia domina sin rival el horizonte con su imponente masa; al rededor de su base crecen algunas palmeras de los

ejemplares más corpulentos. Las ventanitas del Mediodía dominan la extensa avenida que conduce al parque; algunos álamos que se levantan á su conclusión se confunden con los ventisqueros del Atlas.

En tanto que contemplábamos, no sin justa admiración, las bellezas del panorama, vimos llegar un convoy de mulas que nos llevaban un suplemento de sillas de caña, completamente nuevas y olvidadas, tal vez hacía mucho tiempo, en algún rincón del palacio; vinieron como de molde, ya que sentados en ellas pudimos escuchar con más comodidad las variadas piezas que Mr. Pincherlé ejecutó en su violoncelo. Nuestros árabes oyeron con perfecta indiferencia sus agradables melodías; los aires de la música europea, sean de carácter serio ó ligero, no les conmueven; en cambio á nosotros nos encantan y nos ayudan á pasar el tiempo que de otro modo nos hubiera parecido excesivamente largo. Al cabo de algunas horas empezamos á notar con cierta zozobra que no se hacía preparativo alguno para disponer la comida; en los alrededores no se veía la más insignificante instalación culinaria. Nuestras inquietudes se calmaron cuando se nos dijo que todo se estaba preparando en el palacio del Sultán, por más que á la hora del medio día nada anunciaba aún la llegada de los ansiados manjares.

Por fin se nota cierta agitación á la entrada del parque. Al extremo de la gran avenida aparecen bultos que semejan hombres cubiertos de cascos, que despiden intenso brillo bajo la acción de los rayos solares. El que parecía su jefe echa pie á

tierra y va á colocarse á la cabeza de la tropa; ésta á su vez vuelve á ponerse en movimiento y se adelanta hacia nosotros en buen orden. Se compone de unos 50 individuos, algunos de los cuales llevan, en vez de casco, una especie de quitasol puntiagudo que la distancia no nos permite distinguir con precisión todavía.

Un poco después pudimos determinar el color de aquella milicia: el rostro negro de los soldados se destaca perfectamente de su larga túnica blanca. Llevan los brazos levantados como para sostener un peso encima de la cabeza. ¡Extraña milicia! Ninguno lleva armas, ni á la cintura ni en las manos. Cuando los tuvimos delante nos quedamos atolondrados; los pretendidos guerreros se habían desvanecido de repente y en su lugar encontramos medio centenar de esclavos del Sultán, portadores de las provisiones con tanta impaciencia esperadas. Los cascos brillantes no eran otra cosa que las coberteras de hoja de lata de las cacerolas, y los quitasoles puntiagudos los conos de mimbre con que se cubren las tablas de madera. El conjunto presentaba un aspecto tan original como curioso; cada individuo en la indicada actitud semejaba una cariátide ambulante.

Todos subieron su carga al piso superior, donde colocaron los utensilios ordenados por tierra en el vestíbulo con cierta simetría, bajo la dirección del oficial de cocina. Había una docena de enormes fuentes de madera cubiertas de su respectiva pirámide de mimbre, y como 40 voluminosas terrinas de barro, protegidas por coberteras de hoja de lata. Todas las vasijas estaban llenas de víveres

hasta los bordes. El Sr. Davin, á quien está confiado el cuidado de nuestros estómagos, inspecciona rápidamente todas aquellas riquezas culinarias; un guiño de ojos y un movimiento de cabeza nos dijeron con harta elocuencia lo que opinaba de todo aquello.

Los que no pudieron tomar asiento al rededor de la mesa, se tendieron por tierra sobre las alfombras. Á seguida se distribuyeron platos, cubiertos, cuchillos y vasos hasta donde alcanzaron, porque de ninguno de estos útiles hubo cantidad suficiente; y es que con la mejor intención de tratarnos á la europea, no se había tenido el debido cuidado de calcular bien el número de los convidados. La delicadeza llegó al extremo de prever la necesidad de servilletas, y á falta de cosa mejor nos enviaron paños cuadrados de lienzo crudo, sin orla, cortados para el momento, de una pieza nueva de tela.

La comida empieza por el plato nacional: el kuzkuz. Apenas bastan dos hombres para acercar la gigantesca fuente de porcelana en que se nos sirvió este manjar indígena, á través de cuyos granos se descubría un poco de todo: guisantes, garbanzos, pasas, habas, cebollas, y en el fondo se hallaba sepultada media docena de pollos. Sin duda, en la previsión de que no fuera suficiente, se había agregado un segundo plato de alkuzkuz, pero preparado simplemente con azafrán, sin la adición de ningún otro producto. Luégo siguió el desfile de la interminable serie de platos en que se habían combinado y amalgamado, de distintas maneras, el carnero, las aves, los huevos duros ó fritos, las almendras, las cortezas de limón, las cebo-

llas y otra multitud de ingredientes indefinibles. Á continuación se sirvieron los asados. Sometidos simplemente á la acción del fuego, sin la intervención de ningún arte culinario, no tenían éstos el aspecto grasiento y el olor repugnante de los primeros guisos. Cada uno de estos platos se componía á lo menos de medio carnero ó de una veintena de pollos; era un festín á lo Heliogábalo.

El banquete terminó con un asado de carne picada, que sin duda se reservó para el fin, por juzgarle más delicado que ninguno de los anteriores platos; se nos presentó en unas varitas de avellano rebozadas de una capa de carne de carnero casi reducida á pasta. Así preparadas en la cocina imperial, se llevaron en crudo á fin de asarlas ligeramente en el acto en un horno portátil. Todos hicimos poco consumo de estos manjares, que no se amoldan en manera alguna al gusto europeo, pero en cambio dimos cuenta de las naranjas que pudieron encontrarse en el jardín.

La falta de alimentos preparados á nuestra satisfacción hubiera sido soportable si hubiéramos podido disponer de buenas bebidas, pero tuvimos que contentarnos con agua bastante mediana, unas veces sola, otras mezclada con té. Este suplicio era mayor que el primero. Sin embargo, uno de la comitiva, con una previsión digna de agradecer y sin faltar á las consideraciones debidas, se había provisto de una calabaza llena de coñac, que hasta entonces había guardado con disimulo. Pronto pasó de mano en mano, y aquellas pocas gotas vertidas en el agua atenuaron algún tanto nuestras privaciones. El café no nos servía de paliativo, por la

causa ya expresada: casi todos encontrábamos insoportable aquel brebaje espeso y cenagoso.

En cambio los cinco personajes, enviados en representación del Sultán, sentados al uso del país, en la azotea, sin platos ni tenedores, se regalaron soberbiamente con aquella extravagante profusión de manjares.

Cuando terminada la comida bajaron al jardín para recorrer sus respectivos rosarios, lejos de nuestras profanas é indiscretas miradas, tengo la firme convicción de que han debido tributar á Allah muy sinceras acciones de gracias.

En suma; el día no careció de interés, pero le faltó la salsa de la satisfacción; así es que á la caída de la tarde sentimos verdadero placer al poder reanudar nuestros queridos hábitos de la Mahmunia.

El ejemplo del Sultán fué contagioso: dos días después de la excursión que acabo de describir, recibimos una invitación del gran visir que nos convidaba á pasar la mañana en su casa. Si-Mohammed-el-Arbi habita en el interior de la ciudad. Quedamos agradablemente sorprendidos al pasar de sucias callejuelas al interior de una casa que, si en apariencia es tan miserable y ruinosa como sus vecinas, de puertas para adentro seduce por su limpieza, su elegancia y su lujo; en cuyos detalles se manifiesta la arquitectura tradicional árabe en toda su pureza, con la variedad, la elegancia y la riqueza de sus adornos. En suma; una morada que sin ostentar proporciones suntuosas, es muy digna de albergar á un gran visir, tío además del Sultán.

El edificio consta de un solo piso bajo construído

al rededor de un gran patio transformado en jardín, dividido en varios cuadros por paseos un poco más altos que los macizos. Un abundante surtidor de agua refresca el ambiente. En dos de los costados se ha construído un espacioso pórtico sostenido por arcos ojivales, embaldosado de finos mosaicos, con las paredes cubiertas de porcelana de colores y el techo adornado de frescos y pinturas de mucho gusto. Varias piezas comunican con este pórtico. Las alfombras, la seda, los blandos divanes se hallan repartidos con profusión en todas ellas; dibujos de colores brillantes, preciosos arabescos, finas molduras y tallados y maravillosas estalactitas adornan por doquier sus paredes y sus bóvedas. Diósenos plena libertad para penetrar libremente en las expresadas piezas y admirar sus detalles; pero, fuera de esto que podemos llamar parte oficial del edificio, todo lo demás quedó cerrado á nuestras indiscretas miradas.

El tercer costado del jardín está cerrado por un pabellón de más modesta apariencia, al que se entra por una pequeña puerta y que recibe luz por varias ventanas con rejas; allí es donde el gran visir se entrega á los placeres y goces de la familia. Por último, el otro costado es una simple pared lisa sobre la que descansa un kiosco de madera tallada.

Á nuestra llegada salió á recibirnos el gran visir en persona rodeado de algunos de sus ministros. Cambiados los saludos usuales, fuimos conducidos á la habitación que se nos había designado, después de la cual el anfitrión y sus ministros desaparecen, dejándonos completamente solos, delante de una mesa en la que se había puesto ya té, naranjas,

almendras, nueces y gran variedad de bombones y pasteles.

Poco después se presentaron ocho músicos que se colocaron cerca de nosotros debajo del portico; era la orquesta del Sultán. La componen dos tambores, dos mandolinas (1), un violín europeo y tres instrumentos de dos cuerdas, cuya caja musical está formada por una sola pieza de madera cóncava cubierta de una piel extendida. Las cuerdas se tocan por medio de un arco encorvado. Durante las tres horas que hemos permanecido en casa del gran visir, los artistas no han interrumpido un solo instante sus ejercicios de instrumentación y canto á un mismo tiempo; por donde se ve que en este país se mide el talento del músico por la fuerza de resistencia de sus pulmones.

Lo que se nos sirvió en el primer momento no era más que un ligero preludio del almuerzo que los criados empezaron á servir poco después. Ante todo pusieron á disposición de cada uno un verdadero cubierto completo, acompañado de preciosa vajilla de porcelana decorada, vasos, un servicio de plata tan rico como elegante; y por complemento de este lujo se dió á cada uno su servilleta de finísima tela. No se echaba de menos más que el mantel cuya falta disimulaba perfectamente un tapete de lana muy elegante.

La comida era, sin contradicción, más delicada que la que se nos sirvió en Sarich-Menarah y se

---

(1) Instrumento de cuatro cuerdas semejante al laúd, que se toca con una púa de pluma.



habían escogido los manjares más en armonía con nuestro gusto; así es que esta fiesta nos proporcionó un placer que allí echamos de menos, á pesar de no haberse desplegado en ella la riqueza que en la primera.

Aparte de eso, la recepción del gran visir nos ha suministrado la ocasión de ver en Marruecos el interior de una casa rica, lujosa y elegante, cuya existencia no podía siquiera imaginarse ni menos deducirse del aspecto miserable y sombrío de la ciudad. Pero lo que más grabado quedará en nuestro ánimo, como recuerdo de este día, es la impresión que nos produjo la contemplación de aquella regia morada, que deja entrever algo de lo que serían en su tiempo esos palacios moriscos de España, objeto de nuestra justa admiración.

Una vez inaugurada la serie de invitaciones, no sabemos cuándo habría terminado si nuestra partida no hubiera puesto término á la galantería de los marroquíes; pero aun tuvimos que aceptar el banquete que nos ofreció el caid El-Mechuar. Éste salió también á recibirnos con el rosario en la mano, y á su lado encontramos igualmente personas conocidas. La casa está muy lejos de ostentar la magnificencia del palacio del gran visir; en el jardinillo, de dimensiones harto reducidas, hay un kiosco, en el que se habían colocado un sillón y sillas para que pudiéramos esperar cómodamente los minutos que precedieron á la comida; tenía todo el aspecto de un tablado de café cantante, y los músicos, colocados delante, completaban la ilusión. Como siempre, se desgañitaron á cantar desde el principio hasta el fin de la fiesta.

La comida se compuso de quince platos á lo menos, algunos de los cuales estaban condimentados á nuestro gusto. Se había tenido el buen acuerdo de consultar á nuestro cocinero. Á no faltar el vino hubiera sido un festín excelente; pero en su lugar se nos sirvió con profusión la indispensable agua de rosa, que se echó sobre nosotros á torrentes, y no faltaron tampoco los perfumadores que consumen palos aromáticos.

CAPÍTULO XIII

Mercado de esclavos.—Subastas públicas.—Tipos de mujeres vendidas como esclavas.—Examen practicado por los compradores.—Funciones de las esclavas.—La corrupción de costumbres causa de este odioso tráfico.—Las mujeres en Marruecos.—La mujer del rico y la del artesano.—Condiciones de inferioridad de una y otra.—Las bodas.—El divorcio.

Sabido es que la esclavitud se halla en todo su apogeo en Marruecos. En la capital tiene lugar un mercado de carne humana tres veces por semana: los miércoles, jueves y viernes, una hora antes de la puesta del sol. Este mercado, Suk-el-Abid, se celebra en una plaza inmediata á la Ksaria, espaciosa, cuadrada y perfectamente regular, á lo largo de cuyos costados se han practicado nichos ó covachuelas para el resguardo de las víctimas, y en cuyo centro hay un paseo cubierto. En distintos días y á diferentes horas, se venden allí diversos productos, lana principalmente, transformándose en tiendas los nichos á la sazón vacíos.

Ignorando la hora precisa del mercado llegamos á la plaza antes de empezar las contrataciones. Sólo había en el recinto un corto número de personas; pero en el fondo de una de las cavidades vimos ya ocho mujeres sentadas en el suelo, con varios niños, esperando la hora en que debían sacarlas á la venta.

Llevaban cubierta una parte del rostro solamente, y pudimos observar que nos miraban con curiosidad. Una sola tenía vuelta la espalda hacia nosotros y, sin dar la menor señal de curiosidad á nuestra aproximación, no hizo el más ligero movimiento al escuchar un lenguaje extraño, ni se dignó dirigirnos una mirada cuando pasamos á su lado para examinarla; nada es capaz de sacarla de su distracción, y el mundo exterior no tiene para ella atractivo alguno: está taciturna, impasible, y parece profundamente ensimismada. Sin embargo, es una mujer joven; un niño se oculta entre los andrajos de su vestido, y delante de ella retoza una encantadora niñita de dos á tres años, que lleva una moneda colgada de una pequeña trenza de pelo.

Incapaces de sufrir tanto tiempo el peso abrumador de aquel horrible espectáculo, salimos á dar un paseo por las calles, á fin de neutralizar algún tanto aquella impresión penosa.

Cuando volvimos una hora después, se hallaba en toda su actividad el mercado. Al silencio había sucedido animación bulliciosa; un gentío inmenso recorría la plaza, y los compradores ó curiosos cierran el paso á los tenduchos laterales; muchos presencian el acto sentados en los rebordes del paseo central, y aun queda libre un gran espacio para facilitar la exhibición de la mercancía. Los pregoneros ofrecen por doquier sus servicios, y arreglan los contratos ó subastas; veíaseles conduciendo una, dos ó tres esclavas: de ordinario llevan una de la mano y las otras siguen solas detrás. Hay un gran número de estos subastadores, que recorren sin cesar la plaza, exhibiendo sus mercancías, soli-

citando compradores y pregonando en voz alta el precio que se pide ó que ya se ha ofrecido por cabeza. Un árabe, acurrucado en el suelo, hace señal á uno; éste le presenta la esclava que ha designado, la que á su vez se coloca delante de él, en pie ó de rodillas, según la voluntad del comprador. Éste la examina, la toca de pies á cabeza, la mira la boca, los dientes, los ojos, las narices; se informa de su edad y de cuantos detalles juzga oportuno; hecho lo cual ofrece ó rehusa la mercancía. La esclava arregla entonces su desordenado vestido; el pregonero la hace marchar de nuevo, reanuda sus paseos y sus gritos para detenerse á una nueva señal, y someter el género al examen y apreciación de un comprador nuevo.

Aquí se presenta una muchacha de doce años á lo sumo; se cotiza en 150 pesetas. Tiene el rostro agraciado, y sus pechos están ya formados, circunstancia que no se deja nunca pasar desapercibida. ¿Es todavía virgen? Es la primera pregunta que se le dirige. La respuesta es afirmativa, y acto continuo queda cerrado el trato. Una comadrona se encarga de comprobar la expresada circunstancia; desgraciada de la niña si ha faltado á la verdad; lo menos que la espera es la bastonada.

Allá se ofrece una joven hermosa y bien desarrollada de diez y ocho á veinte años; una mujer en toda su fuerza y todo su vigor, mulata, de fisonomía expresiva, de seno redondeado y gruesa de formas. Su traje, de percal blanco, con rayas encarnadas, ceñido al talle, hace resaltar más sus magníficas formas, y se armoniza perfectamente con el color moreno de su piel. El vendedor ha escogido sin duda



ESCLAVA MARROQUÍ.

intencionadamente este atavío para realzar más el valor de la mercancía. Se ha fijado en 225 pesetas el tipo de la subasta, pero se cree que pasará de 250 pesetas; es la pieza más hermosa del día, y si hay fortuna en las operaciones puede subir hasta 300 pesetas.

En otro lugar se ve una niña de seis á siete años. Examínasela de pies á cabeza; parece bien formada y de robusta musculatura; pero no obstante es muy poco lo que se ofrece por la pobre criatura.

Ha llegado el turno á nuestra pobre mujer de la covachuela; lleva el niño menor en brazos, y la mayorcita sigue en pos. En su fisonomía reina siempre la misma expresión de tristeza y de melancolía; obedece con docilidad al pregonero que la conduce y la exhibe, sin la menor señal de voluntad propia; antes por el contrario se abandona como una masa inerte, incapaz de acción y de esfuerzo. La cuestión estaba en si había de venderse el grupo entero, ó si la niñita se daría aparte.
—¡Vamos, 100 pesetas todo!—grita el pregonero.
—¡Trato cerrado! ¡Los pequeñuelos eran un estorbo!

Veamos otra de más edad, ó á lo menos más ajada y privada de todo rasgo de hermosura; se ofrece por 75 pesetas, y con dificultad hay comprador á este precio.

De esta manera se presentaron aquel día en el mercado unas treinta pobres criaturas que, durante más de una hora se exhibieron, se pregonaron y sacaron á pública subasta, entregándolas sin piedad ni miramiento alguno á las más minuciosas investigaciones de todo el que lo solicitaba. Entre

estos seres desgraciados no se veía un varón; no había más que hembras, negras ó mulatas casi todas. Sólo vimos una blanca; llevaba el traje de las mujeres del país, y ocultaba la cara con el vestido de lana, sin descubrirla más que cuando se la sometía á examen. ¿De qué manera había ido á parar allí? ¿Cómo y por qué se ve reducida á la esclavitud? ¿Es el crimen, la miseria ó la desgracia lo que la había empujado á tan horrendo abismo? ¡Una vez caído en él nadie vuelve á salir!

Todas siguen al vendedor con los pies descalzos ó arrastrando toscas babuchas; indiferentes, á lo menos en apariencia, á todo lo que pasa al rededor suyo, llevan la cabeza baja y apenas dirigen en torno suyo una mirada furtiva. ¡Y sin embargo, en el fondo de aquellos cerebros humanos bullen pensamientos! ¿No es verdad que hay muchas que quisieran ser libres para escoger su futuro dueño? ¡Es indudable que en muchas se adivina este justo sentimiento en la expresión de su rostro! ¿Qué deseos, qué esperanzas, qué temores embargan aquellos corazones? ¿Qué suerte les espera? ¿Cuál será su futuro destino? ¿Adónde irán á parar pocos momentos después? Todo esto se agolpa sin duda á su mente, sin poder dar respuesta á nada.

En su mayor parte, las más jovenes están de antemano destinadas á satisfacer los groseros placeres de un pueblo abyecto y corrompido. Á la edad de catorce ó quince años, todo joven de familia acomodada tiene su esclava, que los padres ponen á su disposición, á la manera que nosotros entregamos á los nuestros un caballo para que les sirva de recreo. ¡Que diversidad de educación y de

costumbres! En este desventurado país una esclava de doce años, virgen, es una verdadera rareza.

Este tráfico de carne humana á las puertas de la civilizada Europa es una monstruosidad, una vergüenza para las potencias que lo consienten y siguen llamándose cristianas. Espectáculos de esta naturaleza desgarran el corazón y allí se verifican como la cosa más natural del mundo. Claro está que únicamente la corrupción moral en su grado más abyecto es capaz de mantener este odioso tráfico. Según hice notar antes, no se presentan en los mercados casi nunca más que mujeres, y por una ironía tan amarga como repugnante, se designan esos lugares de contratación con el nombre de *Mercado de las gacelas*.

Sin embargo, el esclavo no es desgraciado, por regla general, en las casas de personas acomodadas de este país. El dueño está obligado, por prescripción coránica, á cuidarle y á tratarle bien y hasta á ponerle en venta si muestra deseos de cambiar de amo. Á veces se va más allá de lo que ordena el Corán, y la esclava toma en la casa cierto ascendiente sobre la mujer legítima. Por lo demás, en la práctica la esclava es un sér entregado á discreción á su dueño, inferior por su carácter social á las personas libres, como lo demuestra el hecho de no admitirse en el terreno legal su testimonio.

Abolida la esclavitud en Francia, todo esclavo comprado por un francés recobra su libertad en el acto; hasta la compra nos prohiben nuestras leyes, por lo que no pudimos satisfacer nuestro deseo de dar libertad á una de estas criaturas; á la vista de

aquellas miserias nadie puede sustraerse á tan generoso sentimiento, pero estando prohibida la venta de esclavos á un cristiano, nos hubiéramos visto precisados á difíciles negociaciones de dudoso resultado. En efecto, después de todo ¿qué hubiera sido de la desgraciada liberta? Sin recursos de ninguna clase y sin poder dedicarse al trabajo, las apremiantes necesidades de la vida la hubieran obligado muy pronto á buscar ella misma la esclavitud.

La suerte de las mujeres legítimas libres no es más envidiable que la de las esclavas. Cualquiera que sea su condición viven, con relación al hombre, en un estado de inferioridad degradante. En las familias bien acomodadas se guarda la mujer con exquisito cuidado en el interior de la casa, donde pasa el tiempo durmiendo, comiendo ó haciéndose aire, fuera de las horas que consagra á su limpieza y tocado, que constituyen la primera y principal preocupación de su vida. Por lo general tienen trajes riquísimos y elegantes, hechos de telas de seda con brochados preciosos bordados de oro; un pañuelo de colores brillantes cubre su cabeza, y los brazaletes, collares y pendientes de oro, las perlas y piedras preciosas envuelven toda su persona en vivísimos resplandores. La mujer musulmana es para el marido un objeto de placer y de lujo, ni más ni menos. Le está permitido recibir visitas de mujeres, sean parientes ó amigas, pero se la prohibe todo trato con hombres, fuera del padre, hermanos, tios y primos carnales. Por eso las reuniones de familia son siempre de hombres ó de mujeres exclusivamente, circunstancia que les

hace perder á nuestros ojos el principal de sus encantos.

Durante su residencia en Tánger, mi señora debió á su amistad con la del Sr. Ordega la fortuna de asistir en una casa árabe á una de esas fiestas íntimas de que están excluídos los hombres, como yo asistí, gracias á los buenos oficios de Bu-Taleb, á una reunión semejante de hombres; sin embargo, existió la diferencia, hasta cierto punto esencial, de que el dueño de la casa tomó parte en la fiesta de las señoras, en tanto que nosotros no vimos por ninguna parte á la esposa de nuestro anfitrión. Fuera de esto hay la más completa identidad en las particularidades de la fiesta: analogía perfecta en las disposiciones de la habitación donde aquélla se celebra, ceremonias y prácticas idénticas y en ambos casos igual derroche de perfumes. Además, como los naturales de Tánger se hallan un poco más al corriente de nuestras costumbres que los de Marruecos, se tuvo la galantería de poner tenedores á disposición de las señoras invitadas, que de esta manera no se vieron en la dura necesidad de trinchar con los dedos. Durante la comida, regaló sus oídos la misma clase de música, ejecutada por cuatro artistas de su sexo, llamadas con ese objeto: una de ellas tocaba con palillos una especie de tambor hecho de un vaso de barro, cuyo orificio estaba cubierto con pieles; otra tocaba un tambor hecho de corteza; la tercera daba palmadas para acompañar su propio canto y el de sus dos compañeras, y la cuarta estaba reservada para el baile.

Música y canto ofrecen el mismo ritmo uniforme y un sonido chillón característico, sea hombre ó

mujer el ejecutante. El baile consiste en un movimiento del cuerpo poco sensible, acompañado de cierto temblor de caderas y contorsiones de vientre que dan al ejercicio un carácter marcadamente lascivo. El talento de la bailarina consiste en localizar el movimiento al rededor de la cintura, de modo que se perciba lo menos posible la conmoción de las otras partes del cuerpo. Para probar su habilidad y destreza se coloca en la cabeza una gran tabla llena de tazas y vasos finos, con la que ejecuta sus balanceos y contorsiones sin dejar caer ninguna de las piezas.

Los maridos, bien sea aguijoneados por los celos ó por observar escrupulosamente las costumbres del país, ponen exquisito cuidado en sustraer sus mujeres á las indiscretas miradas de los extranjeros. Hallábame un día ocupado en buscar una silla de montar, árabe, que deseaba llevar conmigo á Europa. El comerciante á quien me dirigí sólo tenía en la tienda muestras que no me satisfacían, pero me advirtió que tenía en casa una excelente y variada colección que podría examinar á mi gusto. Aceptado el ofrecimiento me dirigí con él á su casa. Cuando me hizo señal de haber llegado bajé de la mula, en tanto que él se dispuso á abrir la puerta, que estaba cerrada con llave. Me disponía á entrar detrás de él cuando cerró bruscamente la puerta, dejándome en la calle aturdido y sin saber qué pensar. Un momento después volvió á abrir, y con mil excusas y cortesías me invitó á entrar. No tardé en recibir la explicación de aquel misterio: se había adelantado á prevenir á la familia mi llegada, á fin de que las mujeres tuvieran tiempo de retirarse

sin ser vistas. En efecto, al atravesar el pequeño patio de la casa, pude observar señales evidentes de que se había efectuado un movimiento precipitado de gente; y mientras examiné el magnífico surtido de sillas árabes, observé que una negra cuidadosamente oculta detrás de una pared, impulsada por la curiosidad femenina, alargaba el cuello para mirarme. Las demás no tuvieron tanta osadía.

Las mujeres de alta alcurnia salen rara vez á la calle. En realidad no se les permite otra salida que la que verifican en las primeras horas del día para dirigirse al cementerio, donde rezan una breve plegaria. La entrada en las mezquitas les está terminantemente prohibida, y la osadía de una mujer que cometiera semejante profanación se castigaría tal vez con más rigor que el que nosotros empleamos para escarmentar á un perro que ose profanar nuestros templos. Fuera de la indicada salida, pueden hacer visitas durante el día, pero con grandes precauciones y en casos realmente excepcionales.

En el exterior ocultan con cuidado sus facciones á las miradas del público, para lo cual se cubren la cara con dos velos: el primero se aplica á la frente como una venda y baja hasta las cejas; el segundo cubre toda la cara y va sujeto atrás de modo que no puede flotar; entre los dos no queda más que el espacio necesario para dejar libre paso á los rayos solares y permitir la visión. Pero no es eso todo: el jaique las cubre á manera de inmenso capuchón de lana de pies á cabeza, y aun tienen cuidado de recoger por delante los extremos de este mantón, con los que protegen en caso necesario la cara. Bajo estos múltiples velos no es posible descubrir

nada ni de sus facciones, ni de sus formas, ni de su traje interior; á lo sumo si se logra descubrir alguna vez, como oculto en el fondo de una caverna, un destello de sus ojos. Por calzado gastan babuchas encarnadas más ó menos adornadas de bordados, según la fortuna.

La mujer del pobre, sea trabajador ó artesano, es una simple criada de su señor y dueño. Ella es la que ejecuta todas las faenas de la casa, y sus necesidades ó sus ocupaciones la llevan con frecuencia fuera de ella. Estas mujeres son las que se ven por las calles, por más que yendo envueltas en la misma mortaja blanca que les da el aire de espectros, no se distingue su categoría. La actitud de estos seres infelices es siempre humilde; de ordinario marchan pegadas á las paredes de las casas como para disimular su paso, se detienen poco, no hablan nunca sino lo indispensable, y realmente parecen estar convencidas de la inferioridad en que las tiene el hombre, siquiera sea por la sola ley del más fuerte.

Á lo menos es perfectamente seguro que su aparente discreción y su humildad no emanan de ningún sentimiento de dignidad ó de pudor. No se descubre en ellas noción alguna de estos nobles sentimientos que tanto enaltecen á la mujer educada en el seno de nuestra civilización cristiana. Ni aun el instinto del amor de la familia se halla en ellas bien desarrollado; son muebles, instrumentos, objetos que el dueño utiliza para sus necesidades y caprichos, ó mejor dicho, bestias que le obedecen por temor de los castigos corporales. No solamente sus maridos, cualquier transeunte tiene autoridad

sobre ellas, las corrige, las empuja y hasta las pega si muestran alguna cosa que reprender en su conducta. ¡Cuántas veces he tenido que reprimir los ímpetus de mi soldado para evitar que pinchase á estas pobres criaturas con la punta del palo! Á pesar de que ellas se daban buena prisa á dejarnos libre el paso.

Cierto día nos encontrábamos en un sitio lleno de gente ocupados en la compra de algunos objetos, cuando dos mujeres vinieron confundidas entre la multitud á colocarse á nuestro lado, impulsadas á lo que parece por un sentimiento natural de curiosidad; á lo menos se pusieron á examinarnos con gran atención y á mirarnos de pies á cabeza; al mismo tiempo cambiaban regocijadamente sus impresiones por nuestra cuenta y despertábamos su hilaridad, á juzgar por los estallidos de risa que se dejaban oir debajo de los capuchones. Como es natural, dirigimos hacia ellas nuestras miradas y pudimos entrever unos ojos brillantes que parecían revelar cierta sonrisa; un velo impenetrable nos ocultaba por completo sus facciones. Pero nuestras miradas, nuestras palabras y toda nuestra actitud no hacen más que provocar su buen humor; hubiéramos querido adivinar lo que ocultaban aquellas mortajas blancas; ellas comprenden nuestros deseos y toman de aquí motivo para dar mayor realce á la broma y excitar más nuestra curiosidad. Todo iba perfectamente; pero había en un rincón de la plaza un árabe displicente que las estaba observando; de pronto se dirige á ellas, las interpela con palabras bruscas y, por lo menos, les intimó la orden de poner fin á sus bromas. En su ademán compren-

dimos lo que significaba aquello; desde luégo cortamos una discusión que hubiera podido ocasionar gran daño á aquellas desgraciadas; y para no cargar sobre nuestra conciencia los palos que un marido celoso pudiera descargar sobre sus desventurados cuerpos, volvimos la espalda á nuestras imprudentes bromistas, que á su vez tuvieron el sabio acuerdo de proseguir su camino.

Hechos de esta naturaleza dicen más para explicar la condición de la mujer en Marruecos, que todos los comentarios y lucubraciones que yo pudiera hacer sobre la legislación que rige sus poco envidiables destinos.

Cumple, sin embargo, á mí propósito hacer algunas observaciones más sobre la condición social de la mujer en Marruecos. Como la pubertad se presenta muy temprano en los climas cálidos, resulta que en este país las jóvenes se casan entre los trece y quince años. Los matrimonios se arreglan mediante convenios ajustados de común acuerdo entre las dos familias, sin participación alguna de los interesados. Con frecuencia ocurre que se da esposo á una niña de ocho á diez años, especialmente cuando está amenazada la vida de los padres y éstos quieren asegurar de esa manera el porvenir de su hija. En tal caso, el joven marido se traslada á la casa de sus suegros, pero sin hacer vida matrimonial hasta tanto que la esposa ha llegado á la edad núbil.

En circunstancias normales, la novia es transportada ó conducida en el día y hora convenidos, al domicilio del esposo que se le ha destinado. Tratándose de familias acomodadas, se verifica

este traslado con cierta pompa y con sujeción á determinados ritos. Colócase la novia en una caja cónica de madera que tiene la cabida necesaria para una persona en la posición favorita de los musulmanes. Colócase la caja con su inquilina, encima de un caballo, con las debidas precauciones. El cortejo, compuesto de amigos y parientes de los esposos, se pone en marcha después del crepúsculo de la noche, alumbrado por linternas, al compás de músicas y disparos de fusilería. Al llegar al domicilio del novio, algunos hombres bajan la caja y la transportan con la novia al cuarto que se la destina en la casa; ella en aquel momento debe manifestar con gritos de alegría la satisfacción que siente al verse en el domicilio conyugal.

El hombre no queda ligado para siempre á la mujer que lleva al tálamo conyugal; el divorcio está admitido y previsto por la ley mahometana, y aunque exige ciertas formalidades para llevarle á efecto, pocas veces se someten á ellas los sectarios del Profeta; muy al contrario; el musulmán repudia á su mujer cuando lo tiene por conveniente. En tal caso, la desventurada no tiene otro recurso que volver al hogar paterno, si es que sus padres quieren ó pueden recibirla. Porque á veces ocurre que no encuentra destino más aceptable que permanecer como criada en la casa donde antes era señora y someterse á vivir bajo las órdenes de la segunda mujer, que no tarda en ocupar su puesto. Si además de eso, el marido posee bienes de fortuna para permitirse el lujo de sostener unas cuantas esclavas favoritas, la ley coránica

le deja en completa libertad de satisfacer en este punto su capricho. Aparte de sus cuatro mujeres legítimas ó *sherifas*, que dicha ley autoriza, se cree que no bajan de 1.500 las esclavas blancas y negras que tiene á su disposición el Sultán de Marruecos. De esto puede colegirse lo que es y representa la sagrada y hermosa institución de la familia en un país regido por semejantes leyes, y dominado por usos y costumbres de esta especie.

CAPÍTULO XIV

Condición de los judíos.—Visita al Mellah ó barrio hebreo.—Una casa de hebreós.—Fiesta en honor nuestro.—Mujeres hebreas.—Marruecos y las naciones extranjeras.—Los judíos bajo el punto de vista político. —Regalos ofrecidos de parte del Sultán á los individuos de la misión.

Restábanos únicamente conocer la población hebrea de Marruecos y su vida íntima para iniciarnos en cuanto es posible en los usos y costumbres de las diferentes razas que pueblan la capital del Imperio. El Sr. Benshimol es quien nos ha proporcionado la ocasión de llenar esta laguna.

Como es notorio, los judíos marroquíes viven en la condición de parias, según he dicho en uno de los capítulos precedentes. Deben residir precisamente en el barrio que les está señalado y lleva el nombre de Mellah. Á las ocho de la noche se cierran y guardan cuidadosamente las puertas de este barrio, y nadie puede salir de él hasta el día siguiente á la hora determinada. Su traje oscuro característico les distingue perfectamente del resto de la población. Cuando se arriesgan á salir á los otros barrios de la ciudad, se ven con harta frecuencia expuestos á los insultos de los transeuntes; cualquier granuja musulmán está autorizado para ultrajar de palabra y aun de hecho á un anciano

judío. Antes debían andar descalzos por las calles; ahora se les permite gastar babuchas, pero con la condición precisa de quitárselas siempre que pasen delante de una mezquita. Á todo trance deben evitar el encontrarse cara á cara con el Sultán. Les está prohibido igualmente montar á caballo y usar armas de fuego; pero pueden ir en mula fuera de las poblaciones. Inútil es advertir que se hallan excluídos de los puestos oficiales y que no pueden ejercer ningún cargo público.

Á pesar de todas estas desventajas, despliegan aquí como en otros países una actividad comercial extraordinaria. Todos los grandes negocios pasan por sus manos; sirven de intermediarios entre los indígenas y los negociantes europeos de la costa, por cuyo medio acaparan la mayor parte de la fortuna del país. Pero tan prudentes en esto como sus compatriotas musulmanes, ocultan con gran disimulo sus riquezas, por temor de despertar la codicia de los funcionarios públicos ó la del mismo Sultán.

Y es que, según hice notar en lugar oportuno, en este desventurado país hay un solo principio que se impone á todas las relaciones sociales: el Sultán es señor y dueño absoluto de vidas y haciendas en todo su Imperio, y en realidad dispone de unas y otras á su antojo. Es el verdadero propietario de la fortuna de su pueblo, y sus vasallos no tienen más que el usufructo temporal de la misma. Cuando así lo exigen sus necesidades ó su capricho le impulsa á ello, puede apropiarse todo lo que tenga por conveniente. De ordinario descarga sus golpes sobre los funcionarios ricos que

cometen la imprudencia de desplegar gran lujo; pero éstos se resarcen en la fortuna de los subalternos, quienes á su vez vengan su desgracia en los particulares. Claro está que, con semejante inseguridad, el estado social ha de ser necesariamente muy precario y las víctímas de esos atropellos son, por regla general, los judíos.

El Sr. Benshimol, israelita inteligente y de una actividad extraordinaria, no deja escapar ocasión de ser útil á sus correligionarios y de contribuir á su regeneración moral. Su calidad de agente de la misión, con el encargo de organizar y dirigir todo cuanto hace relación á sus necesidades materiales y prácticas, el celo y desinterés que ha desplegado siempre en la defensa de los intereses franceses en Marruecos, le han granjeado la amistad de nuestro representante. En esta como en otras muchas ocasiones ha sabido sacar partido del legítimo ascendiente que ejerce sobre el Sr. Ordega, moviéndole á aceptar un convite en casa de uno de los más ricos y distinguidos israelitas del Mellah de Marruecos.

Todo se había dispuesto de manera que la fiesta tuviese cierto carácter de una manifestación oficial. La invitación se hizo para la noche, y comprendía á todos los individuos de la misión con el ministro á la cabeza; impulsados por el atractivo de una distracción nueva, pocos se hicieron rogar. Toda la guardia de la Mahmunia nos dió escolta con el fusil al hombro; el caid el agha y su gente se asociaron á la compañía de soldados blancos; gran número de servidores alumbraban el camino con linternas.

Eran próximamente las nueve cuando llegamos

al barrio hebreo; la puerta, por una circunstancia verdaderamente excepcional, se abrió para dejarnos franca la entrada; inmediatamente nos vimos metidos en el laberinto de calles estrechas y sombrías que forman el Mellah, con no escaso asombro de sus habitantes, que jamás habían presenciado semejante fiesta ni recibido honor tan apreciado. En un momento hicimos reinar el bullicio, el movimiento y la agitación allí donde á tan altas horas de la noche siempre reina la calma, la soledad y la tristeza. Las calles y las entradas de las casas llenáronse como por encanto de curiosos ávidos de contemplar nuestro cortejo y gozar de un espectáculo tan desusado. Hasta los niños habían retardado la hora de entregarse al dulce sueño para guardar en su espíritu el recuerdo de tan memorable velada.

Llegados á la puerta de la casa, descendimos de las cabalgaduras, que entregamos á la servidumbre. El aspecto exterior de la morada, sin ser miserable, es harto modesto y se acomoda perfectamente á las razones que acabo de exponer. En cambio el interior es espacioso, cómodo y respira bienestar, si no opulencia; gran número de bujías la alumbraban *a giorno*. Los parientes y amigos del anfitrión, en respetable número, habían acudido á presenciar nuestra entrada; pero á pesar de su natural curiosidad se mantenían á respetuosa distancia. Como dato curioso debo citar el de una mujer que á nuestra llegada lanzó aquellos gritos de alegría que tantas veces habíamos oído en el transcurso de nuestro viaje, y de que ya habíamos perdido casi el recuerdo.

Nuestro anfitrión era un anciano de elevada estatura y magnífico porte; sus facciones caracterizan perfectamente la raza; su luenga barba, casi completamente blanca, le comunican cierto aire de personaje bíblico; pero el pañuelo de algodón azul, elemento obligado de su traje, produce en su cara detestable efecto. Al lado tenía un hijo, de edad ya madura. Uno y otro mostraron apreciar como un alto honor la visita del ministro de Francia, no sólo por lo que atañe á su persona y familia, sino á toda la familia hebrea; por eso expresaron con verdadera efusión la alegría y la gratitud que despertaba en ellos favor tan señalado.

Habíanse preparado para nuestra recepción varias piezas del piso principal; todas dan á una galería de madera que corre por los cuatro costados del patio central, en la que se hallaba ya instalada una compañía de músicos que anunció nuestra llegada con el ruido de sus voces é instrumentos. El salón destinado para la recepción está amueblado con sillas y divanes que nos permiten escoger la postura que más nos agrade. Sobre una plataforma que se eleva del suelo una cuarta se ha colocado una mesa, y en el costado de ésta, más próximo á la pared, se ven tres sillones.

El anciano anfitrión ocupa el sillón del centro para presidir el refresco, y al mismo tiempo que suplica al Sr. Ordega que tome asiento en el de la derecha, su hijo lo verifica en el de la izquierda; el resto de la mesa queda desocupado como en la escena del festín de Eléazar.

En este momento entran en el salón las señoras de la casa, que sin más preámbulos se precipitan

hacia nosotros, apodéranse de nuestras manos y se las llevan á los labios para estrecharlas contra su boca, sin que pudiéramos hacer otra cosa que aceptar estupefactos esta muestra de cariñosa deferencia; su presencia nos permitió, después de muchos días de abstinencia, contemplar al descubierto caras de mujer; fué una verdadera satisfacción. Vivir durante un mes entero en el trato exclusivo de hombres sin la menor relación con la parte más bella de nuestra raza humana, es una privación mayor de lo que pueden figurarse los que no la han sufrido. Dadas nuestras costumbres y nuestra educación, la sociedad de la mujer es una de nuestras primeras necesidades. Las que entraron á tomar parte en la velada son de una belleza excepcional, aunque no sabíamos qué admirar más en ellas, si la peregrina hermosura ó la elegancia y riqueza de sus trajes. El oro y la seda de sus vestidos daban nuevo realce á su color blanco nacarado, á sus grandes ojos negros, y á su linda cara ovalada, de facciones perfectamente regulares. Pero todo esto no hizo más que aumentar nuestro sentimiento de que la diferencia de idiomas no nos permitiese cambiar con ellas nuestras impresiones, debiendo contentarnos con el placer de admirarlas.

Las señoras tomaron asiento en las sillas, en tanto que nosotros nos arreglamos como mejor pudimos en los divanes. Así suele suceder en la vida: bajo pretexto de recíproca cortesía nos molestamos unos á otros, porque es indudable que aquellas hermosas criaturas habrían lucido mejor sus naturales encantos en su postura habitual que colgadas de asientos que para ellas son á todas luces incó-

modos. Están visiblemente coartadas; dejan colgar sus piernas desnudas, y muestran la preocupación continua de retener en los pies sus lindas babuchas que, á pesar de constantes cuidados, se obstinaban en caer.

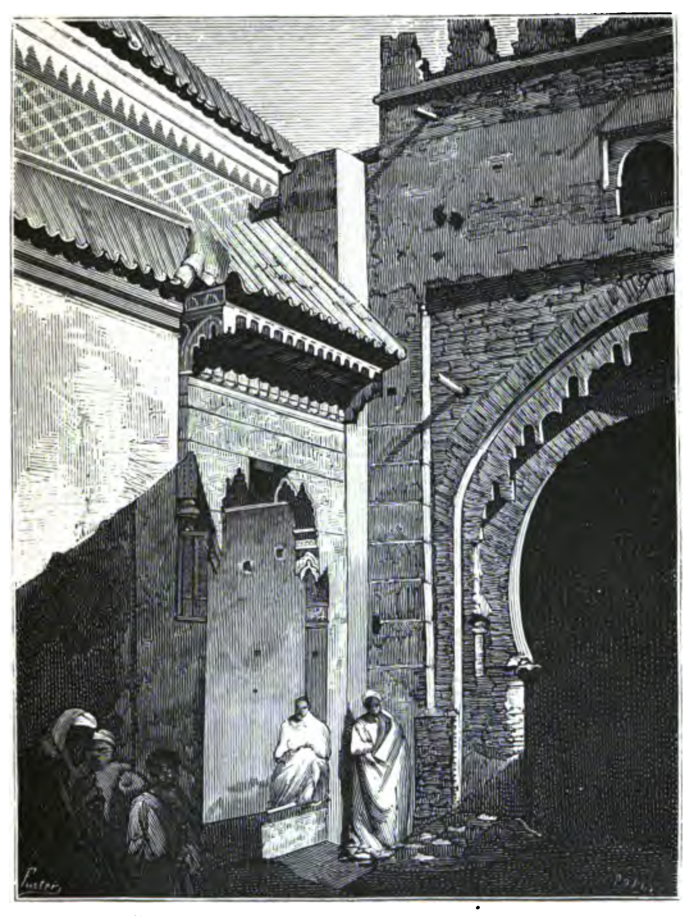
Eran seis jóvenes que parecían la flor y nata de su pueblo. Y sin embargo, no eran escogidas; tres de ellas pertenecían á la familia, y contra toda verosimilitud representaban otras tantas generaciones sucesivas. Su edad aleja la idea de semejante filiación; pero es preciso tener en cuenta que la mujer se casa en este país muy joven, y por consiguiente las generaciones femeninas se suceden con gran rapidez. La más joven de las tres apenas rayaba en los diez años y ya estaba casada. No teníamos el menor motivo para dudar de lo que se nos dijo; pero además llevaba un signo exterior de su estado en el pañuelo de seda atado á la cabeza, con el que las hebreas casadas se sujetan el pelo. Sin embargo, este es un caso excepcional; la niña no había pasado aún á poder de su marido; pero á los doce años, á los trece á lo sumo, estará en disposición de cumplir sus deberes de esposa, y á los catorce puede perfectamente ser madre; quince años de diferencia de edad entre la madre y la hija es lo general en el país. Así exactamente sucedía en este caso: la madre de la niña tenía veinticinco años, y la abuela no había cumplido cuarenta.

Sin duda, absortos en estas consideraciones, todos hicimos poco gasto del té y de los pasteles que se nos presentaron, de los que sólo tomamos lo que exigía la cortesía. Asimismo recibimos con cierta indiferencia la lluvia de agua perfumada de

ámbar que varios criados derramaron sobre las cabezas de los convidados. En cambio aceptamos con tanto placer como sorpresa el vino, por ser de fabricación exclusivamente israelita, en la que han de observarse, como en su conservación y consumo, ciertas formalidades consignadas en sus ritos nacionales. El hebreo no puede beber vino fabricado con uvas cogidas por individuos de otra religión, ó que se haya vertido en una vasija de que haya hecho uso un musulmán ó un cristiano. Únicamente bebidas preparadas en estas condiciones, llamadas en hebreo *kausher* ó purificado, son dignas de figurar en sus mesas. Por lo demás no tenía para nosotros especial atractivo: es un vino blanco, seco y alcoholizado como casi todos los que se producen en países meridionales.

Nuestra numerosa escolta tuvo también su parte en la fiesta. Los jefes se instalaron en una pieza inmediata, y los soldados se acurrucaron en el patio, después de disponer en haces los fusiles. Sirviéronseles manjares en abundancia, de que hicieron buen consumo; así es que con seguridad ninguno se quejará de la guardia extraordinaria que se les impuso, y que se transformó para ellos en alegre y bulliciosa francachela. Detestan á los judíos; pero no se desdeñan de gozar su fortuna cuando llega el caso. Aquí como en todas partes, los buenos bocados ablandan los corazones y suavizan asperezas.

Según dije anteriormente, habíamos acudido á esta fiesta por especial invitación del Sr. Benshimol, que pudo tener para hacerlo sus razones particulares, sin que de nuestra parte se mezclase en



ZAONÏA DE SIDI-BEL-AZIZ Y PUERTA DE CUARTEL
(MARRUECOS).

el asunto otro pensamiento que el de proporcionarnos un solaz nuevo y agradable. Tal vez pudiera dudar alguno de la conveniencia y opotunidad de nuestra asistencia á una solemnidad á la que prestaban cierto carácter oficial la presencia del ministro y las condiciones especiales en que se celebraba. Es indudable que los judíos han debido considerarla como una manifestación hecha en su favor, y por la misma razón los musulmanes habrán podido ver en ese hecho una protesta contra sus hábitos y costumbres, ó si se quiere contra sus preocupaciones. En realidad éramos los huéspedes de estos últimos; habíamos venido á su país como amigos, y ellos á su vez nos recibieron con muestras de distinción y simpatía.

Si hubiéramos tenido que arreglar nuestra conducta á las conveniencias europeas, no cabe duda de que hubiéramos declinado la honra que se nos dispensaba. Pero no estábamos en ese caso; y puesto que nada es tan ocasionado á cometer errores de apreciación como el juzgar un acto cualquiera de una manera abstracta y sin darse cuenta con antelación de las circunstancias especiales del caso y de las condiciones del lugar y tiempo en que se verifica, voy á hacer varias consideraciones que darán la clave para apreciar debidamente nuestra visita.

Para nadie es ya un misterio que el Imperio marroquí está destinado á desaparecer en un plazo no lejano; el menos perspicaz puede observar que el edificio amenaza ruina por todas partes y que el derrumbamiento es inevitable. Tres naciones observan con atención los progresos de su decadencia y

se vigilan mutuamente los pasos. Inglaterra, que tiene especial interés en no permitir que se establezca en la costa africana enfrente de su posesión de Gibraltar una potencia capaz de disputarla la llave del estrecho; España, que no se resignaría fácilmente á ver pasar á poder de otro ricas provincias situadas á sus puertas y que constituyen el objetivo de sus seculares ambiciones; y Francia, por último, en inmediato contacto con Marruecos por su dilatada frontera argelina, debe mirar con particular interés todo lo que atañe á los futuros destinos de este país (1).

---

(1) Si es evidente la exactitud de cuanto afirma el agregado á la misión de Mr. Ordega sobre los propósitos de Francia en Marruecos, su alusión á las *seculares ambiciones de España* no puede pasar sin correctivo. Nuestro país, que ha tenido múltiples ocasiones de ingerirse en los asuntos interiores del Imperio, ha respetado siempre la integridad de su territorio y la dignidad de su gobierno, haciendo al mismo importantes concesiones y tratándole con las deferencias usadas por lo común tan sólo con los poderosos. Bueno será recordar que España hizo una guerra no para sacar partido alguno de sus victorias; que oyó las primeras proposiciones de paz, se satisfizo con una indemnización exigua que redujo luégo, perdonando además los gastos de cobranza y los intereses; y en vez de exigir prendas territoriales por el cumplimiento de lo pactado en cuanto á plazos para el pago de la indemnización de guerra, organizamos é intervinimos las aduanas, prestando un verdadero servicio al Sultán, al enseñarle cómo podía aumentar sus rendimientos. Dentro de nuestro propio territorio, en Melilla, hemos consentido una aduana que proporciona al tesoro marroquí importantes recursos. En 1880 renunciamos á aumentar nuestro influjo por medio de la protección consular, que á nadie como á los españoles podía favorecer, acabando en las Conferencias de Madrid con privilegios y exenciones que dificultaban la desembarazada marcha del poder público. Y como si esto no fuera bastante, teniendo derecho España desde 1860 á la entrega de Santa Cruz de Mar Pequeña, todos los gobiernos han dejado en suspenso con grave daño propio y sin más objeto que evitar al Emperador complicaciones interiores, el art. 8.º del tratado de Wad-Ras.

Política de concesiones, de exquisitos miramientos, de protección y eficaz apoyo ha sido siempre la de España en Marruecos. La han pro-

Esperando que suene la hora de disputarse los despojos del Imperio sherifiano, los representantes de las tres mencionadas potencias en Marruecos rivalizan en habilidad y energía para aumentar su influencia en la corte del Sultán y asentar sobre base sólida su preponderancia. Por lo que al gobierno respecta, la tarea es, si no fácil, perfectamente clara. Todas las habilidades diplomáticas fracasan irremisiblemente si no van apoyadas por el prestigio de la fuerza material; aquí para obtener el triunfo es preciso imponerse; por eso los ingleses han ejercido durante mucho tiempo visible predominio en la corte del Sultán, sobre todo después de nuestros reveses, que ellos han sabido explotar á maravilla en beneficio propio. Pero las operaciones militares de los franceses en Túnez y la pronta

---

clamado entre otros, como gobierno, Carvajal, Cánovas del Castillo y Moret. La fórmula más completa de las aspiraciones nacionales en este punto, se debe á la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas, que en una célebre exposición á las Cortes, ha pedido á los poderes públicos una política que tenga por objeto la regeneración de Marruecos y su unión fraternal con España por los vínculos morales que nacen siempre del magisterio tutelar ejercido desinteresadamente por un pueblo respecto á otro. Díjose entonces que estábamos obligados á defender la integridad del Imperio marroquí y la soberanía plena de su gobierno por todos los medios diplomáticos y militares de que la nación puede disponer, considerando toda amenaza contra aquél Estado como una amenaza contra nuestra propia independencia ó contra nuestro propio suelo; y esta idea obtuvo la adhesión entusiasta de 35 provincias representadas por sus corporaciones más importantes. Hasta aquí llegan las ambiciones de España. Si Francia cometiera el error de intentar traducir en hechos las ideas de Mr. Marcet, tendría á España enfrente dispuesta á impedir que se realice en Marruecos la segunda edición de Túnez; solamente que aleccionada por la experiencia, no aguardaría como Italia á que la obra estuviera consumada, para tomar actitudes de queja, sino que se opondría con todas sus fuerzas á los actos iniciales.

R. T. C.

y enérgica represión de la insurrección de Orán, han producido un cambio completo en la opinión de los marroquíes. Estos sucesos que han ocurrido á las mismas puertas del Imperio, esta reacción inesperada, pero patente, de nuestro poderío, han dado por resultado natural el colocarnos á gran altura en los consejos de la corte sherifiana. No hemos necesitado otra cosa que probar que somos fuertes, para recuperar la autoridad y el prestigio perdidos. Infiérese de aquí que nuestro representante en Marruecos tenía una base sólida para entablar negociaciones, y los resultados que ha obtenido son evidente prueba de que ha sabido sacar el mejor partido posible.

¿Pero es suficiente acaso tener asegurada la simpatía del Sultán y de sus ministros para que se halle sólidamente asentada nuestra preponderancia en el país? Por el momento lo es; por consiguiente, nada más debería exigirse si pudiéramos contar con la estabilidad de las actuales instituciones. Pero acabamos de afirmar lo contrario y es un punto este sobre el que no cabe la menor duda. Síguese pues, que por prudencia debemos preocuparnos del porvenir de este Imperio, y que un ministro sensato debe buscar garantías de influencia y de popularidad en elementos más estables que un gobierno caduco. ¿Y dónde ir á buscar estas garantías? La población musulmana, indiferente, corrompida y embrutecida, no se preocupa de su suerte y no hay más remedio que abandonarla en la rápida pendiente de su decadencia. Todos los esfuerzos para llevarla por distinto camino serían vanos; podrá á lo sumo lograrse su completa sumisión,

pero no se la inspirará nunca sentimientos de simpatía.

Ahora bien, al lado y en medio de esta degenerada raza vive un pueblo activo, rico y emprendedor que, no obstante el estado de abatimiento en que hoy se encuentra, está destinado á ser algún día el alma del progreso y el instrumento vivo de la civilización de Marruecos: mis lectores han adivinado ya que me refiero á los judíos. Forman, como es notorio, una masa de población considerable, difundida por grupos más ó menos importantes, por las principales ciudades y aldeas del Imperio; así en Marruecos se eleva su número á unos 12.000; en Tánger constituyen casi la mitad de la población y lo propio acontece en la mayoría de las ciudades del litoral. Acostumbrados á ver en nosotros los defensores constantes de las ideas de libertad y de tolerancia que tanto les favorecen, vienen naturalmente hacia nosotros, impulsados por el instinto de la conservación y por el agradecimiento. ¿Y no es justo que nosotros fomentemos estas disposiciones? ¿No aconsejan los más rudimentarios principios de política que con esta clase de atenciones, con algunas pruebas de condescendencia nos aseguremos de su simpatía que en un día dado puede sernos tan provechosa? Por consiguiente, aun suponiendo que nuestra visita al Mellah haya podido herir la susceptibilidad de la población musulmana, cosa que no está probada, se halla justificada por lo que han ganado en ello los intereses de nuestra política; y á mi entender, este es el criterio según el cual deben apreciarse los actos de nuestro representante diplomático.

Era esta la última noche que debíamos pasar en Marruecos. Para conformarnos con los usos del país, hubieramos debido prolongar más tiempo nuestra permanencia en dicha capital, ya que la nobleza y la importancia de la persona se mide en este país por la generosidad con que se derrocha el tiempo, ó lo que es lo mismo: la dignidad se mide por la lentitud de los movimientos. Así es que la corte, si bien estaba ya prevenida de nuestra partida, se mostró altamente sorprendida de ver llegado el momento de verificarla. Apenas habían pensado en hacer la elección de los regalos que, según la costumbre, debían ofrecer de parte del Sultán á los individuos de la embajada. Pero al regresar por la noche del Mellah, los encontramos en la Mahmunia, donde nos esperaban los encargados de su distribución.

Por regla general, los individuos de una misión en el extranjero reciben como recompensa de sus trabajos y servicios cruces y bandas del gobierno que les ha dado hospedaje; pero en Marruecos, por una excepción extraña tratándose de un país oriental, no hay condecoraciones, cuya falta se suple con regalos que consisten invariablemente en armas y caballos y que, distribuídos con sujeción á un criterio establecido por la costumbre, permiten á cada uno determinar de antemano lo que le cabrá en suerte. Por lo demás este reparto se verifica sin el menor aparato, y se han dado casos de hacer de los presentes objeto de mercachiflería; por lo cual el prestigio de este género de misiones no perdería nada con la supresión de esta tradicional costumbre.

Réstanos únicamente dar la última mano á los preparativos del viaje de regreso. Los quince días pasados en Marruecos han transcurrido como un sueño. En medio de distracciones continuas, teniendo siempre en actividad y satisfecho el espíritu, ha transcurrido el tiempo con una rapidez inconcebible. Ni un solo momento de fastidio se notó en ese breve período. Lejos de haberse agotado, nuestra curiosidad era tan viva el día de nuestra partida como el de nuestra llegada; de donde parecía inferirse que aun hubiéramos encontrado en Marruecos motivos de satisfacción para muchos días. ¿Pero no es mejor, á expensas de alguna privación, llevar el ánimo lleno de impresiones agradables, que esperar á que se apodere de él la saciedad y el fastidio? Hay pocas probabilidades de que los azares de la vida nos vuelvan á llevar á Marruecos; conservaremos por mucho tiempo de esta población los mejores recuerdos posibles.

Sin embargo, aun no habían terminado los placeres y las sorpresas que debía proporcionarnos este viaje; el regreso, verificado también en caravana, nos reserva todavía alegrías y satisfacciones. En lugar de dirigirnos á Mazagán por el camino que habíamos traído, tomamos el de Mogador, situado más al Oeste. Es verdad que para llegar al puerto de Tánger, el trayecto por mar es algo más largo, pero en cambio visitaremos un país nuevo y el viaje tendrá de esta manera el interés creciente que despierta el anuncio de lo desconocido.

LIBRO QUINTO

DE MARRUECOS Á MOGADOR Y Á TANGER

CAPÍTULO PRIMERO

Partida de Marruecos.—Salida de la ciudad.—Razones en que se funda la ausencia de toda solemnidad en este caso.—Nueva ruta de Mogador trazada por los oficiales de la misión.—Vacilaciones del jefe de la escolta.—Parada á la sombra de los olivares.—Aventura divertida.—Tres franceses y tres damas marroquíes.—Cambio de cortesía.—Conversación agradable interrumpida por un importuno.

Se acerca el momento en que vamos á decir el último adiós á la ciudad de Marruecos, á sus árabes, á sus hebreos, á sus funcionarios y á sus soldados. Acabamos de abandonar nuestra deliciosa morada de la Mahmunia con sus encantadores jardines. Hemos respirado por vez postrera el perfume de sus naranjos, oído el último concierto matinal de sus innumerables avecillas, y por no callar nada, hemos cogido de los árboles una pequeña provisión de sus sabrosos frutos.

La misma escolta que se hizo cargo de nosotros en Mazagán nos va á conducir á Mogador. La manda el mismo caid agha, nuestro excelente co-

ronel negro que ha recuperado sus facciones inteligentes y expresivas. Lleva á sus órdenes de 10 á 12 capitanes montados (mia) con un número respetable de soldados. Así es que el efectivo de nuestra caravana sube á unos 200 hombres y otras tantas bestias.

Salimos de la ciudad por la gran puerta de Bab-Rob, próxima á la alcazaba; y aunque no se hizo ovación ni demostración alguna que señalase nuestra partida, nos pareció más decente la salida por aquel punto que por la poterna de la Mahmunia. La tranquilidad y el silencio que reinan en el acto de nuestra salida contrastan sobremanera con el bullicio y la pompa que se deplegó á nuestra llegada; ni un curioso, ni el menor rastro de representación oficial se observó en todo el trayecto. Mas no se crea que esto significaba un cambio de disposición hacia nosotros: todo lo contrario. En este país se recibe al huésped con muestras de alegría; se celebra con entusiasmo su llegada; pero es de buen gusto, y además costumbre establecida desde antiguo, no hacer ninguna demostración de júbilo en el acto de su partida. En todo el trayecto que vamos á recorrer veremos aplicados con exactitud estos principios de hospitalidad; no veremos gums que salgan á recibirnos en el momento de franquear los límites de una tribu, ni presenciaremos fantasías, ni muestras de agasajo por parte de los caids, ni nada que se parezca á fiesta ó regocijo. Se cuidará con la misma regularidad de asegurar nuestra existencia mediante la presentación de las *munas;* pero á esto se reducirá la intervención oficial durante el regreso.

Ya creo haber indicado con esto que nuestra salida de Marruecos se verificó sin ruido de tambores ni trompetas: los soldados blancos de nuestra guardia de honor son los mismos que franquearon las puertas con nosotros, y á unos cuantos pasos fuera de las murallas vemos que se detienen, forman en línea y presentan las armas en señal de despedida. La mayor parte eran excelentes sujetos, honrados, serviciales y adictos; estrechamos la mano de los dos oficiales que mandaban la compañía é hicimos á los soldados un saludo tan cordial como sincero. Unos y otros se muestran agradecidos de nuestra atención. Á riesgo de quebrantar las severas leyes de la disciplina, hicimos señas á los que habían estado afectos á nuestro servicio particular, para que saliendo de las filas se acercasen á nosotros; no se hicieron rogar porque adivinaron nuestra intención: les dimos el último apretón de manos, que nos sirvió de pretexto para deslizar en la suya la última peseta.

Bajo el punto de vista topográfico, y en términos generales, el camino que vamos á recorrer difiere notablemente del que hemos andado desde Mazagán á Marruecos. Entonces seguimos la dirección casi precisa de Norte á Sur, marchando perpendicularmente á las cadenas de montañas que cortan el país, y cuyas lomas tuvimos que cruzar en progresión creciente, á medida que avanzábamos hacia el Mediodía. Entre las montañas hemos encontrado extensas llanuras, áridas en su mayor parte, tan vastas algunas, que empleamos dos días de camino para recorrerlas. Ahora, por el contrario, vamos á caminar por un valle espacioso de aluvión,

encerrado entre el Atlas y el Chebilat, que riega el Ued-Tensift con sus afluentes; de suerte que nuestro camino corre paralelo á la gran cordillera, sin apartarse apenas de esta dirección.

De Marruecos á Mogador hay un camino perfectamente conocido y muy frecuentado por las caravanas, en el que de trecho en trecho se encuentran, como acontece en otras vías importantes del Imperio, puestos de socorro llamados *N'zlas*, establecidos por el gobierno para la seguridad personal y el aprovisionamiento de los viajeros. Llevando buena escolta, y teniendo asegurados los víveres, estos hospitalarios duares carecían de interés y de utilidad para nosotros. Estas consideraciones, con otras de carácter estratégico sin duda, determinaron á nuestros oficiales á proponer un itinerario distinto, trazado más al Mediodía que el anterior, y que nos llevaría al mismo destino á través de comarcas apenas exploradas y desconocidas casi por completo de los europeos. Proponíanse de esa manera sacar el diseño exacto del nuevo camino, cuya existencia habían deducido con entera seguridad de datos suministrados por los indígenas.

Este proyecto, trazado con todo el arte necesario para seducirnos, fué aprobado por nuestra parte sin discrepancia de pareceres; pero encontró una oposición muy viva en el jefe de la escolta. Y en realidad no le faltaban razones para impugnarle. En primer lugar alegaba que desconocía dicho camino; mas como valiéndose de guías tomados sucesivamente en las distintas tribus podía suplir esa deficiencia, no insistió en la objeción apuntada. Pero en cambio preveía dificultades de mayor

monta á su entender, aunque para nosotros tenían tan poca importancia como la precedente. El servicio de las munas se había regularizado y asegurado ya para el camino ordinario de las caravanas, conforme á las órdenes transmitidas expresamente de Marruecos; muy al contrario, en la nueva ruta era preciso crear, improvisar este servicio; y como tampoco se habían fijado con rigor las etapas ni se habían determinado los puntos en que se establecería el campamento cotidiano, tendría que destacar diariamente algunos hombres á la ventura, á fin de requisicionar acá y allá víveres de manera que no pudiéramos vernos en un conflicto, cualesquiera que fuesen los incidentes de la marcha y los caprichos de nuestro itinerario. Para el joven coronel era esto suficiente motivo de graves preocupaciones, sobre todo tratándose de un país donde con tan extremado vigor se exigen las responsabilidades.

Así pues, desde los primeros pasos tuvimos que luchar contra sus vacilaciones si no contra su mala voluntad. Á pesar de nuestras explícitas instrucciones, los que marchaban delante siguieron la pista ordinaria y fué preciso hacerles volver sobre sus pasos; más de una vez hubo necesidad de rectificar la dirección que se obstinaban en imponer á la caravana; en vez de tomar hacia el Sur el jefe de la escolta, puso tenaz empeño en llevarnos hacia el Norte con objeto de conducirnos por la vía de los *N'zlas*. Pero su obstinación se estrelló contra nuestra voluntad inquebrantable, y por fin se resignó á emprender la marcha por el nuevo camino.

Está, pues, organizada la marcha cuyo orden nos es ya conocido: la bandera encarnada precede á la caravana para mostrar á todos su ruta. Antes de partir recibimos caballerías conforme al gusto de cada uno. En realidad se nos dió cuanto pedimos, con generosidad digna de aplauso; por mi parte renuncié al caballo y acepté una excelente mula, que no me pedía más que libertad para andar y cuya marcha tenía que contener á menudo para no rebasar la cabeza de la columna. Tenía, por tanto, el primer elemento para hacer un viaje cómodo y agradable.

En la primera parte de la jornada se echó de menos la alegría y el bullicio que de ordinario reinaba en la caravana; todos marchábamos con tranquilo ademán, separados los unos de los otros, cual si hubiese precedido un acuerdo sobre este particular; ni los jardines de Sarich-Menarah que dejamos á la derecha, ni las majestuosas cimas que se levantan á la izquierda, nos llaman la atención. Todos parecemos absortos en graves meditaciones y profundos pensamientos.

No se aleja uno sin cierto pesar de los lugares que le han proporcionado distracciones tan agradables y dejado tan vivos recuerdos. En el momento de la partida se dirige la vista hacia atrás, se mide el espacio recorrido y se hacen los últimos esfuerzos para retener en la memoria algo de lo que por instantes se va ocultando á nuestras ávidas miradas. La ciudad con sus edificios bajos y lisos desaparece por completo, destacándose únicamente la soberbia torre de la Kutubia, que domina como con soberano desdén la inmensa llanura. Todavía

la contemplaremos mucho tiempo antes de que quede envuelta por la bruma.

Por causa de lo avanzado de la estación, se había resuelto que emprendiésemos la jornada muy temprano, á fin de recorrer de una sola vez la etapa del día y sustraernos de esta manera á los ardientes rayos del sol de la media tarde. Sin embargo, el primer día no fué posible cumplir esta parte del programa, porque habiéndose retardado la partida, efecto de las dilaciones inevitables que supone una organización nueva, tuvimos que interrumpir la marcha á la mitad de la jornada. Un bosquecillo de olivos nos ofreció, con gran oportunidad, la hospitalidad de su sombra y la alfombra de sus céspedes casi agostados. Sin más instalaciones vivaqueamos allí á la buena de Dios, como pudiera hacerlo una cuadrilla de gitanos en los llanos de Andalucía.

Como era de prever, la continuación de la marcha, después de algunas horas de reposo, nos impuso un verdadero sacrificio. El calor era abrumador y el sol nos lanzaba ya al rostro sus ardientes rayos. Á fin de evitar su acción molestísima y la del polvo que nos cegaba, tuvimos que recurrir al *burnus* árabe, de que todos íbamos provistos, y sepultarnos en los pliegues de su capuchón. Pero, aunque la careta era en extremo fina y transparente, nos producía la asfixia; era preciso optar por uno de los dos martirios.

No obstante, el camino ofrece algún atractivo; el paisaje es siempre interesante y en ocasiones pintoresco; en realidad, no se necesita más para olvidar las fatigas y los sufrimientos. El suelo es en

extremo feraz y muy rico en vegetación. Una extensión considerable está ocupada por cebadas y centenos que presentan inmejorable aspecto; numerosos canales de riego cruzan el camino y dificultan el paso con su rápida y profunda corriente; pero en sus orillas prospera una copiosa vegetación de árboles y arbustos, y á lo largo del camino hay muchos laureles rosa que embalsaman el ambiente.

Al cabo de dos horas de marcha bajo un cielo tropical, llegamos á un sitio llamado Achefait, donde el valle se confunde con las primeras estribaciones del Atlas; estas colinas de aspecto desolado y suelo estéril de tinte rojizo, contrastan con el verdor de las mieses que cubren la llanura. A su pie se encuentran numerosos grupos de *gurbis* y aun de casas hechas de barro y ladrillos, cuyo aspecto revela cierto bienestar en sus habitantes. Contiguo al pueblo hay un espacio llano y cubierto de verde césped que nos brindaba á establecer en él el primer campamento. También abunda allí el agua que corre por varias acequias destinadas al riego de la campiña.

La incertidumbre que existió hasta última hora acerca del fin de la jornada, las vacilaciones y dudas de la mañana respecto del itinerario, no habían dejado á nuestra gente el tiempo necesario para levantar las tiendas. Por lo demás, esta operación se realiza de ordinario con bastante prontitud, bajo la dirección de un caid encargado de desempeñar las funciones de jefe del campamento. Sin embargo, por rápida que sea la operación, siempre da lugar á que se sienta la molestia de permanecer á pie firme expuesto á los ardores

de un sol abrasador cuando se suspira por sombra y se siente la necesidad de reposo. A unos cuantos pasos del campamento había un magnífico bosque de olivos; á él me dirigí con dos de mis compañeros para cobijarnos bajo su benéfica sombra y esperar con menos molestia el momento de instalarnos en las tiendas. Respirábase en aquel delicioso sitio un aire fresco perfumado con las flores de los olivos, y su verde césped nos invitaba á medir el suelo con nuestros cuerpos. Un sinnúmero de pájaros nos aturden con sus píos y gorjeos y producen indescriptible algazara, agitándose algunos al rededor de sus nidos ya preparados con tranquilidad perfecta, como si tuvieran seguridad de que nadie ha de molestarles. La enorme cantidad de pájaros que allí vimos, nos hizo comprender que aquel era un punto de reunión durante las horas más calurosas del día; sólo de ese modo puede explicarse su presencia en cantidad tan asombrosa.

Estábamos allí tranquilos, sin acordarnos del mundo, gozando de los encantadores atractivos que ofrece siempre una soledad de esta naturaleza, perdido hasta el recuerdo de nuestros camaradas, lejos de toda mirada indiscreta ó curiosa, según nuestro entender, cuando de pronto descubrimos á través de los árboles en un verjel próximo, tres mujeres sentadas á la sombra de magníficas higueras. Era evidente que nos habían observado, y que nuestra presencia había despertado su curiosidad. Una de ellas, separándose del grupo, franquea el cercado vivo que cierra el plantío, penetra en el bosque, y no sin cierta vacilación se dirige resueltamente hacia nosotros. Semejante proceder nos

deja sorprendidos por lo extraño y desusado en Marruecos. ¿Qué es lo que pretende de nosotros? El capitán Verigault, que se hallaba en nuestra compañía, agregado hacía mucho tiempo á la oficina central de los asuntos interiores de Argel, conocía con bastante perfección el idioma árabe, y á esta feliz circunstancia debimos el poder comprender lo que nos pedía la extraña visitadora, que en el ínterin se había acercado á nosotros, alentada por nuestras propias indicaciones. Venía según nos dijo, de parte de su señora, á suplicarnos que le ofreciésemos alguna de las naranjas que nos había visto saborear con tanto placer pocos momentos antes. ¡En todos los climas y bajo todas las latitudes, la mujer será siempre fiel hija de Eva y se dejará tentar por la vista de la manzana ó de la naranja! Con la mejor voluntad del mundo concedimos á la osada mensajera lo que solicitaba, ofreciéndole para su señora todo lo que nos restaba de la pequeña provisión que habíamos llevado á aquel sitio. Orgullosa á la vez que satisfecha del éxito de su misión, volvió apresuradamente al lado de sus compañeras, que parecían esperar con ansiedad el resultado de sus gestiones.

Por nuestra parte no pudimos resistir á la tentación de observar más de cerca el efecto que nuestra generosidad producía en ellas; y como para llegar al campamento podíamos pasar por el plantío haciendo un pequeño rodeo, no vacilamos un momento en tomar aquella dirección; en realidad reputábamos este sacrificio pequeño para nuestra curiosidad. Llegamos pues, hasta unos cuantos pasos de las damas curiosas, de las que sin embargo nos sepa-

raba el seto vivo y una pequeña acequia. Desde luégo observamos que se hallaban ocupadas en coger habas frescas, que por un momento tuvimos la presunción de creer que estaban destinadas para nosotros. Tenían la cara descubierta según la costumbre de las mujeres del campo, las tres eran jóvenes, de carácter jovial y su color era el de nuestras graciosas morenas andaluzas. Llevaban vestidos de lana blanca muy limpios y puestos con gracia y coquetería. Veíase que vivían en situación cómoda y desahogada. El cercado estaba plantado de numerosos árboles y ricos lechos de legumbres; no lejos de ellas pacían una hierba sana y abundante dos vacas de robusta apariencia.

Nuestra presencia, lejos de espantar al grupo de mujeres, parece provocar su risa y animar su charla; sin embargo su actitud es simpática y respetuosa; y por sus miradas expresivas comprendimos que trataban de mostrarnos su agradecimiento. Aprovechándose de tan excelentes disposiciones, el capitán Varigault las hizo entender que veníamos á pedirles un favor: que la vista de sus magníficas vacas había despertado en nosotros el deseo de beber leche. No bien llegó á su noticia nuestro deseo, la principal de las tres mujeres, señora de las otras dos, se levanta apresuradamente, coge con un movimiento rápido á su hijuelo que yacía por tierra, colócale sobre la espalda, y con el manto que le caía por detrás forma un apoyo á la vez que un abrigo á la tierna criatura. Como si no sintiera el peso de su preciosa carga, corre por un escarpado sendero al aduar; según la explicación que nos dan sus compañeras, va á buscar un vaso

para la leche que pronto tendrían el placer de presentarnos.

Cinco minutos á lo sumo duraría su ausencia, y sin embargo no había vacilado en llevar consigo á su hijo, prefiriendo soportar la carga y entorpecimiento consiguientes á dejarle un instante al cuidado de manos extrañas. Está probado que cuanto más se aproxima la mujer al estado natural, más entrañable cariño profesa á sus hijos; y la mujer árabe posee en sumo grado este sentimiento. No se separa jamás de su hijo, llévale casi siempre encima, como si no quisiera privarle un instante del calor materno y, lo mismo en sus viajes que durante sus ocupaciones, le forma con sus vestidos, siquiera sean tan sólo harapos, una especie de cuna que le sostiene, al abrigo del calor de su propio cuerpo, no de otro modo que la gallina cobija á sus polluelos y á la manera que esos extraños animales de Australia que transportan y protegen en su bolsa marsupial á los pequeñuelos mucho después del nacimiento.

En menos tiempo del que yo necesité para hacer estas sencillas reflexiones, nos presentaron un gran vaso de leche que la joven marroquí había ordeñado á nuestra vista y que ella misma vino á presentarnos al borde de su cercado. Yo fuí el encargado de traspasar la acequia para recibir de sus manos el vaso; pero sea por distracción ó por no haber medido bien la distancia, resbalé derramando por el suelo una porción del líquido seductor. Una gran carcajada provocada por tan inesperado accidente, atrajo á nuestro lado á las dos mujeres que habían permanecido á distancia.

Siguióse un cambio de bromas, chascarrillos y chistosos quid pro quos, motivados por la dificultad que teníamos para comprendernos mutuamente. No provenía ésta de falta de voluntad de una y otra parte; muy al contrario, todos hacíamos lo humanamente posible para transmitirnos nuestras ideas. Como quiera que sea, el hecho es que la conversación nos produjo distracción agradable y, que todos, como por unánime acuerdo, buscábamos medio de prolongarla. Pero en el momento menos esperado, cayó sobre nosotros una ducha de agua que nos dejó helados: por el extremo del seto vimos desembocar dos árabes de fiero aspecto que venían hacia nosotros. Nos habían expiado y sorprendido. Por lo que respecta á nuestras personas no sentíamos la menor inquietud, protegidos como estábamos por la proximidad del campamento; ¡pero no así tocante á las pobres mujeres! Respecto de ellas tuvimos sobrados motivos para temer algún castigo, sabedores del papel que en casos semejantes desempeña el palo en este desventurado pueblo.

En pocos instantes resolvimos el partido que debíamos tomar y operamos en nuestra actitud un cambio rápido y completo. Con calculada indiferencia, arrojamos á la joven una moneda por precio de la leche que nos había ofrecido, y acto continuo, con aire indiferente y tranquilo, proseguimos nuestro camino ante las mismas narices de nuestros turbafiestas, cuya sospechosa y torva mirada no tenía nada de tranquilizadora.

CAPÍTULO II

Disposición habitual del campamento.—Distribución y empleo del tiempo.—Cultivos y terrenos desiertos.—Oasis y pueblo de Fruga.—Ausencia del naranjo en las campiñas, y causas de su proscripción casi general en Marruecos.—Dominio fortificado del caid de Mechat; su utilidad y su importancia.

En todo país cálido el agua es el elemento más raro, á la vez que más indispensable. Es preciso acapararle allí donde se presenta; el objeto que con más asiduidad se busca, el constante objetivo que regula y fija la duración de las marchas cotidianas. La presencia del precioso líquido es lo que determina el emplazamiento de nuestro campo; y es, además, condición indispensable que se halle en cantidad suficiente para cubrir las atenciones de una caravana tan respetable como la nuestra.

Una vez seguros de la posesión de este elemento, se escoge un terreno lo más llano posible para erigir en él las tiendas. Éstas se disponen de modo que formen un círculo de 100 ó más metros de diámetro, según el número; las destinadas á los individuos de la misión eran una docena próximamente y sólo ocupaban una parte de la circunferencia: son tiendas de forma cónica, elegantes, espaciosas y provistas de todo lo necesario: lecho, mesa, ropa de cama, sillas y objetos de tocador.

Sobrecargadas de arabescos de vivos colores, y coronadas de esferas de cobre que reflejan los rayos del sol, dan al campamento un sello oriental bien marcado. Hay una de forma oblonga, destinada á comedor. Á la hora de la comida se llevan á ella las mesitas de cada tienda y se colocan unidas de modo que constituyan una sola de la longitud necesaria, al rededor de la cual teníamos el placer de reunirnos diariamente y cambiar nuestras impresiones. La parte del círculo opuesta á la que ocupaban nuestras tiendas, se cerraba con las que servían de albergue al jefe de la escolta y su gente. Inútil es advertir que son más pequeñas y menos confortables que las nuestras.

Como es natural, el centro del círculo queda libre; es el sitio más adecuado y seguro para nuestros paseos y distracciones de la tarde. En el espacio exterior contiguo á las tiendas de la escolta se colocan las bestias; se les sujeta por las patas delanteras á unas cuerdas fijas casi al nivel del suelo y se disponen de manera que formen entre sí un vasto cuadro con las cabezas vueltas hacia el centro del mismo. Su único alimento consiste en cebada, que se nos llevaba todos los días en abundancia, por más que, según averiguamos luégo, no se les distribuía con la misma generosidad.

El comandante de Breuilhe, á quien veinte años de residencia en África han dado á conocer el valor del caballo y los cuidados que reclama, quien además profesa verdadero cariño á su excelente corcel, no deja pasar una tarde sin ir á cerciorarse por sí mismo de que se le ha dado la ración de grano conveniente. La precaución no es en ma-

nera alguna inútil. En varias ocasiones habíamos creído observar, por la marcha vacilante y pesada de nuestras cabalgaduras, que estaban faltas de alimentación, y que tal vez habían emprendido la marcha en ayunas. Parecía evidente que se escamoteaba la cebada é iba á parar á manos de mercachifles, que se veían constantemente apostados en las cercanías del campamento para apropiarse á buena cuenta los restos, generalmente cuantiosos, de la muna. Dióse parte al jefe de la escolta de nuestras sospechas; y á seguida tomó tan acertadas disposiciones, que el árabe encargado de la distribución del grano fué sorprendido en flagrante delito de sustracción. Lastimeros ayes y aullidos que oímos por la noche en el campamento nos advirtieron que el culpable se hallaba sometido al palo, en justo castigo de su delito.

Por lo que hace á los conductores, se acuestan en confuso desorden, y duermen profundamente bajo el estrellado cielo, al rededor de los animales, al abrigo exterior de las tiendas de la escolta, ó en alguna pendiente del terreno inmediato.

Aun debo mencionar dos tiendas de pequeñas dimensiones, pero de capital importancia, que se levantan detrás del comedor; una para el servicio de la cocina y otra para el personal afecto á la misma; y para no omitir ningún detalle relativo al campamento, diré que en un lugar apartado, opuesto á la dirección del viento, se establece un pequeño albergue donde cada uno satisface sus necesidades naturales sin exponerse á las miradas de curiosos impertinentes. Tal era la disposición ordinaria de nuestro campamento.

Por punto general al llegar al término de la jornada ya se halla instalado y dispuesto para recibirnos en su recinto; y como cada uno de nosotros ocupa siempre la misma tienda, y ésta se halla en disposición análoga, desde luégo nos dirigimos con paso cierto á nuestro alojamiento. La bandera tricolor que ondea delante del pabellón del ministro nos señala el punto de parada, donde ya nos esperan los criados que se encargan del cuidado de nuestras monturas en cuanto echamos pie á tierra; las cuidan hasta la mañana siguiente, y nos las presentan aparejadas en el momento de la partida. De esta manera podemos disponer del tiempo á nuestro antojo, sin tener que ocuparnos de otra cosa que de nuestras personas.

Cuando recorríamos la etapa señalada de una sola vez, sin hacer más parada que la breve detención de algunos minutos que nos permitíamos en cada hora para desentumecer las piernas, llegábamos generalmente al campamento entre once y doce del día. Entonces nos dirigíamos desde luégo al comedor, donde nos esperaba el almuerzo, que de ordinario tomábamos con excelente apetito. Terminado éste consagramos á la siesta los momentos más cálidos del día; y cuando éstos han pasado matamos el tiempo, hasta la hora de la comida, ya con alguna ocupación personal, con visitas de una tienda á otra, con paseos y con excursiones á la campiña ó á las aldeas inmediatas, que verificábamos generalmente por grupos. Los andarines más vigorosos no temen aventurarse á buscar, con el fusil á la espalda, caza que las más de las veces no encuentran. Nuestro amigo Gaspary es el que

muestra más predilección por este género de ejercicio: alto, robusto, aclimatado por una larga residencia al suelo africano, habituado además al sol de todas las latitudes, es inaccesible al cansancio, y su intrepidez no reconoce límites.

Si por el contrario nos hemos visto obligados á interrumpir la jornada por ser larga y arreciar el calor, lo que ocurre con frecuencia, no llegamos antes de las cuatro al punto de etapa extenuados, literalmente cocidos; en tal caso precisa estar dotado de una energía excepcional para no consagrar al descanso todo el tiempo que resta hasta el momento en que la trompeta nos llama á la mesa.

Este es el mejor rato del día. Nadie deja de acudir con matemática exactitud á la cita; todos se presentan joviales; el aire es ya fresco en aquella hora en que el sol ha llegado al ocaso; dos tiros de fusil saludan la bandera en el momento de ser arriada. Instalados con comodidad, perfectamente servidos y bien descansados de las fatigas del día, cada uno trata de distraer á la reunión, poniendo á contribución los recursos de su ingenio. Se charla, se canta, se recitan versos, se perora, se discute, siempre con jovialidad, siempre con agrado y no pocas veces con verdadero ingenio. De esta manera pasan como el relámpago las primeras horas de la noche, y sólo escuchando los dictados de la razón más bien que los del deseo, nos resolvemos á poner término á tan agradables veladas.

Y es que, por la mañana, apenas se manifiestan los primeros albores del día, se pone en conmoción todo el campamento. Los caballos relinchan de gozo al ver el pienso matutino que les anuncia la parti-

da, y el ruido de la cocina llega á nuestros oídos como precursor de la marcha. El jefe Davin mete prisa á sus dependientes y los reprende empleando todos los juramentos de su repertorio, que es copioso y bien surtido. Jurar es para él una necesidad contraída en el ejercicio de su profesión, que parece imponérsele con más fuerza en los primeros momentos de la mañana. Todos los días tengo que oir desde la cama su invariable y larga letanía pronunciada en las diferentes lenguas que posee: francés, español y árabe le suministran su respectivo contingente. Es un ruido que ensordece. Mientras que él jura y truena, aumenta el ruido de los utensilios culinarios. Por lo general juzgamos inútil esperar el toque de diana; ya conocemos por la costumbre la hora y todos nos damos igual prisa para estar listos y reunirnos en el comedor á tomar el café. Equipados cada uno según sus aficiones y gustos para el viaje, presenciamos el levantamiento de las tiendas y la carga de las últimas mulas, al mismo tiempo que reanudamos la charla interrumpida la víspera; el cuerpo está bien descansado y despejada la mente; el aire de la mañana nos vivifica. Se pasa un cuarto de hora delicioso antes de emprender la jornada.

Al salir de Achefait para comenzar la segunda etapa, atraviesa el camino un país fértil y rico, en el que abunda el agua y prosperan magníficos trigos, centenos y cebadas. Por doquier se ven señales del bienestar y de la abundancia. En lugar de las viejas tiendas y míseros *gurbis*, vense en los aduares verdaderas casas ocultas casi por completo entre el follaje de árboles corpulentos. La

población es muy densa en esta comarca, así se ven pulular numerosos grupos de niños en los pueblos y sus alrededores, y por los campos marchan en todas direcciones gran número de aldeanos á sus faenas con el azadón á la espalda. Fuera de los trajes tenemos aquí un lindo paisaje á la europea, cuya contemplación produce indecible encanto.

Pero casi de repente, á medida que nos acercamos á las montañas del Mediodía, se transforma la perspectiva. Desaparecen los árboles y los cultivos, hasta los laureles rosa y ricinos quedan reducidos á la más mínima expresión; volvemos á las llanuras áridas y desnudas, con sus tristes arbustos de azufaifas por toda vegetación. Sin embargo, esta vez no nos vemos abrumados por un horizonte inmenso y uniforme, á lo lejos descubrimos plantíos de árboles que indican la presencia de habitantes agrupados á su alrededor, con la existencia de cultivos y de agua potable.

La mayor parte de estos oasis no dan albergue más que á una familia; pero hay uno más considerable, en que la vegetación adquiere mayor desarrollo bajo el influjo de un gran torrente que corre por uno de sus costados, y en cuyo centro se halla situado el pueblo importante de Fruga. Ocupa éste todo el ancho del oasis, equivalente á unos veinte minutos de marcha. Compónese el pueblo de un número respetable de casas, reunidas al redor de una mezquita y de una plaza que sirve de mercado, con varias viviendas aisladas que se levantan en medio de jardines cercados unos por paredes, otros por cactus y chumberas y también

por simples arbustos. Por lo demás, la arquitectura de estas construcciones es de lo más primitivo; cuatro paredes de barro unidas en ángulo recto, la techumbre formada de ramaje cubierta igualmente de una capa de barro, de suerte que el todo constituye un cubo regular con una sola abertura practicada en una de las caras: tal es el recinto en que se cobija una familia. Los materiales de construcción se hallan al alcance de todo el mundo y no es menester gran esfuerzo para recogerlos. En el sitio mismo donde se quiere levantar el edificio, se cava el suelo, y la tierra que se retira sirve para construir las paredes; la operación, como se ve, no puede ser más sencilla. Al lado de cada casa se conserva religiosamente el hoyo que acredita su origen. Así como á nadie se le ocurre que sería más conveniente edificar la vivienda á cierta distancia del hoyo, así tampoco le pasa á nadie por las mientes la idea de que convendría taparle.

La tierra de los jardines parece poseer una fertilidad excepcional; dos pollinos que arrastran un pequeño arado de madera, bastan para verificar en cada uno todas las operaciones del cultivo. A falta de pollinos se emplean mujeres para tirar del arado, según hemos tenido ocasión de observar más de una vez con nuestros propios ojos. Como se ve, aquí no existen cultivos en grande escala; redúcense éstos á pequeños cercados bien cuidados, muy lindos y grandemente productivos. Hermosos árboles frutales prosperan en medio de los cereales sin perjudicar su crecimiento; entre aquéllos predominan los olivos; luégo siguen en el orden de su importancia la higuera, el almendro, el albaricoquero

y el granado. Prospera también el higo de Berbería y se ve asimismo en abundancia la uva en emparrados sostenidos por cañizos; hecho que nos sorprendió sobremanera, sabiendo que el Corán prohibe absolutamente á los musulmanes la producción y el uso del vino. Pero los cultivadores aseguran que destinan la uva á la preparación de pasas, que como es notorio, se emplean mucho en la condimentación de sus manjares.

En estos verjeles, en medio de tanta variedad de árboles frutales que sirven de adorno á la vez que constituyen una verdadera riqueza, se echa de menos la presencia del naranjo; hecho tanto más extraño cuanto que no se limita al oasis de Fruga, sino que es casi general en Marruecos; por lo menos lo observamos constantemente en la parte que recorrió la misión francesa fuera de la capital y sus contornos.

El naranjo no se cultiva sino en las posesiones imperiales y en las cercanías de las ciudades; en nuestro viaje de Mazagán á Marruecos, no encontramos uno sólo de estos árboles y lo mismo nos ocurrió en el de dicha capital á Mogador. Y sin embargo, su delicioso fruto parece destinado expresamente para apagar la sed en estos abrasadores y áridos climas. ¿Acaso no sabrán apreciar sus frutos los naturales del país? Bien claro lo han dicho las jóvenes de Achefait. Por otra parte el clima es altamente favorable á su desarrollo, y el suelo reune todas las condiciones para su cultivo. Hay muchos sitios donde abunda el agua indispensable para su desenvolvimiento, muy particularmente en todo el valle del Ued-Tansift.

La causa de esta proscripción es muy distinta. Sábese que la naranja no es fruta que puede conservarse fácilmente y por mucho tiempo; es imprescindible su consumo en los días que siguen inmediatamente á su madurez. De esta circunstancia y de la extremada dificultad de las comunicaciones, resulta que sólo puede obtenerse algún rendimiento de este producto en las cercanías de importantes centros de consumo.

Pero de que sea imposible, económicamente hablando, el cultivo de este producto en grande escala, no se sigue que deba proscribirse en absoluto. ¿Á qué se debe, pues, la ausencia del árbol expresado en los magníficos verjeles que acabamos de mencionar? Esto es lo que no hemos podido comprender. Es evidente que los árabes son aficionados á las frutas; así al rededor y en medio de sus aduares nunca falta un número respetable de almendros, higueras y albaricoqueros. ¿En qué se funda esta preferencia casi exclusiva? Muy sencillo; los productos que suministran, sean secos ó carnosos, pero susceptibles en este caso de ser desecados, pueden servir por largo tiempo para las necesidades de la alimentación; constituyen por tanto un recurso duradero, una riqueza preciosa á la que pueden acudir durante muchos días; en tanto que la naranja, desprovista casi completamente de elementos nutritivos, sólo es buscada por el valor de su jugosa pulpa, ya que no podría suministrarles más que un alimento engañoso y pasajero. Pues bien, por tan pequeña utilidad, por un placer momentáneo, no gasta el árabe sus fuerzas ni pone á contribución sus cuidados. Para él la naranja es

un producto inútil y superfluo, un objeto de lujo, y no se le alcanza la conveniencia de hacer un sacrificio por pequeño que sea, para proporcionarse á sí y procurar á su familia el placer de saborearle. Siempre la misma apatía y el miserable abandono de esta raza.

Así como para penetrar en Fruga tuvimos que pasar bruscamente de la aridez casi completa á una fertilidad asombrosa, así al salir de los sombríos verjeles de dicho pueblo, volvimos á pisar de repente un suelo arenoso y de guijarros; ni un hierbajo crece fuera del límite del oasis; la aridez más completa reina en torno nuestro. Sin embargo, se nos dijo que esto sólo sucedía en años de excepcional sequía como el presente. En efecto, tuvimos ocasión de observar que en muchos puntos se perdía la cosecha por falta de agua. Pero cuando no escasean las lluvias, toda esta llanura se cubre de una hierba abundante que alimenta numerosos rebaños. Nosotros no encontramos rastro ni de la primera ni de los últimos hasta llegar á las inmediaciones del campamento: allí volvimos á ver campos sembrados de cereales.

La morada del caid de Mechat, al pie de la cual se estableció nuestro campamento, tiene el aspecto de una verdadera fortaleza ó á lo menos de un caserío bien fortificado. Rodéala triple muralla, de las cuales la exterior, que tiene cinco metros de altura, está almenada y flanqueada por torreones cuadrados. Dentro de su recinto se levantan muchas construcciones elegantes y hasta lujosas, con paredes blancas y bien construídas, de varios pisos y sótanos; albérganse en ellas de 200 á 300 indivi-

duos, parientes ó servidores del caid. Al salir de Fruga descubrimos en la cima de una colina un recinto amurallado, en cuyo centro se levanta una torre de considerable altura; es un fortín destinado á proteger á los habitantes de la comarca contra incursiones enemigas; si se ven atacados por alguna tribu adversa se retiran allí para defenderse. El mismo objeto tienen las fortificaciones del caid de Mechat, con las que no puede compararse el fortín mencionado.

Estos medios de defensa, que por primera vez encontramos aquí en nuestro viaje, tienen su razón de ser en la posición misma de las comarcas que ahora vamos recorriendo. Á considerable distancia del gobierno central que de ordinario reside en Fez, no pudiendo esperar de él auxilios ni socorros, los jefes de las tribus procuran asegurar su propia defensa. Pero á veces sucede que de esta situación ventajosa sacan una fuerza y un prestigio, de los que se valen para desconocer y atacar la autoridad del Sultán. De aquí proceden, en la mayoría de los casos, esas rebeliones que con tanta frecuencia surgen en todas las comarcas alejadas del centro del Imperio, esa constante oposición al pago de los impuestos que obliga al gobierno á emprender largas y costosas expediciones y ocasiona la ruina lenta pero segura del país.

Como es notorio, el Sultán ha fijado actualmente su residencia en la ciudad de Marruecos, con el exclusivo objeto de hacer los preparativos para una expedición semejante. Las tribus rebeldes contra las cuales va á combatir son las del Sus, provincia situada no lejos del sitio en que nos en-

contramos, del otro lado del Atlas. Y cuando haya terminado la sumisión de estos sediciosos, tendrá que empezar los preparativos para realizar una empresa análoga en otro punto de sus dominios.

CAPÍTULO III

Continúa el país de la sed.—Valle verde y manantiales de Raz-el-A'in.—Un baño en el torrente.—Gran error de apreciación tocante á las distancias.—Cisterna en el desierto.—Cría de gacela en la campiña.—Método empleado para levantar el plano del camino.—Marchas forzadas.

Á muy corta distancia del campamento de Mechat, desaparecen por completo los exiguos cultivos que rodean la magnífica alcazaba del caid, para dar lugar á la aridez, la monotonía y la soledad abrumadora de una llanura sin fin que recorrimos en la tercera etapa de nuestro viaje de regreso: es la continuación del país de la sed. Azufaifos silvestres y algunos sedums, es todo lo que produce este suelo ingrato, formado de guijarros aglomerados, aunque bastante disgregados en la superficie para molestar á los animales.

En tan vasta soledad no se ven más que algunas tiendas, y á largos trechos se descubren pequeños rebaños de cabras y ovejas que buscan entre la maleza un pasto quimérico. Los cabritos y los tiernos corderillos que en esta época alegran los campos, aquí producen tanto placer como lástima; á nuestro paso parece que se lamentan con sus balidos de su triste suerte.

En nuestro camino sólo encontramos un pobre

camellero que marchaba como dormido al lado de su bestia, abrumada bajo el peso de enorme carga; detrás de la bestia un camellito de pocos días, de encantador aspecto, pero que parece seguir á su madre con aire de resignación melancólica. Su cuerpecito colocado sobre cuatro largas y delgadas patas, le dan el aspecto de un huevo de avestruz puesto sobre cuatro palos. Atrajo las miradas de todos, le llamamos, pero él permaneció insensible á nuestras cariñosas excitaciones, y sin variar su marcha pasó indiferente á la atención de que era objeto.

Al cabo de cuatro horas de marcha por esta soledad percibimos un verde y fresco valle, sitúado entre dos series de colinas, por cuyo fondo corre un torrente de agua cristalina. En él punto por donde penetramos en él, conocido por el nombre de Raz-el-A'in-Shisana, tiene bastante amplitud y á los dos costados se extienden en ligera pendiente jardines bien cultivados, en los que abundan los árboles frutales. Pero á corta distancia, siguiendo la corriente del riachuelo, estréchase el valle y en las escarpadas orillas de aquél se asientan varios pueblecitos, cuyas viviendas apenas se distinguen de la roca que las sostiene. En el transcurso de nuestra triste jornada no hubiéramos podido soñar siquiera que existía en las cercanías un sitio tan delicioso para asentar el campamento de la caravana.

Á media tarde, después de la siesta de rigor, descendimos á la orilla del torrente, sombreado por olivares y en cuyas aguas se reflejan los tamarindos y laureles en flor. Las frescas y transparentes aguas, su límpido lecho de arena y gui-

jarro, nos seducen y nos invitan á remojar el cuerpo. Uno más audaz ó más prudente que los demás rompe la marcha, y sin más vacilaciones todos los compañeros seguimos su ejemplo. Jamás se ha tomado baño más agradable ni más oportuno. Á los pocos momentos de estar en el agua empezamos á sentir sus benéficos efectos, lo que nos animó á permanecer más tiempo bajo el choque de la corriente viva, con no poco placer y asombro de algunos granujas que acudieron de los pueblos inmediatos á presenciar un espectáculo desusado para ellos.

Este caudaloso torrente ofrece particularidades dignas de atención. Nace de un modo brusco en medio de las rocas, donde brotan, sin saber cómo, manantiales copiosísimos, de suerte que en Raz-el-A'in, distante sólo unos cuantos centenares de metros, arrastra un caudal de agua considerable. Á pocos pasos del manantial forma un pequeño lago encantador, en cuyas orillas prospera una vegetación lujuriosa, que no se interrumpe en todo el valle. Pero muy al contrario, al llegar cerca de la montaña desaparece todo vestigio de vegetación, quedando al desnudo la pelada roca.

Al día siguiente salimos del valle por el punto mismo donde brotan los expresados manantiales, á fin de ganar las alturas opuestas y proseguir nuestro camino; para lograr lo primero nos vimos precisados á efectuar una especie de escalo y á trepar en ocasiones como cabras. Marchando luégo por una meseta bastante espaciosa y desnuda de vegetación, operamos un penoso descenso á través de profundas gargantas y caóticas encrucijadas. Desde

aquellas alturas descubrimos enfrente una cadena de regular elevación, que cierra por allí el horizonte: es una de las estribaciones del Atlas, que sin duda deja á la izquierda la ruta más septentrional de los N'zlas.

Como quiera que sea, en las pendientes que tenemos delante nos señalan los guías el punto en que se levantará nuestro campamento. Al parecer sólo tenemos que atravesar un pequeño valle para llegar al término de la jornada. ¿Qué podremos tardar en recorrer esta distancia? nos preguntamos. Tres cuartos de hora ó una hora á lo sumo. Algunos opinan que no atravesaremos el vallecito en menos de dos horas; pero esto nos parece una exageración.

¡Ea, pues, ánimo! De todos modos llevamos la firme convicción de llegar á buena hora, y de que no nos veremos expuestos á los rigores del calor, que en ciertos momentos era insoportable. Metemos espuelas á los animales, sin otro pensamiento que el de ponernos pronto á cubierto de los rayos del sol. ¡Vana ilusión! Á medida que andamos, el pretendido vallecito toma las proporciones de una inmensa llanura. Después de dos horas de marcha, el lugar designado para campamento se destacaba en lontananza con la misma vaguedad que antes, y las colinas que dejamos á la espalda se hallan aún más próximas á nosotros que las que se levantan de frente. Los países cálidos tienen el privilegio de producir estas ilusiones de óptica, tan enojosas como increíbles. Y luégo, desde los manantiales de Raz-el-A'in, lo mismo á través de las colinas que en el llano reina la aridez y la desolación, y no

se ve otra cosa que piedras y rocas; ni un sér humano, mejor dicho, ni un sér viviente rompe tan abrumadora monotonía. En medio de aquella desolación descubrimos los muros de una cisterna. Penetramos bajo su bóveda; pero en el fondo sólo encontramos exiguos restos de un agua sucia y cenagosa; al rededor ni un hierbajo ni la más pequeña sombra. En cambio el viento es sofocante y el siroco nos azota con sus abrasadoras bocanadas; la sed entretanto nos devora, y la prudencia nos aconseja abstención completa de agua; unas gotas de café, té ó coñac es todo lo que podemos permitirnos, y ninguno osa quebrantar esta prescripción higiénica. No era posible intentar siquiera detenernos en aquel sitio; aun al abrigo de la tienda nos amenazaba una insolación; así, pues, á pesar del cansancio, y no obstante el sol abrasador, fué preciso continuar la marcha.

Á costa de verdaderos sufrimientos anduvimos todavía tres horas largas. Una vez transpuestas las primeras colinas de la sierra encontramos un manantial bastante copioso, en cuyos alrededores crecían algunos olivos puestos allí como por milagro en medio de las rocas. Al lado se ven varios gurbis de miserable apariencia que forman la aldea de A'in-Tiazart. Nos hallábamos literalmente extenuados; no sentíamos hambre, pero teníamos que hacer heroicos esfuerzos para resistir á la tentación de beber. Seca la boca empezábamos á sentir dolores en la garganta y pequeños desarreglos intestinales. En realidad estos síntomas no ofrecían aún gravedad alguna; pero bastarían unas cuantas jornadas como esta para hacerles tomar carácter

alarmante. Estábamos á mediados de Abril solamente; pero marchábamos bajo el paralelo 31°, y dicha época del año es ya demasiado avanzada para viajar sin peligro por estas latitudes.

Nuestra colección zoológica, que hasta el presente se componía tan sólo de Blanca, regalo de Sidi-ben-Nur, tuvo en este lugar una adición importante: una gacela de tierna edad cogida en los alrededores, con que los habitantes obsequiaron al ministro. Sabido es que la gacela habita en el desierto y pocas comarcas presentarán más al vivo los caracteres del Sahara que la que acabamos de recorrer. Ningún otro animal se ofreció allí á nuestras miradas, ni descubrimos rastro de la presencia de ciertos cuadrúpedos, que como los gamos, ciervos, etc., buscan de preferencia lugares solitarios y áridos.

Desde luégo se discurrió la manera de poner al lindo animal en condiciones viables; se le presentó una cabra y se puso á mamar con avidez. El problema quedó, pues, resuelto para el resto del viaje con la adquisición de la nueva nodriza. El transporte de la gacela se hizo en un cajón de madera colocado sobre una mula; la cara superior se cubrió con una manta de lana, á fin de preservarla de los ardores del sol, practicando varias aberturas en la que miraba al Poniente, para dejar paso á la luz y al aire. Un hombre lleva atravesada sobre un caballo la cabra, no sin haber adoptado la precaución de proveerse de un manojo de hierba que lleva arrollada al turbante, con el doble objeto sin duda, de tener á disposición del animal algún alimento y como medio de preservarse él mismo de los rayos solares.

Felizmente, con la jornada anterior hemos dejado á la espalda todos los terrenos áridos y desiertos y los cuadros de desolación. A la salida de A'in-Tiazart vuelve á desplegarse ante nosotros un paisaje agradable y risueño, cuyo suelo es una inmensa alfombra de un verdor que parece despedir aromática frescura. Abundan aquí las retamas de flores blancas y á trechos se notan tentativas de cultivos que se resienten de la falta de agua. El suelo es accidentado y á veces presenta paisajes pintorescos. Muy luégo descubrimos viviendas humanas, cuyo número va creciendo á medida que avanzamos. Sucédense los pueblos y aldeas á pequeños intervalos; por doquier se recrea la vista contemplando depósitos, manantiales y corrientes de agua; los habitantes acuden presurosos á nuestro encuentro y las mujeres nos saludan con sus acostumbrados gritos de júbilo. A no faltar las lluvias, presentaría el país todas las señales del bienestar y de la riqueza. De ordinario las propiedades están cerradas con cercas de piedra; los jardines revelan cuidadoso cultivo, pero en cambio los cereales, que ocupan terrenos considerables, están abrasados y no han adquirido desarrollo. Este año pesará la miseria sobre esta región donde ordinariamente reina la abundancia.

Aun tenemos que aguantar los ardores del sol y sufrir los efectos del abrasador siroco; pero cuando se ofrecen al ánimo objetos que le distraen y le ocupan agradablemente, se soportan con más facilidad las fatigas. La marcha de la caravana da desde luégo á conocer la disposición de los ánimos. En los trayectos monótonos y tristes se rompe el orden

y la cohesión de la columna, como si faltara hasta la energía necesaria para mantenerlos. El jinete se abandona con total indiferencia al paso de su cabalgadura; cada uno marcha como puede, sin objeto ni preocupación, de suerte que los unos suelen caminar á larga distancia de los otros. En las etapas que se recorren á través de países interesantes, por el contrario, se procura marchar reunidos para tener el placer de cambiar impresiones; súfrese con gusto la molestia de aligerar ó contener la marcha para colocarse al lado de un amigo ó camarada, trabar conversación con él y caminar juntos hasta que algún accidente fortuito los separa y los lleva á hacer lo propio con otro. De esta manera se pasa agradablemente el tiempo y se hacen cortas las jornadas.

Por otra parte un mes de vida común ha creado amistad más ó menos íntima entre nosotros; ese tiempo nos ha ofrecido excelentes ocasiones de observarnos, conocernos y apreciarnos; de suerte, que con distintos caracteres, con aptitudes varias, llegamos á sentir verdadero cariño unos por otros y se arraigó en todos un sincero sentimiento de mutua simpatía. Ni un momento se alteró entre nosotros esta feliz armonía, y en la segunda parte de nuestro viaje se había producido cierta familiaridad y natural abandono que añadía nuevos atractivos á nuestras relaciones; sobre todo en las pequeñas tertulias del camino reinaba un tono de cordialidad que las hacía doblemente interesantes.

No se crea por lo que dije anteriormente, que en estas marchas cada uno va por donde quiere y que todo se deja á la ventura; muy al contrario, en

cada trayecto deben los individuos de la caravana someterse invariablemente á un régimen determinado; por lo cual los que se adelantan y los que se quedan atrás tienen que acortar ó aligerar el paso á fin de regularizar la marcha.

El capitán Martín, á quien somos deudores del plano de Marruecos, se ha tomado el trabajo de levantar el diseño del camino que vamos recorriendo, determinando en él las distancias y trazando su dirección. Inútil es advertir que no hace uso de instrumentos de precisión, que son de difícil transporte y exigen mucho tiempo para manejarlos. Esta especie de planos levantados, por decirlo así, al paso, no son más que aproximados, pero tenían sin embargo la suficiente exactitud para el objeto á que se destinan.

El procedimiento que sigue el capitán Martín es por extremo sencillo y sólo exige detenida atención, que, por lo demás, á veces ocasiona no escasa molestia. La posición del sol ó una pequeña brújula le marca la dirección que seguimos; y en cuanto á la medida de las distancias se la da su caballo. En efecto; sabe que á un paso determinado y en un tiempo fijo recorre el animal cierto número de kilómetros. En el acto de ponerse en marcha consulta su reloj y marca la hora que señala; al detenerse, el mismo reloj le indica la duración de la marcha, cuyo dato anota en su cartera. A cada partida y á cada detención hace las mismas observaciones y pruebas. Una vez terminada la jornada, suma los tiempos parciales que ha durado la marcha y el total le da el número exacto de horas y minutos durante los cuales ha estado an-

dando el caballo; hecha la deducción del tiempo destinado al descanso, multiplicando este número por los kilómetros que anda el animal en una hora que creo son seis, obtiene la distancia recorrida desde el punto de partida al de llegada. Toda la dificultad estriba en hacer que el caballo mantenga un paso uniforme, lo que exige esfuerzo continuo y absorbente atención; sobre todo cuando la cabalgadura no reune todas las condiciones apetecibles; pero con atención y cuidado, se llega de esta manera á obtener la suma de kilómetros recorridos en una jornada con un error que no pasa de dos kilómetros.

Existe otro procedimiento que emplean los oficiales para medir el camino recorrido, pero que no ofrece las garantías del anterior. Según él, no se mide la distancia por kilómetros, sino por el número de pipas que se fuman. El capitán Varigault, ese excelente corazón siempre embargado de los recuerdos de su familia, usaba á menudo este sistema de apreciación con objeto de distraerme. Cuando el camino se hacía pesado, sabiendo que su procedimiento me divertía, solía infundirme valor y paciencia diciéndome: «vamos doctor, ánimo, sólo faltan dos pipas para llegar al término del viaje.» Y es que en semejantes casos, no se desperdicia ninguna ocasión de reir y distraerse.

Desde Marruecos hasta A'in-Tiazart, habíamos recorrido 119 kilómetros, distancia que correspondía con bastante precisión á los cálculos hechos antes de la partida. La disposición del terreno y de las aguas, nos habían impuesto jornadas de 35 y aun de 37 kilómetros, por caminos difíciles y penosos. Los oficiales sabían de antemano este resul-

tado; pero si habían exigido de nosotros estos esfuerzos en los primeros días, fué con la idea de ofrecernos amplia indemnización en la segunda parte del trayecto.

En efecto: de A'in-Tiazart á Mogador sólo contaban 60 y pico de kilómetros que habían dividido en cuatro etapas; la más larga de las cuales no debía pasar de 20 kilómetros. Se nos había hecho entrever un viaje cómodo y agradable: un verdadero paraíso. Pero los oficiales trazaron en el mapa las jornadas, sin tener la libertad de aplicar sus datos prácticamente en el viaje. Este cuidado se confió por una aberración extraña al Sr. Benshimol, quien haciendo abstracción de los mencionados cálculos y planes, so pretexto de cumplir los deseos del ministro, que mostraba impaciencia por regresar á su destino, nos condenó á engullir dobles bocados, haciendo jornadas desmesuradamente largas. Murmurábamos del Sr. Benshimol, á quien en aras de nuestro mal humor acusábamos de haber atendido más á su interés personal que á los deseos del ministro. Se hizo la curiosa observación de que desde nuestra salida de Tánger se respetó siempre el sábado; partimos de Marruecos en domingo á pesar de haber sido el día anterior el fijado para la marcha, y se supone que todos sus esfuerzos tienden á hacernos llegar á Mogador el viernes, para que nuestro agente, por lo demás excelente sujeto, pudiera santificar el día festivo de la religión mosaica.

Es indudable que todos sentíamos vivo deseo de llegar á nuestros hogares, donde teníamos preocupaciones y poderosos lazos que nos atraían con

irresistible impulso. Pero juzgábamos insensato agotar nuestras fuerzas y comprometer nuestra salud por ganar uno ó dos días. Se nos obliga á viajar hasta una hora avanzada del día; abrasados por la sed, literalmente cocidos por el sol y molestados por el siroco que enerva nuestra energía. Y á la postre encontramos en el campamento un abrigo precario contra tales rigores y tiendas que semejan hornos.

CAPÍTULO IV

El marabut Si-Abdallah.—Gran afluencia de árabes con motivo de la fiesta del santón.—Individuos de la misión apedreados por el populacho.—Arresto de los culpables.—Término del incidente.—El arganio y sus bosques.—Proximidad del mar.—Dos oficiales del *Desaix* nos salen al encuentro.

En la fatigosa y larga jornada que acabamos de recorrer, hemos transpuesto el espacio que media entre los manantiales de Tiazart y Sûk-Tleta-el-Hoçein, punto de reunión de las dos vías que conducen de Mogador á Marruecos: la ordinaria de las caravanas y la que acabamos de recorrer. Una vez andado el trayecto se experimenta indecible satisfacción al convencerse de que se han dejado á la espalda vastos espacios casi desconocidos en que jamás había puesto la planta un europeo, abrasados y desolados en muchos puntos, en los que marchábamos á la ventura; pero de los que hemos salido con felicidad, si bien á costa de positivas fatigas.

Nuestro campamento de hoy está emplazado sobre una meseta alta, al pie de un montecillo, en cuya pendiente se levanta una importante kubba á la memoria de Si-Abdallah-ben-Uasmin, cuyo edificio domina, con su intachable blancura, una gran parte del horizonte. El santuario sirve de

centro de reunión, donde se celebra un mercado semanal, á la vez que de lugar de peregrinación para los devotos musulmanes.

Á nuestra llegada cubría una multitud enorme la meseta y la altura hasta el mismo límite de nuestro campamento. No era día de mercado sino, lo que para nosotros ofrecía mayor atractivo, el día de la fiesta del santón, cuyas cenizas descansan bajo la cúpula de la kubba. Desde luégo se nos ocurre que no faltarán allí predicadores fanáticos que traten de levantar el espíritu de las 4.000 personas que próximamente se agitan al rededor de la kubba. Desde el campamento descubrimos perfectamente el oleaje de aquella muchedumbre, que ofrece el aspecto y la animación de una feria. La mayor parte hormiguea en confuso tropel; sólo algunos más devotos permanecen acurrucados en varias filas á la sombra de las paredes del santuario. El ruido de los tambores y pífanos domina el murmullo de la muchedumbre, y el conjunto evoca el recuerdo de una fiesta de arrabal.

Al principio del viaje, ávidos de impresiones nuevas, nuestro primer pensamiento y nuestro primer cuidado hubieran sido correr á confundirnos con la muchedumbre para no desperdiciar la feliz coyuntura que se nos ofrecía de observar el carácter de la fiesta, y estudiar nuevos usos y costumbres; pero consultando con nuestras fuerzas, preferimos consagrar las primeras horas al descanso y á combatir la sed extremada que nos atormentaba.

No era cosa fácil la realización de estos dos propósitos. Las tiendas eran hornos recalentados, y el

agua que se nos presentaba tenía aspecto viscoso de puro caliente; tampoco satisfacían nuestras necesidades el vino y las aguas minerales de que disponíamos, por hallarse á la temperatura del ambiente. Sin embargo, la necesidad era tan apremiante que acudimos al medio, bien conocido en España, de rodear las vasijas con servilletas bien empapadas en agua, y suspenderlas por la parte exterior de la tienda de modo que recibiesen la corriente de aire y el sol; en esta posición se evapora el líquido del trapo, y el frío que se produce refresca el contenido de la vasija. Cuanto más activo es el viento, más rápida y completa es la evaporación y mayor es el fresco que se produce. De esta manera se transforma el cálido soplo del siroco en brisas refrigerantes..

Pero no se resuelve el problema con beber, es preciso no abusar del agua. Este es el escollo bien difícil de evitar en el estado en que nos encontramos. Cuando el deseo es tan violento, se necesita una gran energía para no dejarse arrastrar de la tentación. Algunos de nuestros compañeros estaban muy lejos de poseerla, y era preciso en ocasiones arrebatarles de las manos los vasos para que no los agotasen; distínguese entre todos, por sus extravagantes libaciones, el pintor Mousset, cuya notable gordura le caracteriza y marca sus aficiones. Prueba uno tras otro todos los líquidos; las botellas no refrescan con la prontitud que reclama su sed inmoderada é inventa nuevos procedimientos refrigerantes. Pero nada es capaz de calmar su comezón de beber; está empapado como una esponja; suda por todos los poros, y en aquellos mo-

mentos daría de buena gana sus mejores croquis por un kilogramo de hielo. Preciso es haber sufrido tales privaciones para comprenderlas. Como de ordinario logramos apagar la sed paulatinamente, repáranse las fuerzas del cuerpo y vuelve la energía á pesar del calor excesivo. Entonces nos decidimos á visitar el sitio de la fiesta algunos individuos de la misión, entre los que se distingue por su entusiasmo el simpático Sr. Schlumberger, que muestra irresistible impaciencia por ir á escuchar de cerca el tan tan de los tambores, y por contemplar los tenduchos de frutas y pasteles, elementos obligados de toda fiesta pública; tal vez espera encontrar alguna novedad importante, y se propone monopolizar sus primicias, ó descubrir entre los devotos algún convulso inspirado cantando las glorias de Allah y de su profeta, en medio de un círculo de creyentes.

Sea de esto lo que quiera, nuestro joven compañero se aventura á penetrar en medio de la muchedumbre acompañado del Sr. Pincherlé, ya citado en otras ocasiones. Éste tiene algún conocimiento de la lengua arábiga y estaba en aptitud de prestarnos importantes servicios, por cuya razón también se ofreció á acompañar á nuestro amigo en calidad de cicerone. Debo advertir que en el regreso nos vimos privados de sus conciertos, porque una mula hizo astillas su malaventurado violoncelo.

Esta intrépida pareja partió antes que los demás nos resolviésemos á dejar la sombra de la tienda. De pronto oímos un rumor prolongado y percibimos gran marejada entre la muchedumbre. Estos síntomas despiertan nuestra curiosidad al mismo

tiempo que nos alarman. Momentos después aparece Schlumberger corriendo, jadeante y sofocado, hacia nosotros; su rostro estaba desencajado; detrás de él venía Pincherlé, no menos emocionado y aun más abatido. «¡Nos han apedreado! ¡nos han apedreado!» es la respuesta que dan á nuestra pregunta de «¿qué pasa?» El hecho era efectivo; Schlumberger, por haber operado á tiempo una prudente retirada, vió sólo rodar las piedras á su lado; pero Pincherlé, menos afortunado, traía las señales en varias partes de su cuerpo y su negro tenía una herida profunda en la cabeza. La causa de la agresión fué insignificante y de todo punto incomprensible: acariciaron una mula dándole golpecitos en la grupa, y se cambiaron con este motivo algunas palabras, imprudentes tal vez en este medio, sobreexcitado por sus prácticas religiosas.

Como es natural, el campamento se puso en conmoción. Creyóse en un principio que el ataque iba dirigido contra toda la comitiva, es decir, contra los extranjeros, cristianos, infieles á quienes detesta la morisma. Prevenida la escolta, montan sus individuos á caballo y se lanzan al galope en dirección al teatro del suceso. Al ver de cerca al escuadrón la muchedumbre se llena de espanto; las mujeres y los niños huyen en todas direcciones; muchos hombres toman el prudente partido de seguir su ejemplo, y aquella compacta masa de peregrinos musulmanes desaparece como por encanto.

No obstante, la escolta logró apoderarse de los presuntos autores del atentado y los condujo al campamento, atados uno con otro y codo con codo

al mismo tiempo. Se les hizo poner de rodillas esperando su sentencia. ¿Pero qué se iba á hacer con aquellos desgraciados? Verdad es que en su misma postura de reos, presentaban un aspecto más amenazador que sumiso. Expuestos al sol, con la cabeza descubierta y rapada, el rostro encendido, de un moreno intenso, inundado de sudor; los ojos desencajados, el vestido en completo desorden, todo respira en ellos despecho, odio ó furor concentrado, más bien que pesar y arrepentimiento. Su castigo está en manos del ministro; no tiene más que pronunciar la sentencia, cualquiera que ella sea, se ejecutará puntualmente.

Pero el Sr. Ordega, inclinado por naturaleza á la misericordia, sólo busca un pretexto para evitar un acto de severidad. Este pretexto no tarda en presentarse.

Dada la voz de alarma se apresuraron á acudir al campamento una docena de caids de las tribus y de personas notables, á fin de protestar públicamente de un acto en el que sólo habían tenido participación, según ellos, algunos individuos aislados. Aseguran al ministro que la población está animada de sentimientos pacíficos y benévolos hacia nosotros, y responden con la cabeza de que no se cometería el menor acto de hostilidad contra los europeos. Con tanta viveza excusaron el atropello y con tan sincero pesar le reprobaron, que todos nos sentimos inclinados á la clemencia, máxime después que, implorado el perdón de los reos, inmolaron, según la costumbre del país, un carnero delante de nuestros ojos.

El Sr. Ordega contestó á sus palabras con el len-

guaje franco y firme que convenía al caso; pero á seguida, comprendiendo que efectivamente no había nada de hostil en la actitud del pueblo con nosotros; que nuestra seguridad no se hallaba ni comprometida ni amenazada; que la agresión de que habían sido objeto nuestros camaradas era un hecho aislado, un accidente de esos que casi siempre ocurren en análogas circunstancias, el ministro, cediendo á las reiteradas súplicas de los jefes, les concedió la gracia completa de los reos, que inmediatamente fueron puestos en libertad.

¿Qué solución si no, podía darse á este incidente? Difícil hubiera sido encontrarla más ajustada á la prudencia y á las conveniencias del momento. Inmediatamente volvió á renacer la tranquilidad en el campamento, disipóse el temor de los concurrentes á la fiesta, la explanada vuelve á tomar su aspecto normal, y restablecida la calma, pudimos ir á confundirnos con la muchedumbre musulmana, en la que nuestra presencia no produjo ya más efecto que el de excitar una curiosidad perfectamente natural y legítima.

Transcurrió la tarde sin que se turbara el orden. El suceso de que acabo de hacer mención, no habiendo tenido consecuencia alguna desagradable, vino á aumentar las peripecias del viaje; así es que al día siguiente proseguimos la marcha según costumbre, pero con un episodio más para ilustrar el relato de nuestra expedición por Marruecos.

Á partir de El-Hocein, toma el camino un aspecto agradable que no vuelve á interrumpirse. Ofrécese primeramente una serie de colinas cubiertas de arbolado que alternan con risueños

valles; la población es compacta, abundan los rebaños, y por doquier se destacan las blancas cúpulas de los marabuts.

Lo que comunica una fisonomía especial á esta comarca, es la presencia de un árbol del que ya vimos algunos ejemplares el día anterior, pero que se encuentra aquí con verdadera profusión, me refiero al *arganio*. Adquiere muy diverso desarrollo y aparece unas veces en estado de simple arbusto espinoso, otras como árbol corpulento, de tronco gigantesco, aunque corto, y copa tupida y de amplitud enorme. La corteza de las ramas y del arbusto, se semeja á las escamas que cubren la piel de los grandes reptiles. Por el color y la forma su fruto parece una gran aceituna ó una gran bellota sin el dedal. La nuez de argán suministra un aceite muy estimado, que alimenta una exportación considerable y constituye una verdadera riqueza para la comarca.

Más raro al principio de la jornada, en que todavía predomina la retama, el arganio cubre luégo las colinas para invadir más tarde todo el terreno que domina la vista desde el camino, formando inmensos bosques accidentados, verdaderas montañas selvosas á veces, cuyas gargantas y desfiladeros cruzamos.

Á esta altura, al abrigo de la sombra de los bosques, el soplo casi constante del viento fresco, nos anuncia la proximidad del mar y nos asegura que hemos perdido ya de vista los ardientes parajes del interior. Esta dulce persuasión reanima nuestro valor. Corre por la comitiva la pregunta de si alargaremos la jornada para llegar á Mogador en el



día; el pensamiento nos halaga á todos sin excepción, pero su realización depende de la distancia que aun nos separe del puerto. Los datos que se tenían sobre este punto eran, como siempre, inciertos y contradictorios, pero todos convenían en que faltaban muchas horas de marcha. Discutido el asunto y viendo que no nos sentíamos con fuerza suficiente para andar tan larga jornada, adoptamos la resolución de acampar por última vez.

Una deliciosa meseta, que domina el horizonte al Poniente, nos ofrecía lugar adecuado. Las brisas le acarician con su agradable soplo y nos traían el sordo murmullo de las olas. Parecíanos distinguir la línea azulada de sus aguas. Ibamos á pasar en aquel sitio las horas más agradables de todo el viaje, sin cuidados ni preocupaciones. Al día siguiente, sin esfuerzo ni molestia, llegaríamos al término de todas nuestras fatigas, que el rigor de la estación había hecho más sensibles de lo que esperábamos al abandonar la capital. Ya empezaban á manifestarse síntomas de enfermedades; era pues tiempo de ganar las hospitalarias orillas del mar.

Hacía algunos días que estaba anclado en la rada de Mogador el *Desaix*, encargado de volvernos á la patria. El comandante, advertido la noche antes de nuestra próxima llegada, había autorizado á dos de sus oficiales para que salieran á recibirnos; con doble motivo les dimos la bienvenida, porque nos entregaron cartas de Tánger. Todas contenían buenas noticias, que contribuyeron á encender más nuestro deseo de pisar el suelo patrio. Internados en estos países, se vive como en las sombras

de la noche, el espíritu parece que pierde su elasticidad y se embotan los recuerdos, de tal manera, que á la larga se sobreponen sin duda á los demás sentimientos el olvido y la indiferencia. Por nuestra parte no pudimos sustraernos completamente á esta acción depresiva del clima y del medio ambiente; pero la novedad del paisaje, la dulce temperatura que allí reinaba, la proximidad del mar, las noticias que acabábamos de recibir y la presencia de los oficiales de nuestra marina, hicieron desaparecer en breve aquel pasajero entorpecimiento. Como por encanto se dilata el ánimo, se despeja el pensamiento, manifiéstase la idea y se despiertan los adormecidos sentimientos; siéntese uno revivir en el momento de recibir estas primeras impresiones y se ansía ver llegado el momento que nos permita entregarnos á nuestras habituales faenas y á nuestros dulces afectos.

En toda la comitiva se manifiestan estas felices disposiciones; todos nos entregamos á los transportes de la alegría. Nuestros huéspedes, más que satisfechos de nuestro cordial recibimiento, debían hallarse escandalizados de nuestras casi infantiles demostraciones de gozo. Durante la comida y de sobremesa, se esforzó cada uno por sacar á relucir todo su repertorio de *sprit* á fin de amenizar la velada; se repitieron chistes y bromas que ya nos habían divertido; recitáronse monólogos cómicos, historias picantes, bufonadas y chascarrillos, y se lanzaron al aire canciones de todas clases; por último se pidió la lectura de la curiosa composición en que aparecen con una significación chistosa ó grotesca, los principales nombres propios de la

antigua Grecia. «Je m'étais Borée d'Homère Encelade...» Su lectura ocupa próximamente un cuarto de hora; es una composición redactada con ingenio, cómica desde el principio hasta el fin, pero sin trivialidad. Dícese que los autores son oficiales que hicieron nuestras primeras campañas en Argel, y que el mismo duque de Aumale no se desdeñó de colaborar en la obra.

Estas agradables reuniones sólo ofrecen un inconveniente, y es siempre el mismo; que el tiempo pasa con demasiada velocidad y que los concurrentes olvidan con facilidad suma que ha llegado la hora de retirarse.

CAPÍLULO V.

Último día de marcha en caravana.—Aparición brusca y magnífica vista de Mogador.—Las dunas, el mar y la ciudad.—Marcha á través de las dunas.—Encuentro del pachá y de su escolta.—Ejercicios y fantasías.—Recepción entusiasta.—Generosa hospitalidad.—Descripción de Mogador.—Nuestros representantes en el extranjero.

Por última vez asistimos á la operación de levantar el campamento; como siempre, bastan algunos minutos para recoger las tiendas y todo el material, dejando limpia la meseta de Sidi-Zeid. Estamos, pues, en vísperas de llegar á Mogador.

Una espesa capa de niebla que se levanta por encima del mar, le oculta á nuestras ávidas miradas, pero ya sentimos las frescas emanaciones que despide. Empieza á desaparecer el arganio; pinos achaparrados, lentiscos, retamas y palmeras enanas crecen en un suelo que cada vez toma aspecto más roquizo; y al cabo de dos horas de marcha en medio de una vegetación pobre, desaparece también ésta, como ahogada por una profunda capa de arena que cubre el subsuelo.

De pronto se levanta delante de nosotros como cerrándonos el paso, una altura bastante escarpada; haciendo un postrer esfuerzo la escalan nuestras bestias y llegan en un momento á la cima. Un grito unánime de admiración y sorpresa se escapa

de todos los pechos; á nuestros pies se extiende un mar de arena amarilla y fina, formando ondulaciones; y á lo lejos se percibe el Océano azulado, cuya inmensidad va á confundirse con la bóveda celeste; en sus orillas serpentea una pequeña faja de espuma dibujando sus contornos, y entre la sabana azul y la estepa de amarillenta arena, hay un punto blanco anacarado sobre el que se reflejan los rayos del sol: es Mogador. Junto á él, un estrecho islote paralelo á la orilla traza el marco verde de este luminoso y bello cuadro.

Echamos pie á tierra para contemplarlo; durante mucho tiempo no pudimos apartar la vista de aquel interesante paisaje; estábamos como deslumbrados ante el grandioso panorama, y fué preciso hacer un gran esfuerzo para alejarnos de aquel sitio.

Lo que algunos kilómetros antes habíamos tomado por suaves ondulaciones eran verdaderas colinas de arena, de imponente altura algunas. En este trayecto pasamos con frecuencia de un descenso vertiginoso á una subida que nos obliga á trepar; como es natural, la ciudad aparece y desaparece alternativamente. No es posible imaginarse una marcha más penosa; los caballos se hunden hasta las rodillas; la menuda arena que levanta el viento nos ciega y nos ahoga á un mismo tiempo; las huellas que trazan hombres y animales se borran como en la inmensidad del Océano.

Oculto hasta entonces detrás de los accidentes del terreno un grupo de jinetes y de infantes que venían de la ciudad, se presentan de repente á nuestros ojos en un repliegue de la duna: es el pachá y su escolta; los trajes blancos, las sillas resplande-

cientes de los cabalgadores, los *burnus* azules ó encarnados y sus bruñidas armas, forman un conjunto abigarrado y brillante que produce magnífico efecto en medio de aquel mar de arena.

Cuando estuvo cerca el grupo se detuvo; fórmanse en línea los soldados, adelántase el pachá, y seguido de algunos jefes se dirige con majestuoso porte al encuentro del ministro. En el mismo instante se dibujan los minaretes de las mezquitas á través de una cortadura de las colinas. Aquel sitio extraño comunica á la escena un carácter singular de solemnidad y grandeza, que conmueve el ánimo de una manera profunda é indefinible. Y es que estos honores excitan como con un poder mágico la fibra del patriotismo, ya que sólo al prestigio de Francia debemos estas manifestaciones de respetuosa simpatía.

Con el brillante refuerzo que acaba de recibir, presenta la caravana un aspecto soberbio á través de las dunas; sin duda debía producir magnífico efecto nuestra marcha vista desde la ciudad y desde los barcos del puerto, donde hay muchos observadores. De trecho en trecho la infantería se detiene, forma un círculo al rededor de sus jefes y, al mando de uno de ellos, hace una descarga de fusilería. Acto continuo reanudan la marcha á la carrera y cargan las armas, sin detenerse, para repetir el mismo ejercicio. Algunos van armados de excelentes carabinas, capaces de excitar la envidia de los aficionados al sport.

Las colinas arenosas van decreciendo sucesivamente en extensión y altura, pero el viento las barre y forma en ellas pequeños surcos; presentan

más bien el aspecto de pirámides irregulares con aristas movibles, sobre las que se desliza constantemente la nubecilla de polvo que levanta el viento.

Hemos transpuesto la última duna y entramos en una inmensa playa, lisa, perfectamente unida y muy poco inclinada hacia el mar. El suelo es más consistente y los animales no se hunden en la arena. Desde aquí se domina por completo el panorama de la ciudad; destácanse á maravilla las líneas de las murallas con sus elegantes almenas regulares; sobre las azoteas flotan numerosas banderas. En aquel momento se dispone á entrar en el puerto un barco que habíamos distinguido antes en lontananza; sus mástiles desfilan por detrás de los minaretes. ¡Singular coincidencia! era el aviso que conducía desde Tánger la embajada española: el mismo cañón suluda su entrada y la nuestra.

En efecto, un momento después empiezan á vomitar humo los baluartes disparándose gran número de cañonazos. Lo propio hace el *Desaix* en honor de sus nacionales. El malaventurado barco se distingue entre todos los del puerto por su desordenado balanceo, presagio de los movimientos que nos esperan.

Los jinetes árabes, en cuanto entramos en terreno sólido empezaron á ejecutar sus fantasías favoritas, obligándonos á hacer numerosas paradas, á fin de admirar sus ejercicios y observar su vertiginosa carrera; con tal motivo se retrasa notablemente nuestra llegada. Hora y media nos ocupó el descenso de las dunas que, además, se extienden á lo largo del mar hasta perderse de vista.

En las inmediaciones de la ciudad nos esperaban los soldados que cubrían la carrera y gran número de curiosos. También salió á recibirnos el canciller del consulado francés en traje oficial. Acompañábanle algunos europeos, funcionarios y negociantes, con una comisión numerosa de judíos, que se distinguían por sus trajes oscuros y los pañuelos azules en la cabeza. No quisieron desperdiciar esta ocasión de mostrar su agradecimiento á los franceses.

Según íbamos pasando, seguía en pos de nosotros la multitud en masa compacta; así fué creciendo desmesuradamente nuestro séquito. Todos se hallaban poseídos del mayor entusiasmo, pero las mujeres lo demuestran especialmente con sus acostumbrados gritos. El ruido de la muchedumbre ahoga el que hacen dos pífanos que constituyen la música oficial; entretanto continúan atronando nuestros oídos los cañones de las murallas. Éstas y las azoteas se hallan atestadas de gente, y al llegar cerca de las fortificaciones apenas podemos dar un paso.

Fué preciso hacer un verdadero esfuerzo para transponer las puertas de la muralla exterior y de la interior. Ésta desemboca en una espaciosa calle que presenta el doble carácter oriental y europeo á un mismo tiempo. Las casas que dan á ella son altas y de construcción excelente, con numerosos balcones y miradores, á la sazón atestados de curiosos, entre los que se destacan muchas y bellas hebreas lujosamente ataviadas; no hay hueco ni agujero en el que no se vean algunos observadores; toda la población se ha puesto en movimiento y ha hecho del día una fiesta solemne.

El cortejo toma el rumbo de la casa del cónsul francés, á cuya puerta se despide el pachá del ministro. Allí se alojan éste con su secretario de la Boulinière y el comandante de Breuilhe, por expresa voluntad de nuestro representante. El resto de la misión se albergó en otra casa dispuesta por orden del gobernador, con todas las comodidades apetecibles.

En efecto, las habitaciones que se nos destinaron, en el piso principal, son frescas y confortables y están amuebladas con lujo asiático; todas se abren á una galería que da á un patio interior cuadrado. En realidad se puso á nuestra disposición toda la casa; y el mismo dueño que la cedió para el caso, cuidaba en persona de que tuvieran cumplida satisfacción nuestros menores deseos.

En un espacioso comedor se hallaba ya preparada una espléndida mesa, en la que se veían en profusión vinos capaces de satisfacer los más exigentes paladares y variados gustos. Tenían allí representación los mejores caldos de Burdeos y de Borgoña, al lado del Champagne y de los vinos de Tenerife, y había además botellas de todos los licores conocidos, desde el más aperitivo hasta el más digestivo. El servicio de la mesa era tan escogido como elegante; habíanse prodigado los manjares con una generosidad insensata; así es que á la mitad de la comida nos declaramos vencidos, y suplicamos que se nos dispensara de probar media docena de platos que aun estaban por servir.

Á fin de hacernos los honores con igual magnificencia hasta el fin, se nos sirvió el café en una habitación inmediata, amueblada con suntuosidad

regia. Algunos juzgan inoportuno este cambio y se resisten á mudar de sitio; pero discutido el asunto se acordó que «era preciso entregarse sin reserva al entusiasmo de los pueblos;» todo el mundo se sometió al acuerdo.

Aun humeaba el café en las tazas cuando se presentó el dueño de la casa á suplicarnos que le permitiéramos presentarnos tres sobrinas suyas. Esta vez no hubo protestas. Á seguida penetraron en la estancia tres jóvenes hebreas, de singular hermosura, y muy graciosas, que sin duda habían solicitado el privilegio de vernos más de cerca que sus amigas. Su presencia nos produjo distracción agradable. Con el auxilio del español que ellas poseen á la perfección, y que algunos individuos de la comitiva hablan con cierta facilidad, pudimos entablar conversación, lo que nos proporcionó un pasatiempo inesperado. Las tres jóvenes vestían el traje elegante de las hebreas marroquíes, en el que predomina la seda y el oro cuando se trata de personas acomodadas. Es de desear que la civilización, que va introduciéndose en las familias hebreas, no les inspire el gusto de las modas europeas, y que las judías de Mogador conserven, con su rico y gracioso tocado, toda su atractiva originalidad.

Es posible que el extranjero que desembarque directamente viniendo de Londres ó de París no experimente la agradable impresión que nosotros viniendo del interior del país. Sin haber perdido su sello oriental, Mogador presenta muchos de los caracteres de una ciudad europea. No encontramos en ella esa red laberíntica de callejuelas sombrías y estrechas que existen en Marruécos; esas vías

sucias, llenas de polvo ó lodo, según las estaciones, ni tampoco esos edificios de barro, que semejan viejas ruinas. Preséntansenos aquí buenas casas, altas, sólidas y construídas con arte; calles rectas, regulares, bien empedradas, limpias, á veces estrechas, pero en los barrios más concurridos bastante espaciosas. Todas las calles se cortan simétricamente en ángulo recto, lo que contribuye también á dar á la ciudad carácter de población moderna y civilizada.

La fundación de Mogador, en árabe *Suira* (pequeño baluarte), no se remonta más allá del final del pasado siglo. El Sultán Sidi-Mohammed, no pudiendo someter á las tribus del Sus, antes como ahora rebeldes y belicosas, empleó un medio ingenioso y práctico de reducirlas á la obediencia, ó á lo menos de hacer su rebeldía menos perjudicial á los intereses del tesoro imperial. El puerto de Agadir, situado al Sur del Atlas, en el territorio de los rebeldes, les suministraba cuantiosos recursos con su importante comercio. Sidi-Mohammed resolvió privarles de esta preciosa ventaja, y para ello concibió el proyecto de crear, algo más al Norte, un nuevo puerto destinado á matar la preponderancia de Agadir, y producir su ruina. La ciudad, que no era otra que Mogador, se construyó en el transcurso de unos diez años, á partir de 1770, con sujeción á los planos de un arquitecto francés que estaba al servicio del Sultán. El núcleo de la población le constituyeron beréberes transportados de Agadir y sus alrededores por orden del expresado soberano.

Hace mucho tiempo que Mogador ha eclipsado á

su rival. Su población asciende hoy á más de 20.000 almas; se halla en situación muy próspera, y hace un comercio considerable, como que su puerto, uno de los mejores de Marruecos, es el principal centro para los cambios de productos del país por mercancías extranjeras. Bien conocían nuestros políticos su importancia, cuando en 1844, con motivo de los asuntos de Argel, enviaron allí la armada francesa para que ocupase la ciudad, después de un simulacro de bombardeo.

El clima de Mogador es excepcionalmente apacible y tan templado que no se conocen allí ni los rigores del verano ni los fríos del invierno; es el clima propio de las islas próximas á la costa africana. Por esta razón se recomienda como punto de residencia favorable á los tísicos, pero esta opinión no me parece justificada, en razón á que para esta clase de enfermos la pureza de la atmósfera es tan indispensable como una temperatura suave y constante, y aquélla se encuentra difícilmente en una población casi rodeada de arenales inmensos, de los que el viento levanta sin cesar un polvo fino que impregna la atmósfera.

Conforme á la disposición general de las ciudades musulmanas, divídese Mogador en tres partes: la Medina ó ciudad árabe, propiamente dicha; el Mellah ó barrio judío y la Kasbah ó Alcazaba, que comprende la residencia del gobernador, y en ésta, varias casas ocupadas por los cónsules y representantes europeos. Pero esta separación no se observa aquí con tanto rigor como en Marruecos, por ejemplo; y es que en la mayoría de las poblaciones del litoral se va borrando ese antagonismo de razas

bajo la influencia de las ideas aportadas por los muchos extranjeros que las frecuentan.

Desgraciadamente no pudimos apreciar por nuestras propias observaciones la actividad comercial de la ciudad: era sábado y en su consecuencia estaban cerradas casi todas las tiendas y suspendidos los negocios mercantiles de alguna importancia. Las calles atestadas de gente por la mañana, se hallaban casi desiertas cuando salimos á visitarlas, lo mismo que las plazas públicas y todos los sitios habituales de reunión. Nuestro paseo por la ciudad fué por eso muy corto.

Al regreso encontramos á la puerta del alojamiento una orquesta de cinco músicos que habíamos visto á la salida; sentados sobre un banco de piedra, inmóviles en su habitual postura, con soberana indiferencia, no se darán todo el día momento de reposo en tocar sus pífanos y tambores. Contratados por el tiempo de nuestra residencia, no faltarán á sus compromisos y estamos seguros de tener serenata hasta bien entrada la noche.

Inesperadamente me vi privado del placer de pasar la tarde en la agradable compañía de mis camaradas de alojamiento: á última hora recibí una tarjeta de nuestro cónsul invitándome á comer en su compañía; se me dirigió por indicación del Sr. Ordega y no fué posible rehusar tan atento convite. Pero el pesar de separarme de mis compañeros no duró más que el tiempo preciso para trasladarme á la residencia del ministro, donde experimenté la satisfacción de encontrarme en medio de una familia tan fina como distinguida.

Mogador no ofrece al extranjero ninguna dis-

tracción; y los que se ven obligados á residir en esta población, no tienen más remedio que suplir aquella falta con las comodidades de la casa y los goces de la familia. El Sr. X..., casado con una mujer inteligente y afable, no tenía que envidiar nada en este respecto; pero delicado, enfermizo, restablecido apenas de un ataque de reumatismo, se había apoderado de él la nostalgia y pensaba seriamente en abandonar la carrera diplomática. La misma señora de X..., apenada por el reciente fallecimiento de un hijo, tenía que animar á su esposo y consolarle con la esperanza de regresar pronto á la patria querida. Veíanse en ambos todos los síntomas de un decaimiento moral muy marcado.

Aun sin tener motivos tan poderosos, tal estado de ánimo es más frecuente de lo que se cree en los funcionarios públicos que viven lejos de la patria. Condenados al alejamiento, al olvido y al abandono, en países apenas visitados por personas civilizadas; aislados, puesto que de ordinario ignoran el idioma de la población que les rodea; no pocas veces privados hasta de los recursos necesarios para llevar una existencia medianamente cómoda; sin ocupaciones que puedan interesarles, á veces sin estímulo que les haga llevadero su extrañamiento; sin apoyo y sin relaciones, se concibe que les domine pronto el aburrimiento y el cansancio. Podría citar numerosos ejemplos.

Por lo demás, los señores de X... recibieron y agasajaron á sus huéspedes como si no hubiera en el mundo cosa alguna que amargara su existencia; no era posible hacer los honores de una fiesta con

más gracia, ni mostrar en todo mayor cordialidad y más solícitas atenciones. Á hora bastante avanzada me retiré á mi alojamiento acompañado de un moghazni del consulado, que provisto de una enorme linterna, me guió á través de calles completamente oscuras.

CAPÍTULO VI.

Prematura partida de Mogador. — Última muna. — Á bordo del *Desaix*. — Un hombre al agua. — El buque español *Tornado*. — Travesía horrible. — El cuadrilátero de los oficiales y la bala del príncipe Napoleón. — Llegada á Tánger durante la noche. — Luz eléctrica, salvas y fuegos artificiales. — Desembarco.

Un día escaso era tiempo á todas luces insuficiente para visitar la ciudad y conocer sus detalles; indudablemente valía la pena de detenernos en ella algunas horas más, ya que con tan breve permanencia no habíamos podido verla y mucho menos estudiarla. Por otra parte, éranos preciso algún descanso para restablecer las fuerzas agotadas en los seis días de viaje en caravana, á fin de prepararnos para la penosa travesía que íbamos á emprender. Además, estábamos tan bien tratados y tan perfectamente alojados, que ninguno de nosotros hubiera protestado contra la idea de prolongar nuestra residencia en la ciudad hospitalaria.

Pero nuestro embajador estaba impaciente por regresar á su destino, y permaneciendo insensible á tales razonamientos, resolvió continuar el viaje al día siguiente, que era domingo. Á las cinco de la mañana, debíamos estar dispuestos para marchar á bordo; de suerte que nos veíamos precisados á robar á las pocas horas de que podíamos dispo-

ner para nuestro solaz y descanso, el tiempo necesario para arreglar las maletas y disponer el equipo personal en armonía con nuestro ulterior destino.

En la dura necesidad de conformarnos con estas prescripciones, quitamos algún tiempo al sueño á fin de hallarnos preparados para emprender el viaje á la hora señalada. El día amaneció fresco y el aire estaba húmedo, lo que produjo en nosotros una impresión harto desagradable, efecto de los fuertes calores del día anterior. Por otra parte, las barcas que debían transportarnos al vapor, fueron desde el primer momento juguete de las ondas que las hacían dar saltos mortales. Había fuerte marejada en el puerto, el islote que le forma le deja expuesto á los cuatro vientos. Las oleadas nos calaron hasta los huesos y llegamos al *Desaix* fatigados, tiritando de frío y en la mejor disposición para ser inmediatamente presa del mareo.

Mientras refrescamos nuestro antiguo conocimiento con los oficiales del buque, los mozos acaban de embarcar los equipajes. Entre los mercachifles que se presentan á bordo á ofrecernos víveres y chucherías, aparece un delegado del gobernador con gran cantidad de comestibles: es la última muna y el último acto de generosa hospitalidad del pachá de Mogador, que nos ofrecía entre innumerables productos de toda clase, un buey vivo y un rebaño de carneros; todo procedente, como siempre, de una cuestación hecha entre los vecinos.

Cuando todos estos objetos estuvieron á bordo, el comandante dió la señal de partida. Eran las siete de la mañana. Cámbianse los saludos de ordenanza

con los buques surtos en el puerto, por medio de las banderas, y la ciudad nos envía también su postrer saludo de cañonazos, al que responde en igual forma el *Desaix*. Entretanto los marinos completan sus maniobras, levantan las cadenas, ponen en orden las cajas, limpian el puente y hacen que por doquier reine el orden y la limpieza.

Apenas había tomado el aviso su velocidad normal, óyese un grito agudo que se repite de popa á proa: «¡Un hombre al agua!» Á la primera señal de alarma, un marinero afecto á este servicio cortó de un hachazo la cuerda que sujetaba una de las dos boyas de salvamento que iban fijas á los costados del buque por fuera. La boya está construída de modo que al sumergirse en el agua se inflama un cohete, para anunciar, si es de noche, su presencia al náufrago. Éste, que no era otro que el encargado de sujetar el ancla al costado de la nave, había caído á proa. Hubo un momento de angustia, porque se temía que pasando el buque por encima de su cuerpo, la quilla le destrozaría. Pero á los pocos instantes vimos salir de entre las aletas del hélice un hombre que nadaba con la tranquilidad del que toma un baño higiénico; había visto la boya y se dirigía hacía ella sin turbación ni apresuramiento.

Sin embargo, el *Desaix* continúa su marcha; no era posible entonces detener el buque sin grave riesgo, ya que la fuerte corriente que allí reinaba podía hacerle chocar contra los arrecifes. Fué preciso por el momento abandonar al desgraciado á sus solas fuerzas. Izóse la bandera y se dió al puerto la señal del accidente. El buque español

Tornado, que había llevado la embajada de su país, destacó inmediatamente uno de sus botes. Pudimos seguir los movimientos de éste, pero habíamos perdido de vista al náufrago, de quien nos separaba ya una distancia respetable.

Entretanto, aminorada paulatinamente la marcha del *Desaix*, fué posible virar de bordo y emprender el rumbo hacia Mogador. Apenas hubimos entrado en el puerto, se presentó al costado un bote español al mando de un oficial con la boya y la noticia de que el marino estaba sano y salvo en el *Tornado*. Armóse á seguida un bote de nuestro vapor, en el que se embarcaron el doctor y un teniente de navío en traje oficial; llevaban el encargo de dar las gracias al comandante español, y de traer á bordo al degraciado marinero.

Dos horas transcurren de esta manera en maniobras, idas y venidas, antes que pudiésemos zarpar definitivamente del puerto; pero el maquinista se propone ganar el tiempo perdido. No puedo menos de dedicar una palabra de recuerdo al simpático maquinista Féraud, tan aficionado á las bromas y dichos picantes, pronunciados con ese inimitable acento de la Cannebière, cuyas tradiciones ha conservado con singular pureza.

En efecto, tan pronto como hubimos transpuesto los arrecifes, lanzó el buque á una velocidad de 12 á 13 nudos por hora. Esta rápida marcha proporcionó á los oficiales ocasión de explicarnos nuevamente la causa de las enormes sacudidas del buque. Con la velocidad que se le había comunicado no podíamos permanecer un momento en pie; todo cruje bajo nuestros pies, y parece descuajarse

á cada momento el casco; el mar estaba realmente alborotado, furioso á nuestro entender. Mas no era así para los marineros, que explicaban todo aquello como un sencillo efecto de la velocidad. Había un poco de marejada, pero nada más. Como quiera que sea, marejada, velocidad ó mar picado, el hecho es que estábamos como dislocados, fuera de nuestro centro, y éramos casi inaccesibles á los consuelos que se nos prodigaban.

Si el día había sido horrible, la noche lo fué aún más; después de bailar una desalentada jerigonza en las hamacas, nos hallábamos tan mal ó peor que el día anterior. Los que tuvieron valor para sentarse á la mesa no podían mantenerse un minuto quietos, tal era el movimiento desordenado del buque. Á fuerza de clavijas metidas en los agujeros practicados en la tabla de la mesa, con las que se formó una empalizada circular, se logró evitar la caída de los platos, vasos y fuentes; pero los cuchillos y tenedores, rebeldes por su forma al reposo, ruedan á un lado y á otro, y van á parar á todas partes menos adonde los llama su destino. Los mismos asientos se nos escapan al menor golpe de mar, dejándonos en posturas tan incómodas como ridículas. El comandante Gadaud hacía todo lo posible por inspirarnos valor y confianza; pero no estaba completamente tranquilo; conoce que aquellas sacudidas no son normales; llega á afirmar que la navegación sería imposible si hubiese que sufrir siempre tan molesto balanceo. Los que resisten al mareo ven agotadas sus fuerzas por el continuadoejercicio que les exige el mantenimiento del equilibrio.

Desgraciadamente apenas pudimos probar bocado, siquiera los manjares fuesen exquisitos y estuviesen muy bien presentados, y no obstante las excitaciones del Sr. Gadaud, que ponderando las excelencias de tal ó cual plato, nos le recomienda como un precioso *fijativo*. Pase la palabra que excita la hilaridad de los comensales; pero las seductoras esperanzas no se realizan, y continuamos después de la comida con la misma falta de *fijeza* que antes.

Á las doce del segundo día de viaje nos hallábamos á 99 millas de Tánger; á razón de 12 millas por hora, las andaremos en el mismo día, y podremos dormir en tierra firme, libres del tormento de las hamacas. Esta esperanza nos conforta y reanima los espíritus ya harto abatidos de los viajeros. Por otra parte aminoró algún tanto el balanceo; nos fué posible permanecer en pie sobre cubierta, y entonces empezamos á observar con interés lo que pasaba al rededor nuestro; unas veces conversando con el oficial de cuarto, que satisfizo con excelente criterio nuestras curiosas preguntas; otras haciendo experimentos con la guíndola eléctrica, aparato de un mecanismo ingenioso, pero muy poco regular en la manera de funcionar para poderse emplear en todos los casos; y de esta manera transcurre veloz el tiempo, se acerca el término de la travesía, y ya entrevemos la africana costa cuando nos rodean las sombras de la noche.

Después de comer fuimos invitados á trasladarnos al cuadrilátero, donde los oficiales nos ofrecieron un té de despedida. Allí encontramos jovialidad, ingenio, cordialidad, entusiasmo juvenil,

todo cuanto es capaz de producir encanto y dar atractivo á una reunión. Mas para saborear bien los placeres que proporcionan tales elementos, es preciso estar habituado por una larga práctica á vivir en aquellos espacios tan estrechos y reducidos; los vapores del ponche, el aroma del té y del Champagne, el calor de las lámparas y el humo de numerosos cigarros en perpetua combustión, produjeron, en aquel pequeño recinto, una atmósfera insoportable para nuestros estómagos. Á fin de disipar el malestar y despejar la cabeza, tuvimos que subir de cuando en cuando á cubierta para respirar aire puro y fresco, sin cuya precaución no hubiéramos podido soportar la velada.

En el cuadrilátero se ve una lámina de cobre, fija en una de las paredes, con la inscripción siguiente: 3 *de Octubre de* 1865. La plancha cubre un agujero producido por una bala, de donde se infiere que la inscripción contiene el recuerdo de algún trágico suceso realizado en aquel sitio.

Como dije anteriormente, el *Desaix* es el antiguo yacht *Jérôme Napoléon*. Hallándose de viaje este príncipe, fué un día á visitar este cuadrilátero. Estaba de pie, en medio de los oficiales del buque, departiendo amigablemente con ellos, cuando sonó un tiro. El disparo se hizo evidentemente en la dirección del príncipe, mas la bala fué á alojarse en la pared sin tocarle. No pudo averiguarse si fué un atentado ó una imprudencia lo que motivó el disparo; lo cierto es que el autor del mismo desapareció de los cuadros de la marina, donde servía con el grado de teniente. Ni su nombre se conocía en el buque. Es todo lo que pudie-

ron decirnos los oficiales para satisfacer nuestra curiosidad, justamente despertada á la vista de la inscripción lacónica de la placa.

Entretanto cierta agitación que se oye encima de nuestras cabezas, nos indica que el vapor se dispone á entrar en el puerto. Todos subimos á cubierta, unos por curiosidad, otros para cumplir su deber. Un oficial, colocado sobre la toldilla, pone en juego la luz eléctrica, cuyos rayos luminosos proyectados sobre la costa, la iluminan verdaderamente *a giorno*. Al doblar el cabo Espartel distinguimos, con todos sus detalles, las rocas que sostienen el faro, y sucesivamente vimos desfilar las colinas que limitan la costa africana á la entrada del estrecho de Gibraltar. Poco después, el *Desaix* entraba con pausada marcha en la rada de Tánger, donde eché anclas á las diez de la noche.

La ciudad está sumergida en las sombras y en el sueño. En la misma rada reina profunda calma, á la manera que

> Dans Venise la Rouge
> Pas un bateau qui bouge,
> Pas un pêcheur dans l'eau,
> Pas un falot.

En Venecia la Roja, donde no se mueve un solo buque, ni hay un pescador en el agua, ni una sola luz.

La noche, el silencio y la calma reinan por todas partes. Habíase dado aviso de nuestra próxima llegada; pero no habiendo sido posible transmitir la indicación precisa de nuestra salida de Mogador, nadie nos esperaba á tan altas horas de la noche.

El desembarco no podía efectuarse inmediata-

mente. Era preciso esperar la visita de la comisión de sanidad, que es la encargada de autorizarle. Esta formalidad inevitable se nos hizo tan pesada en el caso presente, que acabó de agotar nuestra paciencia. Pusiéronse en juego todos los medios disponibles para anunciar lo más pronto posible nuestra llegada y despertar á los habitantes.

En tanto que las luces eléctricas inundan de claridad las calles, las azoteas y los minaretes, estalla el cañón á bordo y sus estampidos se confunden con el chirrido de los cohetes, todo esto realzado por gran número de luces de Bengala. Durante algunos minutos se produjo el efecto de un activo bombardeo y de un incendio general. Por fin vimos agitarse un falucho en la playa, no lejos de la puerta principal, indicio seguro de que se nos había comprendido y sin duda reconocido. Acto continuo se armaron las chalupas del *Desaix*, nos lanzamos á ellas, y sin esperar el salvoconducto sanitario, nos vimos impelidos por vigorosos remeros hacia la orilla.

En el pequeño muelle del puerto nos esperaban ya todos cuantos, por interés personal ó por oficio, deseaban nuestra llegada. Pocos momentos después teníamos el placer inefable de abrazar, tras larga ausencia, á los seres que nos son más caros en el mundo.

FIN.

ÍNDICE

Págs.

LIBRO TERCERO

DE MAZAGÁN Á MARRUECOS

LIBRO CUARTO

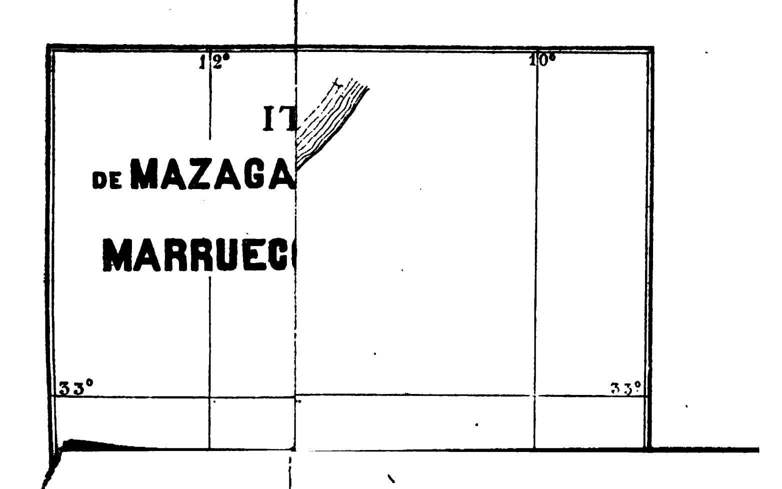
NUESTRA RESIDENCIA EN MARRUECOS

Págs.

LIBRO QUINTO

DE MARRUECOS Á MOGADOR Y Á TÁNGER

FIN DEL ÍNDICE



12°
10°
IT
DE MAZAGA
MARRUEC
33°
33°



